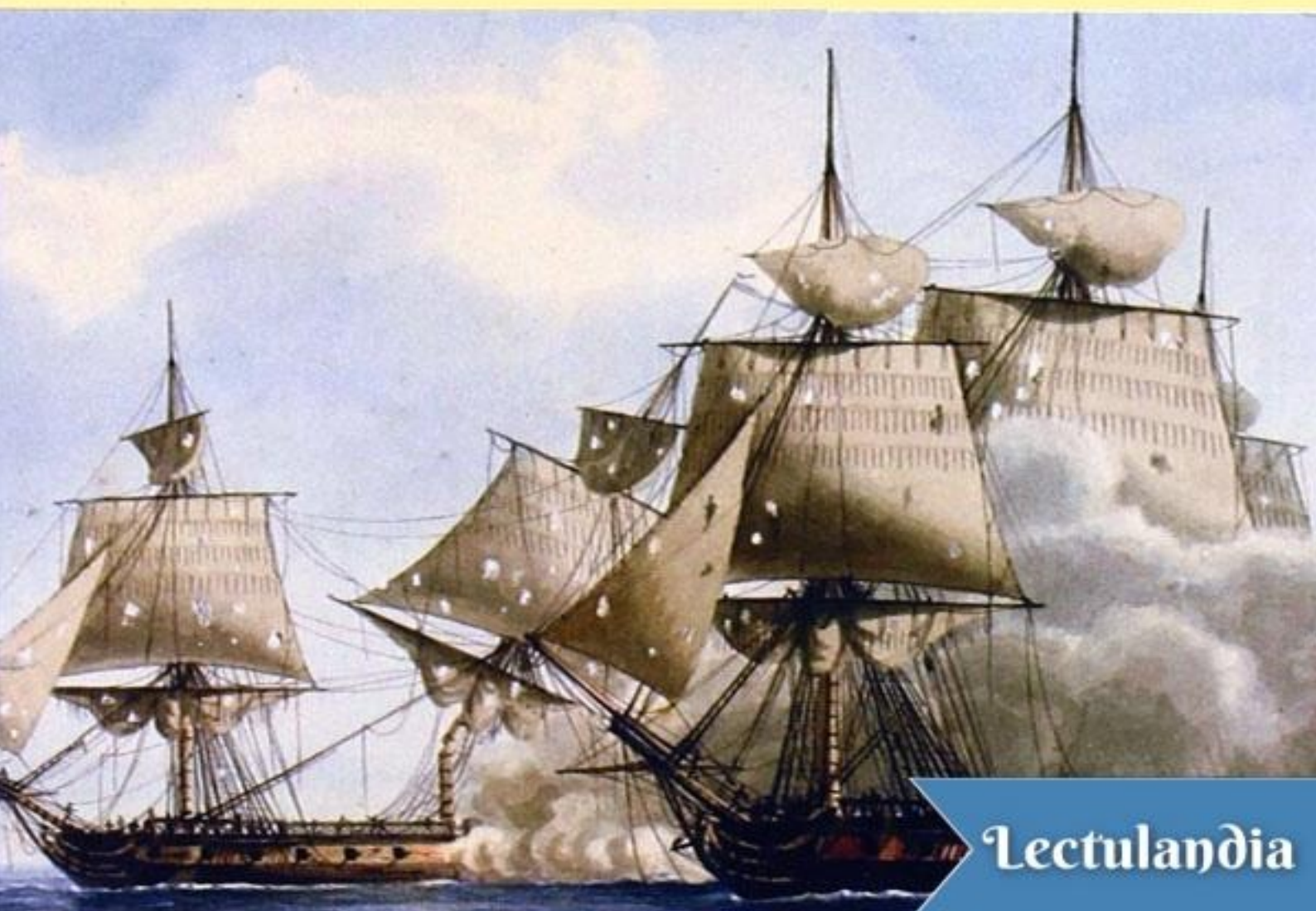


C. S. FORESTER

# HORNBLOWER Y LA ATROPOS

UN OFICIAL Y AVENTURERO EN TIEMPOS DE NELSON



Lectulandia

La acción de esta novela se inicia en el espléndido funeral de lord Nelson en agua de Támesis, pero Hornblower no tarda en ser destinado a Malta para, zafándose de los servicios de espionaje enemigos, organizar la búsqueda de un botín hundido frente a las costas turcas. La amenaza de la presencia de la Armada turca hace que la operación no sea un auténtico éxito, pero tampoco un fracaso. En el regreso, la *Atropos* intervendrá en una de las grandes batallas acontecidas ante la costa española en el Mediterráneo, cuando prestó apoyo a la *Nightingale* al ser ésta atacada por una fragata española mucho más poderosa, la *Castilla*, que acababa de salir de Cartagena. La Armada británica abrió una investigación para esclarecer las responsabilidades de las pérdidas, pues se produjo un sospechoso cruce de acusaciones entre los capitanes de la *Atropos* y de la *Nightingale* que Forester intenta aclarar.

**Lectulandia**

C. S. Forester

# **Hornblower y la Atropos**

**Hornblower - 05**

ePub r1.1

Ronstad 27.08.14

Título original: *Hornblower and the Atropos*

C. S. Forester, 1953

Traducción: Ana Herrera Ferrer

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# CAPÍTULO 1



Después de subir a través de las esclusas, el barco del canal ahora iba serpenteando por el agradable paisaje de Cotswold. Hornblower estaba de muy buen humor, porque iba de camino a tomar posesión de un nuevo cargo, ver cosas nuevas, viajar por lugares totalmente diferentes, en un momento en que el impredecible clima inglés había decidido regalarles un hermoso día soleado en medio del mes de diciembre. Era una forma encantadora de viajar, a pesar del frío.

—Perdóname un momento, querida —dijo Hornblower.

María, con el pequeño Horatio dormido en sus brazos, suspiró ante la inquietud de su marido y apartó las rodillas para permitirle pasar; él se levantó en el reducido espacio del camarote de primera clase y salió por la puerta delantera hacia la proa abierta del barco de pasajeros. Allí podía ponerse de pie sobre su baúl y mirar en torno a él. Era una embarcación extraña, de sus buenos setenta pies de largo y, calculando a ojo al mirar a popa, apenas cinco pies de manga: las mismas proporciones que tenían las absurdas piraguas que había visto usar en las Indias Orientales. Su calado debía ser de menos de un pie; eso se hizo patente mientras el barco pasaba a toda prisa detrás de los caballos trotones a una velocidad que podía ser ciertamente de ocho nudos; nueve millas por hora, se dijo a sí mismo, apresuradamente, porque así era como medían la velocidad allí, tierra adentro.

El barco de pasajeros iba desde Gloucester a Londres a lo largo del Támesis y del canal Severn. De trayecto mucho más suave que la diligencia, era casi igual de rápido y decididamente mucho más barato, a un penique por milla, incluso en primera clase. Él y María, con el niño, eran los únicos pasajeros de primera clase, y el barquero, una vez Hornblower pagó los billetes, guiñando un ojo al ver el estado de María, dijo que en realidad deberían pagar dos billetes infantiles, en vez de uno. María había resoplado desdeñosamente ante tal vulgaridad, mientras los espectadores reían entre dientes.

De pie en su baúl, Hornblower podía mirar por encima de las orillas del canal los muros de piedra grisácea y las granjas también de piedra del mismo tono. El rítmico sonido de los cascos de los caballos de remolque, que iban a medio galope, acentuaba la tranquilidad del viaje; el propio bote apenas hacía sonido alguno al deslizarse por la superficie del agua. Hornblower notó que los barqueros tenían el truco de levantar la proa, con una súbita aceleración, en la cresta de la ola que se formaba a su paso, y la retenían allí. Esto reducía las turbulencias en el canal al mínimo, y sólo al mirar a popa podía ver, muy lejos por detrás, los cañaverales en las orillas inclinándose y alisándose de nuevo mucho después de que ellos hubieran pasado. Era aquel truco lo

que hacía posible su fantástica velocidad. Los caballos trotones mantenían la velocidad de nueve millas por hora, y se cambiaban cada media hora. Había dos sirgas, unidas por unas gambotas o mangos de madera a proa y a popa. Un barquero iba como postillón en el caballo de atrás, controlando al caballo delantero con gritos y chasquidos de látigo. En la popa se sentaba el otro barquero, un hombre arisco al que le faltaba una mano y en lugar de ella llevaba un gancho. Con la otra sujetaba el timón y dirigía al bote en las curvas con una habilidad que Hornblower admiró.

Un súbito repiqueteo de los cascos de los caballos en la piedra avisó a Hornblower justo a tiempo. Los caballos estaban avanzando, sin aflojar el paso en ningún momento, por debajo de un puente muy bajo, donde el camino de sirga, confinado entre el agua y el arco, apenas les dejaba espacio para pasar. El barquero montado enterró la cara en las crines del caballo para poder cruzar; Hornblower tuvo el tiempo justo para saltar hacia atrás desde su baúl y sentarse mientras el puente pasaba a toda prisa por encima de su cabeza. Hornblower oyó la risa estentórea del timonel ante su momentánea confusión.

—Uno aprende a moverse rápido en una barcaza del canal, ¿eh, capitán? —le gritó el timonel desde su lugar en la caña del timón—. ¡Dos docenas para el último que se aparte de las vergas! Nadie falla aquí en Cotswold, capitán, pero usted se habría roto la cabeza de no ser tan rápido.

—No dejes que ese hombre sea tan maleducado contigo, Horatio —dijo María desde el camarote—. ¿No puedes hacer que se calle?

—No es tan fácil, cariño —replicó Hornblower—. Él es el capitán de esta embarcación, y yo sólo soy un pasajero.

—Bueno, pues si no puedes hacer que se calle, ven aquí conmigo, donde no puede insultarte.

—Sí, cariño, enseguida.

Hornblower prefirió arriesgarse a sufrir las burlas del barquero antes que dejar de mirar a su alrededor. Era la mejor oportunidad que tenía de contemplar el trabajo en los canales, que en los últimos treinta años habían cambiado la economía de Inglaterra. Y no muy lejos ante ellos se encontraba el túnel de Sapperton, una maravilla de ingeniería de la época, el mayor logro de la técnica moderna. Ciertamente, quería verlo. Que el timonel se riera de él si quería. Sin duda era un antiguo marinero licenciado como inválido por la pérdida de la mano. Sería una maravillosa experiencia para él tener a un capitán naval bajo su mando.

La torre de piedra gris de una esclusa apareció ante ellos, con la diminuta figura del encargado de la esclusa abriendo las puertas. Un grito del postillón-barquero hizo aminorar la velocidad de los caballos; el barco se deslizó suavemente; su velocidad disminuyó mucho mientras la proa se deslizaba fuera de la ola. Mientras el barco entraba en la esclusa, el timonel manco saltó a tierra con un cabo que lanzó

diestramente en torno a un noray. Un par de vigorosos tirones retuvieron todo el impulso del bote y el barquero, corriendo hacia adelante, aseguró el cabo a otro noray.

—Écheme ese cabo, capitán —gritó, y Hornblower, obediente, lanzó la bolina para que la asegurara adelante.

La ley del mar se aplicaba igualmente en aguas interiores: primero el barco, y la dignidad personal mucho después.

El encargado de la esclusa ya estaba cerrando las compuertas detrás de ellos, y su mujer abría las compuertas superiores; el agua entró a borbotones. Las compuertas inferiores se cerraron con estrépito mientras la presión iba en aumento, y el barco se alzó en el agua, gorgoteando. Los caballos se cambiaron en un abrir y cerrar de ojos; el postillón trepó a su silla y procedió a llevarse una botella negra a los labios durante los pocos segundos que restaron hasta que se llenó la esclusa. El timonel estaba desatando ya los cabos —Hornblower tomó la bolina que le tendía— y la mujer del encargado de la esclusa empujaba en una compuerta superior mientras el encargado, corriendo hacia la compuerta inferior, empujaba en la otra. El postillón lanzó un grito e hizo chasquear el látigo, la barcaza saltó hacia adelante mientras el timonel saltaba a su lugar a popa y allá iban de nuevo sin perder un segundo. Estaba claro que el tráfico de aquel canal era un prodigio de modernidad, y era muy gratificante ir a bordo de la barcaza más rápida del canal, la *Queen Charlotte*, que tenía preferencia sobre todo el tráfico. A popa llevaba una brillante hoja de guadaña como símbolo orgulloso de su superioridad. Aquello cortaría la sirga de cualquier barco que se aproximase y no apartase la sirga lo suficientemente rápido para dejarla pasar. Las treinta o cuarenta granjeras y campesinas que se sentaban a popa en segunda clase con sus pollos, patos, huevos y mantequilla viajaban nada menos que veinte millas para ir al mercado, en la confianza de volver el mismo día. Era asombroso.

Allí, mientras trepaban hasta el nivel máximo, las esclusas se sucedían a intervalos frecuentes; en cada una el postillón se llevaba la botella negra a los labios, y sus gritos a los caballos se hacían cada vez más agrios y sus latigazos más continuos. Hornblower, obedientemente, le acercaba la bolina en cada esclusa, a pesar de los apremios de María en sentido contrario.

—Querida —decía Hornblower—, si lo hago, ahorramos tiempo.

—Pero no es correcto —replicaba ella—. Él sabe que tú eres capitán de la Marina.

—Lo sabe demasiado bien —dijo Hornblower con una sonrisa torcida—. Y después de todo, tengo que hacerme cargo de mi nombramiento.

—Como si no pudiera esperar —refunfuñó María.

Era difícil hacer entender a María que para un capitán, su mando lo era todo, que no deseaba perder ni una hora, ni un minuto en su viaje para asumir el mando de su

corbeta en el río de Londres; que estaba ansioso de ver cómo era la *Atropos*, con la mezcla de esperanza y aprensión que se podía esperar en un novio oriental que acaba de desposarse con una novia velada... aunque ese símil no era prudente mencionárselo a María, desde luego.

Ahora iban bajando del nivel más alto del canal. El corte se hacía cada vez más y más profundo, de modo que el eco de los cascos de los caballos resonaba desde las orillas rocosas. Al otro lado de la suave curva seguramente estaría el túnel de Sapperton.

—¡Aguanta fuerte, Charlie! —chilló de pronto el timonel.

Un momento más tarde, saltó al camino detrás de la sirga y trató de desatar el tope de madera; hubo una gran confusión. Gritos y chillidos en el camino de sirga, caballos que relinchaban, cascos que repiqueteaban. Hornblower vio un momento al caballo delantero saltando frenéticamente arriba, hacia el empinado talud de la cañada. Justo por delante de ellos se encontraba la almenada y oscura boca del túnel, y no había ningún otro camino para que volviera el caballo. El *Queen Charlotte* daba espantosos bandazos contra la orilla, acompañado por estentóreos gritos desde el alojamiento de segunda clase. Durante un momento Hornblower estuvo seguro de que iba a zozobrar. Pero se enderezó y se detuvo mientras las sirgas se aflojaban; la frenética lucha del segundo caballo, enredado en las dos sirgas, acabó cuando éste se liberó a coces.

El timonel había trepado al camino y había echado la sirga posterior por encima de un noray.

—Vaya lío —exclamó.

Había aparecido otro hombre, que bajaba a la carrera hacia la orilla desde arriba mientras los caballos que quedaban le miraban, relinchando. Sujetó las cabezas de los caballos del *Queen Charlotte*. Junto a sus cascos yacía Charlie, el postillón, con la cara convertida en una masa sanguinolenta.

—¡Vuelvan a su sitio! —chilló el barquero a las mujeres que estaban saltando del alojamiento de segunda clase—. Todo va bien. ¡Vuelvan! Una vez salieron todas corriendo por el campo —añadió, dirigiéndose a Hornblower— y fueron más difíciles de recoger que sus pollos.

—¿Qué ocurre, Horatio? —preguntó María, de pie en la puerta del camarote con el niño en los brazos.

—Nada que deba preocuparte, querida —dijo Hornblower—. Tranquilízate. No debemos ponernos nerviosos.

Se volvió y miró al barquero al mando, que se inclinaba para examinar a Charlie. Agarrando la pechera de su chaqueta con el gancho, lo levantó, pero la cabeza de Charlie colgaba hacia atrás desmayadamente, y la sangre le corría por las mejillas.

—Ya no nos sirve de mucho este Charlie —dijo el timonel, dejándolo caer de



golpe.

Mientras Hornblower se inclinaba para examinarlo, notó que apestaba a ginebra a tres pies de la sangrante boca. Medio conmocionado y medio borracho... o más de la mitad de cada cosa, daba lo mismo.

—Tenemos que patear el túnel —dijo el piloto—. ¿Quién hay en la casa del túnel?

—Ni un alma —replicó el hombre de los caballos—. No ha pasado nadie desde temprano por la mañana.

El piloto lanzó un silbido.

—Tienes que venir con nosotros —dijo.

—No, yo no —negó el hombre de los caballos—. Tengo dieciséis caballos... dieciocho con estos dos. No puedo dejarlos solos.

El piloto lanzó un par de asombrosos juramentos, asombrosos incluso para Hornblower, que había oído muchos a lo largo de su vida.

—¿Qué quiere decir eso de «patear» el túnel? —preguntó Hornblower.

El piloto señaló con su gancho a la negra y ominosa boca del túnel con su entrada almenada.

—No hay camino de sirga a lo largo del túnel, capitán —dijo—. Así que dejamos los caballos aquí y vamos pateando. Ponemos un par de «alas» en la proa... una especie de serviolas o pescantes, sabe. Charlie se echa en uno y yo en el otro, con las cabezas hacia adentro y los pies contra la pared del túnel. Entonces hacemos como que andamos, y movemos el barco de esa manera; cogemos un par de caballos al salir, por el sur.

—Ya veo —repuso Hornblower.

—Voy a remojar a este borracho con un par de cubos de agua —dijo el piloto—. A lo mejor se despabila.

—A lo mejor —accedió Hornblower.

Pero los cubos de agua no hicieron nada por el inconsciente Charlie, que estaba claramente fuera de juego. La sangre volvió a fluir cuando su cara maltratada fue lavada con abundante agua. El piloto lanzó un par de juramentos.

—Los otros barcos vienen muy por detrás —dijo el de los caballos—. Tardarán un par de horas, quizá.

Todo lo que recibió como réplica fue una serie de juramentos más.

—Tenemos que alcanzar las represas del Támesis con luz del día —dijo el piloto—. ¿Dos horas? Llegaremos allí sólo con la luz justa si salimos ahora mismo.

Miró a su alrededor, al silencioso canal y la boca del túnel, a las mujeres que parloteaban en la barcaza y a los pocos decrepitos vejetes que se encontraban en torno a ellos.

—Doce horas de retraso, eso es lo que tendremos —concluyó, ominosamente.

Un día de retraso en tomar su mando, pensó Hornblower.

—Maldita sea —estalló—, yo le ayudaré a patear.

—Estupendo, señor —dijo el piloto, omitiendo el igualitario «capitán» a cambio del «señor», que hasta el momento había evitado cuidadosamente—. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Me parece que sí.

—Pues preparemos esas alas —dijo el timonel, decidido.

Eran unas pequeñas plataformas que se proyectaban a partir de cada lado de la proa.

—Horatio, ¿qué estáis haciendo? —preguntó María.

Era una pregunta típica de María. Hornblower estuvo tentado de responder lo que oyó una vez en el *Renown*, en el sentido de que estaba ordeñando a un avestruz macho, pero se contuvo.

—Ayudar al barquero, cariño —dijo, pacientemente.

—No piensas en tu posición —le regañó María.

Hornblower tenía ya la suficiente experiencia como hombre casado para darse cuenta de las ventajas que tenía dejar que su mujer dijera lo que quisiera mientras él pudiese hacer lo que le viniera en gana. Con las alas colocadas, él y el piloto a bordo y el propietario de los caballos en la orilla, tomaron sus posiciones en el *Queen Charlotte*. Un fuerte empujón conjunto envió al barco hacia el desfiladero, dirigiéndose hacia el túnel.

—Siga empujando, señor —dijo el piloto, trepando hacia adelante al ala de babor.

Era obvio que sería mucho más fácil mantener un impulso continuo en el barco que progresar a golpes, con alternativos movimientos y paradas. Hornblower se apresuró hacia el ala de estribor y se echó en ésta mientras la proa del bote se hundía en el oscuro túnel. Echado sobre el costado derecho, con la cabeza en el interior del bote, notó que sus pies entraban en contacto con los ladrillos del túnel. Apretó con los pies, y con un simple movimiento hacia atrás pudo empujar al barco.

—Dele sin parar, señor —dijo el barquero, con la cabeza justo detrás de la de Hornblower—, nos quedan un par de millas o más.

¡Un túnel de un par de millas, excavado en la sólida roca de Cotswold! No era extraño que se tratara de la maravilla del siglo. Los romanos, con todos sus acueductos, no habían logrado nada que pudiera compararse con aquello. Se fueron adentrando en el túnel más y más, en la oscuridad que se hacía cada vez más intensa, hasta resultar espantosa e increíble, de modo que los ojos no podían registrar absolutamente nada, por mucho que se esforzasen. Al entrar en el túnel las mujeres parloteaban y reían, y gritaban para oír su eco en el túnel.

—Vaya hatajo de gallinas idiotas —murmuró el piloto.

Ahora se callaron, amedrentadas por la oscuridad, todas excepto María.

—Confío en que recuerdes que llevas tu mejor traje, Horatio —dijo.

—Sí, cariño —repuso Hornblower, feliz al darse cuenta de que ella no podía verle.

No era una cosa muy digna lo que estaba haciendo, y desde luego era muy incómoda. Después de unos cuantos minutos, se le hizo muy presente la dureza de la plataforma en la que yacía. No mucho más tarde las piernas empezaron a protestar por el esfuerzo que se requería de ellas. Trató de cambiar un poco de postura, para que se movieran otros músculos y otras zonas de su cuerpo entrasen en contacto con la plataforma, pero pronto se dio cuenta de que aquello debía hacerse con tacto y cuidado, para no alterar el suave ritmo de propulsión de la barcaza: el piloto, junto a él, gruñó como protesta cuando Hornblower falló un empujón con el pie derecho y la barcaza se escoró un poco.

—Dele sin parar, señor —repitió.

Así que allá siguieron a través de la oscuridad, en medio de una extraña e hipnótica pesadilla, suspendidos en una completa negrura y un absoluto silencio, porque su velocidad no era suficiente como para levantar ni un susurro en torno a la proa del *Queen Charlotte*. Hornblower siguió empujando con los pies, obligando a sus doloridas piernas a esforzarse más y más; podía decir por la sensación que le llegaba a través de las suelas de los zapatos que el túnel ya no era de ladrillo: sus pies empujaban contra la roca desnuda, tosca e irregular, tal como los picos y la pólvora de los perforadores del túnel la habían dejado. Aquello hacía mucho más dificultosa su presente empresa.

Notó un ligerísimo ruido en la distancia: un sonido bajo, como un murmullo, al principio tan débil que cuando lo notó se dio cuenta de que llevaba oyéndolo cierto tiempo. Gradualmente su volumen se incrementó, mientras el barco iba avanzando, hasta que se convirtió en un ronco rugido. No tenía idea de qué podía ser, pero como el piloto, a su lado, no parecía preocuparse, decidió no preguntarle.

—Pare un minuto, señor —dijo el piloto, y Hornblower, sorprendido, paró sus doloridas piernas, mientras el timonel, todavía recostado, buscaba torpemente y manipulaba algo junto a él.

Al momento había extendido una lona encerada completamente por encima de los dos, excepto sus pies que sobresalían de debajo de los bordes. No había más oscuridad debajo de la lona que fuera, pero era considerablemente más sofocante.

—Siga, señor —dijo el piloto, y Hornblower volvió a empujar de nuevo con los pies contra la pared, mientras el rugido que oía antes se amortiguaba un poco por la lona. Un chorro de agua descargó con estruendo en la lona, y luego otro, y de repente comprendió lo que era aquel rugido.

—Ahí viene —anunció el timonel desde debajo de la lona.

Un manantial subterráneo rompía allí a través del techo del túnel y desaguaba

rugiendo en el canal. El agua caía sobre ellos con ensordecedoras cataratas. Cayó con estruendo sobre los techos de los camarotes, ahogando los gritos de las mujeres que había dentro. El peso de aquel impacto apretó la lona contra su cuerpo. Luego el torrente disminuyó, se redujo a chorritos y al cabo cesó del todo.

—Sólo una más de éstas —dijo el piloto en la sofocante oscuridad junto a él—. Es mejor en un verano seco.

—¿Te has mojado, Horatio? —preguntó la voz de María.

—No, cariño —dijo Hornblower, y aquella simple negativa tuvo el deseado efecto de reprimir más protestas.

Realmente sí que tenía los pies mojados, pero después de once años en la mar aquello no era una experiencia nueva. Estaba mucho más preocupado por el cansancio de sus piernas. Le pareció que pasaron siglos antes de que llegara el siguiente chorro de agua y el aviso del piloto: «Ahí viene» anunciara otro diluvio. Se abrieron paso a través de éste, y el piloto, con un gruñido de alivio, quitó la lona de encima de ellos. Al quitarla, Hornblower, haciendo girar su cuello, de repente vio algo muy lejos, hacia adelante. Ahora sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, y en aquella intensa negrura, increíblemente lejos, se veía algo, un punto diminuto, del tamaño de un grano de arena. Era la boca exterior del túnel. Empujó con renovada vitalidad. La abertura del túnel fue creciendo de tamaño, desde el de un grano de arena hasta el de un guisante; adquirió la forma de luna creciente que era de rigor y se hizo más grande todavía; con su crecimiento la luz se fue incrementando en el túnel por gradaciones infinitesimales, hasta que Hornblower pudo ver la oscura superficie del agua, las irregularidades del techo del túnel. Ahora el túnel estaba construido de ladrillo de nuevo, y el progreso era más fácil... y parecía más fácil todavía.

—Déjelo ya —dijo el piloto, con un empujón final.

A Hornblower le parecía increíble que no tuviera que mover ya más las piernas, que estuvieran emergiendo a la luz del día, que no hubiera más manantiales subterráneos cayendo en cascada sobre él mientras yacía sofocado bajo una lona. Lentamente, el barco salió de la boca del túnel y a pesar de su lento progreso, a pesar del hecho de que fuera el sol brillaba con un brillo tenue e invernal, le cegó durante un instante. El parloteo de las pasajeras aumentó hasta un rugido casi comparable al sonido del manantial subterráneo bajo la lona. Hornblower se sentó y parpadeó mirando en torno a él. Había un hombre con un par de caballos en el camino de sirga. Cogió el cabo que le tendía el timonel y entre los dos condujeron la barcaza hacia la orilla. Muchas de las pasajeras se bajaban allí, y empezaron a revolotear con sus equipajes y sus pollos. Otras se quedaban a bordo.

—Horatio —dijo María, saliendo del camarote de primera clase. El pequeño Horatio estaba despierto entonces y lloriqueaba un poco.

—¿Sí, cariño?

Hornblower era consciente de que su mujer veía ahora el desorden de sus ropas. Sabía que María le regañaría, le cepillaría, le trataría con la misma posesividad maternal con la que trataba a su hijo, y sabía que en aquel momento no deseaba que nadie le tratara con posesividad.

—Un momento, cariño, perdóname —dijo, y caminó ágilmente por el camino de sirga, uniéndose a la conversación del piloto y el hombre de los caballos.

—No hay ningún hombre aquí —dijo éste último—. Y no encontrarás ninguno hasta Oxford, te lo aseguro.

Como respuesta el piloto dijo más o menos lo mismo que le había dicho al otro hombre.

—Las cosas son así —repuso el hombre de los caballos, filosóficamente—. Tendrás que esperar al relevo.

—¿No queda ningún hombre libre aquí? —preguntó Hornblower.

—Absolutamente ninguno, señor —respondió el piloto, y luego, tras un momento de indecisión, preguntó—: Señor, ¿no le importaría a usted conducir un caballo?

—Ni hablar —respondió Hornblower apresuradamente. La pregunta le había cogido tan por sorpresa que no hizo ningún intento de enmascarar su disgusto ante la idea de conducir unos caballos de la forma en que lo había hecho el herido Charlie. Entonces vio la forma de recuperar su dignidad y mantenerse a salvo de la ayuda de María, y añadió—: Pero puedo llevar la caña del timón.

—Por supuesto que puede, señor —asintió el piloto—. Supongo que no es la primera vez que ha manejado un timón. Ni mucho menos. Y yo llevaré los jamelgos, con mi mano de pega y todo.

Miró el gancho de acero que había reemplazado su mano perdida.

—Muy bien —dijo Hornblower.

—Le estoy muy agradecido, señor —repuso el piloto, y para recalcar su sinceridad lanzó un par de juramentos más—. Tengo un contrato para este viaje... hay dos baúles de té allá adelante, la primera cosecha de China para entregar en Lunnon. Me ahorrará usted muchas libras, señor, y también mi buen nombre. Le estoy muy agradecido, por...

Y volvió a hacer hincapié en su sinceridad.

—Está bien —dijo pacientemente Hornblower—. Cuanto antes salgamos, antes llegaremos. ¿Cómo se llama usted?

—Jenkins, señor. Tom Jenkins, piloto... y ahora postillón —se tocó la frente—, primer vigía en el viejo *Superb* del capitán Reates, señor.

—Muy bien, Jenkins. Vamos.

El hombre de los caballos los ató a las sirgas, y mientras Jenkins soltaba la bolina, Hornblower soltó la de popa y la sujetó con una sola vuelta en torno al noray; Jenkins

trepó ágilmente a la silla y ató las riendas en torno a su gancho.

—Pero, Horatio —dijo María—, ¿en qué estás pensando?

—En llegar a Londres, querida —replicó Hornblower, y en aquel preciso momento el látigo chasqueó y las bolinas se tensaron.

Hornblower tuvo que saltar para coger la escota de popa, con el cabo en la mano, y agarrar el timón. Quizá María estuviese regañándole todavía, pero si así era, Hornblower se encontraba demasiado atareado para oír lo que dijo. Era impresionante lo rápidamente que el *Queen Charlotte* cogía velocidad cuando los caballos, echándose a trotar repentinamente, tiraban de la proa y la levantaban en su ola. Del trote pasaron al galope ligero, y la velocidad se hizo fantástica... mucho más rápida, para la calenturienta imaginación de Hornblower, ahora que él estaba al timón en lugar de ser un simple pasajero sin responsabilidades. Las orillas volaban a los lados. Afortunadamente, en aquella profunda hendidura del nivel más alto, el canal era muy recto al principio, porque dirigir el timón no era tan sencillo como parecía. Las dos sirgas, una en la proa y otra en la popa, mantenían el barco paralelo a la orilla con el mínimo uso de la caña... un uso económico de las fuerzas que le resultaba muy atractivo a la mente matemática de Hornblower, pero que hacía el desplazamiento del bote poco natural, como comprobó al ensayar el manejo del timón. Miró hacia adelante, al recodo que se aproximaba, con un poco de aprensión, y mientras se acercaban, dirigió la vista de orilla a orilla para asegurarse de que estaba manteniendo la barcaza en el centro del canal. Al girar el recodo, casi encima de ellos había un puente... otro de esos infernales puentes de los canales, construido de forma económica, con el camino de sirga sobresaliendo bajo el arco, así que era muy difícil apuntar al centro del canal, que se estrechaba mucho en aquel punto. María ciertamente le estaba diciendo algo, y el pequeño Horatio sin duda berreaba con furia, pero aquel no era el momento para dedicarles ni una mirada ni un pensamiento. Procuró estabilizar el barco siguiendo el recodo. Los cascos del caballo delantero resonaban ya sobre las piedras de debajo del puente. ¡Dios mío! Estaba demasiado lejos. Echó la caña hacia adelante. ¡Demasiado lejos por el otro lado! Empujó hacia atrás la caña, tirando de la barcaza mientras la proa entraba en el estrecho paso. Giró, todo lo rápido que pudo... la aleta de estribor, justo donde se encontraba él de pie, golpeó con un ruido sordo contra el ángulo del costado de ladrillo del canal, pero tenía allí un grueso cabo —presumiblemente para evitar situaciones similares— que amortiguó el golpe; no fue tan violento como para tirar a las pasajeras de sus asientos en el interior de las cabinas, aunque casi tiró a Hornblower, agachado debajo del arco, de cara contra el suelo. No había tiempo para pensar, aunque al parecer el pequeño Horatio se había sobresaltado y gritaba con más fuerza que nunca en la proa; el canal se estaba curvando de nuevo y tenía que guiar al *Queen Charlotte* en torno al recodo.

Crac, crac, crac, crac... —aquél era el látigo de Jenkins—. ¿Todavía no iban lo

bastante rápido para él? Dando la vuelta al recodo y dirigiéndose hacia ellos había otro barco del canal, que se deslizaba pacíficamente remolcado por un solo caballo. Hornblower se dio cuenta de que los cuatro latigazos de Jenkins eran una señal para pedir paso libre. Esperó sincera y fervientemente que éste estuviera asegurado, porque el barco del canal corría a toda prisa hacia la barcaza.

El barquero que llevaba el caballo de remolque hizo detenerse al animal, apartándolo hacia el seto que estaba por encima del camino de sirga. La mujer del barquero movió el timón y la barcaza se desvió majestuosamente, con el impulso que le quedaba, hacia los cañaverales que festoneaban la orilla opuesta. Así que entre el caballo y la barcaza la sirga se hundió hasta la tierra en el camino, y en el agua en una hondonada. Por encima de la sirga pasaron galopando los caballos de Jenkins, y Hornblower dirigió el barco hacia el estrecho espacio entre la barcaza y el camino. Podía adivinar que el agua allí era poco honda; resultaba necesario para gobernar el barco y pasar con la barcaza tan cerca como fuera posible; en cualquier caso, la mujer del barquero, acostumbrada a encontrarse con timoneles expertos, sólo le había dejado el espacio justo. Hornblower sentía cada vez más pánico mientras el bote se deslizaba hacia adelante.

Estribor... aguantar. A babor... aguantar. Se estaba dando a sí mismo aquellas órdenes, como podía haberlo hecho con su timonel; como un relámpago en la oscura confusión de su mente brilló la idea de que aunque diera la orden, no podía confiar en que sus entumecidos miembros las ejecutaran con la precisión de un hábil timonel. Por el hueco ahora; la popa todavía estaba balanceándose y en el último momento él sujetó el timón para detenerla. La barcaza pareció pasar como un relámpago; con el rabillo del ojo vio confusamente el saludo de la mujer del barquero, que cambió a sorpresa cuando se dio cuenta de que el piloto del *Queen Charlotte* era un hombre desconocido para ella. Débilmente, llegó hasta sus oídos el sonido de lo que dijo ella, pero no pudo distinguir las palabras... no podía dedicar atención a saludos.

Ya habían pasado y podía respirar de nuevo, podía sonreír, podía hacer muecas; todo estaba bien en un mundo maravilloso, gobernando un barco de pasajeros a nueve millas por hora a lo largo del Támesis y el canal Severn. Pero Jenkins lanzó otro grito: estaba deteniendo los caballos, y había una torre gris ante ellos. Era una esclusa. Las compuertas estaban abiertas, el guardián de la esclusa se encontraba de pie ante ellos. Hornblower se dirigió hacia allí, muy ayudado por la abrupta reducción de velocidad del *Queen Charlotte* mientras su ola de proa pasaba por delante. Hornblower agarró el cabo de popa, saltó a la orilla y milagrosamente se mantuvo en pie. El noray estaba a diez pies ante él; corrió hacia adelante, echó una lazada por encima de éste y tiró fuerte. El método ideal era aprovechar el impulso del barco, dejar que se deslizara hasta la esclusa y detenerlo completamente en el siguiente noray, pero era demasiado esperar que en su primer intento consiguiera ejecutar todo

aquello a la perfección. Dejó el cabo deslizarse entre sus manos, viendo el progreso del barco, y entonces de repente dio un tirón. Cabo y noray crujieron; la proa del *Queen Charlotte* osciló en la esclusa y chocó contra los lados torpemente, de modo que la mujer del encargado tuvo que correr desde las compuertas más alejadas, inclinarse, empujar la proa hasta que se soltara mientras agarraba la bolina y, con el cabo encima de su robusto hombro, tirar del barco las últimas doce yardas en la esclusa. Habían perdido un par de minutos. Yeso no era todo, porque como habían pasado ya el nivel más elevado, aquélla era una esclusa descendente, y Hornblower no estaba preparado mentalmente para aquel cambio. Cuando el *Queen Charlotte* se hundió abruptamente al abrir las compuertas, junto con el agua que se vaciaba, él, cogido por sorpresa, sólo tuvo el tiempo justo de aflojar el cabo de popa antes de que el barco quedara colgando de él.

—Eh, hombre, usted no sabe mucho de barcazas —dijo la mujer del encargado, y a Hornblower se le pusieron las orejas coloradas del apuro.

Pensó en los exámenes de navegación y náutica que había pasado, pensó en lo muy a menudo que había hecho virar un monstruoso navío de línea, y con mal tiempo. Aquella experiencia no le servía de mucho allí, en el interior de Gloucestershire —o quizás estuvieran ya en Oxfordshire por entonces— y en cualquier caso, la esclusa estaba vacía, las compuertas abiertas, las sirgas tirantes, y él tuvo que saltar seis pies más apresuradamente a la popa, que ya se movía, recordando coger el cabo y llevárselo. Empuñó el timón con bastante torpeza, y oyó la espontánea risa de la mujer del encargado mientras pasaba por debajo. Ella dijo también algo más, pero él no podía prestarle atención porque tenía que sujetar el timón y gobernar el barco que corría bajo el puente. ¡Y pensar que cuando pagó los pasajes imaginó la ociosa vida de un barquero del canal!

¡Por todos los cielos! Allí estaba María junto a él, después de ir a popa desde la cabina de segunda clase.

—¿Cómo puedes dejar que todas esas personas sean tan insolentes contigo, querido? —le preguntaba—. ¿Por qué no les dices quién eres?

—Querida... —empezó Hornblower, y enseguida se detuvo.

Si María no podía entender lo absurdo que resultaba ver a un capitán naval manejando mal una barcaza de canal, era inútil darle argumentos. Además, él no podía prestarle demasiada atención, no con aquellos caballos a galope tirando a toda prisa del *Queen Charlotte* de aquella manera.

—Y todo esto parece muy innecesario, querido —continuó María—. ¿Por qué te rebajas de esta manera? ¿Hay que apresurarse tanto?

Hornblower hizo girar la barcaza en un recodo: se felicitó por haberle cogido ya el pulso al timón.

—¿Por qué no me respondes? —le reprochó María—. Tengo la cena preparada



para nosotros, y el pequeño Horario...

Ella era como la voz de su conciencia... en realidad, era exactamente eso.

—María ¡Vete hacia adelante! —espetó Hornblower—. Vete adelante, te digo. Vuelve al camarote.

—Pero, querido...

—¡Vete adelante!

Hornblower rugió estas palabras: allí había otra barcaza acercándose y no podía perder tiempo con las minucias de la vida marital.

—No tienes corazón —dijo María—, y en mi estado, además...

Sin corazón quizá, pero ciertamente preocupado. Hornblower sujetó el timón, y María se llevó el pañuelo a los ojos y salió airadamente —si es que tal cosa le era posible en su estado— de vuelta al camarote de segunda clase de nuevo. La *Queen Charlotte* pasó limpiamente por el hueco entre la barcaza y el camino de sirga, y Hornblower pudo finalmente prestar la atención suficiente como para responder con la mano al saludo de la mujer del barquero. También tuvo tiempo entonces para una punzada de mala conciencia por su forma de tratar a María, pero sólo momentáneo. Seguía teniendo que gobernar el barco.

## CAPÍTULO 2



El día estaba ya muy avanzado cuando salieron al valle del Támesis y Hornblower, mirando a estribor, pudo ver el joven río —no tan joven en su nivel invernal— corriendo por debajo. Cada vuelta y cada esclusa llevaban el canal más cerca de la corriente, y por último llegaron a Inglesham, con la aguja de la iglesia de Lechlade a la vista ante ellos, y la unión con el río. En la esclusa de Inglesham Jenkins dejó sus caballos y fue atrás para hablar con Hornblower.

—Hay tres represas en la parte del río que tenemos que salvar, señor —dijo.

Hornblower no tenía ni idea de lo que era una represa, y estaba muy interesado en saberlo antes de tener que «salvarlas», pero al mismo tiempo no quería admitir su ignorancia. Jenkins, al parecer, tenía el tacto suficiente para comprender sus dificultades; al menos, dio una explicación.

—Hay unos diques que atraviesan el río, señor —le dijo a Hornblower—. En esta época del año, con tanta agua, algunas de las compuertas de las esclusas están siempre abiertas, al final del camino de sirga. Hay una caída de cinco o seis pies.

—¿Cinco o seis pies? —repitió Hornblower, sobresaltado.

—Sí, señor. Nada menos. Pero no es una caída a plomo, no sé si me explico, señor. Es empinada, pero nada más.

—¿Y tenemos que pasarla?

—Sí, señor. Es bastante fácil... por la parte de arriba, al menos.

—¿Y en el fondo?

—Hay un remolino, señor, como sería de esperar. Pero si se mantiene firme, señor, los jamelgos nos sacarán de allí.

—Lo sujetaré firme —dijo Hornblower.

—Claro que sí, señor.

—Pero ¿para qué demonios están esas represas en el río?

—Retienen el agua para los molinos... y la navegación, señor.

—¿Y por qué no hay esclusas?

Jenkins extendió la mano y el garfio en un gesto de ignorancia.

—No lo sé, señor. Hay esclusas de Oxford para abajo. Estas represas son una desgracia. A veces necesitamos hasta seis caballos para remontar por ellas al viejo *Queen Charlotte*.

Las ideas de Hornblower al respecto no habían progresado tanto como para llegar a imaginar cómo se pasaban las represas río arriba, y se sentía un poco molesto consigo mismo por haber tocado el tema. Pero asintió simulando hacerse cargo de todo al oír la información.

—Qué barbaridad —exclamó—. Por suerte, en este viaje eso no nos preocupa.

—No, señor —dijo Jenkins. Señaló hacia abajo, hacia el canal—. La primera represa está a media milla por debajo del puente de Lechlade. Está al costado de babor. Es muy fácil, señor.

Hornblower esperó que él tuviera razón. Ocupó su lugar a popa y agarró el timón con valentía, intentando ocultar su desconfianza, e hizo señales al encargado de ella cuando el barco empezó a alejarse rápidamente de ella: por aquel entonces ya era bastante experto como para poder prestar atención a aquello y al mismo tiempo negociar la apertura de una compuerta. Salieron a la superficie del joven río. Había una fuerte corriente en su dirección —Hornblower notó el remolino que se formaba allí—, pero la velocidad de los caballos les daba bastante impulso.

El puente de Lechlade estaba justo ante ellos, y la represa se encontraba a media milla más allá, dijo Jenkins. Aunque el aire ahora era muy frío, Hornblower notaba que sus manos, sujetando con fuerza el timón, estaban bastante sudadas. Ahora le parecía algo terriblemente imprudente intentar bajar por las represas sin tener, como él, ninguna experiencia. Hubiera preferido —lo hubiera preferido infinitamente— no tener que intentarlo. Pero tenía que gobernar el barco a través del arco del puente — los caballos avanzaban con las patas muy hundidas en el agua— y luego fue demasiado tarde para cambiar de opinión. La línea de la represa se veía claramente a través de la corriente, con un hueco a babor. Más allá de la represa, la superficie del río no era visible por la caída, y el agua caía en un talud empinado, liso y brillante, más alto por los lados que en medio. Los fragmentos que flotaban en la superficie corrían todos hacia allí, como la gente que se dirige a la salida de un edificio público. Hornblower dirigió el barco hacia el centro del hueco, tragando saliva con la excitación. Podía sentir el alterado equilibrio de la gabarra mientras la proa se hundía y la popa se elevaba en el talud. Ya iban volando hacia abajo. Por debajo, el liso talud se estrechaba hasta un punto, más allá del cual y a cada lado estaban las turbulentas aguas del remolino. Todavía tenía impulso suficiente para gobernar bien la gabarra; cuando notó que respondía al timón, estuvo tentado momentáneamente de seguir la línea lógica de pensamiento que le presentaba aquella situación, pero no tuvo tiempo ni tampoco se sintió realmente inclinado a hacerlo. La proa golpeó el agua turbulenta con un estrépito y un chapoteo; el barco dio unas guiñadas en el remolino, pero al momento las sirgas les impulsaron hacia adelante de nuevo. Dos segundos de cuidadoso gobierno y ya habían pasado a través del remolino y estaban deslizándose por una lisa superficie una vez más, espumeante, pero tranquila, y Hornblower se estaba riendo en voz alta. Había sido sencillo, pero tan divertido que ni siquiera se le ocurrió condenarse por sus anteriores aprensiones. Jenkins miró hacia atrás, volviéndose en su silla, y agitó su látigo; Hornblower le devolvió el saludo.

—Horatio, tienes que venir a comer —dijo María—. Me has dejado sola todo el

día.

—No antes de que lleguemos a Oxford, querida mía —repuso Hornblower.

No podía ocultar el hecho de que temporalmente, hasta entonces, había olvidado la existencia de su mujer y su hijo.

—Horatio...

—Enseguida, cariño —dijo Hornblower, paciente.

La tarde invernal se cerraba en torno a ellos, la luz se iba dulcificando poco a poco mientras se desvanecía sobre los campos arados y los prados, sobre los desmochados sauces y la profundidad de la corriente, sobre las granjas y las casitas de campo. Todo era encantador; Hornblower deseó que aquel momento no terminara nunca. Aquello era la felicidad; como si su anterior sensación de bienestar se hubiera transformado en algo más pacífico aún, igual que la superficie del río se había transformado por debajo del remolino. Pronto volvería de nuevo a otra vida, sumergido una vez más en un mundo de crueldad y guerra... el mundo que había dejado atrás en las aguas del Severn y que encontraría de nuevo en las del Támesis. Era muy significativo que debiera ser allí, en el centro de Inglaterra, en el punto central de su viaje, cuando alcanzara su momentánea cumbre de felicidad. El ganado en los bancales, los grajos en los árboles... ¿formaban parte acaso de su felicidad? Posiblemente, pero no con absoluta certeza. La felicidad procedía de su propio interior, y dependía de factores aún más transitorios que aquéllos. Hornblower aspiró el aire de la tarde como si se tratara de poesía divina, y notó que Jenkins le hacía señales desde su silla y señalaba con su látigo, y aquel momento desapareció, perdido para siempre.

Jenkins señalaba a la siguiente represa del río. Hornblower condujo la barcaza valientemente hacia allí, sin un momento de nerviosismo; aseguró la gabarra en su rumbo, sintió el tirón y la súbita aceleración cuando alcanzó el talud y sonrió con deleite cuando bajó, golpeó el remolino y emergió como antes después de un breve período de indecisión. Seguían adelante en el río, en la creciente oscuridad. Más puentes, otra represa —Hornblower se alegró de que fuera la última; Jenkins tenía mucha razón al decir que había que pasarlas a plena luz del día—, pueblos, iglesias. Ahora estaba ya casi oscuro, tenía frío y estaba cansado. La siguiente vez que María se acercara a popa hacia él, podía hablarle comprensivamente, e incluso compartir su indignación por lo lejos que estaba Oxford. Jenkins había encendido unas linternas. Una colgaba del collar del caballo delantero, y la otra del arzón de la silla del caballo en el que cabalgaba él. Hornblower, en la cámara del *Queen Charlotte*, vio las motitas de luz danzar en el camino de sirga: le daban una indicación de los recodos que tenía el río, y le permitían marcar un rumbo más seguro, aunque por dos veces se puso el corazón en un puño cuando el costado de la barcaza rozó al pasar los cañaverales de la orilla del río. Estaba bastante oscuro cuando Hornblower notó que

la barcaza súbitamente perdía velocidad al aflojarse las sirgas, y como respuesta al discreto aviso de Jenkins, dirigió la gabarra hacia un embarcadero flotante iluminado con linternas. Unas manos prestas cogieron los cabos y amarraron el barco, y los pasajeros empezaron a desembarcar.

—¿Capitán..., señor? —dijo Jenkins.

No usaba la palabra «capitán» con el mismo tono que al principio. Entonces había en ella una burla igualitaria; ahora, usaba la fórmula con la entonación que emplearía cualquier tripulante de un barco dirigiéndose a su capitán.

—¿Sí? —respondió Hornblower.

—Esto es Oxford, señor, y el relevo está aquí.

A la oscilante luz de la linterna, Hornblower pudo ver a los dos hombres indicados.

—¿Así que ya puedo tomar la cena? —preguntó, con suave ironía.

—Pues claro que sí, señor, y siento muchísimo que haya tenido que esperar tanto. Estoy en deuda con usted. Señor...

—Oh, no importa, Jenkins —dijo Hornblower, irritadamente—. Tenía mis buenas razones para querer llegar cuanto antes a Londres.

—Gracias, señor...

—¿A qué distancia estamos ahora de Londres?

—A unas cien millas por Brentford, señor, por el río. Estarán allí con las primeras luces. ¿Cómo será la marea entonces, Jem?

—Justo en la crecida —dijo el miembro del relevo sujetando el látigo—. Desde allí puede estar en Whitehall Steps en una hora, señor.

—Gracias —repuso Hornblower—. Entonces me despido ahora de usted, Jenkins.

—Adiós, señor, y gracias. Es usted un verdadero caballero.

María estaba de pie junto a la proa del barco, e incluso a la menguada luz Hornblower creyó detectar el reproche en su actitud. Pero no apareció de forma inmediata en sus palabras.

—Te he conseguido una cena caliente, Horatio —fue lo que dijo.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Horatio.

De pie junto al muelle había unos muchachos que venían a vender comida a los viajeros del río. El que había captado la atención de Hornblower era un chico robusto con un barrilito que con toda seguridad contenía cerveza en una carretilla, y el marino se dio cuenta de que le consumía la sed aún más que el hambre.

—Eso es lo que quiero —dijo—. Ponme un cuarto.

—Sólo pintas, señor —informó el chico.

—Entonces dos pintas, grumete.

Vació la primera jarra de madera sin esfuerzo alguno, sin respirar siquiera, y empezó la segunda antes de recordar sus modales. Estaba tan sediento que había

olvidado completamente la compostura.

—¿Y tú, querida? —le preguntó a María.

—Creo que tomaré media pinta —dijo María. Hornblower podía haber adivinado su respuesta de antemano: creía que era más adecuado para una dama beber sólo media pinta.

—Sólo pintas, señor —dijo el chico de nuevo.

—Bueno, dale una pinta a la señora y yo me la terminaré —aceptó Hornblower, con su segunda jarra vacía ya en sus dos terceras partes.

—¡Todos a bordo! —gritó el nuevo piloto—. ¡Todos a bordo!

—Será un chelín, señor —dijo el chico.

—¡Cuatro peniques la pinta por esta cerveza! —se maravilló María.

—Es barato para lo buena que está —dijo Hornblower—. Toma, chico.

Por pura debilidad le dio al chico un florín, y el muchacho lo lanzó al aire con deleite antes de guardárselo en el bolsillo. Hornblower tomó la jarra de las manos de María y la vació, y luego se la arrojó al chico.

—¡Todos a bordo!

Hornblower saltó al barco y ayudó con mucho cuidado a María a hacer lo mismo. Estaba un poco decepcionado al ver que el *Queen Charlotte* había tomado más pasajeros de primera clase allí y a lo largo de su ruta. Había dos o tres hombres y media docena de mujeres sentados en el camarote iluminado por una linterna. El pequeño Horatio estaba dormido en un rincón. María se sentía confusa; quería hablar de temas domésticos, pero le daba un poco de vergüenza hacerlo en presencia de desconocidos. Hablaba en susurros, mientras sus manos gesticulaban hacia los desconocidos de caras inexpresivas para indicar cuánto habría dicho de no encontrarse allí aquellos otros pasajeros.

—Le has dado dos chelines al chico, cariño —dijo—. ¿Por qué lo has hecho?

—Bueno, ha sido un capricho, querida, una simple locura —se justificó Hornblower, hablando despreocupadamente pero no demasiado lejos de la verdad.

María suspiró mientras miraba a su impredecible marido, que tiraba así como así un chelín y luego hablaba de locuras delante de desconocidos sin bajar la voz.

—Ésta es la cena que te he comprado —dijo María— mientras hablabas con esos hombres. Espero que esté todavía caliente. No has probado bocado en todo el día, y la carne y el pan que te compré para el almuerzo deben de estar ya pasados.

—Me comeré lo que haya, y más si hubiera —repuso Hornblower, con más de un cuarto de cerveza en su estómago, vacío por lo demás.

María indicó las dos bandejas de madera que les esperaban en el banco junto al pequeño Horatio.

—He sacado nuestras cucharas y tenedores —explicó ella—. Dejaremos las bandejas aquí, a bordo.

—Excelente —dijo Hornblower.

Había dos salchichas en cada bandeja, hundidas en una gran cantidad de puré de guisantes que todavía humeaba. Hornblower se sentó con la bandeja en el regazo y empezó a comer. Eran salchichas de buey, naturalmente, si no de carnero, o de cabra, o incluso de caballo, y aparentemente estaban elaboradas con puros cartílagos. La piel estaba tan dura como su contenido. Dirigió una mirada de reojo a María, que comía con aparente satisfacción. Había herido sus sentimientos varias veces aquel día, y no podía volver a hacerlo de nuevo; de otro modo, habría lanzado aquellas salchichas por encima de la borda al río, donde posiblemente los peces podrían acabar con ellas. Pero hizo un valiente esfuerzo para comerlas. Cuando empezó la segunda decidió que aquello era superior a sus fuerzas. Preparó el pañuelo en su mano izquierda.

—Llegaremos a la primera esclusa en cualquier momento —dijo a María, señalando con un gesto de su mano derecha para atraer la atención de ella hacia la oscura ventana.

María trató de atisbar hacia el exterior, y Hornblower deslizó la segunda salchicha en su pañuelo y se la metió en el bolsillo. Captó la mirada del hombre mayor que se sentaba casi enfrente de él en la estrecha cabina. Aquel individuo se había quedado allí sentado, envuelto en un grueso abrigo y un pañuelo, con el sombrero bien metido, observando gruñonamente desde debajo de sus cejas cada movimiento que hacía Hornblower. Éste le dedicó un exagerado guiño como réplica al asombro que reemplazó a la gruñona y malhumorada curiosidad del anciano. No era un guiño conspiratorio, ni Hornblower pretendía fingir que meterse grasientas salchichas en el bolsillo era algo que hiciera todos los días; el guiño simplemente advertía al viejo caballero de que no comentara nada ni pensara siquiera en aquella extravagante acción. Se dedico a acabar a toda prisa el puré de guisantes.

—Comes demasiado rápido, querido —dijo María—. No es bueno para tu estómago.

Ella también estaba luchando desesperadamente con sus salchichas.

—Estoy tan hambriento que me comería un caballo —dijo Hornblower—. Me comeré el almuerzo también, aunque esté pasado.

—Estoy encantada —dijo María—. Déjame que...

—No, no, cariño. Siéntate. Yo mismo iré a buscarlo.

Hornblower cogió el paquete de comida y lo abrió.

—Excelente —observó, con la boca ya llena de carne y pan.

A cada momento intentaba compensar a María por su arisco trato durante el día. Cuanto más comiera, cuanto más apetito mostrara, más complacida se encontraría ella. Un pequeño gesto como ir a buscar él mismo la comida la gratificaba absurdamente. Él podía darle mucha felicidad, y la podía herir también muy

fácilmente.

—Lamento haberte hecho tan poco caso durante el día, cariño —dijo—. Ha sido culpa mía. Pero si no hubiera ayudado con el trabajo del barco, estaríamos todavía en el túnel de Sapperton.

—Sí, querido —asintió María.

—Me habría gustado irte enseñando el paisaje mientras viajábamos —siguió Hornblower, luchando con el desprecio de sí mismo que le inspiraba su hipocresía—. De todos modos, confío en que lo hayas disfrutado.

—No tanto como si hubieras estado tú conmigo, cariño —respondió ella, complacida más allá de toda medida. Dirigía penetrantes miradas a las otras mujeres en la cabina para detectar la envidia que debían de sentir hacia ella por tener un marido tan maravilloso.

—¿El niño se ha portado bien? —preguntó Hornblower—. ¿Ha comido?

—Hasta la última miga —contestó María orgullosa-mente, mirando al niño dormido—. A ratos ha lloriqueado un poco, pero ahora está durmiendo muy feliz.

—Si hubiéramos hecho este viaje dentro de un par de años —dijo Hornblower—, ¡cuánto le habría gustado! Me habría ayudado con los cabos, y yo podría haberle enseñado cómo manejar el timón.

Y ahora no era del todo hipócrita.

—Incluso ahora parecía un poco interesado —comentó María.

—¿Y su hermanita? —preguntó Hornblower—. ¿Se ha portado bien?

—¡Horatio! —exclamó María, un poco escandalizada.

—Espero que no te haya hecho sufrir mucho, querida —dijo Hornblower, disipando su confusión con una sonrisa.

—No, se ha portado de maravilla —admitió María.

Estaban deslizándose en una esclusa. Hornblower oyó el golpe de las compuertas cuando las cerraban detrás de ellos.

—No has progresado mucho con esas salchichas, querida —dijo—. Déjame que limpie esto mientras tú picas un poco de carne y pan, que realmente están deliciosos.

—Pero, cariño...

—Insisto.

Cogió la bandeja de María y la suya y se dirigió hacia la proa en la oscuridad. Fue cosa de un momento enjuagar rápidamente las bandejas por encima de la borda; otro momento más lanzar la salchicha que llevaba en el bolsillo, y volvió con las goteantes bandejas ante María, deleitada y escandalizada ante la condescendencia de su esposo al rebajarse a realizar tales trabajos serviles.

—Está demasiado oscuro para disfrutar del paisaje —dijo, mientras el barco salía ya de la esclusa—. María, cariño, cuando hayas acabado tu cena me encargaré de que estés lo más cómoda posible para pasar la noche.



Se inclinó hacia el niño dormido mientras María volvía a empaquetar las sobras de la cena.

—Ahora, cariño.

—Horatio, no deberías. Horatio, por favor, te lo ruego...

—No necesitas sombrero a estas horas de la noche. Quítatelo. Ahora tienes mucho más espacio en el banco. Levanta los pies así. No necesitas tampoco los zapatos. No digas ni una palabra. Ahora, una almohada para la cabeza. La bolsa será lo más adecuado para eso. ¿Estás cómoda? Y ahora te pondré el abrigo por encima para mantenerte caliente. Y ahora duerme bien, querida.

María se sentía tan transportada por sus atenciones que no pudo protestar. Se quedó echada durante dos minutos enteros antes de abrir de nuevo los ojos para preguntarle cómo se pondría cómodo él.

—Estaré muy cómodo, cariño. Soy un veterano. Cierra otra vez los ojos, y duerme en paz, querida.

Hornblower no estaba muy cómodo, aunque había pasado noches peores en su vida, en barcos abiertos, por ejemplo. Con María y el niño yaciendo en el estrecho y acolchado banco, él tenía que quedarse necesariamente erguido, tal como hacían los otros pasajeros. Con la lámpara y la respiración de todas aquellas personas en la atestada y pequeña cabina, el aire era muy sofocante, las piernas se le agarrotaban, le dolía la nuca y la parte de su anatomía sobre la que se sentaba se quejaba por tener que soportar todo su peso sin alivio alguno. Pero era sólo una noche, después de todo. Metió las manos en los bolsillos y se acomodó de nuevo, mientras el barco bajaba por el río a través de la oscuridad, deteniéndose a intervalos en las esclusas, golpeando suavemente contra los muros y deslizándose de nuevo. No sabía, por supuesto, cómo era el río entre Oxford y Londres, así que no podía adivinar dónde se encontraban en cada momento. Pero se dirigían corriente abajo y hacia su nuevo destino.

Era afortunado de tener un destino, se dijo a sí mismo. No una fragata, sino una corbeta tan grande —veintidós cañones— como para justificar que tuviera un capitán y no un comandante. Era lo mejor que podía haber esperado, para el hombre que un mes antes era el capitán número seiscientos uno de una lista de seiscientos dos capitanes. Al parecer, Caldecott, el anterior capitán de la *Atropos*, se había puesto enfermo mientras la equipaban en Deptford, lo cual explicaba su inesperado requerimiento para que se presentara allí a reemplazarle. Y apenas acababan de llegarle las órdenes cuando arribaron noticias a Inglaterra de la victoria de Nelson en Trafalgar. El país estaba lleno de deleite ante la destrucción de la flota de Villeneuve, y sumido en hondo dolor por la muerte de Nelson. Nelson, Trafalgar, Nelson, Trafalgar... no había columna en un periódico ni cotilleo con un desconocido que no contuviera estos nombres. El país entero había sido pródigo en recompensas. Se le prometió un funeral de estado a Nelson; para la Marina hubo nombramientos de lores

y caballeros y promociones. Con la creación del cargo de Almirante de Gallardete Rojo habían sido promovidos veinte nuevos almirantes de la cabecera de la lista de capitanes; dos capitanes habían caído en Trafalgar, y dos más habían muerto, así que ahora Hornblower ocupaba el número quinientos setenta y siete. Pero al mismo tiempo, también había sido pródigo con promociones de comandantes y tenientes. Había cuarenta y un nuevos capitanes en la lista: había algo gratificante en el hecho de saber que él tenía más antigüedad que cuarenta y dos capitanes. Pero eso significaba que ahora había seiscientos diecinueve capitanes buscando empleo, e incluso en la vasta Marina Real no había suficientes vacantes para todos. Un centenar al menos —más probablemente ciento cincuenta— estaban con media paga en espera de un empleo. Era tal y como debería ser, se podría pensar. Esa proporción no sólo permite un margen para enfermedades y ancianidades entre los capitanes, sino que también hacía innecesario emplear a los que se habían mostrado probadamente incompetentes.

A menos que el incompetente tuviera amigos en los más altos cargos; entonces serían los desafortunados y sin amigos los que languidecerían con la media paga. Hornblower sabía que él no tenía amigos, y aunque se felicitaba por su buena suerte, siempre pensaba en sí mismo como en alguien condenado finalmente a la desgracia. Iba a hacerse cargo de un barco aparejado por otro, con oficiales y hombres de los que no sabía nada. Esos factores eran una base suficiente para alimentar su pesimismo.

María suspiró y se revolvió en el banco. Hornblower se inclinó hacia ella para arreglar el pesado abrigo en torno a su cuerpo.

## CAPÍTULO 3



En Brentford, a la temprana luz de la mañana de invierno, hacía frío, había humedad y estaba oscuro. El pequeño Horatio lloriqueaba intranquilo, María estaba incómoda y cansada, de pie junto a Hornblower mientras sacaban de la gabarra su baúl y los dos baúles de él.

—¿Está muy lejos Deptford, querido? —preguntó.

—Bastante —dijo Hornblower.

Entre Brentford y Deptford se encontraba toda la extensión de Londres y más aún, mientras que el río en el que iban a viajar serpenteaba sinuosamente en amplias curvas, hacia adelante y hacia atrás. Y habían llegado tarde, y la marea apenas podía conducirles.

Los hombres de las lanchas buscaban clientes.

—¿Barca, señor? ¿Remos cortos, señor? ¿Dos remos, señor?

—Dos remos —dijo Hornblower.

Costaba el doble una lancha manejada por dos remeros que una manejada por uno solo con remos cortos, pero con la marea menguante, valía la pena.

Hornblower ayudó a María y al niño a bajar a la cámara del bote y vigiló mientras cargaban a bordo los equipajes.

—Está bien, Bill. Adelante —dijo el que fijaba la remada, y la lancha partió rápidamente adentrándose en el río gris.

—Oooh —exclamó María, un poco asustada.

Los remos chirriaban en las chumaceras, el barco bailaba en el agua agitada.

—Dicen que el viejo rey ha quedado destrozado, señor, a la muerte de lord Nelson —comentó el que dirigía, con un movimiento de su mano hacia Kew, al otro lado del río—. Allí es donde vive, señor. En el palacio de ahí.

—Sí —dijo Hornblower, que no estaba de humor para discutir sobre el rey ni lord Nelson ni nadie en absoluto.

El viento era vivo y venía del oeste; si hubiera venido del este, el río habría estado mucho más agitado, y su progreso se retrasaría aún más, así que al menos algo se podía decir en favor de aquel grisáceo mundo.

—Despacio, Harry —dijo el de proa, y la lancha empezó a doblar el recodo.

—Calla, nene. ¿No te gusta este feo barcucho? —dijo María al pequeño Horatio, que estaba dejando bien claro que su madre había adivinado la verdad de la cuestión.

—El crío tiene frío, a lo mejor —aventuró el que dirigía.

—Sí, creo que sí —accedió María.

El barquero y María se enzarzaron en una conversación, para alivio de

Hornblower; así él podía sumergirse en sus pensamientos, en sus esperanzas y sus aprensiones —las últimas eran las que predominaban— acerca de su barco, que le esperaba río abajo. Sólo pasaría una hora o dos antes de que subiera a bordo. Tanto el barco como los oficiales y la tripulación eran completamente desconocidos para él.

—El duque vive ahí, señora —dijo el barquero, entre los gritos del pequeño Horatio—, y se puede ver el palacio del obispo entre los árboles.

Aquella era la primera visita de María a Londres; era muy oportuno que les acompañara un barquero tan locuaz.

—Mira qué casas más bonitas —decía María, haciendo bailar al niño entre sus brazos—. Mira qué barcos más bonitos.

Cada vez había más y más casas, pasaban un puente tras otro, y el tráfico de barcos en el río se hacía muy denso; de pronto Hornblower se dio cuenta de que estaban justo en la entrada de Londres.

—Westminster, señora —anunció el barquero—. Yo trabajaba en el ferry que había aquí hasta que construyeron el puente. Con el peaje de medio penique han quitado el pan de la boca a muchos honrados barqueros.

—Sí, eso creo, verdaderamente —dijo María, comprensiva. Por entonces, ya había olvidado por completo la dignidad de su posición como esposa de un capitán.

—Whitehall Steps, señora, y allí está el Strand.

Hornblower había tomado a menudo botes hacia Whitehall Steps durante aquellos amargos días de media paga en que solicitaba empleo del Almirantazgo.

—San Pablo, señora.

Y ahora estaban realmente en la ciudad de Londres. Hornblower podía oler el humo de los fuegos de carbón.

—Despacio, Harry —dijo de nuevo el de proa, mirando por encima de su hombro.

Botes, gabarras y barcazas cubrían la superficie del río, y el puente de Londres se alzaba justo delante de ellos.

—Dale todo —dijo el de proa, y los dos remeros tiraron esforzadamente a través de un hueco en el tráfico hacia el puente. A través de los estrechos arcos la corriente pasaba rápida; el río se atropellaba por la constricción del puente. Pasaron velozmente a través de la estrecha abertura.

—¡Dios santo! —exclamó María.

Y allí estaba el puerto mayor del mundo: barcos anclados, barcos descargando, con sólo un estrecho canal entre ellos en el centro. Barcos carboneros del norte del país, jábegas, barcos de cabotaje, barcos de carga de cereales, con la torre gris sobresaliendo entre todos ellos.

—El Pool es siempre una vista muy curiosa, señora —dijo el que dirigía—. Incluso con guerra y todo.

Toda aquella frenética actividad de los barcos era la mejor prueba de que Bonaparte, al otro lado de las aguas, estaba perdiendo la guerra contra Inglaterra. Inglaterra nunca podría ser conquistada mientras la Marina dominara los mares, asfixiando los poderes continentales mientras permitía paso libre al comercio británico.

Debajo del Pool se encontraba un buque de guerra, ociosamente al ancla, con los masteleros de gavia arriados, los hombres trabajando en diversos lugares del exterior, pintando. En su proa había un mascarón de una mujer con ropajes pintados de color rojo y blanco; en sus manos torpemente cinceladas llevaba un enorme par de tijeras doradas, y fue aquello precisamente lo que le dijo a Hornblower cuál era el barco, antes siquiera de poder contar las once portas de cada costado, antes de pasar bajo la popa y leer su nombre, *Atropos*. Se atragantó con la excitación mientras miraba el buque, tomando nota de su aparejo y su línea, del oficial que había en la guardia... de todo lo que en aquel momento le fue posible observar.

—*Atropos*, veintidós —dijo el remero que dirigía, notando el interés de Hornblower.

—Mi marido es su capitán —dijo María, orgullosamente.

—¿De verdad, señor? —respondió el remero, con un renovado respeto que debió de ser muy gratificante para María.

El bote ya estaba dando la vuelta; allí estaban Deptford Creek y Deptford Hard.

—¡Despacio! —dijo el de proa—. Dale de nuevo. ¡Despacio!

El bote rozó contra la costa, y el viaje desde Gloucester concluyó. No, no del todo, decidió Hornblower, preparándose para desembarcar. Ahora estaban todos aquellos tediosos asuntos de obtener un alojamiento, llevar su equipaje e instalar a María antes de poder embarcar. La vida era una sucesión de píldoras que había que tragar. Le pagó al barquero bajo los vigilantes ojos de María; afortunadamente, un hombre que remoloneaba por la orilla vino buscando clientes y sacó una carretilla en la cual colocaron todo el equipaje. Hornblower cogió el brazo de María y la ayudó a subir por el resbaladizo muelle mientras ella llevaba en brazos al niño.

—Me alegraré mucho de apartarme de todas esas costas —comentó ella—. Y cuanto antes pueda cambiar al pequeño Horatio, mejor. Vamos, vamos, cariño.

Sólo un breve paseo, afortunadamente, les condujo al George. Su regordeta propietaria les recibió, contemplando con simpatía el estado de María. Les llevó a una habitación donde una doncella, apremiada por sus enérgicas instrucciones, se apresuró a llevarles agua caliente y toallas.

—Ya, ya, amorcito —decía la dueña al pequeño Horatio.

—Oooh —exclamaba María, sentándose en el lecho y empezando ya a quitarse los zapatos.

Hornblower estaba de pie en la puerta, esperando que le trajeran sus baúles.

—¿Cuándo lo espera, señora? —preguntó la dueña.

Al cabo de lo que pareció sólo un segundo, ella y María estaban discutiendo sobre comadronas y sobre el aumento del coste de la vida, este último tema introducido por la determinación de María de regatear por el precio de la habitación. El mozo de la posada y el hombre de la carretilla trajeron el equipaje y lo colocaron en el suelo de la habitación, interrumpiendo la discusión. Hornblower sacó sus llaves y se arrodilló ansioso ante su baúl.

—Horatio, querido —dijo María—. Te estamos hablando.

—¿Eh... qué? —preguntó Hornblower, ausente, por encima de su hombro.

—¿Quiere tomar algo caliente, señor, mientras les preparamos el desayuno? —preguntó la posadera—. ¿Un ponche de ron? ¿Una taza de té?

—No, no quiero nada, gracias —dijo Hornblower.

Había abierto su baúl por entonces y estaba deshaciéndolo febrilmente.

—¿No puede esperar todo eso hasta que hayamos desayunado, cariño? —propuso María—. Entonces te podré ayudar.

—No, no señora —dijo Hornblower, aún de rodillas.

—¡Tus mejores camisas! Las estás arrugando todas —protestó María.

Hornblower estaba hurgando para sacar su casaca de uniforme de debajo. Dejó la casaca sobre el otro baúl y buscó su charretera.

—¡Te vas al barco! —exclamó María.

—Por supuesto, querida —replicó Hornblower.

La posadera había salido de la habitación y podían conversar con mayor libertad.

—Pero primero tendrás que tomar el desayuno —se quejó María.

Hornblower se esforzó por entrar en razón.

—Bueno, cinco minutos para desayunar, después de afeitarme —concedió.

Extendió su casaca encima de la cama, frunciendo el ceño ante sus arrugas, y desató los lazos de la caja charolada que contenía su tricornio. Se quitó la chaqueta que llevaba y deshizo febrilmente el nudo de su corbatín y el alzacuello. El pequeño Horatio decidió en aquel momento protestar de nuevo contra un mundo sin entrañas; Hornblower desenvolvió su neceser, sacó su navaja de afeitar y fue a afeitarse mientras María atendía al pequeño.

—Llevaré abajo a Horatio para que tome su pan y su leche, cariño —dijo María.

—Sí, querida —respondió Hornblower a través de la espuma.

El espejo reflejaba a María, y él se obligó a sí mismo a descender al mundo. Ella estaba allí de pie, patética, mirándole; él bajó la navaja de afeitar, cogió la toalla y se secó la espuma de la boca.

—¡Ni un solo beso desde ayer! —exclamó Hornblower—. María, cariño, ¿no crees que me estás descuidando un poco?

Ella corrió hacia los brazos abiertos de él, con los ojos húmedos, pero la suavidad

de la voz de él y la ligereza de su tono pusieron una sonrisa en sus labios a través de las lágrimas.

—Pensaba que era yo la abandonada —susurró.

Ella le besó con ansia, posesivamente, con las manos en los hombros de él, apretándole contra su hinchado cuerpo.

—He estado pensando sobre todo en mi deber —le dijo él—, excluyendo todas las demás cosas en las que debería haber pensado. ¿Podrás perdonarme, queridísima?

—¡Perdonarte! —La sonrisa y las lágrimas se acentuaron aún más mientras ella hablaba—. No digas eso, querido. Haz lo que debas... yo soy tuya. Soy siempre tuya.

Hornblower sintió que una oleada de ternura le invadía mientras volvía a besarla; la felicidad, la vida entera de una criatura humana dependían de su paciencia y su tacto. Aunque se había limpiado la espuma, no lo había hecho demasiado bien: quedaban unos restos en la cara de María.

—Tu dulzura —dijo—, eso te convierte en mi posesión más preciada.

Y mientras la besaba, pensó en la *Atropos* al paio allá fuera, en el río, y se despreció por ser un amante hipócrita e infiel. Pero aquella forma de esconder su impaciencia obtuvo su recompensa, porque cuando el pequeño Horatio empezó a lloriquear de nuevo, fue María la primera que se retiró.

—¡Pobre corderito! —dijo ella, y se apartó de los brazos de Hornblower para ir a atenderle. Miró a su marido desde donde estaba, inclinada sobre el pequeño, y le sonrió—. Tengo que hacer que alimenten bien a estos dos hombres míos.

Hornblower tenía que decir algo, pero debía ser de forma delicada, y rebuscó en su mente hasta que encontró la forma adecuada de hacerlo.

—Querida —dijo—, a mí no me importa si el mundo entero sabe que acabo de besarte, pero me temo que a ti podría darte un poco de vergüenza.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó María, comprendiéndolo y corriendo al espejo para limpiarse la espuma. Entonces cogió al niño—. Veré que tengan tu desayuno preparado cuando bajas.

Ella le sonrió con el rostro lleno de felicidad, y le lanzó un beso antes de salir de la habitación. Hornblower se giró de nuevo para volver a enjabonarse y prepararse para subir a bordo. En su mente sólo había lugar para su barco, su mujer, su hijo y el niño que iba a nacer. La efímera felicidad del día anterior estaba ya olvidada; quizá, no siendo consciente de que era infeliz ahora, podía considerarse feliz hoy también, pero no era un hombre que tuviera facilidad para ser feliz.

Cuando acabó de almorzar, al fin volvió a tomar un bote en el *Hard* para que le llevara a su barco, a corta distancia. Mientras se sentaba en la cámara, se colocó bien el tricornio con su lazada dorada y su botón, y dejó que su manto colgara suelto para dejar ver la charretera en su hombro derecho que le señalaba como capitán con menos de tres años de antigüedad. Se dio unos golpecitos en el bolsillo para asegurarse de

que llevaba sus órdenes en él y luego se sentó muy tieso en el bote con toda la dignidad que pudo. Podía imaginar lo que estaba ocurriendo en la *Atropos*, el oficial de guardia que veía el tricornio y la charretera, el mensajero que corría para decírselo al teniente, la llamada a la guardia y a los segundos contramaestres, la ola de nerviosismo y curiosidad que recorría todo el buque con las noticias de que el nuevo capitán estaba a punto de subir a bordo. Aquella idea le hizo sonreír a pesar de su propio nerviosismo y curiosidad.

—¡Ah del bote! —vino el saludo del barco.

El barquero dirigió una inquisitiva mirada a Hornblower, recibió una señal de asentimiento como respuesta y devolvió el saludo con un buen vozarrón.

—¡Atropos!

Aquella era la seguridad para el barco de que era su capitán quien se acercaba.

—Abarloa —dijo Hornblower.

La *Atropos* estaba hundida en el agua, hasta la cubierta corrida. Los cadenotes de mesana estaban al alcance de Hornblower, que se encontraba de pie. El barquero tosió decorosamente.

—¿Recuerda usted mi tarifa, señor? —preguntó, y Hornblower rebuscó unas monedas para pagarle.

Entonces subió por el costado del barco, negándose, en lo que le permitía la dignidad, a dejar que el incidente le turbara. Trató de ocultar su excitación mientras llegaba a cubierta entre el pitido de los silbatos, con la mano tocando el borde de su tricornio como saludo, pero no fue capaz de ver con claridad las caras que le esperaban allí.

—John Jones, primer teniente de navío —dijo una voz—. Bienvenido a bordo, señor.

Entonces oyó otros nombres, vio otras caras tan vagas como los nombres. Hornblower intentó no tragar saliva con excitación por miedo de que lo notasen. Le costó mucho trabajo hablar con un tono que se ajustara exactamente a lo adecuado.

—Llame a toda la tripulación, señor Jones, por favor.

—¡Todos los marineros! ¡Todos los marineros!

El grito corrió por todo el buque mientras los silbatos pitaban y chillaban de nuevo. Hubo un ruido de pies apresurados, un alboroto y un murmullo reprimido. Ahora tenía ante sí, en el combés, un mar de rostros, pero aún estaba demasiado excitado para observarles en detalle.

—La tripulación reunida, señor.

Hornblower se tocó el sombrero como réplica —tenía que suponer que Jones también lo había hecho, aunque la verdad es que no se había dado cuenta de ello— y sacó sus órdenes y empezó a leerlas.

—Órdenes del Comisionado para la oficina del Gran Almirante de Gran Bretaña e



Irlanda, dirigidas al capitán Horatio Hornblower de la Marina de su majestad. Por la presente se le requiere...

Leyó hasta el final, dobló los papeles y los volvió a introducir en su bolsillo. Ahora ya era legalmente el capitán de la *Atropos*, con una posición de la cual sólo un consejo de guerra —o un Acta del Parlamento, o la pérdida del barco— podía desposeerle. Y a partir de aquel momento cesaba su media paga y podía empezar a recibir la paga completa de capitán de sexto rango. ¿Tenía algún significado especial que justamente a partir de aquel momento la niebla pareciese aclararse ante sus ojos? Jones era un hombre de largas quijadas, con la negra barba tiñendo de azul su rostro bien afeitado y bronceado. Hornblower le miró a los ojos.

—Ya puede despedir a la tripulación, señor Jones.

—Sí, señor.

Hornblower sabía que aquél podía haber sido un momento adecuado para un pequeño discurso. Incluso era costumbre hacerlo. Pero él no había preparado nada y se dijo a sí mismo que era mejor no decir nada. Creía que así daría una primera impresión de persona fría, dura y eficiente, y nada sentimental. Se volvió hacia el grupito de tenientes que le esperaba; ahora podía distinguir sus rasgos, reconocer que eran individuos diferenciados, aquellos hombres en los cuales debería confiar durante años en el futuro, pero sus nombres se le habían olvidado por completo. En realidad no había oído nada durante aquellos excitantes segundos después de su llegada al alcázar.

—Gracias, caballeros —les dijo—. Ya nos conoceremos muy pronto, no tengo duda de ello.

Todos se tocaron el sombrero como saludo y se volvieron para alejarse excepto Jones.

—Tiene usted una carta del Almirantazgo esperándole, señor —informó.

¡Una carta del Almirantazgo! ¡Ordenes! La clave para el futuro, que le revelaría cuál iba a ser su destino: las palabras que podían enviarle a él y a la *Atropos* a la China o a Groenlandia o al Brasil. Hornblower sintió que su excitación renacía de nuevo... de todos modos, tampoco había desaparecido del todo. Una vez más, evitó tragar.

—Gracias, señor Jones. La leeré en cuanto tenga un momento.

—¿Desearía venir abajo, señor?

—Gracias.

El alojamiento del capitán en la *Atropos* era tan diminuto como Hornblower había esperado: un camarote para el día y otro para la noche verdaderamente pequeños. Eran tan pequeños que ni siquiera había un mamparo entre uno y otro: se suponía que debía colgar una cortina entre ambos, pero en realidad tampoco había cortina.

No había nada en absoluto: ni coy, ni escritorio, ni silla, nada. Al parecer,

Caldecott se había llevado todas sus pertenencias cuando dejó el barco. Aquello no era sorprendente, pero sí inconveniente. El camarote era oscuro y sofocante, pero como el buque estaba recién salido del dique seco, todavía no había adquirido los variados olores que lo impregnarían después.

—¿Dónde están esas órdenes? —pidió Hornblower bruscamente, debido a la excitación que intentaba ocultar.

—En mi escritorio, señor. Las traeré al momento.

No podía ser demasiado rápido para Hornblower, que se quedó de pie debajo del pequeño tragaluz esperando el regreso de Jones. Cogió el paquete sellado en las manos y se quedó allí sujetándolo durante un momento. Fue una transición instantánea. El viaje de veinticuatro horas había sido un período largo, pero similar: un intervalo entre un tipo de actividad y otra. Los siguientes segundos finalmente transformarían la *Atropos*, un barco ocioso en el Támesis, en un barco activo en alta mar, con vigías en el calcés, cañones listos para la acción, peligros, aventuras y muertes más allá del horizonte, o quizás a su lado mismo. Hornblower rompió el sello, esa ancla de pacotilla del Almirantazgo, el emblema más inapropiado que podía concebirse para una nación que gobernaba los mares. Mirando hacia arriba se encontró con los ojos de Jones, mientras el primer teniente de navío esperaba ansiosamente para oír cuál iba a ser su destino. Hornblower sabía que tenía que haber enviado fuera a Jones antes de romper el sello, pero ya era demasiado tarde. Leyó las líneas introductorias... casi podía haber anunciado de antemano cuáles serían las seis primeras palabras, o incluso las doce primeras:

*Se le ordena y requiere, inmediatamente después de la recepción de estas órdenes...*

Aquél era el momento; Hornblower lo saboreó durante medio segundo.

*... que espere al señor don Henry Pallender, Blue Mande Pursuivant at Arms del Colegio de Heraldos...*

—Dios mío —dijo Hornblower.

—¿Qué pasa, señor? —preguntó Jones.

—No lo sé todavía —respondió Hornblower.

*... allí para consultarle acerca de los arreglos que deben hacerse para la comitiva fúnebre por mar para el difunto vicealmirante lord Vizconde Nelson...*

—Así que es eso —dijo Hornblower.

—¿Qué, señor? —preguntó Jones, pero Hornblower no podía perder tiempo en la ocasión presente para hacérselo saber.

*... tomará sobre usted, por la autoridad de estas órdenes, el mando de todos los oficiales, marineros y reales infantes de Marina que deban participar en la comitiva mencionada, así como de todos los buques, barcos y barcazas pertenecientes a las ciudades de Londres y Westminster y a las cofradías de la ciudad. Dará usted todas las órdenes necesarias para que la comitiva se lleve a cabo de acuerdo con las formas marineras. Mediante las consultas con el mencionado señor don Henry Pallender, deberá usted dilucidar cuáles son los requisitos de ceremonial y precedencia, pero por la presente se le encarga, bajo su estricta responsabilidad, que preste especial atención a las condiciones de marea y clima para que no sólo se pueda observar el ceremonial, sino también que ningún peligro o daño pueda ocurrir a los barcos, buques y barcazas, y a todos los navíos antes mencionados, ni a sus tripulaciones o pasajeros.*

—Por favor, señor. Por favor —suplicó Jones.

Sus pensamientos volvieron al pequeño camarote.

—Son órdenes personales para mí —dijo—. Ah, muy bien, puede leerlas usted mismo si quiere.

Jones las leyó moviendo los labios y finalmente levantó la vista hacia Hornblower con una expresión asombrada.

—¿Así que el barco se queda aquí, señor? —preguntó.

—Sí, ciertamente. A partir de este momento es el buque insignia para la comitiva fúnebre —dijo Hornblower—. Necesitaré un bote con su tripulación inmediatamente. Ah, sí, y papel y lápiz para enviar un mensaje a mi esposa.

—Sí, señor.

—Vea que haya un buen oficial de mar en el bote. Tendrá que estar esperando mucho tiempo en la costa.

—Sí, señor. Tenemos entrenamiento todos los días.

Por supuesto, la desertión podía ser un grave problema en un barco anclado en el río, a corta distancia de la orilla y con innumerables barcos yendo y viniendo y toda la ciudad de Londres al completo al alcance de la mano, en la cual un desertor podía fácilmente desaparecer. Y estaba también la cuestión del licor que se podía vender subrepticamente a bordo desde los botes costeros. Hornblower llevaba sus buenos diez minutos a bordo y aún no sabía nada de las cosas que más anhelaba conocer: cómo estaba equipada y tripulada la *Atropos*, qué le faltaba, en qué estado se

encontraba su material; sabía lo mismo que el día anterior. Pero todos aquellos problemas con los que estaba ansioso por enfrentarse debían ser pospuestos por el momento, y debía irlos tratando por etapas en la medida en que sus extrañas nuevas obligaciones se lo permitieran. La simple cuestión de amueblar su camarote podía demandar más atención de la que podía dedicarle en las presentes circunstancias. Hornblower sabía por los periódicos que había leído el día anterior que el cuerpo de Nelson estaba en el Nore, esperando un viento propicio para ser trasladado a Greenwich. El tiempo apremiaba, y había que redactar órdenes a centenares, sin duda.

Y entonces pasó el momento de transición. Si le hubieran permitido intentar adivinar mil veces cuál iba a ser el contenido de sus órdenes, nunca habría pensado en aquella obligación en concreto. La cosa resultaría cómica si no se tratara de algo tan serio. De todos modos, podía reírse, y lo hizo. Después de una momentánea mirada de sorpresa, el señor Jones decidió que debía reír también, y se rió a su vez, obsequiosamente.

## CAPÍTULO 4



—¿Pantalones negros? —preguntó Hornblower, asombrado.

—Por supuesto. Pantalones y medias negros, y bandas de luto —dijo el señor Pallender con toda solemnidad.

Era un hombre anciano, y aunque la parte superior de su cabeza era calva, llevaba el resto de su blanco pelo muy largo, atado en la nuca en forma de espesa coleta sujeta con una cinta negra. Tenía los ojos de un azul pálido, nublados por la edad, y una nariz delgada y puntiaguda que, debido al frío de la habitación, ostentaba en la punta rojiza una gota a punto de caer... o a lo mejor la llevaba siempre.

Hornblower tomó nota en la hoja de papel que tenía ante él lo de los pantalones y medias negros y las bandas de luto. También tomó nota mentalmente de que debía obtener todas esas cosas para sí mismo, y se preguntaba de dónde sacaría el dinero para ello.

—Sería mejor —continuó el señor Pallender— que la comitiva pasara por la ciudad a mediodía. Entonces el populacho tendría mucho tiempo para irse reuniendo, y los aprendices podrían hacer su trabajo por la mañana.

—No puedo prometérselo —dijo Hornblower—. Depende de la marea.

—¿La marea, capitán Hornblower? Debe usted darse cuenta de que se trata de un ceremonial en el que la corte —incluido su majestad en persona— está altamente interesada.

—Pero aun así dependerá de la marea —replicó Hornblower—. Y también de los vientos que soplen.

—¿De verdad? Su majestad se sentirá muy irritado si sus sugerencias son desdeñadas.

—Ya veo —replicó Hornblower.

Pensaba comentar que aunque su majestad gobernase las olas, no tenía más control sobre las mareas que su ilustre predecesor el rey Canuto, pero decidió no hacerlo. El señor Pallender no parecía el tipo de persona que pudiera apreciar broma alguna acerca de la limitación del poder real. En lugar de eso, Hornblower decidió imitar la solemnidad del señor Pallender.

—Dado que el día concreto del ceremonial no ha sido decidido todavía —dijo—, se podría elegir aquél en que la marea se ajuste mejor a nuestros propósitos.

—Supongo que sí —concedió el señor Pallender.

Hornblower tomó nota de la necesidad de consultar inmediatamente las tablas de mareas.

—El lord mayor —dijo el señor Pallender— no estará presente en persona, pero

sí estará su representante.

—Comprendo.

Había un poco de alivio en la idea de no ser responsable de la persona del lord mayor, pero no demasiado, sabiendo que los ocho almirantes de mayor antigüedad de la Marina estarían presentes, y sí iban a ser responsabilidad suya.

—¿Está seguro de que no quiere probar un poquito de brandy? —insistió el señor Pallender, empujando un poco la botella.

—No, muchas gracias.

Hornblower no tenía deseo alguno de beber brandy a aquellas horas del día, pero ahora ya sabía qué era lo que daba a la nariz del señor Pallender aquel tono rojizo en la punta. El señor Pallender bebió un sorbito apreciativamente antes de continuar.

—Y ahora, en lo que concierne a los cañones de salvas...

A lo largo de la ruta del cortejo, al parecer, había quince puntos desde los cuales se iban a disparar unos cañones cada minuto, y su majestad estaría escuchando para comprobar que fueran coordinados debidamente. Hornblower tomó más notas. Habría treinta y ocho barcos y barcazas en la comitiva, que se reunirían en el traidor canal de mareas en Greenwich, formados en orden, subirían a Whitehall Steps y se dispersarían después de entregar el cuerpo a una guardia naval de honor reunida allí, que lo escoltaría al Almirantazgo para que descansara durante la noche antes del cortejo final hasta San Pablo.

—¿Puede indicarme, señor —preguntó Hornblower—, qué tipo de embarcaciones son esas barcazas ceremoniales?

Lamentó haber hecho la pregunta al instante; el señor Pallender mostró gran sorpresa de que alguien no estuviera familiarizado con las barcazas ceremoniales, pero en cuanto a sus conocimientos acerca de lo manejables que pudieran ser en aguas turbulentas, o cuántos remos llevaban por cada costado, por supuesto, era más de lo que se podía esperar que supiera el señor Pallender. Hornblower se dio cuenta de que cuanto antes viera una y la hiciera remar todo el curso de la comitiva en las adecuadas condiciones de marea, tomando el tiempo de cada etapa, mejor. Añadió más notas a las que ya tenía mientras el señor Pallender continuaba con lo que para él era más importante: el orden de precedencia de los navíos; que estaría presente el Colegio de Heraldos al completo, incluyendo el Norroy King or Arms y él mismo, Blue Mantle Pursuivant; los duques reales y los almirantes, las formalidades que debían ser observadas al embarcar y al desembarcar, el director del duelo y el director del cortejo, los portaféretos y la familia del difunto.

—Gracias, señor —dijo Hornblower al fin, reuniendo sus notas—. Empezaré con todos estos preparativos al instante.

—Muy agradecido, señor, se lo aseguro —dijo el señor Pallender, mientras Hornblower se despedía.

Aquella era una operación tan elaborada como el desembarco de Abercrombie en la costa egipcia... y en el Mediterráneo no hay mareas que compliquen todos los preparativos. Treinta y ocho barcos con sus tripulaciones y remeros; guardias de honor, miembros de la comitiva fúnebre y funcionarios: habría al menos un millar de oficiales y hombres bajo el mando de Hornblower. Y el corazón de Hornblower se encogió un poco cuando pudo por fin tomar una de las barcazas de las manos de los trabajadores que le estaban colocando la insignia en Deptford Yard y empezar a hacer las pruebas pertinentes con ella. Era una barca bastante desmañada, no mucho más pequeña ni mucho más manejable que una barcaza de transporte. En la parte delantera, en la proa abierta, llevaba doce remos; desde la parte media del buque hasta popa iba cubierto con un enorme palio de sólida construcción, exponiendo una gran zona al viento. La barcaza destinada a recoger el Cuerpo (el señor Pallender había marcado claramente en su conversación esa mayúscula) se iba a cubrir con plumas para que pudieran captar el viento como la vela mayor de una fragata. Tenía que haber vigorosos remeros asignados a la tarea de remar en aquella barcaza... y sería mejor disponer de un relevo lo más completo posible, escondido bajo el palio. Pero al encabezar el cortejo, con los otros barcos situados detrás de éste, debería tener cuidado de no excederse. Debía controlar el tiempo con toda exactitud: arriba con la marea alta, llegar a Whitehall Steps con precisión con la marea muerta, para que las complicadas maniobras se pudieran llevar a cabo allí con el mínimo riesgo, y luego de vuelta con el reflujó, dispersando barcos y tripulaciones a lo largo de la ruta de forma adecuada.

—Querido —le dijo María, en su habitación del George—, me temo que me prestas muy poca atención en estos momentos.

—Perdona, ¿decías algo, querida? —dijo Hornblower, levantando la vista de la mesa ante la cual estaba escribiendo. Estaba sumergido en los planes para conseguir un buen desayuno para los mil hombres que tendrían pocas posibilidades de volver a comer algo a lo largo de un día entero.

—Te estaba diciendo que he hablado con la comadrona hoy mismo. Parece que es una mujer muy competente. Se quedará libre a partir de mañana mismo. Como vive en la calle de al lado, no habrá que proporcionarle alojamiento hasta que llegue el momento, lo cual es una suerte... ya sabes el poco dinero que tenemos, Horatio.

—Sí, cariño —dijo Hornblower—. ¿Has hecho que me traigan esos pantalones negros ya?

Era algo perfectamente natural pasar del parto de María, que ya se aproximaba, a los pantalones negros de Hornblower, a través de la cuestión del dinero, pero María se resintió de la aparente frialdad de su marido.

—¿Te preocupas más por tus pantalones que por tu hijo o por mí? —le reprochó.

—Querida —respondió Hornblower. Tuvo que dejar la pluma y levantarse de su

silla para consolarla—. Tengo muchas cosas en la cabeza. No puedo decirte lo mucho que lo siento en estos momentos.

Era un asunto endiablado. Los ojos no sólo de Londres, sino de Inglaterra entera estarían puestos en aquella comitiva. Nunca se lo perdonarían si había alguna metedura de pata. Pero tenía que coger las manos de María entre las suyas y consolarla.

—Tú, cariño mío —dijo, sonriéndole y mirándola a los ojos—, lo eres todo para mí. No hay nada en este mundo más importante para mí que tú.

—Me gustaría creer eso —dijo María.

Él besó las manos que sujetaba entre las suyas.

—¿Qué puedo decir para que me creas? —preguntó—. ¿Que te amo?

—Eso sería muy agradable —accedió María.

—Te amo, querida —dijo él, pero ahora no sonreía, y continuó—, te amo muchísimo más que a mis pantalones negros.

—¡Oh! —exclamó María.

Él tuvo que trabajar mucho para asegurarse de que ella comprendiera que era una broma y que estaba dicha con todo cariño.

—Más tiernamente que a un par de pantalones negros —dijo—. ¿Podría hombre alguno decir una cosa semejante?

Ella sonreía ahora; apartó sus manos y las colocó en los hombros de él.

—¿Es un cumplido que debo atesorar siempre?

—Siempre será verdad, amor mío —dijo él.

—Eres el más encantador de los maridos —dijo ella, y el quiebro en su voz significaba que lo decía con toda sinceridad.

—Con la más dulce de las esposas —respondió él—. Y ahora, ¿puedo continuar con mi trabajo?

—Pues claro que sí, cariño. Claro que sí. Me temo que soy una egoísta. Pero... pero... cariño, yo... ¡te amo tanto! ¡Te amo tanto!

—Vamos, vamos —dijo Hornblower, dándole unas palmaditas en el hombro.

Quizás él tuviera unos sentimientos tan fuertes como los de María a ese respecto, pero tenía que concentrarse en otras muchas cosas. Y si fracasaba con aquellos arreglos ceremoniales, el niño que naciera tendría que arreglárselas con su media paga para toda la vida. El cuerpo de Nelson estaba en aquel preciso momento yaciendo con gran pompa en Greenwich, y al cabo de dos días era la fecha fijada para la comitiva, con la marea empezando a subir a las once, y todavía había que hacer muchísimas cosas. Se alegraba de volver a dedicarse a redactar sus órdenes. Se alegraba de volver a bordo de la *Atropos* y sumergirse en los asuntos que allí le esperaban.

—Señor Jones, le agradecería que hiciese llamar a los guardiamarinas y los



ayudantes de los oficiales de derrota. Necesito media docena que sepan escribir con buena letra.

El camarote de la *Atropos* tomó el aspecto de un aula escolar, con los guardiamarinas sentados en taburetes ante improvisadas mesas, con tinteros y plumas, copiando los borradores de órdenes de Hornblower y este dirigiéndose de unos a otros, como una ardilla enjaulada, respondiendo preguntas.

—Por favor, señor, no entiendo esta palabra.

—Por favor, señor, ¿debo empezar un nuevo párrafo aquí?

Era una forma de averiguar algo de los oficiales jóvenes, de distinguirlos como individuos de lo que había sido hasta entonces una masa informe de oficiales; estaban los que pedían ayuda constantemente y los que podían deducir cosas del contexto; también había algunos estúpidos que acababan escribiendo órdenes sin sentido.

—Maldita sea, hombre —decía Hornblower—. ¿Es que alguien que no fuera Bedlam diría una cosa así... y mucho menos la escribiría?

—Eso es lo que parecía que ponía, señor —dijo el guardiamarina, obstinado.

—Que Dios nos ayude a todos —decía Hornblower, desesperado.

Pero también había uno que escribía con muy buena letra; Hornblower le puso a la tarea de escribir el encabezamiento de cada carta:

Navío de Su Majestad *Atropos* en Deptford

6 de enero de 1806

Señor:

En virtud de los poderes que me han sido confiados por los lores comisionados del Almirantazgo...

Otros hombres continuaban a partir de ahí, ahorrando mucho tiempo. Las noventa distintas órdenes escritas con sus duplicados fueron redactadas al fin, y distribuidas hacia medianoche: tripulaciones y oficiales de mar habían sido reclutados de diferentes lugares para cada barco que iba a tomar parte en el cortejo, y se les habían dado órdenes, su lugar en la línea claramente establecido: «Tomará usted la posición decimoséptima, inmediatamente detrás de la barcaza del comandante en jefe en Nore y delante de la Honorable Cofradía de Pescadores».

Los arreglos finales se hicieron junto con el señor Pallender a las dos de la mañana del día del cortejo, y Hornblower, bostezando, ya no veía que se pudiera hacer nada más. Sí, hubo que hacer un cambio final.

—Señor Horrocks, usted vendrá conmigo y con el Cuerpo en la primera barcaza. Señor Smiley, usted dirigirá el segundo con el director del duelo.

Horrocks era el más idiota de todos los guardiamarinas y Smiley el más listo. Habría sido natural reservarse a este último para sí, pero se daba cuenta de lo muy estúpido que era Horrocks y lo muy necesario que era mantenerlo bajo vigilancia

constante.

—Sí, señor.

Hornblower creyó percibir que Smiley se sentía contento de escapar de aquella manera a la vigilancia directa de su capitán, pero procuró desinflarle enseguida.

—Tendrá usted nueve almirantes y cuatro capitanes como pasajeros, Smiley —dijo—. Incluyendo al almirante de la flota, sir Peter Parker, y lord Saint Vincent.

Smiley no pareció tan complacido al oír eso.

—Señor Jones, tenga preparada la chalupa con los marineros en el muelle de Greenwich a las seis en punto, por favor.

—Sí, señor.

—Y llame a mi eskuife ahora.

—Sí, señor.

—Estaré en el George hasta las cinco. Mande los mensajes allí.

—Sí, señor.

Todavía tenía su vida privada; María estaba ya a punto por aquel entonces.

En cubierta soplaba un cortante vientecillo del oeste que silbaba entre las jarcias, borrascoso, según notó Hornblower. Habría que manejar las barcazas con mucho cuidado, a menos que amainara considerablemente. Bajó los escalones hacia el eskuife.

—Pon rumbo a Deptford Hard —ordenó al timonel, y se ciñó la chaqueta bien apretada contra el cuerpo, porque en el camarote de la *Atropos* hacía mucho calor debido a las lámparas, las velas y la gente.

Caminó por el Hard y llamó a la puerta del George; en la ventana lateral vio aparecer una débil lucecilla y la ventana de su habitación, que estaba encima, se iluminó. La puerta se abrió y apareció la posadera.

—Oh, es usted, señor. Pensaba que era la comadrona. Acabo de enviar a Davie a buscarla. Su esposa...

—Déjeme entrar —dijo Hornblower.

María caminaba por la habitación con su bata de casa; dos velas iluminaban la estancia y las sombras del dosel de la cama y los demás muebles se movieron de una forma siniestra cuando Hornblower abrió la puerta.

—¡Cariño! —exclamó María.

Hornblower fue hacia ella con las manos levantadas.

—Espero que te encuentres bien, querida —dijo.

—Sí, eso creo... eso espero. Acaba de empezar —suspiró María.

Se besaron.

—Cariño —exclamó ella—. Qué bien que hayas venido. Yo... esperaba poder verte de nuevo antes de que... antes de que llegara el momento.

—No ha sido la suerte —replicó él—. He venido porque quería venir. Porque

quería verte.

—Pero estás tan ocupado... Hoy es el día de la comitiva, ¿verdad?

—Sí —asintió él.

—Y nuestro niño nacerá hoy. ¿Será una niña, cariño? ¿U otro chico?

—Lo sabremos pronto —dijo Hornblower. Sabía lo que deseaba María—. De cualquier modo, la querremos mucho... o lo querremos.

—Sí, eso es verdad —accedió ella.

La última sílaba fue pronunciada con más fuerza de la necesaria, y la cara de María adoptó una expresión de preocupación.

—¿Qué te pasa, querida? —preguntó Hornblower, Preocupado.

—Sólo un dolor —dijo María, sonriendo, o mejor forzando una sonrisa, como bien sabía Hornblower—. Todavía no son muy frecuentes.

—Ojalá pudiera ayudarte —dijo Hornblower, igual que incontables millones de padres.

—Me has ayudado mucho al venir a verme, cariño.

Un alboroto fuera de la habitación y unos golpecitos anunciaron la llegada de la comadrona y la posadera.

—Bueno, bueno —dijo la comadrona—. Así que ha empezado ya, ¿eh?

Hornblower la miró atentamente. No parecía demasiado limpia (no todo lo que uno hubiera deseado en aquellas circunstancias), pero al menos estaba sobria, y su sonrisa desdentada era amable.

—Voy a echarle un vistazo, señora —dijo la mujer, y a continuación—: Los caballeros deben retirarse.

María le miró. Trataba con todas sus fuerzas de parecer despreocupada.

—Ya nos veremos más tarde, querida —dijo Hornblower, disimulando también.

Fuera de la habitación, la posadera se mostró muy cordial con él.

—¿Desea un brandy, señor? ¿O un vaso de ron caliente?

—No, gracias —replicó Hornblower.

—El joven caballero está durmiendo con una de las criadas ahora mismo —explicó la posadera—. No ha llorado ni una sola vez cuando le hemos llevado allí. Es un muchachito estupendo, señor.

—Sí —dijo Hornblower. Sonrió al pensar en su hijito.

—Será mejor que baje al salón, señor —sugirió la posadera—. Allí todavía quedan unos rescoldos de fuego.

—Gracias —respondió Hornblower, consultando su reloj. ¡Dios, cómo pasaba el tiempo!

—Su esposa está muy bien atendida —explicó la posadera maternalmente—. Será un niño, seguro. Lo sé por la forma del embarazo.

—A lo mejor tiene usted razón —accedió Hornblower, y miró otra vez su reloj.

Tenía que empezar los preparativos del día, sin perder tiempo—. Y ahora atiéndame, por favor —dijo, e hizo una pausa, mientras apartaba de su mente su preocupación por María y su fatiga mortal.

Empezó a enumerar las cosas que necesitaba del dormitorio del piso superior, numerándolas con los dedos mientras se las iba diciendo a la posadera. Los pantalones negros, las medias, la charretera y el mejor tricornio que tenía, la espada y la banda de luto.

—Se lo traeré todo, señor. Puede vestirse usted aquí mismo... nadie le molestará, no a estas horas de la madrugada.

Volvió más tarde, cargada con los objetos que Hornblower le había pedido.

—Es increíble que me haya olvidado de que hoy precisamente es el día del funeral, señor. Nadie ha hablado de otra cosa a lo largo del río durante la última semana. Aquí tiene sus cosas, señor.

Miró de cerca a Hornblower a la luz de la vela.

—Será mejor que se afeite, señor —aconsejó—. Puede usar la navaja de mi marido si tiene la suya en el barco.

La sola mención de la maternidad, al parecer, convierte en madres a todas las mujeres.

—Muy bien —asintió Hornblower.

Más tarde, él ya estaba vestido y mirando de nuevo su reloj.

—Debo irme ahora —dijo—. ¿Puede ir a ver si puedo visitar a mi esposa?

—Me parece que no, señor —repuso la posadera—. No sé si oye lo mismo que estoy oyendo yo.

Los sentimientos de Hornblower debieron de reflejarse en su expresión, porque la posadera continuó:

—Todo habrá acabado enseguida, señor. ¿Por qué no espera un poco?

—¿Esperar? —repitió Hornblower, mirando de nuevo su reloj—. No, no puedo esperar. Tengo que irme.

La posadera encendió la vela de su linterna con la de la repisa de la chimenea del salón.

—Válgame Dios —dijo—. Está usted impresionante. Pero hace frío fuera.

Ella le abrochó bien el botón de la casaca, el del cuello.

—No vaya a coger frío. ¡Ya está! Vamos, no se preocupe.

Buen consejo, pensó Hornblower, bajando por el terraplén hacia el río de nuevo, pero tan difícil de seguir como la mayoría de los buenos consejos. Vio la luz del esquife al borde del agua, y un súbito movimiento de sombras allí. La tripulación del esquife debía de haber asignado a uno de sus miembros para que hiciera guardia esperando su linterna, mientras que los otros dormían todo lo que podían en los espacios extremadamente incómodos del esquife. Pero por muy incómodos que

estuvieran, seguro que no lo estaban tanto como él. Tenía la sensación de que podía quedarse dormido en el barbiquejo de la *Atropos* si le dieran la mínima oportunidad. Entró en el esquiife.

—Río abajo —ordenó al timonel.

En el muelle de Greenwich estaba todavía oscuro, no había señal alguna del amanecer de finales de enero. Y el viento soplaba firmemente desde el oeste, corriente abajo. Probablemente refrescaría a medida que se hiciera de día. Un duro desafío le esperaba mientras caminaba por el muelle abajo.

—Amigo —dijo Hornblower, abriéndose el manto para que su linterna iluminara su uniforme.

—¡Avance y dé el santo y seña!

—La Memoria Inmortal —dijo Hornblower.

Había elegido él mismo aquel santo y seña; un detalle entre un millar de detalles más el día anterior.

—Pase, amigo. Está bien —dijo el centinela.

Era un soldado de la milicia Blackheath; durante el tiempo que el Cuerpo había estado yaciendo solemnemente en Greenwich tuvo que haber guardias apostados en todas partes para impedir que el público irrumpiese en zonas donde no se deseaba que entraran. El hospital estaba iluminado; había ya movimiento y excitación allí.

—El gobernador se está vistiendo, señor —dijo un teniente con una pierna de madera—. Estamos esperando a los señores a las ocho.

—Sí, lo sé —replicó Hornblower.

Era él quien había elaborado el horario. Los dignatarios nacionales, navales y municipales tenían que venir por carretera desde Londres para acompañar al Cuerpo por las aguas. Y allí estaba el Cuerpo, en su ataúd, los caballetes en los que se apoyaba ocultos por banderas e insignias heráldicas. Y allí vino el gobernador, cojeando por el reuma, con su calva cabeza brillando a la luz de las lámparas.

—Buenos días, Hornblower

—Buenos días, señor.

—¿Todo está preparado?

—Sí, señor. Pero el viento sopla bastante fuerte desde el oeste. Esto hará retroceder un poco la marea.

—Me lo temía.

—Retrasará un poco los barcos también, señor.

—Por supuesto.

—En tal caso, señor, le agradecería mucho que comprobara que todos los participantes en el cortejo fúnebre salen cuando deben. No tenemos tiempo que perder, señor.

—Haré lo que pueda, Hornblower. Pero no se le puede meter prisa a un almirante

de la flota. Ni a lord Saint Vincent. Ni al lord mayor... ni siquiera a su representante.

—Será difícil, señor, ya lo sé.

—Haré lo que pueda, Hornblower. Pero tienen que tomar su desayuno.

El gobernador hizo un gesto hacia la habitación contigua donde, bajo la supervisión del teniente de la pata de palo, unos marineros con pañuelos negros en torno al cuello estaban sirviendo una comida. Había pasteles fríos, jamón, asado de buey frío, todo reunido en un bufet; la plata se estaba colocando sobre los resplandecientes manteles blancos. En el bufet más pequeño, un oficial de confianza estaba colocando unas botellas.

—¿Un bocado y un vaso de algo? —preguntó el gobernador.

Hornblower miró su reloj, como siempre.

—Gracias, señor. Puedo perder tres minutos.

Era muy gratificante poder comer un poco cuando no lo esperaba. Era gratificante engullir unas lonchas de jamón que podían haber ido a parar al estómago de un almirante de la flota. Hizo bajar el jamón con un vaso de agua, para el asombro no disimulado del oficial del bufet de vinos.

—Gracias, señor —dijo al gobernador—. Debo ausentarme ahora.

—Adiós, Hornblower. Buena suerte.

Ahora en el muelle era casi de día. Había luz suficiente para cumplir el requisito de los musulmanes de distinguir un hilo blanco de uno negro. Y el río estaba repleto de barcos. Desde corriente arriba, el viento llevaba hacia abajo el sonido del chapoteo de remos y ordenes navales. Allí estaba la chalupa de la *Atropos*, con Smiley y Horrocks en la popa; allí estaban los barcos de escolta y de recepción; unos pasos regulares en el muelle anunciaban la llegada de otro contingente de marineros. La jornada empezaba en serio.

Realmente en serio. Los treinta y ocho barcos tenían que ser manejados y colocados en su orden correcto, extendiéndose durante una milla corriente abajo. Había algunos idiotas que habían perdido sus órdenes, y algunos idiotas que las habían entendido mal. Hornblower corría arriba y abajo por la línea en el esquife, con el reloj saliendo y entrando continuamente de su bolsillo. Para complicar aún más la situación, los vendedores de licor, anticipando un buen día de trabajo, ya estaban por ahí remando en torno a la línea de barcos, y obviamente habían efectuado algunas ventas subrepticias. Había algunas caras rojas y se podían ver algunas sonrisas un poco estúpidas. La marea estaba ya subiendo con fuerza, con el viento a favor. Horrocks, en la barcaza ceremonial que iba a llevar el Cuerpo, equivocaba por completo las distancias cuando intentaba abarloar. El torpe y enorme barco, impulsado por el viento y mecido por la marea, golpeó el muelle por la aleta de estribor con estruendo. En el muelle Hornblower abrió la boca para lanzar un juramento, y luego la cerró de nuevo. Si tuviera que jurar a cada contratiempo, pronto

se quedaría sin voz. Ya era suficiente con lanzarle una mirada asesina al infeliz Horrocks. Aquel patán grande y huesudo se amilanó al notarla y luego se volvió para bramar a los remeros.

Aquellas barcazas ceremoniales eran unas embarcaciones de difícil manejo, eso era cierto. Sus doce remos apenas bastaban para controlar sus más de cuarenta pies de largo y la resistencia al viento del gran camarote de popa era enorme. Hornblower dejó a Horrocks luchando para colocarse en su posición, y bajó a su esquife de nuevo. Volaron corriente abajo, esforzadamente. Todo parecía estar en orden. Hornblower, mirando por encima del borde del muelle donde había desembarcado de nuevo, creyó detectar una disminución del reflujo. Tarde, pero muy adecuado. Claro y fuerte llegó desde el hospital el sonido de una trompeta. Como carecía de oído para la música, aquellas notas no le dijeron nada. Pero el sonido en sí mismo bastaba. La milicia se estaba formando a lo largo de la carretera desde el hospital al muelle, y allí venían los dignatarios en solemne procesión, marchando en columna de a dos, delante los menos importantes. Los barcos llegaron al muelle para recibirles, en orden inverso de número —nadie sabe lo duro que fue para Hornblower conseguir que los oficiales al mando comprendieran esto—, y se alejaron de nuevo corriente abajo para esperar, en orden inverso. Un par de barcos se colocaron en un orden que no les correspondía, pero no era momento para minucias. Los dignatarios que se encontraban en el muelle fueron empujados a los barcos, aunque fuera en orden inapropiado, sin darles oportunidad alguna de protestar. Los dignatarios que avanzaban por el muelle cada vez eran más importantes: allí estaban los Heraldos y Pursuivants, el señor Pallender entre ellos. Y allí, finalmente, estaba el director del duelo, almirante de la flota, sir Peter Parker, con Blackwood dirigiendo el cortejo y otros ocho almirantes que tenían —según establecía el libro de protocolo— un aspecto muy melancólico; a lo mejor su aspecto hubiera sido igualmente melancólico sin el protocolo. Hornblower les vio embarcar a todos. La marea había cambiado, y el reflujo se hacía notar. Los minutos serían preciosos ahora.

El estruendoso retumbar de un cañón no lejos de allí hizo sobresaltarse a Hornblower, y esperó que nadie lo hubiera notado. Era la primera de las salvas, que resonarían a partir de aquel momento y hasta que el Cuerpo alcanzase su siguiente lugar de reposo temporal en el Almirantazgo. Para Hornblower era la señal de que el Cuerpo había salido desde el hospital. Ayudó a subir a sir Peter Parker en la barcaza. Una orden áspera del coronel de la milicia, y las tropas invirtieron sus armas y se colocaron en posición de descanso. Hornblower les había visto realizar aquella práctica a todas horas durante los dos días anteriores. Dio la vuelta a su propia espada con toda la precisión militar que pudo. Un par de días antes María, al entrar en el dormitorio del George, le había encontrado practicando aquel movimiento, y se había reído muchísimo. La barcaza de los participantes en el cortejo fúnebre había

desatracado, y Horrocks estaba conduciendo la suya cuidadosamente al muelle. Hornblower vigilaba atentamente, pero ahora que el viento iba contra la corriente, no era una operación tan difícil. La banda se aproximaba. Todas las melodías resultaban deprimentes para Hornblower, pero reconoció que la que estaban tocando era más deprimente que la mayoría. Giraron a la derecha en la base del muelle, y los marineros que llevaban la cureña, dando pasitos cortos, con las cabezas agachadas, aparecieron a la vista detrás de ellos. Hornblower pensó en la larga línea de barcos luchando para mantener la posición en toda la extensión de la mirada y deseó que pudieran alejarse, aunque sabía que tal deseo era una estupidez. El monótono retumbar de las salvas marcaba el paso del tiempo. Arriba, hacia el final del muelle, llegó la cureña. Era un asunto complicado transferir el ataúd de la cureña a la parte superior de la barcaza ceremonial; Hornblower oyó al vuelo algunos de los juramentos susurrados por el oficial de mar que supervisaba la operación, y trató de no sonreír ante la incongruencia que representaban. Pero el ataúd fue por fin colocado sano y salvo en su lugar, y rápidamente atado y asegurado; mientras arreglaban las guirnaldas y banderas para ocultar las ligaduras, Hornblower avanzó hacia la barcaza. Tuvo que hacer un esfuerzo para caminar a pasos cortos, con la espalda encorvada y el rostro lleno de melancolía, la espada invertida bajo el brazo derecho, y luchó para mantener aquella misma actitud mientras realizaba el largo paseo desde el muelle a la popa de la barcaza detrás del dosel.

—¡Desatracad! —ordenó, con la comisura de los labios.

Las salvas retumbaron despidiéndoles mientras se alejaban del muelle, las palas de los remos deslizándose por el agua antes de coger impulso. Detrás de él, Horrocks metió la caña y salieron hacia el centro de la corriente. Antes de que pudieran enderezar su curso, Hornblower, con la cabeza todavía agachada, dirigió una mirada de soslayo corriente abajo a la comitiva que esperaba. Todo parecía ir bien; los barcos estaban separados en unos lugares, amontonados en otros, con el esfuerzo de mantener su posición en difíciles condiciones climáticas, pero una vez todo el mundo se pusiera en marcha, las cosas serían más fáciles.

—Lento al principio —gruñó a Horrocks, y Horrocks transmitió la orden a los remeros; era necesario dar tiempo a los barcos para que tomaran posiciones.

Hornblower quería mirar su reloj. Es más: se dio cuenta de que debía tener los ojos continuamente clavados en el reloj, y ciertamente no podía estar sacándolo y metiéndolo del bolsillo a cada momento. Los pies del ataúd se encontraban allí, junto a su rostro. Con un rápido movimiento sacó reloj y cadena y los ató al asa posterior del ataúd, con el reloj colgando de forma muy conveniente delante de su nariz. Todo iba bien; se habían retrasado cuatro minutos, pero todavía les quedaban once minutos enteros de reserva.

—Prolongad las paladas —gruñó a Horrocks.



Ahora iban ya doblando el recodo. Los barcos estaban allí atestados de espectadores, y la orilla también, aun encontrándose tan lejos de Londres como estaban. La *Atropos* tenía lo que quedaba de su tripulación sobre las vergas, tal como había ordenado Hornblower. Podía verlo con el rabillo del ojo. Y según se aproximaban, el agudo y claro estruendo de su cañón del nueve se hizo eco de las salvas que sonaban desde Greenwich. Todo seguía bien. De todos los ingratos deberes que un oficial naval debía realizar, éste debía de ser sin duda uno de los peores. Por muy perfecta que fuese su actuación, ¿se le reconocerían algún día los méritos por ella? Por supuesto que no. Nadie, ni siquiera el Almirantazgo, se pararía a pensar en la cantidad de quebraderos de cabeza y trabajo que se necesitaba para preparar el desfile marítimo más importante que había visto Londres jamás, con una de las mareas más traidoras imaginables. Y si algo salía mal, habría centenares de miles de ojos dispuestos a observarlo, y centenares de miles de labios dispuestos a condenarle.

—¡Señor! ¡Señor!

Las cortinas de la parte de atrás del camarote se habían abierto; la cara nerviosa de un marinero apareció por entre ellas, desde donde se encontraban ocultos los remeros de reserva; tan nervioso se mostraba el que hablaba que sacó la mano para tirar de los negros pantalones de Hornblower con el fin de llamarle la atención.

—¿Qué pasa?

—¡Señor! ¡Se ha abierto una vía de agua!

¡Dios mío! Aquella noticia venía a superponerse a sus pensamientos con perfecta e infernal adecuación temporal.

—¿Muy mala?

—No sé, señor. Pero está por encima de las tablas del piso. Por eso lo sabemos. Ha debido de pasar muy rápido, señor.

Seguro que había sido cuando Horrocks dejó que la barcaza golpease contra el muelle. Una cuaderna agrietada. ¿Ya estaba por encima de las tablas del piso? Nunca llegarían a tiempo a Whitehall Steps, entonces. ¡Dios, si se hundían allí, en medio del río! Nunca, nunca, nunca perdonaría Inglaterra al hombre que había permitido que el ataúd de Nelson se hundiera, sin ceremonia alguna, en el barro del Támesis, junto a la isla de los perros. ¿Llevarlo a tierra y efectuar las reparaciones? Con toda la comitiva detrás de ellos... ¡Dios mío, qué confusión se organizaría! Sin duda alguna perderían la marea, y decepcionarían a los millares de personas que esperaban, para no decir nada de su majestad. Y al día siguiente era la ceremonia final, en la que llevarían el Cuerpo desde el Almirantazgo hasta San Pablo... duques, pares, la familia real, miles de soldados, cientos de miles de personas iban a tomar parte o contemplar la ceremonia. Hundirse sería el desastre total. Detenerse también sería un desastre. Sí. Podía dirigirse a tierra y realizar las reparaciones, haciendo que se abandonara la

ceremonia de aquel día. Así podrían conducir el Cuerpo al Almirantazgo aquella noche, permitiendo que el funeral del día siguiente se llevara a cabo. Le arruinaría profesionalmente, pero era la medida más segura. ¡No, no, no! Al infierno con las medidas más seguras.

—¡Señor Horrocks!

—¡Señor!

—Voy a tomar la caña del timón. Baje ahí. Espere, idiota, y escúcheme. Levante esas tablas y arregle la grieta. Achiquen sin parar... usen los sombreros o lo que sea. Encuentre la grieta y tápela si puede... use una de las camisas de los hombres. Espere. No permita que todo el mundo vea que están achicando. Eche el agua por aquí, por detrás de mis piernas. ¿Comprende?

—Eh... sí, señor.

—Déme la caña ahora. Vaya abajo. Y si falla, le arrancaré la piel a tiras, aunque sea la última cosa que haga en este mundo. Abajo.

Horrocks se lanzó hacia abajo entre las cortinas, mientras Hornblower tomaba la caña del timón y cambiaba de posición para ver hacia adelante por encima del ataúd. Tuvo que dejar su espada, y por supuesto tuvo que abandonar su melancólico aspecto, pero aquello no representaba problema alguno. El viento del oeste estaba arreciando bastante, derecho hacia ellos; contra la marea se estaba levantando una decidida agitación en el agua: salpicaban chorros contra la proa aquí y allá y las palas de los remos levantaban surtidores de agua. Quizás era un recibimiento adecuado para el héroe muerto cuyo cadáver yacía justo ante él. Mientras llegaban al recodo, un aire borrascoso les hizo derivar a sotavento, el viento actuando poderosamente contra todos los obstáculos de la popa.

—¡Dadle fuerte! —gritó Hornblower a los remeros, despojándose de gran parte de su dignidad, aunque era la figura dirigente de todo el cortejo.

Los remeros apretaron los dientes, resoplando con el esfuerzo mientras se encorvaban sobre los remos, arrastrando a la obstinada barcaza por pura fuerza bruta hacia adelante. Allí el viento, soplando directamente contra la marea, levantaba unas olas respetables, y la barcaza cabeceaba entre ellas, balanceándose con la popa arriba y abajo, y daba bandazos como un queche de pesca en un vendaval en alta mar, dando guiñadas y sumergiéndose. Era duro quedarse allí de pie, duro mantener el barco en su rumbo. Y, además, Hornblower era consciente del agua que había a bordo cayendo en cascada adelante y atrás mientras el barco cabeceaba. Con el voluminoso ataúd colocado tan alto, le preocupaba la estabilidad de la absurda embarcación. Pulgada a pulgada luchaban para pasar el recodo, y una vez lo consiguieron, los barcos formados al norte les dieron un sotavento.

—¿Ha conseguido sacar esas tablas, señor Horrocks? —dijo Hornblower, tratando de gritar las palabras en el camarote sin perder de vista a la muchedumbre.

Oyó un estruendo de astillas rotas en aquel momento, y la cara de Horrocks emergió de entre las cortinas.

—Estaban todas clavadas muy fuerte —dijo—. He tenido que usar la palanca. Estamos bajos por la popa y tendríamos que achicar desde aquí, de todos modos.

Por supuesto que estaban bajos por la popa, con el ataúd y los remeros auxiliares.

—¿Cuánta agua?

—Casi un pie, diría yo, señor.

—¡Achique con toda su alma!

La nariz de Horrocks acababa de apartarse de entre las cortinas cuando un chorro de agua cayó en las piernas de Hornblower; a continuación vino otro, y otro, y otro. Buena parte de ella empapó sus pantalones nuevos. El lanzó una maldición, pero no podía quejarse. Aquello era Bermondsey, en la costa de Surrey. Hornblower echó una mirada a su reloj, que colgaba del ataúd. Iban sólo ligeramente retrasados, gracias a aquel viento. No peligrosamente, sin embargo. No estaban tan cerca del peligro de perder la marea como de hundirse en mitad del río. Hornblower cambió de posición, patético con sus empapados pantalones, y miró hacia atrás. La comitiva mantenía muy bien las posiciones; podía ver casi la mitad de la línea, porque el centro estaba justamente ahora luchando por pasar el recodo que ellos habían dejado atrás ya. Delante había otro recodo, esta vez a estribor. Allí tendrían viento en contra de nuevo.

Y sí que lo tuvieron. Una vez más volvieron a balancearse y cabecear por encima de las olas. Hubo un momento en que la barcaza bajó la proa y una enorme cantidad de agua pasó por encima de ella: debía de haber entrado tanta agua como la que Horrocks había sido capaz de achicar hasta entonces. Hornblower maldijo de nuevo, olvidando por completo el melancólico aspecto que debía adoptar. Podía oír y notar el agua que corría por la barcaza mientras ésta avanzaba. Pero los chorros de agua todavía salían disparados entre las cortinas, por encima de las piernas de Hornblower. Éste ya no se preocupaba del efecto que podía causar en la multitud ver a la barcaza funeral achicando agua; cualquier marinero que hubiera entre la gente, viendo tan mal tiempo, podía apreciar la necesidad de hacerlo sin que hubiera ninguna grieta. Pasaron el recodo. Durante unos momentos desesperados pareció que no hacían ningún progreso en absoluto, con las palas de los remos hincadas en el agua. Pero la borrasca vino sucedida por una momentánea calma y siguieron adelante de nuevo.

—¿No puede usted tapar esa vía, señor Horrocks?

—No es fácil, señor —dijo Horrocks, sacando la nariz de nuevo—. Hay una tabla entera desfondada. Los tres clavos de la punta lo están sujetando, señor. Si aprieto demasiado fuerte...

—Oh, muy bien. Siga achicando.

¿Dirigirse a la orilla? ¿Allí, junto a la Torre? Sería un lugar adecuado. No, maldita sea. Nunca. Achicar, achicar, achicar. Señalar un rumbo que les diera la mayor

ventaja de la marea y el sotavento proporcionado por los barcos: aquel cálculo podía distraerle, algo en que ocupar su mente. Si pudiera detenerse un momento para mirar a su alrededor, vería los espectadores a miles amontonados en la costa. Si pudiera detenerse un momento... ¡Dios mío, se había olvidado por completo de María! La había dejado de parto. Quizá —muy probablemente— el niño hubiera nacido ya por aquel entonces. Quizá... quizá... no, no podía soportar pensar en aquello.

El puente de Londres, con sus estrechos arcos y los malditos remolinos y reflujos más allá. Sabía por las pruebas que había hecho hacía un par de días que los remos eran demasiado anchos para pasar por los arcos. Era necesario establecer una perfecta sincronización; por fortuna, en el propio puente rompía la mayor parte de la fuerza del viento. Manejó la caña del timón y estabilizó la barcaza lo mejor que pudo para que se dirigiera hacia el centro del arco.

—¡Y ahora, remad! —gritó a los remeros; la barcaza se deslizó hacia adelante, llevada por la marea y los renovados esfuerzos de los remeros—. ¡Esos remos!

Afortunadamente, lo hicieron con toda rapidez. Pasaron por el arco, y allí el viento les esperaba, silbando al pasar por el hueco, pero el impulso que llevaban les condujo hasta el otro lado. Hornblower midió su progreso a ojo. La proa dio unas guiñadas y empezó a agitarse en el remolino que había más allá, pero estaban ya bastante fuera, aunque él mismo estuviera todavía bajo el arco.

—¡Remad! —gritó. Bajo el puente no tuvo miedo de que le vieran comportándose sin dignidad.

Los remos salieron. Chirriaron en sus chumaceras. El remolino estaba haciendo girar la barcaza, los remos la arrastraban hacia adelante, y ahora el timón podía agarrarse de nuevo. Pasaron, dejando los remolinos por fin detrás.

El agua todavía salía en cascada desde las cortinas, empapando sus chorreantes pantalones, pero a pesar de la velocidad a la que achicaban, no notaba la tensión de la barcaza en absoluto. Estaba suelta, perezosa. La grieta debía de estar ganándoles, y se acercaban mucho al punto peligroso.

—¡Seguid remando! —gritó a los remeros.

Mirando hacia atrás, vio la segunda barcaza, con los directores del duelo, saliendo del puente. En torno al recodo, a la vista, las iglesias del Strand... nunca marinero naufragado alguno vio una vela con más placer.

—El agua llega casi hasta las bancadas, señor —dijo Horrocks.

—¡Achique, maldita sea!

Somerset House, y un recodo más, uno suave, a Whitehall Steps. Hornblower sabía qué órdenes había dado para el cortejo, órdenes consultadas con el señor Pallender. Allí la barcaza funeral debía retirarse hacia la orilla de Surrey, permitiendo a las seis barcasas siguientes atracar al costado de los Steps y desembarcar a sus pasajeros. Una vez los pasajeros hubieran formado en el orden adecuado, y no antes,

la barcaza funeral tenía que abarloar para que el ataúd fuese desembarcado con la ceremonia adecuada. Pero no si el agua llegaba a las bancadas... no con la barcaza hundiéndose bajo sus pies. Se volvió y miró hacia atrás, donde Smiley estaba de pie en la cámara de la segunda barcaza. Su cabeza estaba agachada tal como indicaban las instrucciones, pero afortunadamente el piloto a la caña se dio cuenta, y le hizo una seña a Smiley para llamar su atención. Hornblower levantó la mano indicándole por señas que se detuviera; acentuó la señal haciendo gestos como si echara algo hacia atrás. Tuvo que repetir la señal hasta que al fin Smiley la entendió y asintió. Hornblower puso el timón a babor y la barcaza giró perezosamente, deslizándose por el río. Girar más lejos; no, con aquel viento y con la marea disminuyendo, sería mejor abarloar con la proa corriente arriba. Hornblower estabilizó la barcaza, calculando las distancias, y la barcaza se dirigió hacia los Steps.

—¡Todo poco a poco!

Gracias a Dios, estaban de costado. Allí había un heraldo real, con tabardo y todo, de pie junto al oficial naval al mando de la escolta.

—¡Señor! —protestó el heraldo, con tanta vehemencia como su melancólico aspecto le permitió—. No están en el orden correcto, no...

—¡Cállese la boca! —gruñó Hornblower, y luego, al oficial—: Lleve el ataúd a tierra, ¡rápido!

Lo sacaron a tierra tan rápidamente como permitía la dignidad. Hornblower, de pie junto a él, con la cabeza agachada, la espada invertida de nuevo, dio un genuino respiro de alivio cuando vio, de soslayo, la barcaza alzarse perceptiblemente en el agua cuando se liberó del peso del ataúd. Todavía con la cabeza agachada musitó sus órdenes.

—¡Señor Horrocks! Saque la barcaza del espigón. Rápido. Consiga una lona, póngala por encima y tape esa vía. Que la achiquen. Váyase ahora mismo.

La barcaza se alejó de los Steps. Hornblower podía ver que Horrocks no había exagerado cuando dijo que el agua llegaba hasta las bancadas. Smiley, inteligentemente, estaba llevando ahora la barcaza de los participantes en el cortejo fúnebre hacia los Steps, y Hornblower, recordando avanzar con pasos cortos, se apartó del camino. Uno por uno bajaron a tierra, sir Peter Parker con Blackwood dirigiendo el cortejo, Cornwallis, Saint Vincent. Saint Vincent, avanzando penosamente con su pie gotoso, los hombros hundidos y la cabeza inclinada, apenas pudo esperar para gruñir su queja sin abrir los labios cuando llegó a los Steps.

—¿Qué demonios, Hornblower? —preguntó—. ¿No ha leído sus propias órdenes?

—Teníamos una vía de agua, señor... quiero decir, milord —dijo, también sin abrir la boca—. Casi nos hundimos. No había tiempo que perder.

—¡Ah! —exclamó Saint Vincent—. Entonces, muy bien. Informe de todo esto.

—Gracias, milord —musitó Hornblower.

Se detuvo de nuevo, con la cabeza agachada, la espada invertida, y permitió a los otros integrantes del cortejo que pasaran ante él. Aquel ceremonial era improvisado, pero funcionó bien. Hornblower trató de quedarse quieto como una estatua, aunque ninguna estatua, que él supiera, llevaba unos pantalones chorreantes. Tuvo que reprimir un sobresalto cuando recordó de nuevo a María. Deseó saber algo de ella.

Y luego tuvo más dificultades aún en reprimir otro sobresalto. ¡Su reloj! Todavía colgaba del ataúd, que ahora estaban colocando en el coche fúnebre que aguardaba. Oh, bueno, no podía hacer nada al respecto, en aquel momento. Y tampoco podía hacer nada por María. Siguió allí de pie con sus pantalones helados.

## CAPÍTULO 5



El centinela del Almirantazgo estaba preocupado, pero se mostraba inflexible.

—Perdóneme, señor, pero son mis órdenes. Nadie debe pasar, ni siquiera el almirante, señor.

—¿Dónde está el oficial de guardia? —preguntó Hornblower.

El oficial de mar se sentía un poco más inclinado a escuchar sus razones.

—Son nuestras órdenes, señor —dijo, sin embargo—. No me atrevería, señor. Tiene que entenderlo, señor.

Ningún oficial de la Marina dice «no» de buena gana a un capitán en activo, ni siquiera a uno que tiene menos de tres años de antigüedad.

Hornblower reconoció a un teniente con tricornio que pasaba por detrás.

—¡Bracegirdle! —exclamó.

Bracegirdle había sido guardiamarina con él en el viejo *Indefatigable*, y habían compartido más de una curiosa aventura. Ahora llevaba el uniforme de teniente con los entorchados correspondientes a un destino en el cuerpo administrativo.

—¿Cómo está, señor? —preguntó éste, adelantándose.

Se estrecharon la mano y se examinaron el uno al otro como hacen dos hombres que se encuentran después de años de guerra. Hornblower le contó lo de su reloj, y le pidió permiso para entrar. Bracegirdle lanzó un silbido.

—Mala cosa —dijo—. Si fuera cualquier otro excepto el viejo Jervie, me arriesgaría. Pero es una orden personal suya. No tengo ningún deseo de mendigar un trozo de pan en el arroyo para el resto de mis días.

Jervie era el almirante lord Saint Vincent, que recientemente se había convertido de nuevo en lord primero del Almirantazgo, y antes fue sir John Jervis, cuyos principios disciplinarios se comentaban en susurros por toda la Marina.

—¿Es usted su teniente de bandera? —preguntó Hornblower.

—Eso mismo —respondió Bracegirdle—. Hay destinos mucho más sencillos. Lo cambiaría por el mando de un carguero de pólvora en el infierno. Pero sólo tengo que esperar un poco. Cuando haya acabado mi periodo de servicio con Jervie, ése será el único destino que me ofrecerán.

—Entonces ya puedo decir adiós a mi reloj —exclamó Hornblower.

—Sin un beso de despedida siquiera —bromeó Bracegirdle—. Pero dentro de unos años, cuando visite la cripta de San Pablo, podrá mirar la tumba del héroe con la satisfacción de saber que su reloj está allí, con él.

—Su humor a veces está fuera de lugar, señor Bracegirdle —replicó Hornblower,

bastante exasperado—, y parece haber olvidado usted que la diferencia de rango entre ambos debería invitar a una actitud más respetuosa por parte de un oficial joven.

Hornblower estaba cansado e irritado; mientras decía aquellas palabras, se sentía molesto consigo mismo por haberlas dicho. Le gustaba mucho Bracegirdle, y le unían a él los peligros que ambos habían compartido, y el recuerdo de las despreocupadas bromas en los días en que ambos eran guardiamarinas. No era de buen tono, por decirlo así, aprovecharse de su rango superior (que sólo la buena suerte le había proporcionado) para herir los sentimientos de Bracegirdle... como indudablemente había hecho, y simplemente para aliviar los suyos. Bracegirdle se puso muy tieso.

—Ruego que me perdone, señor —dijo—. He permitido a mi lengua que corra demasiado. Espero que no tendrá en cuenta mi torpeza, señor.

Los dos oficiales se miraron un momento y luego Bracegirdle se relajó de nuevo.

—No le he dicho cuánto siento lo de su reloj, señor —dijo—. Lo siento muchísimo por usted. De verdad que sí.

Hornblower iba a dar una respuesta pacífica cuando apareció otra figura detrás de Bracegirdle, grande y torpe, todavía con el uniforme completo con entorchados y mirando con los ojos penetrantes bajo unas blancas cejas a los dos oficiales. Era Saint Vincent. Hornblower se tocó el sombrero y el gesto informó a Bracegirdle de que su superior estaba detrás de él.

—¿Qué es eso que siente tanto este joven, Hornblower? —preguntó Saint Vincent.

Hornblower se explicó con la mayor brevedad que pudo, sin vacilar apenas al decir al final «milord».

—Me alegro de ver que el señor Bracegirdle cumplía tan bien mis órdenes —dijo Saint Vincent—. De otro modo, habríamos tenido el Almirantazgo repleto de mirones. Pero usted tiene mi permiso personal, capitán Hornblower, para pasar entre los centinelas.

—Muchas gracias, milord. Le estoy muy agradecido.

Saint Vincent iba a seguir su camino cuando se detuvo y miró con más agudeza que nunca a Hornblower.

—¿Le han presentado ya a su majestad, joven Hornblower?

—No, señor... milord.

—Pues deberían. Todos los oficiales deben presentar sus respetos a su rey. Yo mismo le llevaré.

Hornblower pensó en su mujer, en el niño que acababa de nacer, en su barco en Deptford, en su uniforme húmedo, que debería ser planchado y repasado exhaustivamente antes de mostrarse con él en la corte. Pensó en los ricos, en los grandes, en los poderosos que frecuentan las cortes, y supo que él se encontraría fuera de lugar allí y sería muy desgraciado cada minuto que se viera obligado a permanecer



allí. Podía inventarse una excusa. Pero... pero aquello también podía constituir una nueva aventura. Los aspectos desagradables en los que acababa de pensar representaban, en realidad, otros tantos desafíos, que se sentía con ánimos de afrontar.

—Gracias, milord —dijo, buscando en su mente las palabras apropiadas para el caso—. Me sentiré inmensamente honrado y profundamente agradecido.

—Entonces, arreglado. Hoy es lunes, ¿verdad? La recepción real es el miércoles. Le llevaré en mi coche. Esté aquí a las nueve.

—Sí, señor... milord.

—Deje pasar al capitán Hornblower, señor Bracegirdle —dijo Saint Vincent, y siguió su camino.

Bracegirdle condujo a Hornblower hasta donde reposaba el ataúd en sus caballetes, y allí, claro está, se encontraba el reloj todavía colgado en el asa posterior. Hornblower lo desenganchó con alivio y siguió de nuevo a Bracegirdle a la salida. Allí se detuvo y le ofreció la mano a su antiguo compañero como despedida. Mientras se estrechaban la mano, la expresión de Bracegirdle era de dubitativa curiosidad.

—Dos campanas en la guardia de la mañana del miércoles, entonces, señor —dijo; había recalcado ligeramente la palabra «mañana».

—Sí, le veré entonces —dijo Hornblower.

Las demás responsabilidades que le acuciaban ocupaban su mente, y se volvió y corrió hacia Whitehall Steps. Pero mientras caminaba, con la mente ocupada en planear sus actividades para los dos días siguientes, volvió a notar una cierta tensión. Bracegirdle le había relevado de una pequeña preocupación adicional: hasta el día siguiente a última hora habría estado en dolorosa duda acerca de si su cita con Saint Vincent era por la mañana o por la noche.

En los Steps el reflujo estaba ya en su apogeo. Una ancha franja de barro era visible ya a cada lado del río. En el espigón de Lambeth, la barcaza funeral estaba a la vista, con Horrocks y sus hombres completando su tarea de colocar una lona por encima del fondo del barco. Las otras embarcaciones que habían tomado parte en la comitiva estaban apiñados aquí, allá y por todas partes, y Hornblower vio con gran placer su propio esquife pegado a los escalones. Bajó hasta el esquife, cogió su altavoz y se sumergió en la tarea de dispersar las embarcaciones de acuerdo con el esquema que había trazado en sus órdenes previas. El viento soplaba con más fuerza que nunca, pero ahora que la marea había dado la vuelta, el agua era más tranquila, y la única dificultad añadida que encontró fue el gran número de pequeñas embarcaciones que ahora subían por el río, llevando a los mirones para que inspeccionasen más de cerca los barcos ceremoniales.

Concejales y cofradías de la ciudad, heraldos reales y almirantes habían desaparecido todos y se habían ido a casa a cenar, y la oscuridad de enero casi se había cerrado por completo antes de que Hornblower despidiera al último de sus

subordinados en Greenwich y, volviendo a su esquite, pudiera dar con alivio la orden de dirigirse a Deptford Hard. Subió fatigosamente hacia el George helado, hambriento y derrengado. Aquel atareado día parecía haber durado en su memoria al menos una semana... pero la verdad era que había dejado a María de parto aquella misma mañana.

Entró en el George y la primera cara que vio fue la del posadero, una sombría figura a la que apenas conocía, en aquella casa donde era la señora la que asumía todas las responsabilidades.

—¿Dónde está mi esposa? —inquirió Hornblower.

El posadero parpadeó.

—No lo sé a ciencia cierta, señor —dijo, y Hornblower se apartó de él impaciente y corrió escaleras arriba.

Dudó ante la puerta del dormitorio, con la mano en el picaporte. Su corazón latía con rapidez. Entonces oyó un murmullo de voces dentro y abrió la puerta. Allí estaba María en la cama, yaciendo entre almohadones, y la comadrona atareada junto a la ventana. La luz de una vela iluminaba débilmente el rostro de María.

—¡Horry! —exclamó ella. La alegre sorpresa de su voz contrarrestó el efecto del uso del diminutivo.

Hornblower le cogió la mano.

—¿Ha ido todo bien, queridísima? —preguntó.

—Sí.

Ella adelantó los labios para que él se los besara, pero incluso antes de haber concluido el beso volvió los ojos hacia la cestita de mimbre que se encontraba encima de una mesa, junto a la cama.

—Es una niña, cariño —dijo—. Nuestra niñita.

—Y un bebé muy hermoso además —añadió la comadrona.

Hornblower caminó en torno al lecho y miró en el interior de la cesta. La manta ocultaba una figura diminuta. Hornblower, que se había acostumbrado a jugar con el pequeño Horatio, había olvidado ya lo pequeño que era un niño recién nacido. Veía una carita roja diminuta, una especie de caricatura de humanidad, encima de la pequeña almohada. La contempló detenidamente; los pequeños labios se abrieron y emitieron un débil y agudo maullido, comparado con el cual los llantos del pequeño Horatio parecían potentes berridos.

—Qué bonita es —dijo Hornblower, galantemente, mientras los maullidos continuaban y dos pequeñísimos puños cerrados aparecían por encima del borde de la manta.

—Nuestra pequeña María —dijo ella—. Estoy segura de que tendrá el pelito rizado.

—Vamos, vamos —dijo la comadrona, no como reprobación de esa extravagante

profecía, sino porque María estaba tratando de incorporarse en la cama para contemplar a la criatura.

—Si cuando crezca se parece a su madre —dijo Hornblower—, será la mejor hija que se pudiera desear.

María le recompensó con una sonrisa mientras se dejaba caer de nuevo en la almohada.

—El pequeño Horatio está abajo —dijo—. Ha visto a su hermana.

—¿Y qué piensa de ella?

—Ha llorado cuando la ha visto llorar.

—Será mejor que baje a ver cómo está —sugirió Hornblower.

—Sí, por favor —dijo María, pero extendió sus manos hacia él de nuevo, y Hornblower se inclinó y la besó otra vez.

La habitación estaba muy caldeada, con un fuego ardiendo alegremente en la chimenea, y olía a enfermedad, algo opresivo para los pulmones de Hornblower después del prístino aire de enero que había respirado durante todo el día.

—Me siento inmensamente feliz de ver que te encuentras tan bien, querida —dijo Hornblower, al despedirse.

Abajo, mientras entraba dubitativamente en el vestíbulo, la posadera asomó la cabeza desde la cocina.

—El joven caballero está aquí, señor —dijo—, si no le importa entrar.

El pequeño Horatio estaba sentado en una trona. Su carita se iluminó con una sonrisa cuando vio a su padre —la experiencia más halagadora que Hornblower había conocido jamás—, y saltó arriba y abajo en su silla y agitó con fuerza la corteza de pan que llevaba en la mano.

—¡Fíjate! ¡Cómo se ríe porque su papaíto ha vuelto a casa! —dijo la posadera; entonces dudó antes de hacer una sugerencia que, ella lo sabía muy bien, rayaba en la extravagancia—: Pronto se va a tener que ir a dormir, señor. ¿Le gustaría jugar con él hasta entonces?

—Sí —asintió Hornblower.

—¡Vamos, nene! —dijo la posadera—. Papá va a jugar contigo. Eeeepa, vamos. El salón está vacío, señor. Por aquí. Emily, trae una vela para el capitán.

El pequeño Horatio se sintió indeciso, una vez se encontró en el suelo del salón, sobre cuál de los dos métodos de progresión era más satisfactorio para un hombrecito de casi un año de edad. A gatas podía adquirir una velocidad prodigiosa, en cualquier dirección que eligiese. Pero por otra parte, podía ponerse en pie agarrándose a la pata de una silla, y la radiante expresión de su cara cuando lo hacía era prueba de la satisfacción que aquello le proporcionaba. Entonces, una vez se había soltado de la silla, siempre que hubiera tenido éxito en el monstruoso esfuerzo necesario para darse la vuelta, podía intentar dar un paso hacia su padre. Entonces se veía obligado a

detenerse y oscilar peligrosamente sobre sus pies separados antes de dar otro paso, y raramente conseguía dar un paso completo sin acabar sentado en el suelo con un sonoro porrazo. ¿Era posible, además, que aquel monosílabo que decía con tanta frecuencia, «pa», sonase como... como un intento de decir «papá»?

Qué felicidad sentía de nuevo, transitoria, evanescente, al ver a su hijito bamboleándose hacia él con una radiante sonrisa.

—Ven con papá —dijo Hornblower con las manos extendidas.

Y entonces la sonrisa se convirtió en una maliciosa mueca, y el joven Horatio cayó sobre sus manos y rodillas y avanzó galopando como un rayo por la habitación, y gorjeando con delirante alegría cuando su padre fue corriendo hacia él y lo cogió y lo lanzó al aire. Simple y delicioso placer. Y entonces, mientras Hornblower levantaba al bebé que pataleaba y gorjeaba con los brazos extendidos, tuvo un breve recuerdo del momento en que él mismo había estado suspendido en las jarcias de mesana en aquella ocasión en que el palo de mesana del *Indefatigable* cayó cuando él se encontraba encima. Aquel niño conocería el peligro y el riesgo... y el miedo también, al cabo de los años. No dejaría que esa idea empañara su felicidad presente. Bajó de nuevo al niño y luego volvió a subirlo con los brazos extendidos, una actuación maravillosa para él, a juzgar por los gorjeos que dejó escapar.

La posadera entró en la habitación, después de llamar a la puerta.

—Qué gran hombre —dijo, y Hornblower se esforzó por no sentirse orgulloso al verse sorprendido disfrutando así de la compañía de su hijito.

—No sé en qué estaba pensando, señor —siguió la posadera—, he olvidado preguntarle si quería cenar algo.

—¿Cenar? —exclamó Hornblower.

La última vez que había comido fue en el Painted Hall, en Greenwich.

—¿Jamón y huevos? —preguntó la posadera—. ¿O un poco de buey frío?

—Las dos cosas, por favor —dijo Hornblower.

—En un periquete lo tendrá usted todo —respondió la posadera—. Entretenga un poquito a ese muchacho mientras se lo preparo.

—Debería volver con la señora Hornblower.

—Podrá arreglárselas durante diez minutos más sin usted —dijo la posadera, cortante.

El olor del jamón y los huevos era celestial. Hornblower se sentó a comer con gran apetito mientras Emily llevaba a acostar al pequeño Horatio. Y después del jamón y los huevos, el buey frío y las cebollas en conserva, y una jarra de cerveza, otro sencillo placer, el de comer hasta reventar y más aún. El hecho de saber que estaba comiendo demasiado le resultaba estimulante, a él, que casi siempre se mantenía dentro de los límites y que siempre contemplaba la excesiva indulgencia con sospecha y desprecio. Una vez cumplido su deber con completo éxito aquel día,

por una vez no tenía que preocuparse del mañana, ni siquiera sabiendo que al cabo de dos días se vería embarcado en la experiencia aterradora de asistir a la recepción del rey.

Y María había superado con éxito su prueba, y ahora tenía una hijita que sería tan adorable como su hijo. Entonces estornudó tres veces seguidas.

## CAPÍTULO 6



—Whitehall Steps —dijo Hornblower, bajando a su esquife en Deptford Hard.

Era muy cómodo tener aquel esquife para usarlo allí; era mucho más rápido que una lancha de alquiler y no le costaba nada.

—¡Vía! —dijo el timonel.

Por supuesto, estaba lloviendo. Soplaban el viento del oeste y con él había traído unas ráfagas de espesa lluvia, que descargaban en la superficie del río, rebotaban en las lonas enceradas que cubrían a la tripulación de los botes y repiqueteaban ensordecedoras en el sombrero impermeable que Hornblower llevaba en la cabeza, mientras resguardaba su tricornio debajo del impermeable. Sorbía por la nariz de forma lamentable. Tenía el peor resfriado que había sufrido en toda su vida, y necesitaba usar un pañuelo. Pero aquello significaba sacar una mano de debajo del impermeable, y no podía hacerlo. Con el impermeable extendido a su alrededor como una tienda y sentado a popa, y con el sombrero encima, podía mantenerse lo suficientemente seco hasta Whitehall, si no cambiaba de postura. Prefirió sorber por la nariz.

Río arriba, entre la lluvia. Debajo del puente de Londres, por los recodos que había llegado a conocer tan bien durante los últimos días. Se agazapó debajo de su impermeable, tiritando y rumiando su desgracia. Estaba seguro de que nunca antes en toda su vida se había sentido más enfermo. Debería estar en la cama, con unos ladrillos calientes a los pies y ron caliente en la mesilla, pero el día que el primer lord iba a llevarle a la corte de Saint James no podía alegar que se encontraba enfermo, aunque le corrieran escalofríos por la espalda y las piernas le flaquearan tanto que apenas podían sostenerle.

Los Steps estaban resbaladizos donde la marea había retrocedido; en su debilitado estado, apenas podía mantenerse en pie mientras los iba subiendo. Arriba, con la lluvia todavía cayendo con fuerza, se arregló lo mejor que pudo. Enrolló el sombrero impermeable y se lo metió en el bolsillo del manto, se puso el tricornio y corrió, inclinándose hacia adelante bajo la lluvia, los ciento cincuenta metros que quedaban hasta el Almirantazgo. Incluso en el breve tiempo que le costó aquello las medias quedaron salpicadas y húmedas, y las alas del sombrero se le llenaron de agua. Se alegró de quedarse de pie ante el fuego en la sala de espera, esperando, hasta que llegó Bracegirdle anunciando que su señoría le aguardaba.

—Buenos días, Hornblower —dijo Saint Vincent, de pie bajo el portal.

—Buenos días, milord.

—No tiene sentido que esperemos a que escampe —gruñó Saint Vincent, mirando la lluvia y calculando la distancia que les separaba del coche—. Vamos.

Corrió varonilmente hacia adelante. Hornblower y Bracegirdle avanzaron con él. No llevaban mantos —Hornblower había dejado el suyo en el Almirantazgo— y tuvieron que esperar bajo la lluvia mientras Saint Vincent caminaba hacia el coche y subía a él con infinita lentitud. Hornblower le siguió y Bracegirdle se apretujó detrás de él, acomodándose en el asiento abatible que había enfrente. El coche echó a andar por el empedrado, con un traqueteo de las ruedas de hierro que encontraba un eco en los escalofríos que todavía recorrían la espalda de Hornblower.

—Es una estupidez, por supuesto, tener que usar un coche para ir a Saint James desde el Almirantazgo —gruñó Saint Vincent—. Yo solía caminar tres millas en el alcázar del viejo *Orion*.

Hornblower volvió a sorber por la nariz, tristemente. No podía ni siquiera congratularse del hecho de que, al encontrarse tan mal, casi no experimentaba inquietud alguna acerca de la nueva experiencia que le esperaba, porque, atontado por el resfriado, era incapaz de sumergirse en su habitual autoanálisis.

—Leí su informe anoche, Hornblower —siguió Saint Vincent—. Satisfactorio.

—Gracias, milord —se esforzó por adoptar un aire inteligente—. ¿Fue bien el funeral en San Pablo ayer?

—Bastante bien.

El coche traqueteaba por el Malí.

—Ya estamos —dijo Saint Vincent—. Volverá conmigo, ¿verdad, Hornblower? No me voy a quedar mucho rato. Son las nueve de la mañana y no ha pasado ni un tercio de mi trabajo del día todavía.

—Gracias, señor. Entonces le esperaré.

Se abrió la puerta del coche y Bracegirdle, ágilmente, salió para ayudar a su jefe a bajar los escalones. Hornblower le siguió; ahora el corazón le latía algo más rápido. Había uniformes rojos, uniformes azules y dorados, uniformes azules y plateados por todas partes; muchos de los hombres iban empolvados. Una peluca empolvada —los ojos oscuros que había bajo ella ofrecían un contraste sorprendente— se separó de las demás y se acercó a Saint Vincent. El uniforme era negro y plateado; las pulidas facetas de la espada con empuñadura de plata atrapaban y reflejaban la luz en una miríada de puntitos.

—Buenos días, milord.

—Buenos días, Catterick. Aquí está mi protegido, el capitán Horatio Hornblower.

Los agudos y oscuros ojos de Catterick captaron hasta el último detalle del aspecto de Hornblower en una sola mirada: la casaca, los pantalones, las medias, la espada, pero su expresión no cambió un ápice. Se podía suponer que estaba acostumbrado al aspecto de zarrapastrosos oficiales navales en las audiencias.

—Su señoría le va a presentar a usted, capitán, tenso entendido. Le acompañará usted al salón de audiencia.

Hornblower hizo un gesto de asentimiento. Se preguntaba qué implicaría aquella expresión de «protegido». Llevaba el sombrero en la mano y se apresuró a colocárselo debajo del brazo como vio que hacían todos los demás.

—Sígame entonces —dijo Saint Vincent.

Escaleras arriba. Hombres uniformados hacían guardia en los rellanos. Otro uniforme negro y plata en la parte superior de las escaleras, un breve intercambio de frases más, unos lacayos empolvados apiñados junto a la entrada; se hizo el anuncio con una voz soberbia, contenida pero penetrante.

—Almirante muy honorable conde Saint Vincent. Capitán Horatio Hornblower. Teniente Anthony Bracegirdle.

La cámara de audiencia era un estallido de colores. Todos los uniformes posibles estaban representados allí. El escarlata de la infantería; la caballería ligera con todos los colores del arco iris, guarnecidos de alamares y de pieles, los mantos ondulantes, los sables colgantes; la caballería pesada con botas hasta el muslo; uniformes extranjeros blancos y verdes... Saint Vincent hizo pasar su grueso cuerpo entre ellos como un barco de guerra en una regata de yates. Y allí estaba el rey, sentado en un trono con alto respaldo. Curiosamente, tenía un aspecto idéntico al de sus retratos, con su pequeña peluca atada en una coleta. Detrás de él había un semicírculo de hombres con cintas y estrellas, cintas azules, rojas, verdes encima del hombro izquierdo y del derecho; debían de ser Caballeros de la Jarretera, de Bath, de San Patricio, los grandes hombres del país. Saint Vincent se estaba inclinando en torpe reverencia ante el rey.

—Encantado de veros, milord, encantado de veros —dijo éste—. No he tenido ni un momento libre desde el lunes. Nos complace mucho que todo haya salido bien.

—Gracias, señor. ¿Puedo presentaros al oficial responsable del ceremonial naval?

—Podéis presentármelo.

El rey puso sus ojos en Hornblower, unos ojos de un azul claro, un poco saltones, pero amables.

—Capitán Horatio Hornblower —dijo Saint Vincent.

Hornblower hizo una reverencia lo mejor que pudo, tal como su profesor de danza francés había intentado enseñarle hacía diez años: el pie izquierdo hacia adelante, la mano en el corazón. No sabía hasta dónde tenía que inclinarse; tampoco sabía cuánto tiempo tenía que quedarse así inclinado. Pero al final se levantó, con una cierta sensación de haber salido a la superficie del agua después de una profunda inmersión.

—¿Qué buque, señor? ¿Qué buque? —preguntó el rey.

—*Atropos* veintidós, majestad.



La noche anterior, en la que no había dormido, Hornblower había imaginado ya que le harían aquella pregunta, así que tenía la respuesta pronta.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En Deptford, majestad.

—Pero vais a haceros pronto a la mar, supongo.

—Yo... yo... —Hornblower no podía responder a aquella pregunta, pero Saint Vincent habló por él.

—Muy pronto, señor —dijo.

—Ya veo —respondió el rey—. Ya.

Levantó la mano y se acarició la frente con un gesto de infinito cansancio antes de recordar el asunto que tenía entre manos.

—Nuestro sobrino nieto —dijo—, el príncipe Ernest... ¿os hemos hablado ya de él, milord?

—Lo habéis hecho, señor —respondió Saint Vincent.

—¿Pensáis que el capitán Hornblower podría ser un oficial adecuado para esa misión?

—Pues claro que sí, señor. Muy adecuado.

—Menos de tres años de antigüedad —murmuró el rey, con los ojos puestos en la charretera de Hornblower—. Pero bueno. ¡Harmond!

—Majestad.

Una resplandeciente figura con cintas y estrellas se adelantó desde el semicírculo.

—Presentad al capitán Hornblower a su alteza serenísima.

—Sí, majestad.

Hubo un asomo de sonrisa en los ojos azules.

—Gracias, capitán —dijo el rey—. Cumplid con vuestro deber como habéis hecho hasta ahora, y siempre tendréis la conciencia limpia.

—Sí, majestad —murmuró Hornblower.

Saint Vincent se inclinaba de nuevo; Hornblower se inclinó a su vez. Era consciente del hecho de que no debía dar la espalda al rey —y eso era prácticamente todo lo que sabía del ceremonial cortesano— y no encontró difícil retirarse. Ya había una cola de gente esperando su turno para llegar hasta la real presencia, y se apartó de ellos siguiendo a Saint Vincent.

—Por aquí, por favor —dijo Harmond, dirigiéndoles hacia el extremo más alejado de la habitación—. Esperen un momento.

—El servicio de su majestad nos proporciona a veces extraños compañeros de cama —dijo Saint Vincent mientras aguardaban—. No esperaba que le cargaran a usted con este muerto, Hornblower.

—Yo... no acabo de entenderlo —replicó éste.

—Ah, el príncipe es...

—Por aquí, por favor —Harmond reaparecía ya.

Les condujo hacia una figura diminuta que les esperaba con gran compostura. Un joven —no, sólo un chiquillo— que llevaba un estrafalario uniforme dorado y verde, una espada corta con empuñadura de oro a su costado, unas condecoraciones en el pecho y dos más que le colgaban del cuello. Detrás de él se alzaba una imponente figura con una versión mucho más moderada del mismo uniforme, un hombre moreno, con unas gruesas y colgantes mejillas. El chico era guapo, llevaba el dorado pelo largo y cayendo en bucles encima de las orejas, tenía unos francos ojos azules y una nariz ligeramente respingona. La maciza figura dio un paso hacia adelante, interceptando la aproximación del grupo al muchacho. Harmond y él cambiaron una mirada.

—Primero deben presentármelo a mí —dijo la gruesa figura. Hablaba de forma espesa, con un acento que a Hornblower le pareció alemán.

—¿Y por qué, señor? —preguntó Harmond.

—Según las leyes de Seitz-Bunau sólo el gran chambelán puede hacer presentaciones a su alteza serenísima.

—¿Ah, sí?

—Yo, señor, soy el gran chambelán, como usted ya sabe.

—Muy bien, señor —dijo Harmond, resignado—. Entonces tengo el honor de presentarle... al almirante muy honorable conde Saint Vincent; al capitán Horatio Hornblower y al teniente Anthony Bracegirdle.

Hornblower iba a hacer una reverencia, pero con el rabillo del ojo vio que Saint Vincent se quedaba completamente erguido y se contuvo.

—¿A quién tengo el honor de ser presentado? —preguntó Saint Vincent, fríamente. Parecía que Saint Vincent tenía ciertos prejuicios contra los alemanes.

—Doctor Eisenbeiss —dijo Harmond.

—Su excelencia el barón Von Eisenbeiss, gran chambelán y secretario de estado de su alteza serenísima el príncipe de Seitz-Bunau —dijo el hombre robusto, explayándose—. Es un gran placer conocerlos, señor.

Miró un momento a los ojos a Saint Vincent, y luego se inclinó; Saint Vincent sólo se inclinó una vez que Eisenbeiss había empezado a inclinarse; Hornblower y Bracegirdle siguieron su ejemplo. Los cuatro se irguieron exactamente en el mismo momento.

—Y ahora —dijo Eisenbeiss—, tengo el honor de presentaros...

Se volvió hacia el príncipe y continuó su parlamento en alemán, aparentemente repitiendo sus primeras palabras y luego mencionando los nombres por turno. El pequeño príncipe hizo una ligera inclinación ante cada nombre, pero como Saint Vincent hizo una profunda reverencia —casi tanto como la que había dedicado al rey

—. Hornblower hizo lo propio. Entonces el príncipe habló en alemán a Eisenbeiss.

—Su alteza serenísima dice —tradujo éste— que está encantado de conocer a los oficiales de la Marina de su majestad, porque es voluntad de su alteza hacer la guerra contra los tiranos franceses en su compañía.

—Diga a su alteza serenísima —replicó Saint Vincent— que nosotros también estamos encantados.

Se hizo la traducción y el príncipe dedicó una sonrisa a cada uno de ellos. Entonces hubo un momento incómodo mientras se miraban unos a otros. Finalmente, Eisenbeiss dijo algo de nuevo al príncipe, recibió una respuesta y luego se volvió hacia el grupo.

—Su alteza serenísima —anunció— dice que no desea entreteneros más.

—Hum —exclamó Saint Vincent, pero se dobló una vez más por la cintura, como los otros, y luego se retiraron, de espaldas y de lado, de la presencia de su alteza serenísima.

—Maldito mequetrefe advenedizo —murmuraba Saint Vincent para sí, y luego añadió—: Bueno, el caso es que hemos cumplido con nuestro deber. Podemos irnos. Síganme por esa puerta.

Abajo, después de dar unos gritos, los lacayos del patio trajeron el coche del conde de nuevo, y se subieron a él, Hornblower extraordinariamente amodorrado a causa de su resfriado, la excitación que había pasado y su extrañeza por el incidente en el que había tomado parte.

—Bueno, ése es su guardiamarina, Hornblower —dijo Saint Vincent.

Su voz era tan parecida al traqueteo de las ruedas de hierro sobre el empedrado que Hornblower no estaba seguro de haber oído bien... especialmente debido a que lo que había dicho Saint Vincent era muy extraño.

—¿Perdón, milord?

—Sin duda me ha oído usted bien. He dicho que ése es su guardiamarina... el príncipe de Seitz-Bunau.

—Pero ¿quién es, milord?

—Uno de esos príncipes alemanes. Boney le echó de su principado el año pasado, de camino hacia Austerlitz. El país está repleto de príncipes alemanes expulsados por Boney. El caso es que éste es sobrino nieto del rey, como ya ha oído.

—¿Y tiene que ser uno de mis guardiamarinas?

—Eso es. Es lo suficientemente joven como para aprender a tener un poco de sentido común, y no como la mayoría de ellos. La mayoría entran en el ejército. En los mandos, que Dios ayude a los pobres oficiales. Pero ahora la Marina está de moda... por primera vez desde las guerras con Holanda. Hemos ganado batallas, y en cambio los soldados de a pie no. Así que ahora los jóvenes señores se unen a la Marina en lugar de alistarse en los Dragones Ligeros. Fue idea de su majestad que

este jovencito hiciera lo mismo.

—Entiendo, milord.

—No le hará ningún mal. La *Atropos* no será ningún palacio, por supuesto.

—En eso estaba pensando, milord. El alojamiento de los guardiamarinas de la *Atropos*...

—Tendrá que alojarle allí, de todos modos. No hay mucho sitio en una corbeta de cubierta corrida. Si fuera un navío de línea tendría un camarote para él solo, pero si va a ser la *Atropos*, tendrá que arreglárselas como pueda. Y no habrá caviar ni carne de venado tampoco. Ya le daré órdenes a ese respecto, por supuesto.

—Sí, milord.

El coche chirrió al detenerse ante el Almirantazgo. Alguien abrió la puerta y Saint Vincent se levantó con esfuerzo de su asiento. Hornblower le siguió bajo el portal.

—Entonces me despido ahora de usted, Hornblower —dijo Saint Vincent, ofreciéndole la mano.

—Adiós, milord.

Saint Vincent se quedó mirándole fijamente.

—La Marina tiene dos deberes, Hornblower —dijo—. Todos sabemos cuál es uno de ellos: luchar contra los franceses y darle su merecido a Boney.

—¿Sí, milord?

—En el otro no pensamos mucho. Tenemos que Procurar, cuando nos retiremos, dejar detrás de nosotros una Marina tan buena como aquélla en la que hemos servido. Usted tiene ahora menos de tres años de servicio, Hornblower, pero se irá haciendo mayor. Le parecerá que apenas ha tenido tiempo para mirar a su alrededor y ya tendrá cuarenta y tres años de antigüedad, como yo. El tiempo pasa rápidamente, se lo aseguro. Quizás entonces tome usted bajo su protección a otro joven oficial para presentarlo en palacio.

—Eh... sí, milord.

—Escoja con mucho cuidado, Hornblower, si tiene que hacerlo. Uno puede cometer errores, pero al menos que sean honrados.

—Sí, milord.

—Eso es todo.

El anciano se volvió sin decir una palabra más, dejando a Hornblower con Bracegirdle bajo el portal.

—Jervie está muy sentimental —comentó Bracegirdle.

—Eso parece.

—Creo que lo que quería decir es que estará pendiente de usted, señor.

—Pero al mismo tiempo también tenía un ancla a barlovento —dijo Hornblower, pensando en lo que Saint Vincent había dicho acerca de la posibilidad de que uno cometa errores.

—Jervie nunca perdona, señor —dijo Bracegirdle, muy serio.

—Bueno...

Doce años de servicio en la Marina habían conseguido convertir a Hornblower, en ocasiones, en un fatalista que podía encogerse de hombros ante tal tipo de riesgo... al menos hasta que hubiera pasado.

—Voy a coger mi impermeable, si no le importa —dijo— y le diré adiós y gracias.

—¿Un vaso de algo? ¿Una taza de té? ¿Algo para comer, señor?

—No, gracias, será mejor que me retire.

María le esperaba en Deptford, ansiosa por enterarse de cómo había ido su visita a la corte y su presentación al rey. María se emocionó muchísimo cuando Hornblower le contó lo que iba a hacer. La idea de que iba a ver cara a cara a su Dueño y Señor era casi demasiado para ella. La comadrona había advertido que toda aquella excitación podía producirle fiebre. Y no solamente había sido presentado al rey, sino que el rey le había hablado, había discutido su carrera profesional con él. Además, él iba a tener a un auténtico príncipe como guardiamarina a bordo de su barco, un príncipe desposeído, es cierto, pero como contrapartida se trataba de un sobrino nieto del rey, relacionado por parentesco con la familia real. Aquello deleitaría tanto a María como su presentación ante la corte.

Querría saberlo todo de aquello: quién estaba allí (Hornblower deseó haber sido capaz de identificar a una sola de las figuras que estaban allí de pie junto al trono) y qué ropa llevaba cada uno. Eso sería fácil, ya que no había ninguna mujer presente en la audiencia, por supuesto, y prácticamente todo el mundo iba de uniforme. Tendría que ser muy cuidadoso a ese respecto: podía herir los sentimientos de María. El propio Hornblower luchaba por su país; sería mejor decir que luchaba por los ideales de libertad y honradez contra el tirano sin principios que gobernaba al otro lado del Canal; el tópico «por el rey y la patria» no expresaba demasiado bien sus propios sentimientos. Aunque estaba dispuesto a dar la vida por su rey, ese hecho no tenía realmente nada que ver con el amable caballero anciano de ojos saltones con quien había hablado aquella misma mañana; significaba que estaba dispuesto a morir por el sistema de orden y libertades que representaba aquel caballero anciano. Pero para María, el rey representaba algo más que libertad y orden: había recibido la bendición de la Iglesia, era alguien de quien se hablaba con reverencia. Volver la espalda al rey para Hornblower era un quebrantamiento de los buenos modales, que dañaba en cierto sentido las convenciones que mantenían unido el país de cara a su peligro inminente; pero para María podía ser algo muy cercano al sacrilegio. Tendría que tener cuidado de no hablar demasiado a la ligera del anciano caballero.

Y además (el esquife le estaba llevando ahora a través del Pool, bajo los muros de la Torre) Hornblower tuvo que admitir para sí que la idea que se hacía María de su

servicio en la Marina no estaba en un plano tan elevado como la suya propia. Para María era un asunto de caballeros, y le daba cierto estatus social al cual de otro modo no podría haber aspirado jamás, y además llevaba comida a la boquita de su precioso hijo... sus hijos, ahora que había nacido la pequeña María. Pero sacrificarse por una causa, aventurarse al peligro más allá de los dictados del deber, el honor, la gloria, éstos eran conceptos que a María le preocupaban muy poco. Más bien se mostraba inclinada a desdeñarlos como ideas puramente masculinas, parte de un elaborado juego o ritual tramado por los hombres para hacerles sentir superiores y diferentes a las mujeres, cuya dignidad y sublime certeza de superioridad no necesitaban tan pueril refuerzo.

Fue una sorpresa para Hornblower ver que ahora el esquife estaba pasando junto a la *Atropos*, que se encontraba al borde de la corriente. Tendría que haberse fijado mejor para ver si todo estaba bien a bordo y si el oficial de guardia estaba alerta para detectar la aproximación del esquife por el río, pero en realidad sólo tuvo tiempo para contestar el saludo del teniente Jones mientras el esquife dejaba atrás el barco. Allí estaba el muelle de Deptford, y detrás de él la frenética actividad del astillero de aprovisionamiento. En una barcaza que había detrás del espigón un grupo de hombres trabajaban conduciendo a una piara de cerdos al astillero, destinados al matadero y la salazón para alimentar a la Marina.

—¡Ojo al bote, allí! —gruñó el timonel.

Uno de la tripulación del esquife lanzó una broma *sotto voce* acerca de aquellos cerdos. Era difícil de creer, aun con aquellas pruebas delante de sus propios ojos, que los irreconocibles tarugos duros como la madera que se sacaban de los barriles de salmuera para alimentar a los hombres en alta mar procedieran de animales decentes y respetables como aquéllos. Hornblower se solidarizó con sus hombres. El timonel estaba gobernando el timón para llevar al esquife donde le esperaba su familia. Se sentaría junto al lecho de María y le contaría el ostentoso espectáculo que vio en la corte de Saint James. Acunaría a su hijita entre sus brazos, jugaría con su hijito. Podía muy bien ser aquélla la última vez; en cualquier momento llegarían órdenes para él, y tendría que hacerse a la mar en la *Atropos*. Batallas, tempestades, naufragios, enfermedades... ¿qué oportunidades tenía de volver a casa de nuevo? Y si lo hacía, aquel bebé gimoteante que abandonaba ahora sería una graciosa niña que jugaría ya con sus muñecas; el pequeño Horatio empezaría ya, con su pizarra y sus lápices, a escribir letras y números; a lo mejor empezaba ya a declinar mensa en latín y a aprender el alfabeto griego. ¿Y él? Esperaba poder decir que había cumplido con su deber; esperaba que aquella debilidad de la que era tan consciente no le impidiera conseguir algo de lo que sus hijos pudieran sentirse orgullosos.

## CAPÍTULO 7



Así que iban al Mediterráneo. Hornblower se sentó en su silla de lona en su camarote de la *Atropos*, relejendo las órdenes que acababan de llegar para él.

Señor:

*Me ordenan los lores comisionados del Almirantazgo...*

Tenía que prepararse con la mayor diligencia para dirigirse a Gibraltar, y allí iba a recibir las órdenes que le mandaría el vicealmirante al mando del Mediterráneo. En el supuesto de que tales órdenes no hubieran llegado todavía, debía averiguar dónde se podía encontrar al vicealmirante y proceder con la misma diligencia a ponerse a sus órdenes.

Tenía que ser Cuthbert Collingwood... lord Collingwood, ahora que había recibido su nombramiento después de Trafalgar. La flota que ganó aquella batalla — es decir, los barcos que todavía eran marineros— se había enviado después al Mediterráneo, según sabía él. La destrucción de las flotas española y francesa junto a Cádiz había establecido definitivamente el dominio británico del Atlántico, así que ahora la Marina iba a hacer valer su poderoso peso en el Mediterráneo para abortar cualquier posible movimiento de Bonaparte, que había conseguido el dominio de la Europa continental en Austerlitz. Austerlitz, Trafalgar. El ejército francés y la Marina inglesa. Uno y otra se encontraban equilibrados. No había rincón de Europa en el que no desfilaran las tropas francesas, en tanto hubiera tierra por donde marchar; tampoco había rincón del mar donde los barcos británicos no hicieran notar su influencia, mientras hubiera agua en la que pudieran flotar. En el Mediterráneo, rodeado de tierra, con sus muchas penínsulas e islas, el poder marítimo podía confrontarse mejor con el poder terrestre. El sangriento y al parecer interminable conflicto entre tiranía y libertad sería dirimido aquí. Y él tomaría parte en ello. El secretario de los lores comisionados firmaba como «su obediente y humilde servidor», pero antes decía que sus señorías estaban seguros de que la *Atropos* estaba lista para su partida inmediata, así que al recibir las órdenes finales y los despachos de última hora que se le confiaran, debía zarpar de inmediato. Hornblower y su barco, en otras palabras, se consideraban preparados para partir en el acto.

Hornblower notó una ligera aprensión y se le puso carne de gallina. No creía que su barco estuviera completamente preparado en todos los aspectos para una partida inmediata.

Levantó la voz y llamó al centinela que había junto a su puerta.

—Llame al señor Jones.

Oyó el grito repetido en cubierta como un eco, mientras estaba allí sentado con las órdenes en la mano. Sólo un momento más tarde llegó el señor Jones apresuradamente, y entonces Hornblower se dio cuenta de que todavía no estaba preparado para dar las órdenes y hacer las preguntas necesarias. Por tanto, se vio obligado a contemplar a Jones sin hablar. Su mente iba enhebrando pensamientos sin reaccionar a la información que le transmitían sus ojos, y la mirada fija de Hornblower alteró al desgraciado Jones, que se llevó la mano a la cara nerviosamente. Hornblower vio un resto de espuma reseca junto a la oreja derecha de Jones. El gesto del teniente le hizo volver en sí y notó algo más: una de las largas mejillas estaba suave y bien afeitada, mientras que la otra estaba erizada con una buena cantidad de barba negra.

—Perdóneme, señor —dijo Jones—, pero su llamada me ha cogido a medio afeitarse, y creí mejor venir inmediatamente.

—Muy bien, señor Jones —dijo Hornblower.

No lamentaba que Jones tuviera algo que decir mientras que él no tenía preparadas todavía las claras ordenes que un buen oficial debería ser capaz de dictar.

Bajo aquella embarazosa mirada, Jones tuvo que hablar de nuevo.

—¿Quería usted verme, señor?

—Sí —dijo Hornblower—. Hemos recibido órdenes de ir al Mediterráneo.

—¿De verdad, señor? —las observaciones del señor Jones no contribuían al progreso de la conversación.

—Quiero que me informe de cuándo podríamos hacernos a la mar.

—Oh, señor...

Jones se llevó de nuevo la mano a la cara; quizá fuese tan larga por su hábito de tirarse de la barbilla.

—¿Están completos los víveres y el agua?

—Bueno, señor, verá...

—¿Quiere decir que no lo están?

—No... no, señor. No del todo.

Hornblower iba a pedir una explicación, pero cambió de idea en el último momento.

—Por ahora no le preguntaré por qué. ¿Qué nos falta?

—Bueno, señor... —el desdichado Jones detalló un apresurado informe—. Faltan veinte toneladas de agua. Pan, licores, carne...

—¿Quiere decir que teniendo el astillero de aprovisionamiento aquí al otro lado del río no tiene el barco con todos sus víveres al completo?

—Bueno, señor... —Jones trató de explicar que no consideró necesario recoger



más suministros que los del día a día—. Había mucho trabajo para los hombres, señor, aparejando el barco.

—¿Y las listas de guardia y de posición?

Ésas eran las listas que asignaban a los marineros a sus deberes y sus puestos en el barco.

—Nos faltan veinte vigías, señor —dijo Jones, patéticamente.

—Más motivo para aprovechar al máximo lo que tenemos.

—Sí, señor, por supuesto, señor. —Jones buscaba desesperadamente en su mente alguna excusa—. Parte del buey que teníamos... no servía para comer.

—¿Era peor de lo habitual?

—Sí, señor. Debía de ser de alguna partida muy antigua. Era realmente malo.

—¿En qué hilera?

—Le preguntaré al sobrecargo, señor.

—¿Quiere decir que no lo sabe?

—No, señor... sí, señor.

Hornblower se sumió en profundos pensamientos de nuevo, pero como no apartó sus ojos de la cara de Jones, aquello no ayudó al culpable teniente a recuperar su ecuanimidad. Finalmente, Hornblower se recriminó a sí mismo. Durante los pocos días que llevaba al mando de la *Atropos* había estado muy ocupado con los detalles del funeral de Nelson, y luego se había preocupado de sus propios asuntos familiares, pero aquello no era ninguna excusa. El capitán de un barco debe ser consciente en cada momento del estado de su mando. Estaba terriblemente enfadado consigo mismo. Apenas conocía el nombre de sus oficiales, ni siquiera podía estimar qué tipo de lucha podía llevar a cabo la *Atropos*. Y probablemente no tenía que ir muy lejos río abajo para que su barco entrara en acción.

—¿Y los suministros de los cañoneros? —preguntó—. ¿Pólvora, balas, defensas, cartuchos?

—Enviaré a buscar al artillero, señor. ¿Lo hago? —preguntó Jones.

Estaba desesperado al ver cómo se ponían de manifiesto sus insuficiencias.

—Los veré dentro de un momento —dijo Hornblower—. Sobrecargo, artillero, contramaestre, tonelero, oficial de derrota.

Aquellas eran las cabezas subordinadas del departamento responsable, desde el primer teniente al capitán, del adecuado funcionamiento del barco.

—Sí, señor.

—¿Qué demonios es ese ruido? —preguntó Hornblower, irritado.

Llevaba unos minutos oyéndose una especie de altercado en el alcázar por encima de sus cabezas. Unas voces extrañas se hacían oír a través del tragaluz.

—¿Salgo a ver, señor? —preguntó Jones ansiosamente, deseoso de encontrar alguna distracción. Pero mientras hablaba se oyó un golpe en la puerta del camarote.

—Ahora nos enteraremos —dijo Hornblower—. ¡Adelante!

El guardiamarina Horrocks abrió la puerta.

—Con los respetos del señor Still, señor, hay unos caballeros a bordo con una carta del Almirantazgo para usted, señor.

—Dígales que vengan aquí.

Sólo podían ser problemas, de un tipo u otro, decidió Hornblower mientras esperaba. Una distracción más en un momento en que estaba a punto de encontrarse desesperadamente ocupado. Horrocks acompañó a dos figuras, una grande y otra diminuta, que llevaban unos resplandecientes uniformes verde y oro. Hornblower les había visto el día anterior en la corte de Saint James: eran el príncipe alemán y su oso acompañante. Hornblower se puso en pie y Eisenbeiss se adelantó e hizo una reverencia muy complicada, a la cual Hornblower replicó con un seco movimiento de cabeza.

—¿Y bien, señor?

Eisenbeiss, ceremoniosamente, le tendió una carta; una mirada le mostró a Hornblower que iba dirigida a él. La abrió cuidadosamente y la leyó.

Por la presente se le requiere y se le ruega que reciba en su barco a su alteza serenísima Ernst, príncipe de Seitz-Bunau, que ha sido nombrado guardiamarina de la Marina de su majestad. Empleará usted toda su diligencia en instruir a su alteza serenísima en su nueva profesión al mismo tiempo que continúa su educación en preparación para el día cercano, si la Providencia lo dispone, en que su alteza serenísima pueda asumir de nuevo el gobierno de sus dominios hereditarios. También recibirá usted en su barco a su excelencia el barón Otto von Eisenbeiss, chambelán y primer secretario de estado de su alteza serenísima. Su excelencia ejercía hasta hace poco como cirujano, y ha recibido de la Marina un mandamiento como tal en la Armada. Hará usted uso de los servicios de su excelencia, por lo tanto, como cirujano en su barco, mientras, en lo que la disciplina naval y el Código Militar lo permitan, continúa actuando como chambelán de su alteza serenísima.

—Ya veo —dijo. Miró a la curiosa pareja con sus resplandecientes uniformes—. Bienvenido a bordo, alteza.

El príncipe asintió y sonrió, aunque estaba claro que no entendía nada.

Hornblower se sentó de nuevo, y Eisenbeiss empezó a hablar inmediatamente, remarcando sus agravios con su espeso acento alemán.

—Debo protestar, señor —dijo.

—¿Y bien? —dijo Hornblower en un tono que podía haber dado a entender una advertencia.

—Su alteza serenísima no ha sido tratado con el respeto debido. Cuando hemos alcanzado su barco, yo he enviado a mi lacayo a bordo para anunciarnos, a fin de que su alteza pudiera ser recibido con todos los honores reales. Ellos se han negado por

completo, señor. Ese hombre de cubierta —presumo que se trata de un oficial— dijo que no tenía instrucciones. Sólo cuando le he enseñado esta carta, señor, nos ha permitido subir a bordo.

—Todo es correcto. No tenía instrucciones.

—Confío entonces en que realice usted los arreglos necesarios. Y debo recordarle que se halla usted sentado en presencia de la realeza.

—Debe usted llamarme «señor» —espetó Hornblower—. Y se dirigirá a mí igual que lo hacen todos mis subordinados.

Eisenbeiss se enderezó de un salto con indignación, de modo que su cabeza se estrelló con fuerza contra los baos de cubierta que tenía por encima; aquello hizo cesar su torrente de palabras y permitió continuar a Hornblower.

—Como oficiales al servicio de su majestad, deberán llevar el uniforme del rey. ¿Tiene usted equipaje?

Eisenbeiss estaba demasiado asombrado para responder, aunque entendiera la palabra, y Horrocks habló por él.

—Sí, señor, está en el bote abarloado. Muchos baúles.

—Gracias, señor Horrocks. Y ahora, doctor, tengo entendido que posee usted las calificaciones profesionales necesarias para ejercer como cirujano en este barco. ¿No es así?

Eisenbeiss luchaba para mantener su dignidad.

—Como secretario de estado, debo ser tratado de «su excelencia» —dijo.

—Pero como cirujano de este barco, será tratado de «doctor». Y ésta es la última vez que paso por alto su omisión de la palabra «señor». Y ahora, ¿cuáles son sus calificaciones?

—Soy cirujano... señor.

La última palabra salió con un movimiento espasmódico mientras se alzaban las cejas de Hornblower.

—¿Ha ejercido usted recientemente?

—Hasta hace unos pocos meses... señor. Era cirujano en la corte de Seitz-Bunau. Pero ahora soy...

—Ahora es usted cirujano en el buque de su majestad *Atropos*, y podemos olvidarnos de todas esas tonterías de que es secretario de estado.

—Señor...

—Silencio, por favor, doctor. ¡Señor Horrocks!

—¡Señor!

—Saludos al señor Still. Haga que el equipaje de estos dos caballeros sea izado a bordo. Van a hacer inmediatamente una selección de lo que necesiten de modo que quepa en un baúl cada uno. Ustedes podrán ayudarles a elegir. Lo que quede saldrá del barco dentro de diez minutos en el bote en el que vino. ¿Está lo bastante claro,

señor Horrocks?

—Sí, señor. Señor, hay también un par de lacayos con el equipaje.

—¿Lacayos?

—Sí, señor, con uniformes como ése —Horrocks señaló el verde y oro de los alemanes.

—Pues ya tenemos dos marineros más. Que firmen y mándelos delante.

La Marina siempre podía acoger a más marineros, y un par de gordos y bien alimentados lacayos podrían ser marineros muy útiles en los tiempos que les esperaban.

—Pero señor... —dijo Eisenbeiss.

—Hable sólo cuando le pregunten, doctor. Y ahora, señor Horrocks, acompañará usted al príncipe y le alojará en la camareta de los guardiamarinas. Le presentaré. El guardiamarina Horrocks..., ejem, guardiamarina príncipe.

Horrocks automáticamente le ofreció la mano, y el príncipe inmediatamente la tomó, sin mostrar ningún cambio ante la contaminación por un contacto humano. Sonrió tímidamente, sin entender nada.

—Y mis saludos para el oficial de derrota, también, señor Horrocks. Dígale que sea tan amable de mostrar al doctor su alojamiento a proa.

—Sí, señor.

—Y ahora, doctor, dentro de media hora deseo verles a los dos con el uniforme del rey. Entonces puede hacerse cargo de sus deberes. Se formará una comisión de investigación compuesta por el primer teniente, el sobrecargo y usted mismo, que decidirá si ciertos toneles de buey son aptos para el consumo humano. Será usted el secretario de esa comisión y quiero su informe por escrito al mediodía. Y ahora vaya con el señor Horrocks.

Eisenbeiss dudó durante un momento bajo la penetrante mirada de Hornblower antes de volverse para salir del camarote, pero al llegar a la cortina su indignación se sobrepuso de nuevo.

—Escribiré al primer ministro, señor —dijo—. Sabrá Como se ha tratado a los aliados de su majestad.

—Sí, doctor. Y si usted contraviene la ley de amotinamiento, colgará de una verga. Y ahora, señor Jones, volvamos a esas listas de posición.

Cuando Hornblower se volvió hacia Jones para reemprender la tarea de hacer que la *Atropos* estuviera preparada para hacerse a la mar, era consciente de sentir un poco de desprecio por sí mismo. Podía amedrentar a un estúpido médico alemán con bastante efectividad, podía congratularse de haber tratado de forma adecuada una situación que podía haber sido difícil, aunque poco importante. Pero no se podía sentir orgulloso de ello, porque se daba cuenta de estaba en falta con relación a sus auténticos deberes. Había perdido unas horas preciosas. Durante los últimos dos días

había jugado dos veces con su hijito, se había sentado a la cabecera de la cama de su mujer y había tenido a su hijita entre los brazos, cuando lo que tenía que haber hecho realmente era estar a bordo trabajando por su barco. No era excusa que el deber de Jones fuera precisamente atender a esas cuestiones; la obligación de Hornblower era comprobar que Jones las hubiera atendido. Un oficial naval no debería tener mujer ni hijos: la presente situación era la prueba de ese manido tópico. Hornblower apretó inconscientemente la mandíbula al llegar a aquella conclusión. Todavía les quedaban ocho horas de luz diurna. Estaban los asuntos que requerían su propia actividad personal, como hablar con el superintendente del astillero; había otras cuestiones que podía dejar a cargo de sus subordinados. Se podía hacer algún trabajo en un costado del barco, dejando el otro limpio; había trabajos que podían requerir los servicios de marineros experimentados y otros trabajos que podían hacer hombres de tierra adentro. Algunos trabajos no podrían iniciarse hasta que se hubieran acabado otros. Si no tenía cuidado, algunos de sus oficiales tendrían que estar en dos lugares a la vez, habría confusión, retrasos, desorden. Pero con una buena planificación, todo sería posible.

Sobrecargo y artillero, contraestre y tonelero, cada uno de ellos por turno, fueron llamados al camarote de popa. A cada uno se le asignaron sus tareas; a cada uno le fue concedida a regañadientes una parte de los hombres que pedían. Pronto los silbatos atronaron todo el barco.

—¡Tripulación de la chalupa, fuera!

Pronto la chalupa remontó el río, llena de barriles vacíos que habían preparado el tonelero y sus ayudantes, para empezar a acarrear las veinte toneladas de agua que necesitaban para cumplir los requerimientos del buque. Una docena de hombres estaban subiendo a toda prisa por los obenques y a lo largo de las vergas dirigidos por el contraestre; los aparejos del estay y de las vergas tenían que prepararse para el trabajo del día.

—¡Señor Jones! Voy a abandonar el barco. Tenga ese informe sobre el buque listo para cuando vuelva del muelle.

Hornblower se dio cuenta de que dos figuras en el alcázar trataban de atraer su atención. Eran el príncipe y el doctor. Paseó su mirada sobre su uniforme, los parches blancos del cuello del guardiamarina y la casaca lisa del cirujano.

—Así está mejor —dijo—. Sus deberes le esperan, doctor. ¡Señor Horrocks! Mantenga al señor príncipe bajo su protección por hoy. Llame a mi esquite.

El capitán superintendente del astillero escuchó la petición de Hornblower con la indiferencia adquirida durante años de escuchar peticiones urgentes de los oficiales.

—Tengo a los hombres listos para ir a buscar la munición, señor. El costado de babor está listo para que la barcaza de la pólvora pueda abarloar: agua muerta en media hora, señor. Puedo mandar a unos hombres para que lo tripulen también, si es

necesario. Sólo necesito cuatro toneladas. Media hora con la barcaza.

—¿Dice que está lista?

—Sí, señor.

El superintendente miró a la *Atropos* al paio en la corriente.

—Muy bien. Espero que lo que dice sea correcto, capitán, por su propio bien. No puede empezar a remolcar la barcaza junto al costado... le advierto que la quiero de vuelta a su amarradero dentro de una hora.

—Gracias, señor.

De vuelta en la *Atropos* el grito dio la vuelta a todo el barco.

—¡Hombres al cabrestante! ¡Marineros del combés! ¡Veleros! ¡Grumetes!

Los huecos más recónditos del barco fueron despejados de hombres para manejar las barras del cabrestante: todos los brazos, todas las espaldas servían para aquel propósito. Un tambor empezó a resonar por cubierta.

—¡Apagar todos los fuegos!

El cocinero y sus ayudantes arrojaron el fuego del fogón por la borda y fueron de mala gana a ayudar en los aparejos de las vergas y los estays. La barcaza de la pólvora vino y se puso de costado. Tenía grandes escotas y amplios escotillones, un equipo eficiente para la transferencia rápida de explosivos. Cuatro toneladas de pólvora, ochenta barriletes de un centenar de libras de peso cada uno, salieron de las bodegas de su casco para ser introducidas por las escotillas de la *Atropos*, mientras abajo el artillero y sus ayudantes y un sudoroso grupo de trabajadores las estibaban en una casi total oscuridad —descalzos para evitar cualquier posibilidad de fricción o de chispas— y colocaban en hileras los barriles en el almacén. Algún día la *Atropos* tendría que luchar para sobrevivir, y su vida dependería de una buena colocación de aquellos barriles abajo, para que se pudieran servir bien las demandas de los cañones en cubierta.

Los miembros de la comisión de investigación, acabada ya su inspección de los barriles de buey defectuosos, aparecieron de nuevo en cubierta.

—Señor Jones, enséñele al doctor cómo realizar su informe debidamente —y luego al sobrecargo—: Señor Carslake, quiero poder firmar sus documentos en cuanto esté listo el informe.

Una mirada final a cubierta y Hornblower pudo ir abajo, coger papel y pluma y dedicarse exclusivamente a redactar una carta explicatoria para el astillero de aprovisionamiento (formulada con la urgencia adecuada y persuadiendo con mucho tacto a las autoridades para que accedieran, sin molestarles con una asunción demasiado segura de su aprobación), y que empezaba: «Señor, tengo el honor de incluir...» y concluía: «... en el mejor interés del servicio de su majestad. Su humilde servidor...».

Y entonces pudo salir a cubierta de nuevo para ver cómo progresaban los trabajos

y se impacientó un poco hasta que aparecieron Jones y Carslake con los documentos que habían estado preparando. En medio de la confusión y el estrépito reinantes tuvo que concentrarse para leerlos con mucho cuidado antes de firmar con un seco: «H. Hornblower, capitán».

—Señor Carslake, puede encargarse de llevar mi esquife al astillero de aprovisionamiento. Señor Jones, supongo que el astillero necesitará hombres para manejar sus barcasas. Encárguese de eso, por favor.

Y ahora un momento para observar a los hombres trabajando, colocarse bien el tricornio en la cabeza, unir sus manos a la espalda, caminar lentamente arriba y abajo, procurando adoptar un aspecto frío e imperturbable, como si toda aquella frenética actividad fuera la cosa más natural del mundo.

—¡Dejad de halar en ese aparejo del estay! ¡Basta!

El barril de pólvora colgaba suspendido justo encima de cubierta. Hornblower se obligó a hablar fríamente, sin excitación. Una duela del barril se había agrietado un poquito. Había un diminuto reguero de granos de pólvora en cubierta, y algunos más iban cayendo lentamente.

—Deja otra vez ese barril en el lanchón. Tú, segundo contraestre, coge un trapo húmedo y limpia esa pólvora de cubierta.

Un accidente podría haber incendiado aquella pólvora fácilmente. El relámpago podría abrirse paso en todas direcciones; cuatro toneladas de pólvora en la *Atropos*, cuarenta quizás en la gabarra... ¿qué habría ocurrido con los barcos que se agolpaban en el Pool, en tal caso? Los hombres le miraban atentamente; sería un momento muy adecuado para animarles un poco en su trabajo.

—El hospital de Greenwich está ahí, ¿veis? —dijo Hornblower, señalando río abajo hacia la graciosa silueta del edificio de Wren—. Algunos seguro que terminaremos allí al final, supongo, pero no me apetece nada ir a parar allí hoy.

Una broma bastante pobre, quizá, pero despertó un par de sonrisas.

—Vamos.

Hornblower continuó sus paseos arriba y abajo, el imperturbable capitán que sin embargo era lo bastante humano como para hacer una broma. Era la misma forma de actuar que empleaba con María cuando le Parecía que ella se iba a poner de mal humor.

Allí estaba el lanchón con la munición, abarcando al costado de estribor. Hornblower miró hacia abajo. Las balas de nueve libras para los cuatro cañones largos, dos a proa y dos a popa; balas del calibre doce para las dieciocho carronadas que constituían el principal armamento del buque. Las veinte toneladas de hierro eran una masa patéticamente pequeña que yacía en el fondo del lanchón, vistas con los ojos de un hombre que había servido en un navío de línea; el viejo *Renown* habría descargado aquella munición sólo en un par de horas de combate. Pero aquel peso

muerto era una considerable proporción de la carga que debía soportar la *Atropos*. La mitad sería distribuida de forma bastante equilibrada a lo largo del barco en las guirnaldas de munición; dónde decidiera almacenar las diez toneladas restantes constituiría la diferencia para que la *Atropos* pudiera añadir un nudo a su velocidad o reducirla un nudo, se mostrara rígida o suelta en la brisa, manejable o desmañada para la navegación. Él no podía tomar una decisión al respecto hasta que el resto de las provisiones estuvieran a bordo y tuviera la oportunidad de examinar su estiba. Hornblower examinó atentamente las redes en las cuales se iban a izar las municiones hasta la verga de trinquete de estribor, y rebuscó en su mente los datos que había allí almacenados concerniendo a la resistencia a la rotura de las cuerdas de cáñamo... aquélla, podía asegurarlo él, llevaba varios años de servicio.

—Dieciséis cartuchos de carga —avisó al lanchón—, no más.

—Sí, señor.

Era típico de la mente de Hornblower perder un momento pensando en el efecto que se produciría si una de aquellas redes se soltara: la munición se volcaría de nuevo en el lanchón, cayendo desde la altura del peñol podría atravesar el fondo de la lancha, y con todo el peso muerto que llevaban a bordo, ésta se hundiría como una piedra, justo al borde del paso navegable, de modo que representaría un intolerable estorbo para la navegación hacia Londres hasta que los buceadores hubieran limpiado trabajosamente los restos de munición y los diques flotantes hubieran sacado el pecio del canal. El enorme tráfico del puerto de Londres se podría ver seriamente obstruido como resultado de un momentáneo descuido por la carga de una simple red.

Jones venía a toda prisa por cubierta y se tocaba el sombrero ante él.

—Ya están embarcando la última pólvora, señor.

—Gracias, señor Jones. Haga que remolquen el lanchón de vuelta a su amarradero. El señor Owen puede enviar aquí a los grumetes servidores de la pólvora para poner la munición en las guirnaldas a medida que llegue a bordo.

—Sí, señor.

Y el esquife volvía por el río con Carslake sentado en la popa.

—Bueno, señor Carslake, ¿cómo ha recibido los documentos el astillero de aprovisionamiento?

—Los han aceptado, señor. Tendrán los suministros en el muelle mañana.

—¿Mañana? ¿No ha escuchado mis órdenes, señor Carslake? ¡No quiero tener que poner su nombre en la lista negra, señor Jones! Voy al astillero de aprovisionamiento. Venga conmigo, señor Carslake.

El astillero de aprovisionamiento era un departamento de la Oficina Naval, no del Almirantazgo. Los oficiales que había allí debían ser tratados de forma diferente a los del puerto. Parecía como si las dos organizaciones fueran rivales, en lugar de trabajar con un objetivo patriótico común contra un enemigo mortal.



—Puedo traer a mis propios hombres para que hagan el trabajo —dijo Hornblower—. No necesita usar a los suyos.

—Hum —carraspeó el superintendente de aprovisionamiento.

—Lo trasladaré todo al muelle yo mismo, además de transportarlo.

—Hum —volvió a exclamar el superintendente, de forma un poco más receptiva.

—Le estaré muy agradecido —continuó Hornblower—. Sólo tiene que dar la orden a uno de sus oficinistas para que señale cuáles son los suministros al oficial al mando de mi partida. De todo lo demás nos encargaremos nosotros. Se lo ruego, señor.

Era altamente gratificante para un oficial naval tener a un capitán a sus pies, metafóricamente hablando. Igualmente gratificante era la idea de que la Marina se encargara de hacer todo el trabajo, con un gran ahorro de tiempo para el astillero. Hornblower podía ver la satisfacción reflejada en la gorda cara de aquel tipo. Le hubiera gustado borrarla con el puño, pero siguió adoptando un aire humilde. No le costaba demasiado, y de aquel modo estaba sometiendo al tipo a su voluntad igual que si le amenazara.

—Está el asunto de esas mercancías que usted ha desaprobado —dijo el superintendente.

—La comisión de investigación se reunió en su debida forma —dijo Hornblower.

—Sí —dijo el superintendente pensativamente.

—Por supuesto, le puedo devolver los toneles —sugirió Hornblower—. Deseaba hacerlo tan pronto como hubiera echado el buey al agua.

—No, por favor, no se tome tantas molestias. Devuélvame los toneles llenos.

La forma de funcionar de aquellos chupatintas del gobierno estaba más allá de la comprensión normal. Hornblower no podía creer —aunque era posible— que el superintendente tuviera ningún interés personal financiero en aquellos condenados suministros. Pero el hecho de que se hubiera producido aquel rechazo era una mancha en su expediente, o en el expediente del astillero. Si le devolvía los toneles, no era necesario hacer ninguna mención oficial de la desaprobación, y presumiblemente se los podrían colar de nuevo a algún otro barco... algún barco que se hiciera a la mar sin tener la oportunidad de probar primero los artículos. Los marineros que luchaban por su país podían morir de hambre mientras los registros del astillero de aprovisionamiento estuvieran sin manchar.

—Con mil amores le devolveré los toneles llenos, señor —dijo Hornblower—. Se los enviaré en la chalupa que traiga los otros suministros.

—Eso estaría bien —dijo el superintendente.

—Estoy encantado, y, tal como ya le he dicho, enormemente agradecido, señor. Tendré mi lancha aquí con mi grupo de trabajo dentro de diez minutos.

Hornblower inclinó la cabeza con toda la unción que fue capaz de fingir; no era el

momento de estropear el barco por no dar un poco de betún. Salió antes de que la discusión se pudiera iniciar de nuevo. Pero las últimas palabras del superintendente fueron:

—Recuerde devolverme esos toneles, capitán.

La gabarra de la pólvora había sido remolcada a su amarradero; los otros pertrechos de artillería que se estaban subiendo a bordo parecían bagatelas: paquetes de tacos y balas de cartuchos de sarga vacíos, un par de manojos de baquetas flexibles, piezas de recambio para los cañones, carretes de mecha lenta... los múltiples accesorios necesarios para mantener en acción veintidós cañones. Hornblower envió al guardiamarina Smiley con el grupo de trabajo prometido al astillero de aprovisionamiento.

—Y ahora que suban esos condenados toneles a cubierta, señor Carslake. Debo mantener mi promesa de devolverlos.

—Sí, señor —dijo Carslake.

Carslake era un hombre joven con cabeza de toro y unos ojos de un azul muy claro y sin expresión. Aquellos ojos se mostraban entonces aún más inexpresivos de lo habitual. Había presenciado la entrevista entre Hornblower y el superintendente y no había permitido que aflorasen sus sentimientos. Hornblower no sabía si él, como sobrecargo, aprobaba enteramente que aquellas provisiones se salvaran para que se las endilgaran a otro barco o como marinero que, con toda seguridad, iba a padecer privaciones en alta mar, despreciaba la debilidad de Hornblower al acceder a las demandas del superintendente.

—Los marcaré antes de devolverlos —dijo Hornblower.

Había pensado en pintarlos cuando se había mostrado tan obsequioso con el superintendente, pero aquello no acababa de gustarle, porque la trementina podía eliminar fácilmente la pintura. Se le ocurrió una idea mucho mejor, maravillosa, en aquel mismo momento.

—Que el cocinero avive el fuego de los fogones —ordenó—. Cogemos... cogemos un par de baquetas de mosquete de hierro y las calentaremos en el fuego. Cójalas de la armería, por favor.

—Sí, señor. Perdona, señor, pero la hora de comer de los marineros ha pasado hace mucho rato.

—Cuando encuentre tiempo para mi comida, los marineros podrán tomar la suya —dijo Hornblower.

Se alegraba de que la cubierta estuviera tan repleta que aquellas palabras suyas pudieran ser oídas, porque tenía en mente el asunto de la comida de los hombres desde hacía algún tiempo, aunque estaba muy decidido a no perder ni un momento con aquello.

El primero de los toneles rechazados llegó dando vueltas desde la bodega y lo

dejaron en cubierta. Hornblower miró en torno a él; allí estaba Horrocks con el joven príncipe, muy asombrado por aquel continuo ajeteo, detrás de él.

—Lo hará usted, señor Horrocks. Venga aquí —dijo Hornblower.

Tomó un trozo de tiza de detrás de la pizarra en la bitácora y escribió con él, diagonalmente, en grandes letras en torno al tonel, la palabra «Rechazado».

—Hay dos hierros que se están calentando en el fogón. Usted y el señor príncipe pueden pasar un buen rato marcando esos toneles. Tracen estas letras en cada uno de ellos. ¿Entendido?

—Ejem... sí, señor.

—Bien fuerte y bien hondo, para que no haya ninguna posibilidad de lijarlo. Tenga mucho cuidado en eso.

—Sí, señor.

La siguiente chalupa para el muelle estaba abarloado en el costado de babor, que acababa de abandonar la gabarra de la pólvora. Estaba llena de suministros del contraamaestre: cordaje, lona, pintura. Un cansado grupo de hombres trabajaba pasando los bultos a cubierta. Parecía no tener fin aquella ocupación de conseguir equipar plenamente al *Atropos* para hacerse a la mar. El propio Hornblower tenía las piernas tan cansadas como un caballo derrengado, y se estiró para ocultar su fatiga. Pero cuando miraba al otro lado del río podía ver la chalupa del astillero de aprovisionamiento emergiendo de la ensenada. Smiley tenía a sus hombres trabajando en los remos, esforzándose por avanzar a través de la marea menguante. Desde el alcázar podía ver que la chalupa estaba repleta de toneles, barrilitos y bolsas de galletas. Pronto la *Atropos* estaría a rebosar. Y el acre olor de los hierros al rojo vivo quemando las duelas empapadas de salmuera de los toneles rechazados llegó hasta su nariz. Ningún barco aceptaría aquellos suministros. Era una extraña ocupación la que le había buscado a su alteza serenísima. Vaya forma de interpretar sus órdenes. «Empleará toda su diligencia en instruir a su alteza serenísima en su nueva profesión». Bueno, quizá no fuera una mala introducción a los métodos de lucha contra los empleados civiles.

Más tarde —mucho más tarde, al parecer— el señor Jones llegó ante él y se tocó el sombrero.

—Ya están las últimas provisiones a bordo, señor —dijo—. El señor Smiley está volviendo con la chalupa al astillero de aprovisionamiento.

—Gracias, señor Jones. Llame a mi eskuife, por favor.

Hornblower bajó al bote consciente de que había muchos ojos exhaustos clavados en él. La tarde de invierno se iba disolviendo en una fría y triste oscuridad mientras empezaba a caer una lluvia fina. Hornblower hizo que remaran en torno a su barco a una distancia adecuada, para observar su estiba. Miró el barco desde delante, desde el costado, desde popa.

Mentalmente estaba visualizando sus líneas debajo del agua. Miró hacia arriba a la extensión de sus vergas inferiores; el viento haría presión allí contra la lona.

Y entonces calculó el balance de las fuerzas implicadas, viento contra resistencia lateral, timón contra velas de proa. Tuvo que considerar la navegabilidad y manejabilidad, así como velocidad. Volvió a trepar a cubierta, donde le esperaba Jones.

—Quiero que baje un poco más por la proa —anunció—. Pondremos esos barriles de buey en el extremo delantero de la hilera, y la munición en la parte delantera del almacén. Que los marineros se pongan a ello inmediatamente, por favor.

Una vez más, los silbatos atronaron todo el barco y los marineros empezaron a mover las provisiones colocadas en cubierta. Después, esperaron con ansiedad el retorno de Hornblower de la última ronda de inspección en torno al barco.

—Así está bien —dijo éste, por fin.

No era una decisión casual, ni de cara a la galería. En el momento en que la *Atropos* se apartara de tierra, estaría en peligro y se enfrentaría a la acción de inmediato. Era un barco pequeño; hasta un corsario bien armado podía presentarle batalla. Dar alcance en una persecución, escapar, manejarlo rápidamente cuando maniobrasen para encontrar la posición en combate, navegar de bolina si lo cogían con una costa a sotavento: debía ser capaz de hacer todo aquello, y tenía que hacerlo hoy mismo, porque mañana, mañana mismo, podía ser demasiado tarde. Las vidas de su tripulación, su propia vida, su reputación profesional, podían depender de aquella decisión.

—Puede bajarlo todo ya, señor Jones.

Lentamente, la desordenada cubierta empezó a despejarse, mientras la lluvia se hacía más y más espesa y empezaba a cerrar la noche en torno al pequeño barco. Los grandes barriles en hilera, contra el forro de la nave, estaban apretados y calzados en su sitio; los contenidos de la bodega tenían que ser agrupados en una sólida masa, porque una vez en el mar, la *Atropos* cabecearía y se balancearía, y nada debía moverse ni balancearse, o si no la estructura del barco se vería dañada o incluso podía escorar completamente todo el buque por el movimiento de una avalancha de carga. La Marina tenía siempre presente a sir Edward Berry, el oficial que, cuando era capitán del propio *Vanguard* de Nelson, permitió que los palos de su barco escorasen del todo con un viento moderado en Cerdeña.

Hornblower se quedó de pie a popa junto al pasamano mientras la lluvia caía torrencialmente sobre él. No había ido abajo; aquello sería parte de la penitencia que se imponía a sí mismo por no haber supervisado en su momento el aprovisionamiento de su barco.

—La cubierta está despejada, señor —dijo Jones, apareciendo en la húmeda oscuridad ante él.

—Muy bien, señor Jones. Cuando todo esté limpio, los hombres pueden comer.

El pequeño camarote abajo estaba frío, oscuro e inhóspito. Había dos sillas de lona y una mesa de caballetes en la cabina de día, y en la de noche no había nada en absoluto. La lámpara de aceite brillaba melancólicamente por encima de las tablas desnudas de la cubierta bajo sus pies. Hornblower podía hacer llamar de nuevo a su esquife; le conduciría bastante rápido media milla corriente abajo hasta Deptford Hard, y de allí al George, con su mujer y sus hijos. Habría un cálido fuego de carbón, un bistec recién hecho con coles, un lecho de plumas con las sábanas calientes, incluso demasiado, por la aplicación de un calentador. Su helado cuerpo y sus doloridas piernas ansiaban de forma inexpresable aquellos cuidados y aquel calor. Pero con su presente estado de ánimo, no podía aspirar a nada de aquello. En su lugar, tiritando, comió un poco del rancho que habían colocado apresuradamente para él en la mesa con caballetes. Tenía una hamaca colgando en el camarote, se subió a ella y se envolvió en las mantas húmedas y frías. No se había echado en una hamaca desde que era guardiamarina, y su espalda ya no estaba acostumbrada a la necesaria curvatura. Estaba demasiado entumecido, tanto mental como físicamente, para que le proporcionara algo de calor la idea de su presente virtud.

## CAPÍTULO 8



Niebla en los Downs, fría, densa e impenetrable por encima de la superficie del mar. Allí no soplaba ni una brizna de aire para agitarla; la superficie del mar, apenas visible cuando Hornblower la miraba desde cubierta, aparecía negra y cristalina. Sólo muy cerca, junto al costado, se podían detectar unas débiles ondulaciones, mostrando cómo seguía su curso la marea junto al barco mientras éste se encontraba al paio en los Downs. Condensándose en las jarcias por encima de su cabeza, la niebla goteaba de forma melancólica en la cubierta en torno a él, y de vez en cuando una gota aterrizaba con sordo impacto en su tricornio; la pesada chaqueta de frisa que llevaba parecía congelada por la humedad que la empapaba. Y sin embargo no helaba, aunque Hornblower se sentía completamente aterido, hasta los huesos, a través de capas y capas de ropa, mientras volvía de su melancólica contemplación del mar.

—Y ahora, señor Jones —dijo—, empezaremos de nuevo. Tenemos los masteleros y las vergas arriados... los pesos altos, palos y jarcias, abajo y todo bien estibado. Ordene «silbatos fuera», por favor.

—Sí, señor —dijo Jones.

Los marineros ya habían perdido media mañana haciendo ejercicios de adiestramiento; Hornblower aprovechaba la calma de la niebla para ejercitar a la tripulación de su buque. Con tanta gente de tierra adentro a bordo y los oficiales poco familiarizados con sus hombres, aquella niebla realmente podía serles de gran utilidad; el barco podía convertirse en una unidad de trabajo y de lucha durante aquel intervalo de gracia, antes de aventurarse por el canal abajo. Hornblower metió la mano, helada, en el interior de su casaca y sacó su reloj. Como si el gesto hubiera convocado al sonido, sonaron agudamente cinco campanadas desde detrás de la bitácora, y desde la espesa niebla que les rodeaba llegó el sonido de otras campanas: había muchos barcos anclados en los Downs alrededor de ellos, tantos que pasaron unos minutos antes de que el último sonido se apagara. Los relojes de arena a bordo de los barcos no estaban sincronizados en absoluto.

Mientras las campanas todavía sonaban, Hornblower tomó nota de la posición del minuterero de su reloj y le hizo una señal a Jones. Instantáneamente llegó el rugido de las órdenes; los hombres, a los que se había llamado después de su breve descanso, llegaron atropelladamente a popa con los oficiales de mar tras ellos. Con el reloj en la mano, Hornblower se quedó detrás del pasamano. Desde donde estaba, sólo era visible la parte más baja de la obencadura; el palo de trinquete estaba completamente escondido por la niebla. Los marineros subieron a toda prisa por los flechastes, y

Hornblower miró con mucha atención para ver cuáles entre ellos no tenían muy claro cuál era su puesto y sus deberes. Le habría gustado poder ver todo lo que estaba pasando... pero claro, si no hubiera niebla, no habría tampoco entrenamiento, y la *Atropos* hubiera tenido que correr a toda prisa hacia el canal. Allí estaba el príncipe, a quien metía prisa Horrocks con una mano en el hombro.

—Vamos, vamos —decía Horrocks, saltando a los flechastes.

El príncipe saltó tras él. Hornblower podía ver la expresión de asombro en la cara del muchacho. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Aprendería, sin duda... para él ya era un aprendizaje el hecho de que un sobrino del rey, de sangre real, pudiera ser empujado por la plebeya mano de un guardiamarina.

Hornblower se apartó cuando la gavia de mesana vino oscilando. Un oficial de derrota llegó corriendo con un reducido grupo de marineros mayores a sus talones; se echaron sobre la gavia para detener el balanceo y la arrastraron al costado. Los marineros en la gavia de mesana trabajaban más rápido que el palo mayor, aparentemente: la gavia no estaba abatida todavía. Jones, con la cabeza echada hacia atrás de forma que su nuez sobresalía muchas pulgadas, chillaba las órdenes siguientes al tope del mástil. Le respondió un grito desde lo alto. Abajo a los flechastes llegó un torrente de hombres de nuevo.

—¡Larga! ¡Hala! ¡Abate!

La verga de la gavia de mesana se volvió con un solemne arco y descendió lentamente por el mástil. Hubo un retraso exasperante mientras se aplicaba la polea del estay —la organización al llegar a este punto no era demasiado buena—, pero al fin la verga llegó abajo y quedó echada en las botavaras, detrás de sus iguales. A continuación venía el asunto difícil y complicado de arriar los masteleros.

—Una hora y cuarto, señor Jones. Más bien una hora y veinte minutos. Demasiado tiempo. Media hora... cinco minutos más de media hora; eso es lo máximo que deben tardar.

—Sí, señor —respondió Jones. No podía decir otra cosa.

Mientras Hornblower le miraba y antes de dar sus siguientes órdenes, un ruido sordo y débil llegó a sus oídos, plano y sin eco entre la niebla. ¿Un disparo de mosquete? ¿De pistola? Sonaba ciertamente a algo parecido, pero como la niebla cambiaba todos los sonidos, no podía estar seguro. Aunque fuese un tiro que se hubiese disparado en alguno de los numerosos barcos invisibles a su alrededor, podía tener infinidad de explicaciones inocentes, y muy bien podía no ser un tiro. La tapa de una escotilla que caía en cubierta, una rejilla colocada en su lugar, podía ser cualquier cosa.

Los marineros estaban agrupados en cubierta, vagamente visibles entre la niebla, esperando órdenes. Hornblower adivinaba que estaban sudando a pesar del frío. Era la forma de que expulsaran toda aquella cerveza de Londres de sus cuerpos, pero no

quería presionarles demasiado.

—Cinco minutos de descanso —dijo Hornblower—. Y, señor Jones, sería mejor que colocase un buen oficial de mar en la polea de la gavia.

—Sí, señor.

Hornblower se apartó para dar a Jones una oportunidad de reorganizarse. Fue a caminar por cubierta para devolver un poco de vida a su helado cuerpo. Llevaba todavía el reloj en la mano por simple olvido de guardarlo en el bolsillo. Terminó su paseo por el costado del buque, mirando hacia el agua negra. Bueno, ¿qué era aquello que flotaba junto al barco? Algo largo y negro. Al divisarlo Hornblower, uno de sus extremos golpeó contra el costado del buque bajo los cadenotes, y luego empezó a girar solemnemente, arrastrado por la marea, y se volvió hacia él. Era un remo. La curiosidad le asaltó. En un fondeadero atestado como aquél no había nada extraño en encontrar un remo a la deriva, pero...

—Ahí, cabo de derrota —dijo Hornblower—. Baje a los cadenotes de mesana con una estacha para coger ese remo.

Era sólo un remo; Hornblower lo miró mientras el cabo de derrota lo sujetaba para que lo inspeccionara. El tope de cuero estaba muy desgastado; no era de ningún modo un remo nuevo. Por otra parte, juzgando por el hecho de que el cuero no estaba enteramente empapado, no llevaba mucho tiempo en el agua, minutos más que días, obviamente. Había un número «27» grabado a fuego en el remo, y eso precisamente fue lo que hizo que Hornblower lo examinase con más atención. El 7 llevaba un palito que lo atravesaba. Ningún inglés escribe jamás la cifra «7» con un palito atravesándola. Pero en el continente todo el mundo lo hace: había daneses, suecos y noruegos, rusos y prusianos en el mar, o bien neutrales o bien aliados de Inglaterra en la guerra. Un francés o un holandés, enemigos ambos de Inglaterra, también escribirían el «7» de esa forma.

Y ciertamente, había sonado algo que parecía un disparo. Un remo flotante y un disparo de mosquete forman una combinación difícil de explicar. ¿Y si ambos tuvieran una relación de causalidad? Hornblower tenía todavía el reloj en la mano. Aquel disparo —si es que se trataba de un disparo— se había dejado oír justo antes de que diera la orden de descanso, hacía siete u ocho minutos. La marea estaba corriendo a sus buenos dos nudos. Si el disparo había causado la caída del remo en el agua, debía de haberse producido a un cuarto de milla o así, a la distancia de dos cables, corriente arriba. El cabo de derrota, que todavía sujetaba el remo, le miraba con gran curiosidad, y Jones esperaba, con los hombres preparados para la acción, sus siguientes órdenes. Hornblower se sintió tentado a no prestar más atención a aquel incidente.

Pero era un oficial del rey, y su deber era desentrañar las cosas inexplicables que sucedieran en el mar. Dudó, se debatió internamente. La niebla era terriblemente



espesa. Si enviaba a un bote a investigar, probablemente se perdería. Pero Hornblower tenía mucha experiencia a la hora de abrirse camino en bote entre la niebla, en un fondeadero. O sea, que podía ir él mismo. Sintió cierto desasosiego al pensar en perderse por ahí tratando de encontrar su camino en la niebla... podía quedar como un idiota fácilmente a los ojos de su tripulación. Por otra parte, aquello no parecía tan exasperante como consumirse a bordo esperando el regreso de un bote que no acababa de volver.

—Señor Jones —dijo—, que preparen mi esquite.

—Sí, señor —replicó Jones, sin esconder en absoluto el asombro que sentía.

Hornblower caminó hacia la bitácora y tomó una cuidadosa lectura de dónde se encontraba la proa del barco. Se esforzó mucho por tomarla bien, no por su comodidad o su seguridad, sino porque su dignidad personal dependía de ello. Norte, una cuarta al nordeste. Mientras el barco siguiera cabeceando al ancla con la proa hacia la corriente, podía estar seguro de que el remo había llegado desde aquella dirección.

—Quiero una buena brújula en el esquite, señor Jones, por favor.

—Sí, señor.

Hornblower dudaba antes de dar la orden final, que significaría admitir públicamente que pensaba que existía alguna posibilidad de que algo grave le esperase en la niebla. Pero no dar la orden sería como huir del fuego y caer en las brasas. Si realmente había oído un disparo de mosquete, había posibilidades de acción; podía ser que fuese necesaria al menos una demostración de fuerza.

—Pistolas y machetes para la tripulación del bote, señor Jones, por favor.

—Sí, señor —dijo Jones, como si ya nada pudiera asombrarle.

Hornblower se volvió cuando estaba a punto de bajar al bote.

—Empezaré a contar el tiempo a partir de este momento, señor Jones. Trate de mantener esas gavias armadas durante media hora a partir de ahora. Volveré antes.

—Sí, señor.

El barco estalló en un torbellino de actividad cuando Hornblower ocupó su lugar en la cámara del esquite.

—Tomaré la caña —dijo al timonel—. Avante.

Gobernó el esquite a lo largo de la *Atropos* de proa a popa. Dirigió una última mirada a su proa, a su bauprés y su barbiquejo, y luego la niebla se los tragó. El esquite se encontró al instante en un mundo propio, confinado entre las paredes de niebla. Los sonidos de actividad a bordo del barco desaparecieron rápidamente.

—¡Rema así! —gruñó Hornblower al hombre a los remos.

Aquella pequeña brújula estaría dando vueltas como loca en diez segundos si permitía al esquite que siguiera otro rumbo que no fuera absolutamente recto. Norte, una cuarta al nordeste.

—Diecisiete —se dijo Hornblower—. Dieciocho. Diecinueve.

Contaba las paladas de los remos. Era una forma un poco tosca de estimar el progreso que iban haciendo. A siete pies por palada, un poco menos de doscientas paladas representaban un cuarto de milla. Pero luego había que contar con la velocidad de la marea. Serían casi quinientas paladas: todo muy vago, pero debían tomarse todas las precauciones en una expedición tan arriesgada como aquélla.

—Setenta y cuatro, setenta y cinco —decía Hornblower, con los ojos clavados en la brújula.

Aun con la fuerte marea, la superficie del agua estaba plana y calma. Las hojas de los remos, levantándose desde el agua al completar cada palada, dejaban remolinos en la superficie.

—Doscientas —dijo Hornblower, acallando un momentáneo temor de haber perdido la cuenta y de que realmente fueran trescientas.

Los remos gruñían en las chumaceras.

—Los ojos fijos al frente —decía Hornblower al timonel—. Dígame cuándo ve algo. Doscientos sesenta y cuatro.

Parecía ayer cuando se había sentado en la cámara del esquiife del *Indefatigable*, remando por el estuario de Gironde para interceptar al *Papillon*. Pero hacía más de diez años de aquello. Trescientas. Trescientas cincuenta.

—Señor —dijo el timonel, concisamente.

Hornblower miró hacia adelante. Delante, un poco en el pescante de babor, había un ligero espesamiento de la niebla, un ligero vislumbre de algo sólido.

—¡Espacio! —dijo Hornblower, y el bote continuó deslizándose por la superficie; movió el timón ligeramente para aproximarse a lo que fuera de forma más directa.

Pero el impulso del bote murió antes de que estuvieran lo suficientemente cerca como para distinguir los detalles, y bajo las órdenes de Hornblower los hombres empezaron a remar de nuevo. Desde lejos llegó un alto grito entre la niebla, al parecer provocado por la reanudación del sonido de los remos.

—¡Ah del barco!

Al menos el alto era en inglés. Por entonces eran claramente visibles la siluetas de un gran bergantín; por la pesadez de sus mástiles y líneas parecía un paquebote de las Indias Occidentales.

—¿Qué bergantín es ése? —gritó Hornblower como réplica.

—*Amelia Jane* de Londres, a treinta y siete días de Barbados.

Era una confirmación de la primera impresión de Hornblower, pero ¿y aquella voz? No sonaba demasiado inglesa, no sabía muy bien por qué. Había capitanes extranjeros en la marina mercante inglesa, muchos, pero difícilmente al mando de un paquebote de las Indias Occidentales.

—Despacio —dijo Hornblower a los remeros, y el esquife se deslizó silenciosamente por el agua. No pudo ver signo alguno de nada extraño.

—Mantengan la distancia —dijo la voz desde el bergantín.

No había nada sospechoso en las palabras. Ningún barco al paio a poco más de veinte millas de las costas de Francia dejaría de mostrarse cauteloso ante unos desconocidos que se aproximan entre la niebla. Pero el acento de aquellas palabras no sonaba del todo correcto. Hornblower metió la caña para pasar bajo la proa del bergantín. Algunas cabezas aparecieron ahora a su costado y se movieron en torno a la proa junto con el esquife. Allí estaba el nombre del bergantín, por supuesto, *Amelia Jane*, de Londres. Entonces Hornblower vio algo más: era un gran bote que se escondía detrás de la aleta de babor del bergantín desde los cadenotes. Podía haber un centenar de explicaciones posibles para aquello, pero era una circunstancia sospechosa.

—¡Ah del bergantín! —dijo—. Subiré a bordo.

—¡Aléjese! —exclamó la voz, como respuesta.

Algunas de las cabezas del costado del bergantín adquirieron hombros, y tres o cuatro mosquetes apuntaron al esquife.

—Soy un oficial de su majestad —dijo Hornblower.

Se quedó de pie en la cámara y se desabrochó el chaquetón para que fuera visible su uniforme. La figura central en el costado del bergantín, el hombre que había hablado, le miró durante largo rato y luego extendió las manos en un gesto de desesperación.

—Está bien —dijo.

Hornblower subió por el costado del bergantín tan rápidamente como le permitieron sus helados miembros. Cuando se quedó de pie en cubierta fue consciente de que iba desarmado, porque enfrentándose a él había más de una docena de hombres, con expresión hostil, y algunos de ellos con mosquetes en las manos. Pero la tripulación del esquife le había seguido a cubierta, y se acercaron a él blandiendo sus machetes y pistolas.

—¡Capitán, señor! —era la voz de uno de los hombres que había dejado en el esquife—. Señor, hay un hombre muerto en el bote de aquí.

Hornblower se volvió para mirar. Había un hombre muerto, en efecto, que yacía en el fondo del bote. Aquello explicaba el remo flotante, entonces. Y el disparo, por supuesto. El hombre había muerto por una bala que había llegado del bergantín en el momento en que el bote estaba abarloando; el bergantín había sido abordado. Hornblower miró de nuevo al grupo que había en cubierta.

—¿Franceses? —preguntó.

—Sí, señor.

El tipo era un hombre con sentido común. No había intentado una resistencia

inútil al ver descubierto su golpe. Aunque tenía quince hombres a sus espaldas, y los del esquife eran solamente ocho, se había dado cuenta de que un barco del rey en las inmediaciones convertía su captura final en algo inevitable.

—¿Dónde está la tripulación? —preguntó Hornblower.

El francés señaló hacia adelante, y a un gesto de Hornblower uno de sus hombres corrió a liberar a la tripulación del bergantín de su confinamiento en el castillo de proa, media docena de marineros de color y una docena de oficiales.

—Muchas gracias, míster —dijo el capitán, adelantándose.

—Soy el capitán Hornblower, del buque de su majestad *Atropos* —dijo Hornblower.

—Le ruego que me perdone, capitán —era un hombre anciano, con el blanco cabello y los claros ojos azules contrastando con su bronceado como de caoba—. Ha salvado usted mi barco.

—Sí —dijo Hornblower—. Será mejor que desarme a esos hombres.

—De mil amores, señor. Encárgate, Jack.

El otro oficial, presumiblemente el segundo contramaestre, caminó a popa para coger los mosquetes y espadas de los franceses, que no se resistieron.

—Han venido con la niebla y han atracado a mi costado antes de que me diera cuenta, señor —continuó el capitán—. Un barco de su majestad se llevó a mis cuatro mejores hombres cuando salía del Start, o habría dado buena cuenta de ellos. Estando como estamos, solo he podido dispararles una vez.

—Ha sido ese disparo el que me ha traído aquí —dijo Hornblower, brevemente—. ¿De dónde vienen?

—Eso es lo que me estaba preguntando yo —dijo el capitán—. No pueden venir de Francia en ese bote, no habrían llegado tan lejos.

Volvieron su mirada inquisitivamente al abatido grupo de franceses. Era una cuestión de importancia considerable. Los franceses tenían que proceder de algún barco, y aquel barco debía de estar anclado en algún lugar en medio de los apiñados barcos de los Downs. Y para este fin, debía de ir disfrazado como barco británico o neutral, llegando con los otros antes de que el viento cayera y la niebla se cerrara. Hubo muchos incidentes similares durante la guerra. Era una manera fácil de hacerse con un botín. Pero significaba que en algún lugar al alcance de la mano había un lobo con piel de cordero, un corsario francés disfrazado, probablemente atestado de hombres: a lo mejor había hecho más de un botín. En medio del alboroto y la confusión que seguirían cuando la brisa se levantara, con todo el mundo ansioso por llevar anclas y partir, podía escapar con sus capturas.

—Cuando la niebla se cerró —dijo el capitán— el barco más cercano a nosotros era una jábega de Ramsgate. Ancló al mismo tiempo que nosotros. Sospecho que puede ser ése.

Era un tema tan importante que Hornblower no podía estarse quieto. Iba y venía por cubierta, con la mente trabajando rápidamente. No se había decidido aún del todo cuando se volvió y dio su primera orden de ejecución del vago plan. No sabía si tendría la resolución suficiente para llevarla a cabo.

—Leadbitter —le dijo al timonel.

—¡Señor!

—Ate las manos a esos hombres.

—¿Señor?

—Me ha oído perfectamente.

Atar a los prisioneros era casi una violación de las leyes de guerra. Cuando Leadbitter se aproximó para llevar a cabo sus órdenes, los franceses mostraron evidente resentimiento. Se alzó un murmullo de voces.

—No puede hacer eso, señor —dijo su portavoz—. Tenemos...

—Cierre la boca —espetó Hornblower.

Tener que dar semejante orden le ponía de mal humor, y su mal humor empeoraba sus dudas. Ahora que los franceses estaban desarmados, no podían ofrecer resistencia frente a las pistolas empuñadas por los marineros ingleses. Con agrias protestas tuvieron que someterse, mientras Leadbitter iba de hombre a hombre atándoles las muñecas a la espalda. Hornblower odiaba el papel que se veía obligado a representar, aunque su mente calculadora le decía que tenía bastantes probabilidades de éxito. Tenía que aparentar ser un hombre sanguinario, que se deleitaba arrebatando vidas humanas, sin misericordia alguna en su alma y a quien complacía la visión de la agonía de un ser humano. Tales hombres existían, él lo sabía. Había tiranos ominosos al servicio del rey. Durante los anteriores diez años de guerra en el mar hubo algunos abusos, pocos, por ambas partes. Aquellos franceses no le conocían bien, ni tampoco la tripulación del barco de las Indias Occidentales. Ni tampoco sus propios hombres, a decir verdad. Llevaban tan poco tiempo con él que no tenían razones para creer que no tuviera tendencias homicidas, así que su conducta no debilitaría la impresión que deseaba producir. Se volvió hacia uno de sus hombres.

—Suba a las jarcias —dijo—. Pase un cabo entre la garrucha y la verga mayor.

Aquello significaba un ahorcamiento. El hombre le miró con momentánea incredulidad, pero el ceño en el rostro de Hornblower le envió corriendo hacia los flechastes. Entonces Hornblower fue hasta donde se encontraban ligados los desdichados franceses; la mirada de éstos se dirigía desde el hombre en la verga mayor a la siniestra cara de Hornblower, y sus nerviosos parloteos se extinguieron.

—Ustedes son piratas —dijo Hornblower, hablando lenta y claramente—. Y voy a colgarles.

Por si el vocabulario inglés del prisionero no incluía la palabra «colgar», señaló significativamente al hombre en el peñol. Todo el mundo entendería aquello. Se

quedaron silenciosos durante un segundo o dos, y luego unos cuantos empezaron a hablar a la vez en un francés torrencial que Hornblower no pudo seguir bien, y entonces el jefe, que se había recuperado ya, empezó a protestar en inglés.

—No somos piratas —dijo.

—Creo que sí —contradijo Hornblower.

—Somos corsarios —dijo el francés.

—Piratas.

Las exclamaciones de los franceses subieron de tono. El francés de Hornblower era lo suficientemente bueno como para averiguar que el jefe les estaba traduciendo sus breves palabras a sus compañeros, y ellos le apremiaban a que explicase con mayor claridad su posición.

—Le aseguro, señor —dijo el desdichado, luchando para mostrarse elocuente en un idioma extranjero—, que somos corsarios y no piratas.

Hornblower le miró con pétrea expresión, y sin responder, se volvió para dar más órdenes.

—Leadbitter —dijo—, haga un nudo corredizo al final de esta sogá.

Luego se volvió hacia los franceses.

—Entonces, ¿quiénes dice que son ustedes? —preguntó. Trató de pronunciar aquellas palabras del modo más indiferente que pudo.

—Venimos del barco corsario *Vengeance* de Dunquerque, señor. Yo soy Jacques Lebon, oficial de presa.

Los corsarios normalmente se hacen a la mar con algunos oficiales de más, que pueden ser colocados en los buques apresados para devolverlos a un puerto francés sin disminuir la capacidad de lucha del corsario, que puede continuar su travesía. Esos oficiales normalmente eran seleccionados por su habilidad para hablar inglés y por el conocimiento de las costumbres marítimas inglesas, y llevaban el título de «oficial de presa». Hornblower se volvió para observar la horca que ahora colgaba ominosamente del peñol y entonces se dirigió al oficial de presa.

—No tiene papeles —dijo.

Obligó a sus labios a realizar una mueca desdeñosa mientras hablaba; para los desgraciados que estudiaban cada línea de su rostro, su expresión pareció un poco forzada, como en realidad era. Hornblower estaba echándose un farol cuando dijo lo que dijo. Si el oficial de presa hubiera podido sacar algún papel, toda su estrategia de ataque se habría visto alterada, pero no corría un albur demasiado fuerte. Hornblower estaba seguro de que si Lebon hubiera tenido papeles en su bolsillo, los habría mencionado enseguida, pidiendo a alguien que se los sacara de allí. Ésa sería la primera reacción de cualquier francés cuya identidad se está cuestionando.

—No —dijo Lebon, alicaído.

Era muy poco probable que los tuviera, cuando estaba implicado en una

operación de guerra ordinaria.

—Entonces les colgaré —dijo Hornblower—. A todos. Uno por uno.

Lanzó una carcajada inhumana, horrible. Cualquiera que la oyera pensaría, justificadamente, que estaba inspirada por el anticipado placer de contemplar los espasmos de agonía de una docena de hombres. El canoso capitán del *Amelia Jane* no pudo soportar la idea y se adelantó para intervenir en la discusión.

—Señor —dijo—. ¿Qué va a hacer?

—Voy a ocuparme de mis propios asuntos, señor —masculló Hornblower, esforzándose por comunicar a su voz toda la dureza que había oído emplear a los oficiales insolentes que se había encontrado a veces en su servicio—. ¿Le importa si le ruego que haga usted lo mismo?

—Pero no puede colgar a esos pobres diablos —siguió el capitán.

—Eso es precisamente lo que voy a hacer.

—Pero no en mi barco, señor... aquí no... no sin un juicio.

—En su barco, señor, que usted permitió que capturaran. Y ahora. Los piratas cogidos con las manos en la masa son colgados en el acto, como usted bien sabe, señor. Y eso es lo que haré ahora mismo.

Fue un golpe de buena fortuna que el capitán entrase en la discusión. Su aspecto de desesperación y el tono de sus protestas eran convincentes y genuinas. Nunca habrían sido tan convincentes si hubieran respondido a un plan trazado previamente. Hornblower le trataba con brutalidad, pero era por el bien de la causa.

—Señor —insistió el capitán—, estoy seguro de que sólo son corsarios...

—Por favor, no interfiera a un oficial del rey en la ejecución de su deber. Vosotros dos, venid aquí.

Los dos hombres de la tripulación del esquife que el señaló se acercaron obedientemente. Era probable que hubiesen visto algún ahorcamiento antes, así como todo tipo de brutalidades, en un servicio de por sí brutal. Pero la inminente certeza de tomar parte en un ahorcamiento les impresionaba, eso estaba claro. Hubo una cierta relucencia visible en sus expresiones, Pero la dura disciplina del servicio aseguraba que obedecerían las órdenes de un único hombre desarmado y superado ampliamente en número.

Hornblower miró a la línea de rostros. Durante un momento sintió una horrible náusea atenazarle el estómago, cuando se le ocurrió preguntarse cómo se sentiría él si realmente estuviera seleccionando a una víctima.

—Colgaremos primero a ése —dijo, señalando a uno de ellos.

El hombre moreno con cuello de toro a quien indicaba palideció y tembló; retrocediendo, trató de esconderse entre sus compañeros. Todos hablaban a la vez, agitando frenéticamente los brazos contra las ligaduras que aseguraban las muñecas a su espalda.

—¡Señor! —exclamó Lebon—. Por favor... se lo ruego... se lo suplico...

Hornblower condescendió a dirigirle una mirada, y Lebon continuó con una salvaje lucha contra las dificultades del idioma y el inconveniente de no ser libre para poder gesticular.

—Somos corsarios. Luchamos por el imperio, por Francia —ahora estaba de rodillas, con la cara levantada. Como no podía usar las manos, frotaba literalmente la nariz contra los faldones del chaquetón de Hornblower—. Nos hemos rendido. No hemos luchado. No hemos causado ninguna muerte.

—Apartad a este hombre de mí —dijo Hornblower, retirándose fuera de su alcance.

Pero Lebon, de rodillas, le siguió por cubierta, hociendo y suplicando.

—Capitán —dijo el capitán inglés, intercediendo una vez más—. ¿No puede al menos esperar y desembarcarles para que les juzguen? Si son piratas, se podrá probar rápidamente.

—Quiero verles colgados —dijo Hornblower, buscando en su mente lo más truculento que podía decir.

Los dos marineros ingleses, aprovechándose del volumen de las protestas, habían hecho una pausa en la ejecución de sus órdenes. Hornblower miró la soga que colgaba, apenas visible pero horriblemente presente en la niebla.

—No creo ni por un momento —siguió Hornblower— que estos hombres sean lo que dicen que son. Sólo una banda de malhechores, piratas. Leadbitter, ponga a cuatro hombres tirando de esa soga. Ya les diré cuándo deben tirar de ella.

—Señor —dijo Lebon—, le aseguro, palabra de honor, que somos del corsario *Vengeance*.

—¡Bah! —replicó Hornblower—. ¿Y dónde se supone que está?

—Ahí —dijo Lebon.

No podía señalar con las manos; señaló con el mentón, por encima del pescante de babor del anclado *Amelia Jane*. No era una indicación muy definida, pero era una ayuda considerable, aun así.

—¿Vio usted a algún barco antes de que la niebla se cerrara, capitán? —preguntó Hornblower, volviéndose hacia el capitán inglés.

—Sólo la jábega de Ramsgate —dijo, reluciente.

—¡Ése es nuestro barco! —dijo Lebon—. ¡Es el *Vengeance*! Era una jábega de Dunquerque... Nosotros... nosotros lo camuflamos para que pareciera eso.

Así que era eso. Una jábega de Dunquerque. Sus bodegas para guardar la pesca podían ir llenas de hombres. Una ligera alteración de aparejos, una «R» pintada en la vela mayor, un nombre adecuado pintado en su popa, y podía navegar por los canales sin preguntas, capturando presas casi a voluntad.

—¿Dónde dice que está? —preguntó Hornblower.



—Allí... ¡oh!

Lebon se calló al darse cuenta de que estaba dando mucha información.

—Puedo aventurar una suposición bastante exacta de a qué distancia se encuentra de nosotros —intervino el capitán inglés—; yo vi... ¡oh!

Se interrumpió exactamente igual que había hecho Lebon, pero debido a la sorpresa. Se quedó mirando a Hornblower. Era como la escena de desenlace de alguna estúpida comedia. El heredero perdido había salido a la luz al fin. La idea de aceptar ahora la admiración de sus inconscientes compañeros de actuación, de admitir modestamente que no era el monstruo de ferocidad que había fingido ser, irritaba a Hornblower más allá de todo lo tolerable. Todos sus instintos y su buen gusto se sublevaban contra los tópicos y lo obvio. Ahora que había conseguido la información que buscaba, podía hacer lo que se le antojara, mientras actuara inmediatamente de acuerdo con aquella información. La mueca que deseaba mantener quedó más fácilmente reflejada en sus facciones con aquel brusco cambio de sentimientos.

—Sentiría mucho perderme un ahorcamiento —dijo, medio para sí, y dejó que sus ojos vagasen de nuevo desde el lazo que colgaba hasta el encogido grupo de franceses que todavía ignoraban lo que había pasado—. Ver ese grueso cuello estirarse un poco...

Se interrumpió y dio una breve vuelta por cubierta, observado por todos los hombres que había allí de pie.

—Muy bien —dijo, deteniéndose—. Contra mi deseo, esperaré a colgar a esos hombres. Capitán, ¿cuál era la dirección aproximada de esa jábega cuando ancló?

—Estábamos en agua muerta —empezó el capitán, haciendo sus cálculos—. Empezábamos a girar. Yo diría que...

El capitán era obviamente un hombre de buen juicio y aguda observación. Hornblower escuchó lo que decía.

—Muy bien —dijo Hornblower, cuando hubo acabado—. Leadbitter, le dejaré a usted a bordo con dos hombres. Vigile bien a estos prisioneros y asegúrese de que no vuelven a tomar el bergantín. Volveré al barco ahora. Espere aquí mis órdenes.

Bajó de nuevo a su esquiife; el capitán, que le acompañó al costado del busque, estaba clara y gratamente sorprendido. Casi no podía creer que, si Hornblower era el monstruo demoníaco que aparentaba ser, hubiera conseguido obtener la información que le habían dado los prisioneros franceses: era Un extraño golpe de fortuna, una excesiva casualidad. Pero por otra parte, tampoco podía creer que si Hornblower había usado una astuta añagaza para conseguir la información, rehusara disfrutar los aplausos de su auditorio y no quisiera complacerse en su sorpresa y admiración. Cualquiera de las dos ideas era sorprendente. Eso estaba bien. Que se quedara sorprendido. Que se sorprendieran todos... aunque parecía que los serios marineros que empuñaban los remos en el esquiife no estaban tan sorprendidos. Sin prestar

atención a todo lo que había sucedido, estaban convencidos de que su capitán se había mostrado tal como era: un hombre que tan pronto podía contemplar la agonía de otro ser humano como tomar tranquilamente la cena. Que pensaran lo que quisieran. No les haría ningún daño. Hornblower no podía evitarlo, de todos modos, porque toda su atención estaba dirigida a la brújula. Sería ridículo —horriblemente cómico— que después de todo aquello se perdiera y no encontraran el camino de vuelta al *Atropos*, y que tuvieran que deambular en la niebla durante horas buscando su propio barco. El recíproco de norte una cuarta al nordeste era sur una cuarta al suroeste, y mantuvo el esquife fijo en ese rumbo. Con lo que quedaba del reflujó detrás de ellos sería cuestión de unos pocos segundos antes de llegar a la vista de la *Atropos*. Fue un gran alivio cuando lo hicieron.

El señor Jones recibió a Hornblower en el costado del barco. Una mirada le dijo que faltaban dos hombres y el timonel de la tripulación del esquife. Le costaba pensar en alguna explicación para aquello, y el señor Jones ardía de curiosidad. No podía evitar preguntarse qué demonios había estado haciendo su capitán allá fuera en aquella niebla. Su curiosidad incluso superó a su aprensión a la vista de la mueca que todavía llevaba Hornblower en el rostro... Ahora que estaba de vuelta en su barco, Hornblower empezaba a sentir con más fuerza los escrúpulos que debían de haberle influido imaginando lo que sus señorías debían de pensar de su ausencia del buque. Hizo caso omiso de las preguntas de Jones.

—Ha mantenido esas gavias armadas, señor Jones.

—Sí, señor. He enviado a los hombres a comer al ver que usted no volvía, señor. Pensaba que...

—Tienen cinco minutos para acabar la comida, no más. Señor Jones, si usted estuviera al mando de dos botes enviados a capturar a un buque hostil anclado en medio de esta niebla, ¿cómo se las arreglaría? ¿Qué órdenes daría usted?

—Bueno, señor yo... yo...

El señor Jones no era un hombre con rapidez de pensamiento o adaptabilidad a las nuevas situaciones. Carraspeó y tartamudeó. Pero había pocos oficiales en la Marina que no hubieran participado en una operación de interceptación y abordaje. Sabía bastante bien lo que había que hacer, y lentamente se hizo patente que lo sabía.

—Muy bien, señor Jones. Ahora usted izará el bote grande y la lancha. Las tripulará y se encargará de que las tripulaciones estén bien armadas. Procederá rumbo norte una cuarta al nordeste... grábeselo en la mente, señor Jones, norte una cuarta al nordeste desde este barco durante un cuarto de milla. Allí encontrará un bergantín de las Indias Occidentales, el *Amelia Jane*. Acaba de ser recuperado de una tripulación francesa de presa, y mi timonel está a bordo con dos hombres. Desde allí, tomará usted un nuevo rumbo. Hay un corsario francés, el *Vengeance*. Es una jábega de Dunquerque disfrazada como si fuera una jábega de Ramsgate. Probablemente hay

muchos hombres a bordo —al menos han quedado cincuenta de la tripulación— y está anclado aproximadamente a una distancia de tres cables al noroeste del *Amelia Jane*. Lo capturará, por sorpresa si es posible. El señor Still estará al mando del segundo bote. Yo escucharé mientras usted le da sus instrucciones. Eso me evitará la repetición. ¡Señor Still!

El despacho que escribió Hornblower aquella noche y confió al *Amelia Jane* para su entrega al Almirantazgo estaba redactado con la usual fraseología de la Marina.

Señor:

*Tengo el honor de hacerle saber para la información de sus señorías que en el día de hoy, mientras anclábamos en la densa niebla de los Downs, me di cuenta de que, probablemente, muy cerca de nosotros se producía algún tipo de disturbio. Al investigar, tuve la buena fortuna de recapturar el bergantín Amelia Jane, de vuelta a casa desde Barbados, que estaba en poder de una tripulación francesa de presa. A partir de la información conseguida de los prisioneros, pude enviar a mi teniente, el señor Jones, con los botes del buque de su majestad bajo mi mando, a atacar el barco corsario francés de guerra Vengeance, de Dunquerque. Todo esto fue llevado a cabo de forma excelente por el señor Jones y sus oficiales y hombres, incluyendo al señor Still, segundo teniente, los señores Horrocks y Smiley, y su alteza serenísima el príncipe de Seitz-Bunau, guardiamarinas, después de una breve acción en la cual nuestras pérdidas consistieron en dos hombres ligeramente heridos mientras que el capitán francés, monsieur Ducos, recibió una grave herida mientras trataba de reagrupar a su tripulación. El Vengeance resultó ser una jábega francesa enmascarada como buque de pesca inglés. Incluyendo la tripulación de presa, llevaba una tripulación de setenta y un oficiales y marineros, e iba armado con una carronada de a cuatro escondida bajo las redes.*

*Tengo el honor de quedar, su humilde servidor*

*H. Hornblower, capitán.*

Antes de enviarlo, Hornblower leyó el informe con una sonrisa torcida en el rostro. Se preguntaba si alguien leería alguna vez entre líneas en aquella narración tan escueta, cuánto podrían adivinar, cuánto podría deducir alguien. La niebla, el frío, la humedad; la desagradable escena en la cubierta del *Amelia Jane*, el juego de emociones. ¿Podría alguien adivinar toda la verdad? Y no había duda de que la tripulación de su esquife estaba ya extendiendo por todo el barco horribles informes acerca de su sed de sangre. De aquello derivaba una especie de sardónica

satisfacción, también. Un golpecito en la puerta. ¿Es que no le dejarían nunca en paz?

—Adelante —dijo.

Era Jones. Su mirada se posó en la pluma que se encontraba entre los dedos de Hornblower, y el tintero y los papeles que había en la mesa frente a él.

—Perdón, señor —dijo—. Espero no venir demasiado tarde.

—¿Qué ocurre? —preguntó Hornblower. Tenía poca simpatía por Jones y su carácter indeciso.

—Si va usted a enviar un informe al Almirantazgo, señor... y supongo que lo va a hacer, señor...

—Sí, por supuesto que lo voy a hacer.

—No sé si va usted a mencionar mi nombre, señor... No voy a preguntarle si lo va a hacer, señor... no quiero presumir...

Si Jones estaba solicitando una mención especial para sí en la carta del Almirantazgo, no iba a tener ninguna.

—¿Qué es lo que intenta usted decirme, señor Jones?

—Es que mi nombre es muy corriente, señor. John Jones, señor. Hay doce John Jones en la lista de tenientes, señor. No sé si usted lo sabía, señor, pero yo soy John Jones el Noveno. Así es como me conocen en el Almirantazgo, señor. Si no lo pone así, quizá...

—Muy bien, señor Jones, comprendo. Puede confiar en que procuraré que se haga justicia debidamente.

—Gracias, señor.

Una vez Jones se apartó de su vista, Hornblower suspiró un poco, miró el informe y cogió una hoja en blanco. No se podía incluir la palabra «Noveno» de forma legible después de la mención del nombre de Jones. Lo único que se podía hacer era coger una hoja nueva y volverlo a escribir todo. Una extraña ocupación para un tirano sediento de sangre.

## CAPÍTULO 9



Hornblower observaba cómo trabajaba su tripulación con ojos penetrantes mientras la *Atropos* entraba suavemente, a toda vela, en la bahía de Gibraltar. Ahora se podía decir que estaban bien entrenados. El duro camino por el canal, las luchas con las borrascas del golfo de Vizcaya habían conseguido que se convirtieran en un equipo unido. No había confusión y sólo el mínimo imprescindible de órdenes. Los hombres corrían a las vergas; vio a dos figuras balancearse en las burdas y bajar deslizándose todo el camino desde el calcés, desdeñando el uso de obenques y flechastes. Llegaron a cubierta simultáneamente y se quedaron sonriéndose el uno al otro durante un momento: estaba claro que acababan de disputar una carrera. Uno era Smiley, el guardiamarina de la cofa mayor. El otro... su alteza serenísima el príncipe de Seitz-Bunau. Aquel chico había mejorado muchísimo más de lo que se podía esperar. Si alguna vez volvía a sentarse en su trono en su capital germana, tendría unos recuerdos muy curiosos.

Pero el capitán no debía dejar que su atención se desviara en aquellos momentos.

—¡Suéltela, señor Jones! —gritó.

El ancla cayó, arrastrando el chirriante cable a través de su agujero; Hornblower miró mientras la *Atropos* largaba todo el cable y luego cabeceaba al ancla. Estaba en el amarradero que le habían asignado; Hornblower miró hacia arriba a la alta roca y por encima, a la costa española. Nada parecía haber cambiado desde la última vez — hacía tantos años— en que había venido navegando hasta Gibraltar. El sol brillaba sobre él, y era muy agradable volver a sentir el sol mediterráneo, aunque no calentaba demasiado en aquel frío tiempo invernal.

—Llame a mi esquite, por favor, señor Jones.

Hornblower corrió abajo para ceñirse su espada y sacar el mejor de sus dos tricornos de su caja de hojalata para ponerse lo más presentable posible a la hora de ir a la costa a realizar sus visitas oficiales. Le provocaba gran excitación pensar que pronto estaría leyendo las órdenes que tendría que llevar a cabo en la siguiente fase de sus aventuras. Posibles aventuras, mejor; lo más probable es que fueran simples tareas monótonas de bloqueo junto a un puerto francés.

Aunque en las órdenes que le entregó Collingwood, cuando las leyó, había un párrafo que le hizo preguntarse cuál sería su destino.

Llevará en su barco al señor William McCullum, del Servicio de la Honorable Compañía de las Indias Orientales, junto con sus ayudantes nativos, y les ofrecerá pasaje cuando, en obediencia al primer párrafo de estas órdenes, venga a reunirse conmigo.

El señor McCullum le esperaba en la antesala del gobernador. Era un hombre corpulento y fornido de poco más de treinta años, con los ojos azules y una espesa mata de pelo negro.

—¿El capitán Horado Hornblower? —había un deje en las erres que señalaba claramente su país de origen.

—¿Señor McCullum?

—Del Servicio de la Compañía.

Los dos hombres se miraron.

—¿Va usted a tomar pasaje en mi barco?

—Sí.

Aquel hombre se comportaba con un aire de gran independencia. Aunque, a juzgar por la escasez de entorchados en su uniforme y por el hecho de no llevar espada, no tenía una posición demasiado elevada en la jerarquía de la Compañía.

—¿Quiénes son esos ayudantes nativos suyos?

—Tres buceadores cingaleses.

—¿Cingaleses?

Hornblower pronunció la palabra con precaución. Nunca antes la había oído, no le sonaba. Sospechaba que tenía algo que ver con Ceilán, pero no quería que se adivinara su ignorancia.

—Buscadores de perlas de Ceilán —dijo McCullum.

Así que había acertado. Pero no podía imaginar ni por un momento por qué Collingwood, a la greña con los franceses en el Mediterráneo, podía necesitar buscadores de perlas de Ceilán.

—¿Y cuál es su posición oficial, señor McCullum?

—Soy especialista en naufragios y director de salvamentos de la costa del Coromandel.

Aquello explicaba la ostentosa falta de deferencia del hombre. Era uno de aquellos expertos cuya habilidad les hace demasiado valiosos para tratarlos con ligereza. Seguramente se embarcó para la India como grumete o aprendiz; presumiblemente, le habían tratado como un criado cuando era joven, pero había aprendido un oficio tan bien como para ser ahora indispensable y estar en posición de poder devolver los agravios que había recibido antes. Cuantos más entorchados llevara la persona a la que se dirigía, más bruscos, seguramente, serían sus modales.

—Muy bien, señor McCullum. Voy a zarpar inmediatamente y me alegraría mucho que pudiera venir a bordo con sus ayudantes cuanto antes. Dentro de una hora. ¿Debe embarcar con usted algún equipo?

—Muy poco, aparte de mis baúles y los bultos de los buceadores. Están ya preparados, junto con su comida.

—¿Comida?

—Los pobrecillos son ignorantes infieles, seguidores de Buda. Casi se mueren en el viaje hasta aquí, Porque nunca habían sabido lo que era tener el vientre lleno. Un puñado de verduras, una gota de aceite, un trozo de pescado para variar. Eso es lo que están acostumbrados a comer.

¿Aceite? ¿Verduras? Los barcos de guerra difícilmente podrían suministrar cosas de ese tipo.

—Tengo un barril de aceite de oliva español para ellos —explicó McCullum—. Se han aficionado mucho a él, aunque no se parece en nada a su mantequilla de búfalo. Lentejas, cebollas y zanahorias. Si les da usted buey salado, se mueren, y sería una lástima después de haberlos traído por medio mundo, dando la vuelta al cabo de Buena Esperanza.

Aquella frase la dijo con aparente indiferencia, pero Hornblower sospechaba que sus modales albergaban cierta consideración por sus desgraciados subordinados, que se encontraban tan lejos de su hogar. Empezó a gustarle un poco más aquel McCullum.

—Daré órdenes para que se les cuide bien —dijo.

—Gracias —era el primer atisbo de cortesía que había aparecido en el discurso de McCullum—. Los pobres diablos se han estado muriendo de frío aquí en el Peñón. Se ponen muy nostálgicos, y es que están muy lejos de casa.

—¿Por qué les han enviado aquí, de todos modos? —preguntó Hornblower.

Aquella pregunta había luchado por aparecer en sus labios desde hacía cierto tiempo; no lo había preguntado antes para no dar a McCullum una ocasión demasiado buena de humillarle.

—Porque pueden sumergirse hasta dieciséis brazas y media de profundidad —dijo McCullum, mirándole a los ojos.

No era un desaire; Hornblower era consciente de que ese cambio se debía a su promesa de que procuraría que les trataran bien. No se arriesgaría a hacer más preguntas a pesar de que le consumía la curiosidad. Estaba completamente asombrado al ver que la flota mediterránea necesitaba buceadores que pudieran sumergirse a cien pies de profundidad. Se contentó con dar fin a la entrevista con una oferta de enviar un bote para recoger a McCullum y sus hombres.

Los cingaleses, cuando hicieron su aparición en la cubierta de la *Atropos*, más bien suscitaban piedad. Apretaban sus blancas vestiduras de algodón contra su cuerpo por el frío; el aire cortante que procedía de las nevadas cumbres españolas les hacía tiritar. Eran unos hombres delgados, frágiles, y miraban a su alrededor sin curiosidad, sólo con una oscura resignación en sus negros ojos. Su piel era de un color marrón oscuro, tanto que excitaba la curiosidad de los marineros, que se reunieron a mirarlos. Ellos en cambio no dedicaban mirada alguna a los hombres blancos, sino que conversaban brevemente entre ellos con unas voces agudas y musicales.

—Déles el rincón más caliente del entrepuente, señor Jones —dijo Hornblower—. Procure que estén cómodos. Consulte con el señor McCullum si pueden necesitar algo. Permítanme que les presente: señor McCullum, señor Jones. Estaría muy agradecido si pudieran ustedes hacer extensiva al señor McCullum la hospitalidad de la cámara de oficiales.

Hornblower tuvo que decirlo de esa forma. La cámara de oficiales, en teoría, era una asociación voluntaria de oficiales, que podían elegir a qué miembros admitir y a cuáles no. Pero sería un imprudente grupo de oficiales el que decidiera excluir de su cámara a un huésped recomendado por su capitán, y tanto Jones como Hornblower lo sabían muy bien.

—Además debe proporcionarle un coy al señor McCullum, por favor. Puede decidir usted mismo dónde colocarlo.

Era muy consolador poder decir eso. Hornblower sabía perfectamente bien —y también Jones, como revelaba su expresión ligeramente consternada—, que en una corbeta de veintidós cañones no hay ni un solo palmo de superficie libre. Estaban ya muy apiñados, y la presencia del señor McCullum agravaría mucho ese apiñamiento. Pero era Jones quien debía encontrar una forma de solucionar la dificultad.

—Sí, señor —dijo Jones.

El intervalo que había transcurrido antes de que lo dijera era la mejor indicación de la serie de pensamientos que habían seguido a su orden.

—Excelente —dijo Hornblower—. Puede solucionar eso cuando estemos en alta mar. No hay más tiempo que perder, señor Jones.

Los minutos siempre eran valiosos. El viento podía cambiar, o caer. Una hora perdida ahora podía significar la pérdida de una semana más tarde. Hornblower estaba ansioso por apartar su barco del estrecho y llegar a las aguas más amplias del Mediterráneo, donde tendría bastante espacio en el cual dar bordadas contra un viento de proa, si un viento de levante soplaba desde el este. Mentalmente veía una imagen del Mediterráneo occidental. El nornoroeste que soplaba ahora podía llevarle rápidamente a lo largo de la costa sur de España, pasando el peligroso bajío de Alborán, hasta que en el cabo de Gata la costa española se inclinase abruptamente hacia el norte. Una vez allí, estaría menos restringido. Hasta que no dejaran atrás el cabo de Gata, no sería feliz. También estaba —Hornblower no podía negarlo— su propio deseo personal de disponerse y hacer, de encontrar lo que le estaba esperando en el futuro, al menos de colocarse a sí mismo en el posible camino de la aventura. Tenía mucha suerte de que su deber y su inclinación coincidieran de esa manera; uno de los pocos bocados de buena suerte, se dijo con divertida severidad, que había experimentado desde que eligió su carrera de oficial naval.

Pero al menos había llegado a Gibraltar después de amanecer y se iba antes de que cayera la noche. No se le podía acusar de perder tiempo. Habían dado la vuelta al



Peñón; Hornblower miraba la bitácora y al gallardete de comisión que ondeaba en el tope del mástil.

—De bolina franca —ordenó.

—De bolina franca, señor —repitió como un eco el timonel a la caña.

Un cortante soplo de viento llegó desde la Sierra de Ronda, haciendo dar un bandazo a la *Atropos* mientras las vergas adrizadas ponían en viento las velas para atraparlo. Allá iba macheteando; una corta ola empinada llegó tras ellos, restos de una gran ola del Atlántico que había sobrevivido a su paso por el estrecho. La *Atropos* levantó su popa con ella, poniéndose al paio a sacudidas en su poco natural oposición de viento y olas. Chorros de agua estallaban debajo de su bovedilla, y rompían en su popa mientras ésta se sumergía. Otra vez se hundía en el agitado mar. Era un barco pequeño, el buque de tres palos más pequeño en servicio, el más pequeño que merecía un capitán para dirigirlo. Las altas fragatas, los macizos setenta y cuatro lo mirarían con condescendencia. Hornblower miró a su alrededor al helado Mediterráneo, a las espesas nubes que oscurecían el sol poniente. Las olas podían arrojar de un lado a otro su barco, los vientos podían escorarlo, pero allí de pie, bien sujeto en el alcázar, él los dominaba. Le invadió un sentimiento exultante mientras la nave avanzaba hacia lo desconocido.

Aquel sentimiento perduraba todavía cuando abandonó la cubierta y descendió a su camarote. Allí la perspectiva era desalentadora en extremo. Había mortificado su carne después de embarcar en su buque en Deptford. Su conciencia le había recriminado las escasas horas que había perdido con su mujer y sus hijos; ya no había vuelto a abandonar el barco ni por un momento después de informar que estaba listo para hacerse a la mar. Ni un adiós a María yaciendo en su lecho de parturienta, ninguna despedida del pequeño Horatio y la pequeña María. Y no se había comprado nada para su camarote. Los muebles que tenía eran los que le había hecho el carpintero de a bordo: unas sillas de lona, una mesa rudimentaria, un coy cuyo jergón estaba hecho con cordajes que sostenían un áspero colchón de lona relleno de paja. Una almohada de lona, rellena también de paja, para apoyar la cabeza; unas bastas sábanas de la Marina cubriendo su delgado cuerpo. No había alfombra en cubierta bajo sus pies, y la luz procedía de una oscilante y maloliente linterna de barco. Un estante con un agujero sostenía una palangana de hojalata; en el mamparo por encima de ésta colgaba el pequeño espejo de acero pulido procedente del magro neceser de lona de Hornblower. Los artículos más sólidos presentes eran los dos baúles en los rincones; aparte de ellos, la celda de un monje apenas podía estar más vacía.

Pero no había ningún asomo de autocompasión en la mente de Hornblower mientras se agachaba bajo los baos de cubierta y se desabrochaba la ropa, preparándose para irse a dormir. Esperaba pocas cosas de este mundo, y podía alimentar una vida interior que le hacía olvidar las incomodidades. Y se había

ahorrado mucho dinero al no amueblar su camarote, dinero que serviría para pagar a la comadrona, la extensa factura del George y el importe del viaje en coche que llevaría a María y a los niños a alojarse con su madre en Southsea. Pensaba en ellos —ya debían de estar en camino por entonces— mientras se echaba las húmedas y frías mantas por encima y descansaba la mejilla en la áspera almohada. Entonces tuvo que olvidarse de María y de los niños mientras recordaba que la reunión de la *Atropos* con la flota era tan inminente que debía entrenar a los guardiamarinas y los encargados de las señales. Debía dedicar sus buenas horas a aquello, y no habría mucho tiempo que perder, porque el crujido de las maderas, el cabeceo del barco, todo le decía que el viento estaba soplando firme.

El viento continuó manteniéndose. Fue a mediodía del sexto día cuando el vigía avisó a cubierta.

—¡Buque a la vista! Completamente a sotavento.

—Vire hacia él, señor Jones, por favor. ¡Señor Smiley! Tome un catalejo y vea qué puede distinguir del buque.

Aquella era la segunda cita que Collingwood había dado con sus órdenes. La del día anterior había sido infructuosa, junto al cabo Carbonara. No habían avistado ni una sola vela desde que dejaron Gibraltar. Las fragatas de Collingwood habían barrido el limpio mar de barcos españoles y franceses, y el convoy británico de Levante no se esperaba hasta dentro de otro mes.

Y nadie podía adivinar lo que estaba sucediendo en Italia en aquellos momentos.

—¡Capitán, señor! Es una fragata. Una de las nuestras.

—Muy bien. ¡Guardiamarina de señales! Listo con nuestra señal privada y nuestro número.

Gracias al cielo, habían hecho muchos ejercicios de señales durante los últimos días.

—¡Capitán, señor! Veo unos masteleros detrás de la fragata. Parece una flota.

—Muy bien, señor Jones, haga que el artillero esté preparado para saludar al buque insignia, por favor.

—Sí, señor.

Era la flota del Mediterráneo, un puñado de navíos de línea que se movían lentamente en dos columnas por encima del mar azul, bajo un cielo también azul.

—Fragata *Maenad*, 28, señor.

—Muy bien.

Extendiéndose como los tentáculos de un monstruo marino, las fragatas de escolta avanzaban muy por delante del cuerpo principal de la flota, cuatro de ellas, con una quinta lejos a sotavento, donde era más probable que aparecieran barcos hostiles o amistosos. El aire estaba limpio; Hornblower, en el alcázar, con su catalejo pegado al ojo, podía ver la doble columna de gavias de navíos de línea, a todo ceñir, cada barco

exactamente a la misma distancia a popa de su predecesor. Podía ver la enseña del vicealmirante en el palo de trinquete del líder de la línea de barlovento.

—¡Señor Carslake! Prepare las sacas de correo para enviarlas.

—Sí, señor.

Tenía a mano en su camarote su propio paquete de despachos para Collingwood.

—¡Guardiamarina de señales! ¿No ve al barco insignia haciendo señales?

—Sí, señor, pero el viento hace ondear las banderas justo hacia el lado opuesto y no puedo distinguirlas.

—¿Para qué cree que son las fragatas de repetición? Use los ojos.

—Señal general, señor. Número 41. Eso significa «virar por avante», señor.

—Muy bien.

Como la *Atropos* todavía no se había unido oficialmente al escuadrón del Mediterráneo, una señal general no podía aplicarse a ella. Llegó la señal del peñol del buque insignia; viraron las vergas de las fragatas escolta, y del líder de la columna de sotavento. Uno por uno, a intervalos precisos, los barcos que les sucedían en las columnas fueron virando por orden. Hornblower podía ver las gavias de mesana que momentáneamente se ponían en facha y se llenaban, manteniendo a los barcos con un espaciado preciso. Era significativo que aquellas maniobras se estuviesen llevando a cabo bajo todas las velas, y no simplemente con las «velas de batalla». Había algo emocionante en la visión de aquel entrenamiento tan perfecto, pero al mismo tiempo había también algo inquietante. Hornblower se encontró preguntándose, con un estremecimiento de duda, si sería capaz de mantener a la *Atropos* con tanta exactitud en su situación ahora que había llegado el momento de unirse a la flota.

La maniobra ya estaba completa por entonces; en su nueva virada, la flota estaba avanzando directa hacia adelante por el mar azul. Hubo más estameñas ondeando en el peñol del buque insignia.

—Señal general, señor. «Hombres a comer».

—Muy bien.

Hornblower sintió un cosquilleo de excitación en su interior cuando se puso de pie y miró. La siguiente señal seguro que sería para él.

—¡Nuestro número, señor! Señal para la *Atropos*. «Tome posición a barlovento de mí a dos cables de distancia».

—Muy bien. Recibido.

En cubierta, todos los ojos se volvieron hacia él. Era el momento de la prueba. Tenía que pasar junto a las fragatas protectoras, cruzar delante de lo que ahora era la columna de barlovento, y arrostrar el viento en el momento adecuado y a la distancia adecuada. Y toda la flota estaría contemplando a aquel pequeño barquito. Primero tenía que estimar cuánto progresaría el buque insignia hacia su costado de estribor mientras corrían hacia él. Pero no se podía hacer otra cosa que probar; había un débil

consuelo en ser un oficial en servicio de combate donde una orden era algo que debía ser obedecido.

—¡Cabo de derrota! Un poco a babor. Aguanta. ¡Vía así! ¡Manténla! ¡Señor Jones!

—Sí, señor.

No necesitaba dar ninguna orden a Jones. Estaba más nervioso —o al menos aparentaba estar más nervioso— que el propio Hornblower. Ya tenía a todos los hombres braceando las vergas. Hornblower miró hacia arriba, a las vergas y al gallardete de comisión para asegurarse de que el braceo era adecuado. Ya habían dejado atrás al *Maenad...*, allí pasaba la *Amphion*, una de las fragatas centrales de protección. Hornblower podía verla dando bandazos mientras se movía con violencia a barlovento, el agua surgiendo como un surtidor desde su proa. Se volvió a mirar al buque insignia, ya casi completamente a la vista, al menos con dos de sus tres filas de portas a cuadros visibles.

—¡Un poco a babor! ¡Vía!

Sintió tener que dar aquella orden adicional; le hubiera gustado dirigirse recto hacia su posición sin alterar el rumbo. El barco líder —llevaba una insignia de contraalmirante— de la columna de barlovento estaba ahora casi en el través de babor. La distancia entre las dos columnas era de cuatro cables, pero como su posición se encontraba a barlovento del buque insignia, casi por el través de estribor, él no se encontraría de ningún modo entre los dos barcos, ni equidistante de ellos. Hizo juegos malabares mentalmente con el triángulo escaleno que se podía dibujar conectando la *Atropos* con los dos buques insignia.

—¡Señor Jones! Cargue las gavias de mesana. —Ahora la *Atropos* tendría una reserva de velocidad a la que podría recurrir si era necesario. Se alegraba de haber sometido a su tripulación a un incesante entrenamiento desde que partieron de Deptford—. Listas las escotas de las gavias de mesana.

La reducción de vela haría un poco más lenta a la *Atropos* al orzar, debía tener en cuenta este hecho. Se acercaban muy rápidamente a su posición. Sus ojos se clavaban en una columna de barcos, luego en la otra; podía ver todos los costados de estribor de una y todos los costados de babor de la otra. Sería útil tomar ángulos con el sextante, pero prefería confiar en sus ojos para resolver un problema trigonométrico tan poco complicado como aquél. Su juicio le dijo que aquél debía ser el momento. La proa apuntaba a la botavara del foque del buque insignia.

—Caña a babor —ordenó. Quizás estuviera equivocado. Quizá la respuesta del barquito se viera retrasada. Quizá... Tuvo que mantener su voz bien firme—: Póngala contra el viento.

La caña del timón giró. Pasaron un par de segundos de nerviosismo. Entonces sintió la quilla del barco moverse bajo sus pies, y vio el buque insignia virar por el

través de babor de la *Atropos*, y supo que la *Atropos* se estaba dando la vuelta.

—¡Vía!

Las vergas fueron descargadas; unos fuertes brazos estaban halando las amuras. Un momento mientras la *Atropos* volvía a recuperar la pequeña cantidad de impulso que había perdido por su vuelta; pero incluso dejando el margen suficiente para ello, se dio cuenta de que el buque insignia lentamente estaba alcanzándoles por la proa.

—¡Señor Jones! Cace la gavia de mesana.

Con la gavia de mesana a todo trapo, podrían pasar a su vez por la proa del buque insignia.

—¡Hombres a las brazas, ahí!

Quitar ocasionalmente el viento a la gavia de mesana permitiría a la *Atropos* mantener su velocidad igualada a la del buque insignia. Hornblower sintió el viento en la nuca, miró arriba, al gallardete y al buque insignia. Estaba exactamente a barlovento de éste, y había una distancia de dos cables entre ellos.

—¡Señor Jones! Puede empezar el saludo.

Quince cañones para un vicealmirante, un minuto y cuarto para encenderlos. Tardaría el tiempo suficiente para que él pudiera recobrar su compostura, y su corazón recuperara su ritmo normal. Ahora formaban parte de la flota del Mediterráneo, la parte más pequeña e insignificante. Hornblower miró abajo, a las espesas hileras de barcos avanzando detrás de ellos, buques de doble y triple cubierta, barcos de cien cañones y de setenta y cuatro, los que habían luchado en Trafalgar, el rugido de cuyos cañones había apartado de los labios de Bonaparte la copa embriagadora de la dominación del mundo. En las invisibles costas distantes del Mediterráneo que les rodeaban, los ejércitos marcharían, se entronarían reyes y se destronarían otros, pero aquellos barcos serían los que decidirían al final el destino del mundo, mientras los hombres que los gobernaban siguieran siendo igual de hábiles y se mantuvieran prestos para soportar peligros y penalidades, mientras el gobierno de su país se mantuviera firme y sin miedo.

—¡Nuestro número, señor! Señal a la *Atropos*. «Bienvenido».

—Respuesta a insignia: «Respetuosos saludos».

Ansiosas manos trabajaban vigorosamente con las drizas de señales.

—Señal: «*Atropos* a insignia. A bordo tenemos despachos y cartas para la flota».

—El buque insignia acusa recibo, señor.

—El buque insignia nos envía señales de nuevo, señor —anunció Still.

Desde un punto ventajoso del costado de barlovento podía ver a través de su catalejo una gran parte de la cubierta del buque insignia, a pesar de que estaba alejándose de él, y distinguía a los encargados de señales que izaban nuevas banderas en las drizas. Los oscuros bultos se remontaron al peñol del buque insignia y se abrieron, floreciendo en estameñas de alegre colorido.

—Señal general: «Póngase al paio con las velas amuradas a estribor».

—¡Recibido, señor Jones! Cargue las velas bajas.

Hornblower miraba a los marineros en los aparejos de estrinque y los brioles, en las amuras y escotas.

—Señales abajo, señor.

Hornblower ya había visto el primer movimiento de descenso.

—Ponga en facha la gavia de mesana. Que suba.

La *Atropos* surcaba las aguas fácilmente, yendo al encuentro de las olas con su proa, mientras la enconada lucha contra el viento se convertía en complaciente aquiescencia, al igual que la resistencia de una muchacha desaparece entre los brazos de su amante... Pero no había tiempo para tal suerte de sentimentales símiles: allí venía otra larga señal del buque insignia.

—Señal general. «Enviar a buscar al —y aquí nuestro número— cartas».

—¡Señor Carslake! Disponga esas sacas de correo en cubierta inmediatamente. Pronto tendrá abarloado un bote de cada uno de los barcos de la flota.

Había pasado al menos un mes —o quizás hasta dos— desde que llegaron las últimas cartas a la flota desde Inglaterra. Ni un periódico, ni una palabra. Posiblemente algunos de los barcos presentes no habían leído todavía los relatos en la prensa de la victoria que habían conseguido en Trafalgar hacía cuatro meses. La *Atropos* había traído un respiro del espantoso aislamiento en el que habitualmente vivía una flota en alta mar. Los botes se apresurarían tan rápidamente como la vela o los remos pudieran llevarlos para recoger las tristemente magras sacas de correo.

Otra señal.

—Nuestro número, señor. «Señal a la *Atropos*: Venga a informar».

—Prepare mi esquife.

Llevaba la más raída de sus dos casacas. Tuvo el tiempo justo, tras correr abajo para recoger los despachos, de cambiarse de casaca, pasarse un peine por el pelo y colocarse bien el corbatín. Estaba de vuelta en cubierta justo cuando el esquife tocaba el agua. Un vigoroso trabajo en los remos le llevó al buque insignia. Colgaba una silla a su costado, casi lamida por una ola que se alzó hasta ella, muy por encima del agua luego, cuando la ola pasó. Tuvo que esperar cuidadosamente la oportunidad. Hubo un momento peligroso cuando se quedó colgando por los brazos mientras el esquife se apartaba de debajo de sus pies. Pero se las arregló para sentarse, y sintió que la silla se elevaba suavemente hacia arriba al izarla los hombres con la polea. Los silbatos sonaron cuando su cabeza alcanzó el nivel de la cubierta y balancearon la silla. Subió a bordo con la mano tocando el borde de su sombrero.

La cubierta estaba tan blanca como una hoja de papel, como los guantes y las camisas de la guardia. Los dorados con pan de oro brillaban al sol, y unos elaborados escobillones adornaban las jarcias. El propio yate del rey no podía estar más pulido

que el alcázar del *Ocean*. Todo lo podía conseguir el buque insignia de un almirante victorioso. También recordaba que el anterior buque insignia de Collingwood, el *Royal Sovereign*, había sido machacado hasta convertirlo en un casco sin mástiles, con cuatrocientos muertos y heridos a bordo, en Trafalgar. El teniente de guardia, con un catalejo resplandeciente de latón pulido y cordel blanqueado con arcilla, llevaba unos pantalones blancos inmaculados y planchados; los botones de su bien cortada casaca relampagueaban al sol. Se le ocurrió a Hornblower que estar siempre tan impecable, en un barco con un almirante a bordo y repleto de oficiales, no sería de ningún modo fácil. El servicio en un buque insignia debía de ser la vía más rápida para la promoción, pero seguro que había muchos pétalos espachurrados en aquel aparente lecho de rosas. El capitán de bandera, Rotherham —Hornblower conocía su nombre, porque aparecía en un centenar de relatos de los periódicos de Trafalgar—, y el teniente iban igualmente impecables cuando le dieron la bienvenida.

—Su excelencia le espera abajo, señor —dijo el teniente—. ¿Será tan amable de acompañarme por aquí?

Collingwood le estrechó la mano en el gran camarote que había abajo. Era un hombre grande, cargado de espaldas, con una sonrisa agradable. Ansiosamente cogió las cartas que Hornblower le ofrecía, mirando los sobrescritos. Una la conservó en sus manos, y las otras las dio a su secretario. Recordó sus modales cuando estaba a punto de romper el sello.

—Por favor, siéntese, capitán. Harkness, traiga un vaso de Madeira para el capitán Hornblower. O a lo mejor puedo ofrecerle un poco de Marsala, señor. Por favor, perdóneme un momento. Me comprenderá si le digo que estas cartas son de mi mujer.

Hornblower se sentó en una silla tapizada; bajo sus pies había una alfombra espesa, un par de cuadros con marcos dorados en los mamparos, lámparas de plata colgando de cadenas también de plata de los baos de cubierta. Mirando en torno suyo, mientras Collingwood hojeaba ansiosamente sus cartas, Hornblower pensó que todo aquello sería rápidamente apartado cuando el *Ocean* se preparara para el combate. Pero lo que más llamaron su atención fueron dos grandes cajas que había junto a las grandes ventanas de popa. Estaban llenas de tierra y en ella había flores plantadas: jacintos y narcisos en plena floración, preciosos. El aroma de los jacintos llegó hasta la nariz de Hornblower cuando éste se sentó. Había algo encantador y mágico en verlos allí, en alta mar.

—Todos mis bulbos han salido bien este año —dijo Collingwood, metiéndose las cartas en el bolsillo y siguiendo la mirada de Hornblower. Dio unos pasos y ladeó un capullo de narciso con dedos sensibles, mirando su corola abierta—. Son bonitos, ¿verdad? Pronto florecerán los narcisos en Inglaterra... algún día, quizá, pueda verlos de nuevo. Mientras tanto, éstos me hacen feliz. La última vez que pisé tierra firme fue

hace tres años.

Los comandantes en jefe consiguen honores y pensiones, pero al mismo tiempo sus hijos crecen sin conocer a sus padres. Y Collingwood había recorrido cubiertas arrasadas por los disparos en cien batallas; pero Hornblower, mirando su nostálgica sonrisa, pensó en otras cosas que no eran batallas: treinta mil turbulentos marineros que debían mantenerse disciplinados y eficientes, consejos de guerra, los eternos problemas de las provisiones y el agua, convoyes y bloqueos.

—¿Me concederá el placer de su compañía para la comida, capitán? —preguntó Collingwood.

—Será un verdadero honor, milord.

Era gratificante pronunciar aquella frase de esa manera, con sólo una mínima sensación de embarazo.

—Excelente. Tendrá ocasión de contarme todos los cotilleos de casa. Me temo que no tendré ninguna otra oportunidad hasta dentro de algún tiempo, porque la *Atropos* no se quedará con la flota.

—¿De verdad, milord?

Fue un momento muy emocionante, cuando su futuro estaba a punto de serle revelado. Pero por supuesto, no se permitió mostrar emoción alguna; sólo el interés legítimo de un capitán reservado, listo para cualquier eventualidad.

—Me temo... aunque me parece que ustedes, los jóvenes capitanes, con sus atrevidos barquitos, no quieren precisamente quedarse debajo del delantal de la flota.

Collingwood sonreía de nuevo, pero había algo en sus palabras que desencadenó una serie de pensamientos en la mente de Hornblower. Por supuesto, Collingwood había contemplado la llegada de la más reciente adquisición de su flota con ojos atentos. Hornblower de pronto se dio cuenta de que si la *Atropos* hubiera tomado su posición de manera torpe, o se hubiera demorado en responder a las señales, su recepción quizá no habría sido tan calurosa. Podía haberse encontrado allí, con la boca apretada y en posición de firmes, sometido a una reprimenda ejemplar por lo drástica. El pensamiento le puso la carne de gallina. Su respuesta se limitó a un murmullo no demasiado coherente.

—¿Tiene a ese hombre, McCullum, y a sus nativos a bordo? —preguntó Collingwood.

—Sí, milord.

Sólo le fue necesario un poco de contención para no preguntar cuál sería su misión: Collingwood se lo iba a decir.

—¿Está usted familiarizado con el Levante?

—No, milord.

Así que iba a ir a Levante, entre turcos, griegos y sirios.

—Pronto lo estará, capitán. Después de llevar mis despachos a Malta, conducirá



usted al señor McCullum a la bahía de Marmaris y le ayudará en las operaciones que debe realizar allí.

¿La bahía de Marmaris? Aquélla era la costa de Asia Menor. La flota y los transportes que habían atacado Egipto hacía unos años se habían dado cita allí. Estaba muy lejos de Deptford.

—Sí, milord —dijo Hornblower.

—Creo que no tiene usted piloto en la *Atropos*.

—No, milord. Dos oficiales de derrota.

—En Malta se le asignará un piloto, George Turner. Está familiarizado con las aguas turcas y estuvo con la flota en Marmaris. Tomó las mediciones cuando se hundió el *Speedwell*.

¿El *Speedwell*? Hornblower rebuscó en su memoria. Era el transporte que había zozobrado y se había hundido al ancla en una súbita borrasca en la bahía de Marmaris.

—Sí, milord.

—Llevaba a bordo el baúl militar de la fuerza expedicionaria. Supongo que no sabía esto.

—No, realmente no lo sabía, milord.

—Una suma considerable en monedas de oro y P<sup>ta</sup> para el pago y la subsistencia de las tropas... un cuarto de millón de libras esterlinas. Se hundió en unas aguas mucho más profundas de lo que ningún buceador del servicio podía llegar. Pero como nadie sabe lo que nuestros valientes aliados, los turcos, pueden fraguar para llevar a cabo el salvamento con infinito tiempo y paciencia, se decidió mantener en secreto esa pérdida. Y por una vez, el secreto se guardó bien.

—Sí, milord.

Ciertamente, no era una noticia corriente saber que un cuarto de millón en monedas yacía en el fondo de la bahía de Marmaris.

—Así que el gobierno tuvo que mandar a buscar a la India unos buceadores que pudieran llegar hasta esas profundidades.

—Ya veo, milord.

—Ahora, será su deber llegar hasta la bahía de Marmaris y con la ayuda del señor McCullum y Turner, recuperar ese tesoro.

—Sí, milord.

La imaginación no podía abarcar toda la posible gama de obligaciones de un oficial naval. Pero era satisfactorio que las únicas palabras que hubiera mencionado fueran las únicas que podía decir un oficial naval en tales circunstancias.

—Tendrá que ser cuidadoso en sus tratos con nuestro amigo el Turco. Se sentirá muy curioso por su presencia en Marmaris, y cuando averigüe el objetivo de su visita, puede poner objeciones. Tendrá que conducirse de acuerdo con las circunstancias de

cada momento.

—Sí, milord.

—No encontrará nada de todo esto en sus órdenes, capitán. Pero debe comprender que el gabinete no desea complicación alguna con los turcos. Aunque al mismo tiempo, un cuarto de millón de libras esterlinas en metálico sería un regalo del cielo para el gobierno de hoy en día... o para cualquier gobierno. Necesitamos desesperadamente ese dinero, pero no se debe ofender de ningún modo a los turcos.

Había que guardarse de Escila y no caer en Caribdis, se dijo Hornblower.

—Creo que le comprendo, milord.

—Afortunadamente, es una costa muy poco frecuentada. Los turcos tienen unos destacamentos muy pequeños, tanto militares como navales, en las cercanías. Eso no significa que deba usted emprender el asunto con despreocupación.

No en la *Atropos* con once cañones por costado, pensó Hornblower, y entonces mentalmente retiró el desdén. Entendía lo que quería decir Collingwood.

—No, milord.

—Muy bien entonces, capitán, gracias.

El secretario que estaba junto a Collingwood tenía muchos despachos abiertos en la mano, y estaba claro que esperaba una pausa en la conversación para tener la oportunidad de intervenir, y el teniente de bandera remoloneaba también detrás. Ambos se movieron a la vez.

—La comida estará lista dentro de media hora, milord —dijo el teniente.

—Éstas son las cartas urgentes, milord —dijo el secretario.

Hornblower se puso de pie un poco confuso.

—Quizá, capitán, podría disfrutar usted de una vuelta por el alcázar, ¿verdad? —sugirió Collingwood—. Los oficiales de aquí le harían compañía, estoy seguro.

Cuando un vicealmirante hace una sugerencia a un capitán y un teniente, no tiene que esperar mucho antes de ser obedecido. Pero fuera en el alcázar, paseando arriba y abajo y conversando educadamente, Hornblower deseó que Collingwood no hubiera sido tan considerado como para proporcionarle compañía. Tenía muchas cosas en que pensar.

## CAPÍTULO 10



Malta; Ricasoli Point en una parte y el fuerte St. Elmo devolviendo el saludo en la otra, y el gran puerto abriéndose entre ellos; Valetta con sus palacios en el promontorio; embarcaciones alegremente pintadas por todas partes. Soplaban un fresco viento del nordeste. Aquel viento —gregal, lo llamaban las instrucciones de navegación— no permitía ningún momento de ocio a Hornblower para disfrutar de la vista. En unas aguas confinadas, un navío con viento en popa siempre parecía tercamente decidido a mantener su velocidad, por mucha lona que se redujera, y aun con los palos desnudos. Requería un control del tiempo muy exacto virar en el momento justo, frenar su impulso, cargar las velas y fondear adecuadamente.

Ni tampoco parecía que hubiera ningún momento de ocio para Hornblower durante las pocas horas que estaría allí. Podía combinar sus deberes oficiales con la entrega personal de los despachos que le habían confiado, lo cual ahorraría una buena cantidad de tiempo, pero aquel ahorro fue inmediatamente consumido, como las vacas gordas del sueño del faraón fueron devoradas por las vacas flacas, por las demandas a su atención y, así como las vacas flacas no se engordaron después de comerse a las gordas, estuvo tan atareado como siempre cuando su planificación le hubo ahorrado todo aquel tiempo. Sería el primer día del trimestre, o muy cerca de éste, cuando las cartas de Malta llegasen a Inglaterra, y de este modo podría retirar algo de su paga trimestral. No demasiado, por supuesto —había que pensar en María y los niños—, pero sí lo bastante para proporcionarle unos pocos lujos en aquella isla en que el pan era caro y los lujos baratos. Naranjas, olivas y verduras frescas: los barcos cantina ya estaban esperando su permiso para acercarse a su costado.

McCullum, con sus operaciones de salvamento ya en mente, estaba ansioso por hacer un pedido para los suministros que consideraba necesarios. Quería una milla de cuerda de media pulgada de grosor y un cuarto de milla de mecha lenta... una petición extravagante para Hornblower, pero era de suponer que McCullum sabía lo que hacía, y además quería también quinientos pies de «manguera de mecha» de cuero, que era algo de lo que Hornblower no había oído hablar nunca.

Hornblower firmó el pedido preguntándose vagamente si la Marina Real podría hacerle un recargo por ello, y después tuvo que enfrentarse al hecho inevitable de que todos los oficiales del barco deseaban ir a tierra y presentaban razones irrefutables a Jones para hacerlo. Si la *Atropos* hubiera estado ardiendo, no habrían estado más ansiosos para escapar de ella.

Se presentó también otra complicación: una nota de su excelencia el gobernador. ¿Podría el capitán Hornblower y uno de sus oficiales cenar en palacio aquella tarde?

Era imposible rehusar, así que no merecía la pena perder tiempo discutiendo aquel asunto. Su excelencia estaba tan ansioso como cualquier mortal corriente por oír los cotilleos de Inglaterra y ver una cara nueva, mientras que tampoco había discusión respecto al oficial que debía acompañarle. Su excelencia nunca le perdonaría si oía hablar de quién se encontraba a bordo de la *Atropos* y no se le daba la oportunidad de sentar a la realeza a su mesa.

—Awise al señor príncipe —dijo Hornblower—, y al doctor.

Sería necesario llevar al doctor para que le tradujera al príncipe con toda exactitud lo que iba a pasar; el chico había aprendido mucho inglés durante el mes que llevaba a bordo, pero el vocabulario del alojamiento para suboficiales difícilmente incluía las palabras adecuadas para permitir una discusión sobre etiqueta virreinal. El príncipe llegó sin aliento, intentando arreglarse un poco el uniforme. Eisenbeiss jadeaba también: llegaba desde el otro extremo del barco y a través de una estrecha escotilla.

—Por favor, explique a su alteza serenísima —dijo Hornblower— que vendrá conmigo a tierra para cenar con el gobernador.

Eisenbeiss habló en alemán, y el chico asintió con un gesto, mecánicamente. El uso del alemán le evocaba las maneras de la realeza, bajo el nuevo barniz de guardiamarina inglés.

—¿Debe su alteza serenísima vestir su traje de corte? —preguntó Eisenbeiss.

—No —dijo Hornblower—, su uniforme. Y si alguna vez le vuelvo a ver con los zapatos tan mal lustrados, usaré el bastón en su espalda.

—Señor... —dijo Eisenbeiss, pero las palabras le fallaron.

La idea del bastón aplicado a su príncipe le dejaba sin habla; afortunadamente, quizá.

—¿Entonces yo también tendré que llevar el uniforme, señor? —preguntó Eisenbeiss.

—Me temo que usted no ha sido invitado, doctor —dijo Hornblower.

—Pero soy el primer chambelán de su alteza serenísima, señor —explotó Eisenbeiss—. Ésta será una visita ceremonial, y es una ley fundamental de Seitz-Bunau que yo me encargue de hacer todas las presentaciones.

Hornblower contuvo su ira.

—Yo represento a su majestad británica —dijo.

—Seguramente su majestad británica no deseara que este aliado no sea tratado con todos los honores debidos a su posición, ¿verdad? Como secretario de estado, es mi deber realizar una protesta oficial.

—Muy bien —dijo Hornblower. Levantó la mano e inclinó la cabeza del príncipe hacia adelante—. Haría usted mejor ocupándose de que su alteza serenísima se lavase detrás de las orejas.

—¡Señor! ¡Señor! —exclamó Eisenbeiss.

—Esté listo y adecuadamente vestido dentro de media hora, por favor, señor príncipe.

La cena en palacio siguió el aburrido curso que era de esperar. Fue una suerte que, al ser recibidos por el edecán del gobernador, Hornblower pudiera aliviar de sus hombros la carga de la difícil cuestión de las presentaciones. Hornblower no tenía ni idea de si su alteza serenísima debía ser presentado a su excelencia o viceversa, y se sintió divertido cuando vio que su excelencia se apresuraba a hacerse a un lado cuando oía la calidad de su segundo invitado; los asientos para la cena necesitaron urgente revisión. Así que Hornblower se encontró sentado entre dos aburridas señoras, una de ellas con las manos rojas y la otra sorbiendo por la nariz constantemente. Luchó por darles conversación de forma educada, y tuvo mucho cuidado con su vaso de vino, limitándose simplemente a dar algún sorbito cuando los otros bebían grandes tragos.

El gobernador bebió a la salud de su alteza serenísima el príncipe de Seitz-Bunau, y el príncipe, con perfecto aplomo, bebió a la salud de su majestad el rey de Gran Bretaña; presumiblemente, aquéllas eran las primeras palabras de inglés que había aprendido, mucho antes de aprender a gritar: «¡Halad a tope!», o «¡Vamos, marineros de pacotilla!». Cuando las damas se hubieron retirado, Hornblower escuchó los comentarios de su excelencia sobre la amenazadora invasión de Bonaparte del sur de Italia, y acerca de las oportunidades de preservar Sicilia de sus garras, y un rato después de volver al salón captó la mirada del príncipe. Éste le devolvió la sonrisa y se puso en pie. Era extraño verle recibiendo los saludos de los hombres y las reverencias de las damas con la seguridad del hábito profundamente arraigado. Al día siguiente el chico estaría en la camareta de guardiamarinas de nuevo. Hornblower se preguntaba si podría luchar por sus derechos allí y asegurarse de que no recibiera más que su ración de ternillas correspondiente cuando se sirviera la carne.

El esquife les condujo a través de la gran bahía desde la escalinata del gobernador al costado del buque, y Hornblower subió a cubierta con el recibimiento de los silbatos de los segundos contramaestres. Incluso antes de apartar la mano del borde de su sombrero ya era consciente de que algo andaba mal. Miró en torno a él al barco iluminado por el espectacular ocaso que el gregal había traído consigo. No parecía haber problemas con los marineros, a juzgar por su actitud, de pie y apiñados a proa. Los tres buceadores cingaleses estaban como de costumbre, aislados junto a los guardabaupreses. Pero los oficiales agrupados a popa miraban de forma aprensiva; los ojos de Hornblower fueron de una cara a otra, de Jones a Still, los dos tenientes, Carslake, al sobrecargo, y a Silver, el oficial de derrota de la guardia. Fue Jones, como oficial superior, quien se adelantó a informarle.

—Perdone, señor...

—¿Qué pasa, señor Jones?

—Perdone, señor, ha habido un duelo.

Nunca se sabe cuál va a ser el peso que caiga de pronto sobre los hombros de un capitán. Podía ser un brote de peste, o el descubrimiento de podredumbre seca en el maderamen del buque. Y el aspecto de Jones implicaba que no solamente se había disputado un duelo, sino que además alguien había resultado herido.

—¿Quién se ha peleado? —requirió Hornblower.

—El doctor y el señor McCullum, señor.

Bueno, podían encontrar otro médico en algún sitio, y en el peor de los casos podían incluso arreglárselas sin médico.

—¿Qué ha ocurrido?

—El señor McCullum ha resultado herido en los pulmones, señor.

¡Dios! Aquello era completamente diferente, algo de vital importancia. Una bala en los pulmones significaba la muerte casi segura, y ¿qué iba a hacer él si moría el señor McCullum? Habían enviado a McCullum desde la India, y costaría un año y medio enviar a otra persona para que le reemplazara. Ningún hombre normal, aunque tuviera experiencia de salvamentos, serviría para el caso: tenía que ser alguien además que supiera cómo usar a los buceadores cingaleses. Hornblower se preguntó con desesperación si había hombre alguno sobre la tierra tan desgraciado como el. Tuvo que tragar saliva antes de volver a hablar.

—¿Dónde está ahora?

—¿El señor McCullum, señor? Está en manos del cirujano de la guarnición, en el hospital, en tierra.

—¿Está vivo todavía?

Jones extendió las manos con desesperanza.

—Sí, señor. Al menos, estaba vivo hace media hora.

—¿Dónde está el doctor?

—Abajo, en su alojamiento, señor.

—Voy a verle. No, espere. Mandaré a buscarle cuando le necesite.

Quería pensar; necesitaba tiempo para decidir qué había que hacer. Su instinto le hacía caminar por cubierta; de ese modo, pudo dejar salir la presión interna de su emoción. Sólo incidentalmente el ejercicio rítmico le ayudaba a disponer sus pensamientos en secuencia ordenada. Y aquella cubierta tan pequeña estaba repleta de oficiales ociosos... su camarote, abajo, por supuesto no servía. En aquel momento Jones vino a importunarle con algo más.

—El señor Turner está a bordo, señor.

¿El señor Turner? ¿Turner? Era el piloto con experiencia en aguas turcas a quien Collingwood había destacado especialmente para que sirviera en la *Atropos*. Vino desde detrás de Jones cuando se dio la orden, un marchito anciano con una carta en la mano, presumiblemente las órdenes que le habían llevado a bordo.

—Bienvenido a bordo, señor Turner —dijo Hornblower, esforzándose por mostrarse cordial mientras se preguntaba si alguna vez podría hacer uso de los servicios de Turner.

—Su humilde servidor, señor —dijo Turner, con una cortesía pasada de moda.

—Señor Jones, procure que el señor Turner se acomode.

—Sí, señor.

Era la única respuesta que podía dar Jones, por dura que fuera la orden. Pero estaba claro que Jones meditaba algún comentario suplementario. A lo mejor iba a sugerir poner a Turner en el alojamiento del señor McCullum. Hornblower no pudo soportar la idea de tener que escuchar algo parecido mientras todavía no había llegado a ninguna decisión. Fue aquella irritación lo que finalmente le condujo a la acción, con la arbitrariedad de un capitán de la vieja escuela.

—Vayan abajo, todos ustedes —espetó—. Quiero que despejen esta cubierta.

Todos le miraron como si no le hubieran oído bien, aunque él sabía que sí le habían oído.

—Abajo, por favor —dijo, y aquel «por favor» no suavizó nada en absoluto la aspereza de su petición—. Oficial de guardia, vea que esta cubierta quede despejada y apártese usted también de mi vista.

Todos fueron abajo. Aquella orden provenía de un capitán a quien (de acuerdo con los informes de los hombres de su esquife) a duras penas habían conseguido disuadir de que colgara a una docena de prisioneros franceses, por la única razón de querer ver sus estertores de agonía. Así que se quedó solo en el alcázar, donde pudo pasear arriba y abajo, desde la baranda al palo de mesana y de vuelta otra vez, mientras la luz de la tarde se iba desvaneciendo. Caminaba con rapidez, volviéndose bruscamente al llegar al final, y la irritación y la preocupación le iban aguijoneando.

Tenía que tomar una decisión. Lo que había que hacer, obviamente, era informar a Collingwood y esperar sus órdenes. Pero ¿cuánto tiempo pasaría antes de que algún barco abandonase Malta con las cartas para Collingwood, y cuánto antes de que volviera otro? Un mes entero, probablemente. Ningún capitán que mereciera su paga podía mantener a la *Atropos* esperando ociosamente en la gran bahía durante un mes. Podía adivinar ya lo que iba a pensar Collingwood de un hombre que se evadía de semejante modo de su responsabilidad. Podía ir él mismo en busca de Collingwood con la *Atropos*, pero a esto se aplicaban las mismas objeciones. ¿Y cómo le sentaría a Collingwood si él llegaba a Toulon o Leghorn o dondequiera que le hubieran llevado los azares de la guerra, cuando se supone que debería estar a miles de millas de allí? No. No. Eso no pasaría nunca. Al menos había reducido dos aparentes posibilidades a la imposibilidad.

Entonces, tenía que seguir con sus órdenes como si nada le hubiese pasado al señor McCullum. Aquello significaba que él debía tomar bajo su mando la operación

de salvamento, y él no sabía absolutamente nada de aquel tema. Una oleada de furia le invadió cuando su mente se centró en los inconvenientes y pérdidas ocasionados por el duelo. El idiota de Eisenbeiss y el mal carácter de McCullum. No tenía suficientes problemas Inglaterra en su lucha con Bonaparte como para tener que satisfacer sus pasiones ridículas. Él mismo había tolerado la elefantina estupidez de Eisenbeiss. ¿Por qué no podía haber hecho McCullum lo mismo? Y en cualquier caso, ¿por qué no podía haber sujetado mejor su pistola McCullum, y matado a aquel ridículo doctor en lugar de hacerse matar él? Pero aquel tipo de preguntas retóricas no le llevarían muy lejos a la hora de solucionar sus problemas urgentes; no debía seguir pensando en ello. Además, con un agudo sentimiento de culpabilidad, otra consideración se adueñó de su ánimo. Tenía que haberse dado cuenta de la animosidad existente entre dos personas de su barco. Recordaba la forma despreocupada en la que había descargado sobre los hombros de Jones la responsabilidad de acomodar a McCullum en su pequeño y atestado barco. En el alojamiento de oficiales, el doctor y McCullum se habían exasperado mutuamente; no había duda de ello... y presumiblemente en tierra, tomando vino en alguna taberna, la enemistad había estallado y conducido al duelo. Tenía que haber pensado en aquella posibilidad y abortarla de raíz. Hornblower se recriminó por su negligencia. Experimentó el más amargo desprecio por sí mismo en aquel momento. Quizá no estuviese preparado para ser capitán de uno de los barcos de su majestad.

Aquella idea trajo consigo un trastorno interno aun más grande. No podía soportarlo. Debía probarse a sí mismo que no era cierto, o se quebraría en el intento. Debía llevar a cabo aquella operación de salvamento con sus propios esfuerzos si era necesario. Debía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Así que ésa fue la decisión. Sólo tenía que esforzarse para hacer que la emoción muriese en su interior, y así poder pensar febril pero claramente. Por supuesto, debía hacer todo lo posible para asegurar el éxito, no omitir nada que pudiera ayudar. McCullum había pedido «manguera de mecha» de cuero; aquélla era alguna indicación de cómo había que enfocar el problema del salvamento. Y McCullum no estaba muerto todavía, por lo que él sabía. Podía... no, no creía que fuera posible. Nadie sobrevivía a un balazo en los pulmones. Y sin embargo...

—¡Señor Nash!

—¡Señor! —dijo el oficial de la guardia, corriendo hacia él.

—Mi esqui. Voy a ir al hospital.

Había todavía un poco de luz en el cielo, pero la superficie del agua estaba negra como la tinta, reflejando en largas e irregulares líneas las luces que aparecían en Valetta. Los remos rechinaban rítmicamente en las chumaceras. Hornblower se contuvo para no obligar a los hombres a remar más deprisa. No hubieran podido remar nunca lo bastante rápidamente para satisfacer el ansia de acción inmediata que



le ahogaba.

Los oficiales de la guarnición estaban todavía tomando su rancho, sentados, bebiendo vino, y el sargento de guardia, a petición de Hornblower, se presentó y fue a buscar al cirujano. Era un hombre joven, y afortunadamente todavía sereno. Se quedó de pie, con la luz de las velas iluminándole el rostro, y escuchó atentamente las preguntas de Hornblower

—La bala le dio en la axila derecha —dijo el cirujano—. Era de esperar, porque estaba de pie con el hombro vuelto hacia su oponente y el brazo levantado. La herida se encuentra en el margen posterior de la axila, hacia la espalda; en otras palabras, al nivel de la quinta costilla.

El corazón se encuentra a ese mismo nivel, como Hornblower sabía muy bien, así que aquellas palabras sonaban muy ominosas.

—Supongo que la bala no entró recta hacia adentro —insinuó.

—No —replicó el cirujano—. Es muy raro que una bala de pistola, si toca el hueso, penetre en el cuerpo, aun a doce pasos. La carga de pólvora es sólo de un dracma. Naturalmente, la bala se encuentra todavía allí, presumiblemente en el interior de la cavidad torácica.

—¿Así que no es probable que viva?

—Muy improbable, señor. Es una sorpresa que haya vivido tanto. La hemoptisis —es decir, escupir sangre, señor— ha sido extraordinariamente ligera. La mayoría de los heridos en el pecho mueren de hemorragia interna al cabo de un par de horas, pero en este caso supongo que el pulmón apenas ha sido tocado. Hay una considerable contusión bajo la escápula derecha —o sea, el omóplato—, que indica que la bala acabó ahí su curso.

—¿Cerca del corazón?

—Cerca del corazón, sí, señor. Pero no ha tocado ninguno de los grandes vasos sanguíneos de ahí, sorprendentemente, o habría muerto al cabo de pocos segundos.

—Entonces, ¿por qué cree que no sobrevivirá?

El doctor meneó la cabeza.

—Una vez se ha abierto la cavidad del pecho, señor, hay pocas oportunidades, y con la bala todavía dentro, las posibilidades son mínimas. Ciertamente, junto con la bala habrán penetrado fragmentos de tela. Es de esperar que se produzca una necrosis interna, una conjunción de humores malignos y finalmente la muerte al cabo de pocos días.

—¿No puede usted extraer la bala?

—¿De dentro del pecho? ¡Ni soñarlo, señor!

—Entonces, ¿qué acciones piensa usted emprender?

—He vendado la herida de entrada para contener la hemorragia. He fajado el pecho para asegurar que los extremos punzantes de las costillas rotas no dañan más

los pulmones. He extraído dos onzas de sangre de la vena basilar izquierda y le he administrado un opiáceo.

—¿Un opiáceo? ¿O sea que ahora no está consciente?

—Ciertamente, no.

Hornblower no se sintió más informado de lo que había estado cuando Jones le contó las noticias.

—¿Dice que puede vivir unos días? ¿Cuántos?

—No conozco al paciente, señor. Pero se trata de un hombre fuerte en lo mejor de la edad. Puede durar hasta una semana. Incluso más. Pero por otra parte, si las cosas empeoran, puede morir mañana mismo.

—¿Pero y si dura varios días? ¿Estará consciente durante todo ese tiempo?

—Es bastante probable. Cuando deje de estarlo es señal de que se aproxima el final. Entonces lo lógico es que aparezca fiebre, inquietud, delirios y por fin la muerte.

Por lo tanto, era posible que tuviera varios días de lucidez. Y una débil, remota posibilidad de que McCullum viviera después.

—¿Y si lo llevo a alta mar conmigo? ¿Ayudaría eso? ¿O lo empeoraría?

—Tendría que asegurarse de su inmovilidad por las costillas fracturadas. Pero en alta mar incluso puede vivir más. En estas islas se dan las habituales fiebres del Mediterráneo. Y además, hay fiebre baja endémica. Mi hospital está lleno de casos semejantes.

Ésta sí que era una información que realmente ayudaba a tomar una decisión.

—Gracias, doctor —dijo Hornblower, y tomó su decisión.

Entonces fue sólo cuestión de minutos hacer los arreglos con el cirujano y despedirse de él. El esquife le llevó de vuelta a la oscuridad, por encima de las negras aguas, hacia donde las luces de la *Atropos* asomaban débilmente.

—Llame al doctor y dígame que venga a mi camarote de inmediato —fue la respuesta de Hornblower al saludo del oficial de guardia.

Eisenbeiss llegó lentamente. Había una cierta aprensión y al mismo tiempo una cierta bravuconería en sus modales. Estaba preparado para defenderse de la tormenta que estaba seguro que caería sobre él. Lo que no esperaba era la recepción que tuvo. Se aproximó a la mesa detrás de la cual estaba sentado y se quedó de pie, hosco, mirando a los ojos a Hornblower con el culpable desafío de un hombre que acaba de tomar otra vida humana.

—El señor McCullum —empezó Hornblower, y los gruesos labios del doctor mostraron un asomo de desdén— va a ser enviado aquí a bordo esta noche. Todavía vive.

—¿Aquí, a bordo? —repitió el doctor, sorprendido en un cambio de actitud.

—Se dirigirá a mí como «señor». Sí, he hecho que le manden aquí desde el

hospital. Mis órdenes para usted son que haga todos los preparativos para su recepción.

La respuesta del doctor fue en inteligible alemán, pero no había duda de que era una exclamación de sorpresa.

—Su respuesta debe ser «sí, señor» —gruñó Hornblower; su reprimida emoción y tensión casi le hacían temblar allí sentado en la mesa. No podía impedir que su puño estuviese apretado, pero al menos se contuvo y no aporreó la mesa. La intensidad de sus sentimientos debió de tener efectos telepáticos.

—Sí, señor —dijo el doctor, de mala gana.

—La vida del señor McCullum es extremadamente valiosa, doctor. Mucho más valiosa que la suya.

El doctor se limitó a murmurar como respuesta:

—Es su deber mantenerle con vida.

El puño de Hornblower se abrió entonces, y pudo explicar las cuestiones que le ocupaban lentamente, una por una, subrayando cada una con un golpecito de la yema de un dedo sobre la mesa.

—Hará usted todo lo que pueda por él. Si necesita algo especial para ello, me informará y yo procuraré obtenerlo para usted. Tiene que salvarle la vida, o si no, prolongarla lo más posible. Le recomendaría que montara una enfermería para él a popa de la carroñada número seis del costado de estribor, donde el movimiento del buque se siente menos, y donde le podremos habilitar un refugio de la intemperie. Deberá usted dirigirse al señor Jones para ello. Los barriles de cerdo del barco deberán ser llevados hacia adelante, donde no le molesten.

La pausa y mirada de Hornblower extrajeron un «sí, señor» de los labios del doctor como un tapón de una botella, y así Hornblower pudo continuar.

—Zarparemos mañana al amanecer —continuó—. El señor McCullum vivirá hasta que alcancemos nuestro destino, y hasta mucho después, lo bastante para que cumpla la misión que le ha traído hasta aquí desde la India. ¿Está eso lo bastante claro para usted?

—Sí, señor —respondió el doctor, aunque su asombrada expresión probaba que había algo en aquellas órdenes que no podía explicarse.

—Será mejor que le mantenga con vida —continuó Hornblower—. Ciertamente, será mejor que lo consiga. Si él muere, puedo juzgarle por asesinato bajo las leyes ordinarias de Inglaterra. No me mire de ese modo. Estoy diciéndole la verdad. La ley común no dice nada de duelos. Puedo colgarle, doctor.

El doctor se puso un poco más pálido, y sus grandes manos trataron de expresar lo que su paralizada lengua no podía.

—Pero colgarle simplemente no sería lo bastante bueno para usted, doctor —dijo Hornblower—. Puedo hacer mucho más que eso, y lo haré. Tiene usted una espalda

muy gorda y carnosa. El gato de siete colas se hundiría profundamente en ella. Ha visto azotar a algún hombre... vio a dos la semana pasada. Les ha oído chillar. Usted también chillará en las rejas, doctor. Eso se lo prometo.

—¡No! —gritó el doctor—, no puede...

—Me llamará usted «señor», y no me llevará la contraria. ¿Ha oído mi promesa? La llevaré a cabo. Puedo hacerlo y lo haré.

En un barco alejado de cualquier otra autoridad superior, no había nada que un capitán no pudiera hacer, y el doctor lo sabía muy bien. Con la severa cara de Hornblower ante él y aquellos ojos implacables mirándole, el doctor no podía dudar de aquella posibilidad. Hornblower intentaba mantener la dureza de su expresión, y no prestar atención a los cálculos internos que persistían en su interior. Se metería en unos problemas terribles si el Almirantazgo oía algún día que había hecho azotar a un doctor comisionado, pero el Almirantazgo quizá no oyera hablar nunca de un incidente ocurrido en el distante Levante. Y por otra parte, estaba la otra duda: si McCullum moría, y nadie podía ya devolverle a la vida, Hornblower no iba a torturar a un ser humano sin ningún propósito práctico real. Pero como Eisenbeiss no podía saber aquello, no importaba.

—¿Está claro ahora para usted, doctor?

—Sí, señor.

—Entonces mi orden es que empiece ahora mismo a hacer sus arreglos.

Fue una gran sorpresa para Hornblower ver que Eisenbeiss todavía se quedaba allí, dudando. Iba a hablar con más dureza todavía, cortando los febriles gestos de las grandes manos, cuando Eisenbeiss habló de nuevo.

—¿No ha olvidado algo, señor?

—¿Qué cree usted que he olvidado? —preguntó Hornblower, buscando tiempo en lugar de rechazar de plano cualquier argumento, prueba de que se encontraba un poco alterado por la insistencia de Eisenbeiss.

—El señor McCullum y yo... somos enemigos —dijo Eisenbeiss.

Era verdad que Hornblower había olvidado aquello. Estaba tan absorto manipulando seres humanos como si fueran piezas de ajedrez que había pasado por alto un factor vital. Pero no podía admitirlo.

—¿Y qué? —preguntó fríamente, esperando que su confusión no fuese demasiado evidente.

—Yo le disparé —dijo Eisenbeiss. La mano derecha, que había empuñado la pistola, hizo un vivo gesto, que permitió a Hornblower visualizar todo el duelo—. ¿Qué dirá él si soy yo quien le cura?

—¿A qué se debía el desafío? —preguntó Hornblower, que seguía buscando tiempo.

—El me insultó —dijo Eisenbeiss—. Dijo... dijo que yo no era barón, y entonces

yo dije que él no era un caballero. «Le mataré por eso», dijo, y nos peleamos.

Eisenbeiss, ciertamente, había dicho lo que mejor podía excitar la ira de McCullum.

—¿Está usted seguro de ser un barón? —preguntó Hornblower.

La curiosidad le impulsó a hacer la pregunta, así como la necesidad de más tiempo para reunir sus pensamientos. El barón se irguió todo lo que le permitían los baos de cubierta que estaban sobre su cabeza.

—Claro que sí, señor. Mi patente de nobleza está firmada por su alteza serenísima en persona.

—¿Cuándo hizo eso?

—En cuanto... en cuanto nos quedamos los dos solos. Sólo su alteza serenísima y yo conseguimos cruzar la frontera cuando entraron los hombres de Bonaparte en Seitz-Bunau. Todos los demás se pusieron al servicio del tirano. No era adecuado que su alteza serenísima fuese atendido por un simple burgués. Sólo un noble podía prepararle la cama o servirle la comida. Tenía que disponer de un gran chambelán para que regulase su ceremonial, y un secretario de estado para que llevase sus asuntos extranjeros. Así que su alteza serenísima me ennobleció... y por eso ostento el título de barón, y me encomendó los más altos cargos de Estado.

—¿Siguiendo su consejo?

—Yo era el único consejero que le quedaba.

Aquello era muy interesante, y en gran parte Hornblower ya lo imaginaba, pero ese no era el asunto. Hornblower ahora estaba en mejor situación de poder enfrentarse al tema de forma realista.

—En el duelo —preguntó—, ¿intercambiaron disparos?

—Su bala pasó rozándome el oído —respondió Eisenbeiss.

—Entonces el honor se ha satisfecho por ambas partes —dijo Hornblower, más para sí mismo que para el doctor.

Técnicamente, aquello era absolutamente correcto. Un intercambio de disparos, y aún más el derramamiento de sangre, concluían cualquier problema de honor. Los implicados podían relacionarse después socialmente como si no hubiera existido ningún conflicto entre ellos. Pero encontrarse en las posiciones de paciente y médico respectivamente podía ser un poco distinto. Tendría que enfrentarse a aquella dificultad cuando surgiera.

—Tiene usted mucha razón al recordarme todo esto, doctor —dijo, intentando adoptar un aire de calma judicial—. Deberé tenerlo en cuenta.

Eisenbeiss le miró de forma inexpresiva, y Hornblower de nuevo puso su cara implacable.

—Pero esto no representa diferencia alguna en cuanto a la promesa que yo le había hecho. Puede estar seguro —continuó— de que mis órdenes todavía siguen en

pie. Siguen en pie —recalcó.

Pasaron unos segundos antes de que llegara la respuesta, renuente.

—Sí, señor.

—Al salir, ¿sería tan amable de hacer que avisen al señor Turner, el nuevo piloto?

—Sí, señor.

Aquello mostraba la sutil diferencia existente entre una orden y una petición, pero ambas debían ser igualmente obedecidas.

—Y ahora, señor Turner —dijo Hornblower cuando Turner llegó al camarote—, nuestro destino es la bahía de Marmaris, y zarparemos mañana al amanecer. Desearía saber qué vientos podemos esperar en esta época del año. Quiero llegar allí sin perder tiempo. Cada hora, yo diría incluso que cada minuto es muy importante.

El tiempo era muy importante, porque había que sacar el máximo partido de las horas que le quedaban a un moribundo.

## CAPÍTULO 11



Aquéllas eran las azules aguas donde se había forjado la historia, donde se había decidido el futuro de la civilización, más de una vez y más de dos. Allí los griegos habían luchado contra los persas, los atenienses contra los espartanos, los cruzados contra los sarracenos, los hospitalarios contra los turcos. Las pentecóntoras de Bizancio habían surcado aquellos mares, y los galeones de Pisa. Grandes ciudades habían crecido de forma exuberante, entre incontables riquezas. Justo un poco más allá del horizonte, por la amura de babor, se encontraba Rodas, donde una ciudad relativamente pequeña había erigido una de las siete maravillas del mundo, de modo que mil años después, el adjetivo «colosal» formaba parte del vocabulario de gentes cuyos antepasados llevaban pieles de animales y se pintaban con jugo de plantas por el tiempo en que los rodenses debatían sobre la naturaleza del infinito. Ahora la situación se había invertido. Allí llegaba la *Atropos*, guiada por sextantes y compases, conducida por el viento que aprovechaban sus bien planeadas velas, armada con largos cañones y carronadas —en resumen, un triunfo de la inventiva moderna— emergiendo desde el rincón más rico del mundo hacia uno donde el mal gobierno y las enfermedades, la anarquía y la guerra habían dejado desiertos donde una vez hubo fértiles campos, aldeas donde una vez hubo ciudades y chozas donde una vez hubo palacios. Pero no había tiempo para filosofar de aquella forma tan profunda. Las arenas del reloj que había encima de la bitácora caían poco a poco, y se aproximaba el momento en que debía alterarse el rumbo.

—¡Señor Turner!

—¡Señor!

—Vamos a alterar el rumbo cuando se llame a la guardia.

—Sí, señor.

—¡Doctor!

—¡Señor!

—Prepárese para un cambio de rumbo.

—Sí, señor.

El lecho de inválido de McCullum estaba dispuesto oblicuamente entre las carroñadas seis y siete, en el costado de estribor; una simple garrucha unía la cabecera de la cama, permitiendo que el nivel del lecho fuese ajustado con el cambio de rumbo, para que el paciente yaciera lo más horizontal posible, fuera cual fuese la inclinación que adquiriese el barco. Era responsabilidad del doctor atender a ello.

Se estaba llamando a la guardia.

—Bien, señor Turner.

—¡Escotas de las trinquetillas! ¡Hombres a las brazas!

Turner era un marinero muy eficiente, a pesar de su edad. Hornblower por entonces ya estaba seguro de ello. Se quedó allí de pie, viendo cómo ponía el buque contra el viento. Llegó Still y se tocó el sombrero ante Turner para tomar la guardia.

—Deberíamos alcanzar los Seven Capes en esta bordada, señor —dijo Turner, yendo hacia Hornblower.

—Así lo espero —dijo éste.

El pasaje a Malta había sido rápido, por suerte. Les había cogido una encalmada una sola noche al sur de Creta, pero a la mañana siguiente el viento se había levantado de nuevo desde el oeste. No soplaba ni una ligera brisa de viento del este —el equinoccio estaba todavía demasiado lejos para aquello, al parecer— y cada día habían hecho al menos un centenar de millas.

Y McCullum todavía vivía.

Hornblower se dirigió hacia donde yacía para verle. Eisenbeiss se inclinaba sobre él, tomándole el pulso, y al cesar el ajetreo de la partida, los tres buceadores cingaleses se habían acercado y se encontraban acucillados a los pies de la cama, con los ojos clavados en su amo. Tener aquellos tres pares de ojos melancólicos contemplándole debía de producir, según creía Hornblower, un efecto de lo más deprimente, pero al parecer McCullum no ponía objeción alguna a ello.

—¿Todo bien, señor McCullum? —preguntó Hornblower.

—No... no tan bien como me gustaría.

Era bastante triste ver lo lenta y penosamente que volvía la cabeza en la almohada. La espesa barba que había brotado en su rostro no ocultaba el hecho de que McCullum tenía las mejillas más hundidas, los ojos más febriles que el día anterior. El declive era muy acentuado; el día que zarparon, McCullum parecía apenas ligeramente herido, y al segundo día tenía un aspecto aún mejor: había protestado por el hecho de que le tuvieran en cama, pero aquella noche empeoró mucho y se había ido hundiendo paulatinamente desde entonces, tal como el cirujano de la guarnición y Eisenbeiss habían pronosticado.

Por supuesto, aquellas no habían sido sus únicas protestas. McCullum se enfureció todo lo que le permitía su estado de aturdimiento al despertarse de su sopor narcótico y encontrar que le estaba cuidando el mismo hombre que le había disparado. Luchó contra su debilidad y sus vendajes. Se requirió la intervención personal de Hornblower —afortunadamente, la *Atropos* estaba lejos de la boca de la bahía cuando McCullum recobró la conciencia— para calmarle de nuevo.

—Es de mal nacidos proseguir con un asunto de honor después de un intercambio de disparos —le dijo Hornblower—: Es el doctor quien le está atendiendo en estos momentos, y no el barón. —Y luego el argumento definitivo—: No sea idiota, hombre. No hay otro cirujano en cincuenta millas a la redonda. ¿Quiere morir?



Así que McCullum se resignó, y entregó su torturado cuerpo a los cuidados de Eisenbeiss, quizás obteniendo un cierto consuelo de las cosas innobles que el doctor tenía que hacer por él.

Y ahora había perdido ya todo su empuje. McCullum era un hombre muy enfermo. Cerró los ojos mientras Eisenbeiss le ponía la mano en la frente. Los pálidos labios murmuraron y Hornblower, encorvándose sobre él, sólo pudo oír frases dispersas. Era algo acerca de «mechas debajo del agua». McCullum estaba pensando, entonces, en la operación de salvamento que les esperaba. Hornblower miró hacia arriba y sus ojos se encontraron con los de Eisenbeiss. Había una gran preocupación en ellos, y el cirujano movió imperceptiblemente la cabeza. Eisenbeiss pensaba que McCullum iba a morir.

—Me duele... me duele —dijo McCullum, quejándose un poco.

Se removió inquieto, y las poderosas manos de Eisenbeiss le colocaron en una posición más cómoda sobre su costado izquierdo. Hornblower notó que Eisenbeiss pasaba una mano, como inquisitivamente, por encima del omóplato de McCullum y luego la bajaba hacia las costillas, y McCullum se quejó de nuevo. No hubo cambio alguno en la gravedad de la expresión de Eisenbeiss.

Era horrible. Era horrible ver morir a aquella criatura tan magníficamente formada. E igualmente horrible, se dio cuenta Hornblower, que su profunda compasión fuese unida a la preocupación por sí mismo. No podía imaginar cómo iba a arreglárselas para la operación de salvamento si McCullum moría, o incluso encontrándose tan indefenso como estaba ahora mismo. Volverían con las manos vacías y deberían enfrentarse a la ira y el desdén de Collingwood. ¿Para qué servían todos sus desvelos? Hornblower de pronto se sintió exasperado ante el estúpido convencionalismo de aquel duelo que había reclamado la vida de un hombre tan valioso y al mismo tiempo había puesto en peligro su reputación profesional. En su interior luchaba un torbellino de emociones contrapuestas.

—¡Tierra! ¡Tierra a estribor!

El grito vino resonando desde el tope del mastelero de velacho. Nadie pudo oírlo sin sentir al menos un poco de excitación. McCullum abrió los ojos y volvió la cabeza de nuevo, pero Eisenbeiss, inclinado sobre él, luchó para calmarle. El lugar de Hornblower estaba a popa, y se apartó del lecho y caminó hacia allí, tratando de no parecer demasiado ansioso. Turner ya estaba allí, había subido atraído por aquel grito, y por el mamparo de sotavento, los otros oficiales se estaban reuniendo rápidamente en un grupo.

—Una buena línea de costa, señor —comentó Turner.

—Una hora más temprano de lo que yo esperaba —respondió Hornblower.

—La corriente va hacia el norte aquí, con vientos fijos desde el oeste, señor —dijo Turner—. Llegaremos a Ataviros, en el puerto de Rodas, bien pronto, y entonces

tomaremos medidas cruzadas.

—Sí —replicó Hornblower.

Era consciente de su comportamiento reservado, pero sólo se daba cuenta oscuramente de cuál era su causa: no se encontraba cómodo al tener a bordo a un piloto que sabía mucho más de las condiciones locales que él mismo, aunque aquel piloto le había sido asignado precisamente para ahorrarle problemas.

La *Atropos* estaba abriéndose paso valientemente a través de los cortos pero profundos mares, que la impulsaban hacia adelante atacando su popa. Su movimiento era fácil; llevaba exactamente la cantidad de lona precisa para aquel viento. Turner se metió el catalejo en el bolsillo y se dirigió hacia adelante para subir a la obencadura, mientras Hornblower se quedaba de pie en el costado de barlovento, con el viento soplando contra sus mejillas tostadas por el sol. Turner volvió a popa, con una sonrisa que denotaba satisfacción.

—Ahí está Seven Capes, señor —dijo—. Dos cuartas a estribor.

—¿Dirección al norte, dice usted? —preguntó Hornblower.

—Sí, señor.

Hornblower se adelantó y miró la brújula, y hacia arriba, a la orientación de las velas. La dirección norte ayudaría, y el viento venía desde el suroeste, pero no tenía sentido ir innecesariamente lejos a sotavento.

—¡Señor Still! Puede ceñir más al viento. Bracee por sotavento.

No quería tener que abrirse paso trabajosamente al final, y estaba dejando espacio para evitar el peligro de la corriente de cabo Kum.

Y allí estaba el doctor, tocándose el sombrero para requerir su atención.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Hornblower.

Los hombres estaban halando las amuras.

—¿Puedo hablar con usted, señor?

Aquello era exactamente lo que estaba haciendo ya, y en un momento nada oportuno. Pero por supuesto, lo que quería era una oportunidad para hablar con él en privado, y no en aquella cubierta llena de ajetreo.

—Es sobre el paciente, señor —añadió Eisenbeiss—. Creo que es muy importante.

—Ah, muy bien —dijo Hornblower, conteniéndose para no lanzar un juramento. Abrió camino hacia su camarote, y se sentó frente al doctor—. ¿Y bien? ¿Qué es eso que tiene que decirme?

Eisenbeiss estaba nervioso, eso estaba claro.

—Me he formado una teoría, señor.

Como siempre, no pronunció bien la «t», y la palabra sonó tan poco habitual y su pronunciación era tan extraña que Hornblower tuvo que pensar un momento antes de comprender lo que Eisenbeiss había querido decir.

—¿Y qué teoría es ésta?

—Es sobre la posición de la bala, señor —respondió Eisenbeiss; él, a su vez, tuvo que esperar un momento para asimilar la correcta pronunciación de la palabra.

—El cirujano de la guarnición de Malta me dijo que se alojaba en la cavidad torácica. ¿Puede añadir usted algo más?

La expresión «cavidad torácica» era un poco extraña, pero el cirujano de la guarnición había dicho exactamente eso. Implicaba un espacio vacío, y era, obviamente, un término poco acertado. Pulmones, corazón y grandes vasos sanguíneos llenaban sin duda aquella cavidad.

—Creo que no puede estar ahí en absoluto, señor —dijo Eisenbeiss, haciendo una especulación arriesgada, eso estaba claro.

—¿Ah, no? —Si aquello era verdad, las noticias eran importantísimas—. ¿Y entonces, por qué está tan mal?

Ahora que Eisenbeiss se había comprometido ya, volvió a adoptar un aire voluble. Las explicaciones surgieron como un torrente, acompañadas de gestos espasmódicos. Pero la explicación era difícil de seguir. En aquel asunto de naturaleza altamente técnica, Eisenbeiss había pensado en su idioma nativo sobre todo, y ahora tenía que traducir a unos términos técnicos que no eran familiares para él y aún menos familiares para Hornblower, que se esforzaba desesperadamente por comprender una frase difícil.

—¿Cree usted que la bala, después de romper esas costillas, ha saltado de nuevo hacia afuera? —preguntó. En el último momento sustituyó la palabra «saltar» por «rebotar», para definirlo con mayor claridad.

—Sí, señor. Las balas a menudo hacen eso.

—¿Y dónde dice usted que está, según le parece?

Eisenbeiss trató de estirar su mano izquierda bajo su axila derecha; su cuerpo era demasiado grueso para permitir que aquella demostración fuese muy completa.

—Bajo la escápula, señor... el... el omóplato.

—¡Tierra! ¡Tierra por la amura de babor!

Hornblower oyó el grito procedente del tragaluz que tenía encima. Debía de ser Rodas lo que habían avistado. De allí se dirigirían al canal de Rodas, y él estaba allí abajo hablando de escápulas y costillas. Y sin embargo, una cosa era tan importante como la otra.

—No puedo quedarme aquí abajo mucho más, doctor. Dígame, ¿en qué está pensando exactamente?

Eisenbeiss empezó sus explicaciones de nuevo. Habló de la fiebre del paciente, y del comparativo bienestar de la mañana después de recibir la herida, y de la pequeña cantidad de sangre que había escupido. Estaba en plena explicación cuando un golpe en la puerta le interrumpió.

—Entre —dijo Hornblower.

Era su alteza serenísima el príncipe de Seitz-Bunau, con un discurso que, estaba claro, había preparado cuidadosamente en su camino hacia el camarote.

—Con los respetos del señor Still, señor —dijo—. Tierra a la vista por la amura de babor.

—Muy bien, señor príncipe. Gracias.

Era una lástima que no tuviera tiempo para cumplimentar al chico por su rápido aprendizaje del inglés. Hornblower se volvió de espaldas a Eisenbeiss.

—Así que creo que la bala se fue hacia la espalda, señor. La piel es., es dura, señor, y las costillas son... son elásticas.

—¿Sí? —Hornblower ya había oído hablar de balas que dan la vuelta al cuerpo antes de aquel momento.

—Y el paciente es muy musculoso. Mucho.

—¿Y cree usted que la bala se ha alojado en los músculos de la espalda?

—Sí. Muy hondo, contra las costillas. Bajo el punto más bajo de la escápula, señor.

—¿Y la fiebre? ¿Y el desmejoramiento?

Se podían explicar, de acuerdo con la torrencial explicación de Eisenbeiss, por la presencia de un cuerpo extraño profundamente incrustado en los tejidos, en especial si, como era probable, iba acompañado de fragmentos de tela. Todo aquello parecía bastante plausible.

—¿Y trata usted de decirme que si la bala está allí y no en el interior del pecho, sería usted capaz de extraerla?

—Sí, señor.

Eisenbeiss mostró por su actitud que sabía que aquellas palabras acababan por fin de comprometerle.

—¿Cree que podrá hacerlo? ¿Significa usar el bisturí?

En cuanto Hornblower acabó la segunda pregunta, se dio cuenta de que era muy poco educado hacer dos preguntas a la vez a un hombre que ya tenía bastantes problemas para responderlas de una en una. Eisenbeiss tuvo que pensar largo rato sobre la formulación de sus respuestas.

—Significa usar el bisturí —dijo al fin—. Es una operación difícil. No sé si podré hacerla.

—¿Pero espera que sí?

—Eso espero.

—¿Y cree que tendrá éxito?

—No lo sé. Eso espero.

—¿Y si no tiene éxito?

—Morirá.

—Pero cree que morirá de todos modos si no intenta la operación, ¿verdad?

Ése era el meollo del asunto. Eisenbeiss abrió dos veces la boca y la cerró por dos veces antes de responder.

—Sí.

Por el tragaluz, mientras Hornblower se sentaba estudiando la expresión de Eisenbeiss, llegó un nuevo grito, débilmente, procedente de los cadenotes de barlovento.

—¡No hay fondo! ¡No hay fondo con este cabo!

Turner y Still habían decidido, sabiamente, tomar una medición con el escandallo; estaban todavía lejos de fondo, tal como era de esperar. Hornblower volvió mentalmente de la situación del barco a la decisión referente a McCullum. Este último podía reclamar quizá ser consultado sobre el tema, pero eso no tenía demasiado sentido. Su vida estaba en manos de su país.

A un marino no se le consulta antes de verse envuelto en la batalla.

—Así que ésa es su opinión, doctor. Si opera y falla, ¿sólo habrá acortado unas horas la vida del paciente?

—Unas horas. Unos días.

Unos días podían bastar para llevar a cabo la operación de salvamento, pero con McCullum tan mal como ahora, no serviría para nada durante esos pocos días. Por otra parte, no había modo de saber si era posible que se recuperase al cabo de esos pocos días, siendo operado o no.

—¿Qué dificultades encierra la operación? —preguntó Hornblower.

—Hay varias capas de músculo en esa zona —explicó Eisenbeiss—. Infraespinoso, subescapular, muchos. En cada uno, las... fibras van en diferente sentido. Eso dificulta a la hora de trabajar rápido y sin realizar grandes daños. Y luego está la arteria grande, la subescapular. El paciente ya está muy débil y no puede soportar una conmoción demasiado fuerte.

—¿Tiene usted todo lo necesario para la operación, si decide llevarla a cabo?

Eisenbeiss encogió sus gruesos hombros.

—Los dos ayudantes... auxiliares médicos puede llamarlos, señor... tienen experiencia. Ambos han servido en barcos en acción. Tengo mis instrumentos. Pero desearía...

Estaba claro que Eisenbeiss deseaba algo que consideraba difícil de conseguir.

—¿Qué?

—Me gustaría que el barco estuviera quieto. Anclado. Y con buena luz.

Aquello volcaba el platillo de la decisión.

—Antes de anochecer —dijo Hornblower—, este barco estará fondeado en una bahía rodeada de tierra. Puede hacer sus preparativos para la operación.

—Sí, señor. —Una nueva pausa antes de que Eisenbeiss hiciera una importante

pregunta—: ¿Y su promesa, señor?

Hornblower no tuvo que pensar mucho para decidir si Eisenbeiss trabajaría de forma más eficiente si se enfrentaba a la certidumbre de ser azotado y colgado en caso de fallar. El hombre haría todo lo posible, por simple orgullo profesional. Y el pensamiento de que su vida estaba en juego posiblemente le pondría nervioso.

—Retiro mi promesa —dijo Hornblower—. No sufrirá usted daño alguno, ocurra lo que ocurra.

—Gracias, señor.

—¡No hay fondo! —dijo el sondeador en los cadenotes.

—Muy bien, entonces. Tiene usted hasta esta tarde para hacer los preparativos que desee.

—Sí, señor. Gracias, señor.

Una vez Eisenbeiss hubo salido del camarote, Hornblower se sentó durante un breve instante reflexionando sobre su decisión. Su barco estaba entrando en el canal de Rodas y él debía subir a cubierta.

—El viento viene del sur, una cuarta, señor —dijo Still, tocándose el sombrero.

Lo primero que Hornblower había notado cuando llegó al tambucho era que la *Atropos* estaba todavía braceada por sotavento, ciñendo el viento todo lo que podía. Still y Turner habían actuado correctamente sin tener que molestarle para ello.

—Muy bien, señor Still.

Hornblower se llevó el catalejo al ojo y barrió el horizonte. Una áspera y escarpada costa por un lado; en el otro, una suave playa de arena. Se inclinó para estudiar el mapa.

—El cabo Angistro a estribor, señor —dijo Turner a su costado—. El cabo Kum con el viento un poco a popa del través de babor.

—Gracias.

Todo tal y como debería ser. Hornblower se enderezó y volvió su catalejo hacia la costa turca. Era empinada, con ásperos acantilados, detrás de los cuales asomaba una cadena de elevadas y suaves colinas.

—Sólo están verdes en esta época del año, señor —explicó Turner—. El resto del año son pardas.

—Sí.

Hornblower había leído todo lo que había podido sobre el Mediterráneo oriental, y sabía algo de las condiciones climáticas.

—No vive allí demasiada gente, señor —continuó Turner—. Unos pocos granjeros. Pastores. Algunos pueblecitos de pescadores en alguna de las ensenadas. Un poco de comercio costero en los caiques de Rodas... no mucho en esta época, señor. Hay piratas en estas aguas, además de la enemistad entre griegos y turcos.

Comercian un poco con miel y madera, pero muy poco.

—Sí.

Afortunadamente, el viento había rolado hacia el sur, aunque poco. Aquello facilitaba una de las mil complicaciones de su complicada vida.

—Sin embargo, hay muchas ruinas a lo largo de la costa, señor —siguió hablando monótonamente Turner—. Ciudades, templos... le sorprendería.

La antigua civilización griega había florecido en esos lugares. Por allí se encontraba Artemisia y otras ciudades griegas, llenas de vida y belleza.

—Sí —dijo Hornblower.

—Los pueblos se encuentran casi todos donde estaban las antiguas ciudades —insistió Turner—. Con las ruinas a su alrededor. La mitad de las casitas están construidas con mármol de los templos.

—Sí.

En otras circunstancias, Hornblower se podía haber sentido muy interesado por todo aquello, pero entonces Turner era una simple distracción. No estaba sólo el asunto inmediato de llevar la *Atropos* hasta la bahía de Marmaris; también estaba el asunto de cómo tratar con las autoridades turcas, cómo emprender el asunto del salvamento; estaba también la cuestión —urgente, agobiante— de si McCullum viviría o no. Estaba la rutina del barco. Cuando Hornblower miró a su alrededor pudo ver que los marineros y oficiales se arremolinaban junto a la borda mirando ansiosamente hacia la costa. Estaban los griegos que residían entre los musulmanes del interior: sería importante cuando se tratase de conseguir licor para los hombres.

Y también le gustaría llenar sus barriles de agua; y estaba el tema también de obtener verduras frescas.

Allí estaba Still con una cuestión de rutina. Hornblower asintió.

—¡Los licores!

El grito atravesó el pequeño barco, y cuando lo oyeron, los hombres no prestaron ya oídos a ninguna sirena que les llamara desde la costa. Era el gran momento del día para la mayoría de ellos, el momento en que podrían apurar su pequeña cantidad de ron con agua con ansia. Privar a un hombre de su ración era como impedirle a un santo entrar en el paraíso. Las especulaciones que se producían entre los hombres, sus tratos con sus raciones de ron, el intercambio, la venta, la compra, hacían que un mercado persa pareciera tranquilo por comparación. Pero Hornblower decidió que no tenía por qué mirar a los hombres con condescendencia, como si fueran cerdos de Circe bebiendo a grandes tragos en un abrevadero; era perfectamente cierto que aquél era el gran momento del día para ellos, pero es que ellos no tenían ningún otro momento en absoluto, durante meses y años, confinados entre las paredes de madera de su pequeño barco, a menudo sin ver ni un chelín durante todo aquel tiempo, ni una cara nueva, ni un solo problema humano al cual aplicar su ingenio. Quizás era mejor ser capitán y tener demasiados problemas.

Los marineros fueron a cenar. El cabo Kum apareció por un lado y la costa turca por otro, la brisa refrescando el brillante y soleado día; Turner charlaba sin cesar a medida que aparecían los hitos en el terreno.

—El cabo Marmaris, señor —informó Turner.

La costa se hundía allí, revelando montañas más altas justo detrás. Era el momento de aferrar velas, listos para entrar. Y también era el momento en que había que tomar una decisión. La *Atropos*, entonces, en lugar de un barco pacífico, navegando plácidamente por aguas exteriores no territoriales, se convertía en uno pependenciero, cuya entrada en un puerto extranjero podía enviar apresurados despachos a las embajadas y hacer que se reunieran gabinetes en el extremo opuesto de Europa. Hornblower intentó dar sus órdenes como si no le preocupara la importancia del momento.

—¡Todos los marineros! ¡Todos los marineros a arrizar las velas! ¡Todos los marineros!

La guardia de abajo subió corriendo a ocupar sus posiciones. Los oficiales, ante la llamada a los marineros, se colocaron también en sus puestos, y los pocos que se encontraban dormitando abajo subieron apresuradamente a cubierta. Las velas bajas y los juanetes fueron aferrados.

—¡Señor Jones! —dijo Hornblower ásperamente.

—¡Señor!

—¡Suelte esa escota y afloje la tensión de la amura! ¿Dónde aprendió usted a manejar un barco?

—Sí, señor —respondió Jones, de forma bastante patética, pero recogió los dos puños juntos rápidamente.

La reprimenda estaba merecida, pero Hornblower se preguntó si se la habría administrado de la misma manera si no se encontrara ansioso por demostrar que las responsabilidades que le ocupaban no le distraían de los detalles del manejo del barco. Entonces decidió amargamente que aquello era innecesario desde todos los puntos de vista; ninguna de aquellas figuras que se apresuraban en cubierta dedicaba ni un solo pensamiento a las responsabilidades de su capitán, ni les preocupaba si aquel aferramiento de velas sería el preliminar de una crisis internacional.

—Red Cliff Point, señor —dijo Turner—. Passage Island. Sari allí. El pasaje del este es mejor, señor... hay una roca en medio del paso del oeste.

—Sí —dijo Hornblower. Su mapa no era muy detallado, pero aquello sí que estaba claro—. Iremos por el este. ¡Timonel! Caña a babor. ¡Así! ¡Vía así!

Con el viento en su aleta, la *Atropos* se dirigió hacia la entrada como un gamo, incluso con su vela reducida a gavias y trinquetillas. La entrada se hizo más definida según se aproximaban; dos escarpados picos corriendo para encontrarse uno al otro con una isla muy alta en medio. Era obvio por qué Red Cliff Point se llamaba así: por



todas partes había una oscura y dispersa masa de pinos en cabos e isla, mientras que en las cumbres sólo se podían ver las siluetas rectangulares de unos pequeños fuertes.

—No tienen hombres en ellos, señor —dijo Turner—. Se han convertido en ruinas como todo lo demás.

—¿Quiere decir que el paso del este está absolutamente despejado?

—Sí, señor.

—Muy bien.

La *Atropos* siguió adelante, Hornblower dando sus órdenes al timonel. No había bandera alguna ondeando en la costa, y hasta que no vieran una, no era cuestión de disparar como saludo. Desde la punta a la isla, la entrada medía apenas media milla, posiblemente menos; ahora podían ver al otro lado, hasta las amplias aguas de la bahía de Marmaris, con altas montañas rodeándola por todos los lados excepto el norte.

—Allí está la ciudad, señor —dijo Turner—. No vale nada.

Una torre blanca —un minarete— recibía el sol de la tarde.

—Se puede ver el montículo rojo detrás de la ciudad ahora, señor.

—¿Dónde se hundió el *Speedwell*? —preguntó Hornblower.

—A babor, allí, señor. Justo en línea con el montículo rojo y el fuerte en el Passage Island. El fuerte de Ada quedaba al sursureste.

—Tome la posición ahora —ordenó Hornblower.

Estaban ya atravesando la entrada. El agua era lisa, aunque no lo suficiente para reflejar el cielo azul. Turner estaba tomando la posición del fuerte de Capa Ada. A ojo, Hornblower podía juzgar las otras mediciones. No les perjudicaría atracar cerca del proyectado escenario de operaciones; aquello atraería menos atención que fondear en un sitio primero y luego desplazarse a otro fondeadero más tarde. Jones aferró velachos y gavias y también las trinetillas bastante rápido. La *Atropos* se deslizaba tranquilamente.

—Todo a estribor —dijo Hornblower al timonel.

La *Atropos* viró, con la gavia de mesana ayudando a girar mientras Jones la aferraba. El impulso del barco disminuyó poco a poco, y las pequeñas olas fueron lamiendo su proa.

—¡Fondea!

El cabo del ancla salió rechinando. La *Atropos* se balanceaba al ancla, en aguas turcas. Atravesar el límite de las tres millas, incluso la entrada a través del paso, habían sido acciones que se podían discutir, desautorizar. Pero aquel ancla, con sus uñas sólidamente enterradas en la firme arena, era algo a lo que una nota diplomática podía aferrarse de forma clara.

—Llame al doctor —dijo Hornblower.

Había muchas cosas que hacer; era su deber entrar en contacto con las autoridades

turcas si ellos no contactaban con él. Pero lo primero de todo, sin perder ni un momento, era hacer los arreglos necesarios para la operación de McCullum. La vida de aquel hombre estaba en la cuerda floja, y mucho más que su vida.

## CAPÍTULO 12



Hornblower se sentó en su camarote, esperando. «Unos minutos», fue la estimación de Eisenbeiss del tiempo necesario para la operación. Era preciso, como Hornblower sabía, trabajar lo más rápidamente posible, para minimizar la conmoción del paciente.

—En el viejo Hannibal, señor —dijo el ayudante a quien Hornblower había interrogado acerca de su experiencia—, cortamos once piernas en media hora. Aquello fue tremendo, señor.

Pero las amputaciones eran operaciones relativamente sencillas. La mitad de los casos sobrevivían: el propio Nelson había perdido un brazo, amputado una oscura noche con una tempestad moderada en alta mar, y había vivido hasta que una bala de mosquete acabó con él en Trafalgar. Pero esto no era una amputación. Era algo que podía ser peor que inútil si el diagnóstico de Eisenbeiss estaba equivocado y que, en cualquier caso, podía fracasar.

El barco estaba muy quieto y tranquilo. Hornblower sabía que toda su tripulación se tomaba un morbosos interés en el destino del «pobre caballero». Se mostraban muy sentimentales con McCullum, que yacía a las puertas de la muerte como resultado de una herida de bala que no tenía que haber recibido nunca; el hecho de que le fueran a rajar con un bisturí representaba un morbosos atractivo para ellos; el hecho de que al cabo de unos pocos minutos pudiera estar muerto y pasar a través de aquellas misteriosas puertas por las que todos temían pasar le investía de una calidad especial a sus ojos. Se habían apostado centinelas para vigilar a todos los sentimentales, curiosos y morbosos de la tripulación, y Hornblower sabía, por el silencio que se había hecho, que sus hombres aguardaban temblorosos el desenlace, esperando quizás oír un grito o un gemido, esperando como uno esperaría para ver a un criminal colgando de la horca. Mientras tanto, él podía oír el tictac de su reloj.

Y ahora se oían unos sonidos distantes, pero los sonidos en un barco pequeño de madera son susceptibles de tantas posibles interpretaciones que al principio no se permitió pensar que fueran el resultado del final de la operación. Pero luego se oyeron pasos y voces en el exterior de su camarote, el centinela habló y luego Eisenbeiss, y al fin se oyó un golpecito.

—Entre —dijo Hornblower, tratando de mantener la voz indiferente.

El primer vistazo a Eisenbeiss mientras éste entraba fue suficiente para decirle a Hornblower que todo había ido tan bien como se podía esperar. Había una obvia ligereza en los elefantiásicos movimientos del doctor.

—He encontrado la bala —dijo Eisenbeiss—. Estaba justo donde yo pensaba...

en el ángulo inferior de la escápula.

—¿La ha sacado? —preguntó Hornblower; el hecho de que no corrigiera a Eisenbeiss por omitir el «señor» era prueba, si alguien hubiera podido notarlo, de que no estaba tan tranquilo como quería aparentar.

—Sí —dijo Eisenbeiss.

Dejó algo en la mesa frente a Hornblower, con un gesto dramático. Era la bala, deformada, aplanada hasta verse convertida en un disco irregular, con un arañazo en la superficie.

—Es donde ha cortado mi escalpelo —dijo Eisenbeiss, orgullosamente—. He ido directo al lugar preciso.

Hornblower cogió aquella cosa con cuidado para examinarla.

—Ya ve —dijo Eisenbeiss—, estaba donde yo decía. La bala dio en las costillas, las rompió y luego rebotó, pasando hacia atrás entre hueso y músculo.

—Sí, ya veo —dijo Hornblower.

—Y también está todo esto —continuó Eisenbeiss, poniendo algo más ante los ojos de Hornblower con el mismo tipo de orgullo con que un mago de feria saca un conejo del sombrero.

—¿Es el taco? —preguntó Hornblower, asombrado, y sin intentar coger aquel pequeño y horripilante objeto.

—No —dijo Eisenbeiss—, así es como lo sacaron mis fórceps. Pero mire...

Los grandes dedos de Eisenbeiss abrieron el objeto en capas sucesivas.

—Lo he examinado con mi lupa. Es un fragmento de la casaca azul. Éste es un trozo de forro de seda.

Y éste es un trozo de camisa de lino. Y todos éstos son hilos de una camiseta de punto.

Eisenbeiss sonrió triunfal.

—¿La bala había llevado todo esto en su camino? —preguntó Hornblower.

—Exactamente. Por supuesto. Entre la bala y el hueso se cortaron todos estos fragmentos, como entre las hojas de una tijera, y la bala se los llevó consigo. Los he encontrado todos. No es extraño que la herida supurase.

—Debe usted llamarme «señor» —dijo Hornblower, dándose cuenta, a medida que cesaba la tensión, de que Eisenbeiss había omitido el tratamiento—. ¿Ha tenido éxito la operación, por otra parte?

—Sí... señor —dijo Eisenbeiss—. La extracción de estos cuerpos extraños y el drenaje de la herida han causado una inmediata mejoría al paciente.

—¿No ha sufrido demasiado?

—No demasiado. Los hombres que estaban preparados para sujetarle no tuvieron gran cosa que hacer. Se prestó de buena gana, como le prometió a usted. Fue bueno que se quedara tan quieto. Temía que el pulmón sufriera alguna herida de las costillas

rotas si se movía.

—Debe llamarme «señor» —insistió Hornblower—. Es la última vez, doctor, que paso por alto la omisión.

—Sí... señor.

—¿Y el paciente se está recuperando bien?

—Le he dejado tan bien como se podría esperar... señor. Debo volver con él enseguida, por supuesto.

—¿Cree que vivirá?

Parte de la expresión triunfal desapareció del rostro de Eisenbeiss cuando se concentraba en formular su respuesta.

—Es más probable que viva ahora, señor —dijo—. Pero con las heridas... uno nunca puede estar seguro.

Siempre existía la posibilidad, la impredecible posibilidad, de que la herida empeorase, se infectase y provocase la muerte.

—¿No puede decirme más?

—No, señor. La herida debe permanecer abierta para ser drenada. Cuando apliqué las suturas inserté una cánula...

—Muy bien —dijo Hornblower, repentinamente melindroso—. Comprendo. Será mejor que vuelva con él ahora. Gracias, doctor, por lo que ha hecho.

Ni siquiera cuando se fue Eisenbeiss tuvo una oportunidad de revisar tranquilamente la situación. Un golpecito en la puerta anunció la aparición del guardiamarina Smiley.

—Con los saludos del señor Jones, señor, hay unos botes que se dirigen hacia nosotros desde la costa.

—Gracias. Ahora subo. Y si el señor Turner no está en cubierta, dígame que quiero verle allí.

Algunos de los botes alegremente pintados que se veían a distancia llevaban remos, pero el más cercano llevaba una vela latina, e iba ciñendo mucho el viento. Mientras Hornblower contemplaba el barquito, éste aferró la vela y cambió de bordada. El aparejo latino tenía sus desventajas. Con la nueva bordada, el barco alcanzaría a la *Atropos* fácilmente.

—Y ahora escúcheme, señor Turner —dijo Hornblower, tomando la decisión que le andaba rondando por la cabeza durante los últimos dos días, sofocada hasta entonces por un sinfín de otras consideraciones—, cuando hable con ellos les dirá que estamos buscando una escuadra francesa.

—¿Perdón, señor?

—Estamos buscando una escuadra francesa. Dos naves... eso será bastante. Un barco de línea y una fragata, escapados de Corfú hace tres semanas. Lo primero que preguntará usted es si han atracado aquí.

—Sí, señor.

Turner no tenía muy claro todavía todo aquello.

—El almirante... Harvey nos ha enviado a buscar noticias. Está recorriendo los alrededores de Creta buscándoles con cuatro navíos de línea. Cuatro estará bien. Suficientes para que nos respeten.

—Ya comprendo, señor.

—¿Está usted seguro?

—Sí, señor.

Era un poco fastidioso depender de Turner para que le tradujera. Con autoridades españolas o francesas, Hornblower podría haber dirigido sus propias negociaciones, pero con los turcos no.

—Recuerde, es lo primero que debe preguntar, lo primero de todo. ¿Han atracado aquí dos barcos franceses? Entonces, después, puede pedir permiso para rellenar nuestros barriles de agua. Compraremos también verduras frescas y un par de bueyes si podemos.

—Sí, señor.

—Tenga presente en todo momento que estamos explorando para el almirante Harvey. No lo olvide ni un segundo, y entonces todo irá bien.

—Sí, señor.

El barco con vela latina iba acercándose a ellos deprisa, cogiendo una sorprendente velocidad con el escaso viento del atardecer; había una respetable estela de espuma bajo su proa. Vino deslizándose al costado y se puso a la capa, con la vela latina gualdrapeando hasta que cargaron la parte superior.

—Turcos, señor, no griegos —dijo Turner.

Hornblower podía adivinar aquello sin la ayuda de Turner; la tripulación del barquito iba vestida con unas sucias túnicas blancas y llevaban en la cabeza, envolviendo unos sombreritos rojos, unos andrajosos turbantes blancos. El hombre de barba canosa que se hallaba de pie en la proa llevaba una faja roja en torno a la cintura, de la cual colgaba una espada curva. Saludó a la *Atropos* con voz aguda. Turner le devolvió el saludo; la jerga que hablaba era la lingua franca del Levante, y Hornblower trató de adivinar qué era lo que decían ambos. Italiano, francés, inglés, árabe, griego, todos los idiomas contribuían a aquel lenguaje, según le pareció. Era un poco raro oír decir claramente las palabras «Horatio Hornblower» entre un montón de sonidos incomprensibles.

—¿Quién es ese tipo? —preguntó.

—El mudir, señor. El mandamás local. Jefe del puerto oficial preventivo. Pregunta por nuestra patente de sanidad, señor.

—No olvide preguntarle por los barcos franceses

—dijo Hornblower.

—Sí, señor.

La conversación continuó a gritos; Hornblower captó al vuelo la palabra «fragata» más de una vez. El hombre con barba gris del barco extendió las manos con un gesto negativo y lo suplementó con una frase más.

—Dice que no han llegado aquí barcos franceses desde hace años, señor —dijo Turner.

—Pregúntele si ha oído comentar que hubiera alguno por la costa o en las islas.

El de la barba gris negaba todo conocimiento, estaba claro.

—Dígale —continuó Hornblower— que entregaré cinco piezas de oro a quien me dé noticias de los franceses.

Había algo contagioso en la atmósfera, en toda aquella conversación oriental... era la única explicación que encontraba Hornblower para haber usado la extraña expresión «piezas de oro». No había razón alguna por la que no hubiera podido decir «guineas» a Turner. El hombre de la barba meneó la cabeza de nuevo; Hornblower, mirándole fijamente, se preguntó sin embargo qué impresión le habría causado su oferta. El hombre preguntó algo y Turner contestó.

—Le he contado lo del escuadrón británico en alta mar, señor —informó.

—Bien.

No les iría mal permitir que los turcos creyeran que tenía una poderosa fuerza para respaldarle. Ahora, el hombre de la barba hacía gestos con los dedos de una mano extendidos mientras contestaba a una pregunta de Turner.

—Dice que quiere cinco piastras por tonel para que rellenemos nuestros barriles de agua, señor —dijo Turner—. Es un chelín cada uno.

—Dile... dile que le daré la mitad.

La conversación continuó; el cielo empezaba a enrojecer por el oeste con el ocaso mientras el sol iba hundiéndose poco a poco. Al fin, el hombre de la barba agitó la mano como despedida, y el bote se alejó y largó su vela ante el viento moribundo.

—Han vuelto para extender sus alfombrillas y decir la oración de la tarde, señor —dijo Turner—. Le he prometido diez guineas por todo. Eso nos da derecho a atracar en el espigón que hay allí, llenar de agua nuestros barriles y comprar en el mercado que está abierto por las mañanas. Él tendrá su parte de todo lo que compremos, puede estar seguro, señor.

—Muy bien, señor Turner. ¡Señor Jones!

—¡Señor!

—Con la primera luz del día voy a empezar a dragar para buscar el pecio. Tenga la draga preparada para entonces.

—Eh... sí, señor.

—Cien brazas de cabo de una pulgada, por favor, señor Jones. Dos balas de calibre nueve. Ponga cada una en una red y átelas separadas diez brazas, a distancias

iguales de los finales del cabo. ¿Está claro?

—No... no demasiado, señor.

Como fue honrado, Hornblower no hizo observación alguna sobre su lentitud de comprensión.

—Coja usted cien brazas de cabo y ate una bala a cuarenta y cinco brazas de un extremo y la otra a cuarenta y cinco brazas del otro extremo. Y ahora, ¿está claro?

—Sí, señor.

—Puede usted arriar la lancha y el esquife al agua ahora, preparados para mañana. Llevarán la draga entre ambos, arrastrándola por el fondo para buscar el pecio. Designe a los hombres de los botes para ese servicio. Quiero empezar a trabajar en cuanto amanezca, como he dicho. Y necesitaremos también arpeos y boyas para marcar lo que vayamos encontrando. Nada demasiado llamativo... unos tablones bastarán, con diecisiete brazas de cabo cada uno. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí, señor.

—Pues entonces encárguese de todo, señor Turner, e informe en mi camarote dentro de quince minutos, por favor. ¡Mensajero! Mis saludos para el doctor, y dígame que deseo verle en mi camarote de inmediato.

Hornblower se sentía como un malabarista en una feria, manteniendo una docena de pelotas en el aire a la vez. Quería saber por el doctor cómo iba progresando McCullum después de la operación; quería discutir con Turner la cuestión de qué autoridades locales era probable que se encontraran presentes en la bahía de Marmaris y podían interferir su trabajo allí; quería hacer todos los preparativos para la mañana siguiente; quería estar listo para llevar a cabo sus propios planes acerca del tesoro por si McCullum era incapaz de aconsejarle; y tenía que dar órdenes nocturnas para el cuidado del barco en aquel puerto de dudosa neutralidad. Cuando ya era muy tarde, casi de noche, recordó algo más: algo que sólo recordó por una súbita sensación de vacío en su interior. No había comido nada desde la hora del desayuno. Comió un poco de galleta y carne fría, masticando apresuradamente los trocitos pétreos en la mesa de su camarote antes de correr de nuevo a cubierta, en la oscuridad.

La noche era helada, y la joven luna ya se había puesto. Ni un solo soplo de aire rizaba la superficie del agua de la bahía, tan lisa que reflejaba perfectamente hasta las estrellas más débiles. Negra e impenetrable era el agua, bajo la cual yacía un cuarto de millón de libras esterlinas. Era tan impenetrable como su futuro, decidió, apoyándose en el mamparo. Un hombre inteligente, pensó, se iría a la cama, a dormir, habiendo hecho todo lo que su prudencia y su ingenio pudieran imaginar, y un hombre inteligente no se preocuparía más por el momento. Pero él tuvo que obligarse a acostarse y permitir a su cuerpo y su mente exhaustos que se deslizaran en el sueño.

Todavía era noche cerrada cuando le llamaron, noche fría y oscura, pero pidió



café y se lo bebió mientras se vestía. La noche anterior, cuando había previsto la hora a la que debían llamarle, había dejado tiempo suficiente para vestirse tranquilamente antes de que llegara la luz del día, pero se sentía tenso y preocupado cuando saltó de la cama, lo mismo que le había sucedido en otras ocasiones cuando le habían despertado en plena noche para tomar parte en una expedición de intercepción o un desembarco al amanecer, y tuvo que contenerse para no vestirse deprisa y corriendo y subir a toda prisa a cubierta. Se esforzó por afeitarse tranquilamente, aunque era una operación que debía ser llevada a cabo casi al tacto, porque la lámpara que colgaba casi no iluminaba el espejo. La camisa que se puso tenía un tacto húmedo contra sus costillas; luchaba con sus pantalones cuando un golpe en la puerta trajo a Eisenbeiss, que venía a informarle obedeciendo sus órdenes de la noche anterior.

—El paciente está durmiendo bien, señor —anunció.

—¿Es bueno su estado?

—Creo que no debería molestarle por ahora, señor. Ha dormido muy tranquilo, así que no sabría decirle si tiene fiebre, ni tampoco he podido examinarle la herida. Puedo despertarle si lo desea, señor...

—No, no lo haga, claro que no. Supongo que es un buen síntoma que duerma bien, de todos modos.

—Muy bueno, señor.

—Entonces déjelo, doctor. Infórmeme si hay algún cambio.

—Sí, señor.

Hornblower se abrochó los pantalones y metió los pies en los zapatos. Su ansiedad por subir a cubierta venció a su contención hasta el punto de que todavía se estaba abrochando la casaca cuando salió al tambucho. En cubierta, la atmósfera también parecía estar cargada con aquel sentimiento de inminente ataque al amanecer. Estaban las figuras de los oficiales vagamente visibles, silueteadas contra el cielo. Hacia el este se apreciaba una luminosidad muy débil, una lucecita que llegaba a medio camino del cenit, tan débil que todavía no se apreciaba apenas, y su color, a su vez, era de un rosa tan suave que apenas se podía llamar tal.

—Buenos días —dijo Hornblower como respuesta al saludo de sus subordinados.

En el combés pudo oír las órdenes que se dictaban en voz baja, justo de la misma forma en que se tripulan los botes para una expedición de intercepción.

—Tripulación del esquife, al costado de estribor —decía la voz de Smiley.

—Tripulación de la lancha al costado de babor —aquella era la voz del príncipe. Estaba adquiriendo un acento mejor que el del propio Eisenbeiss.

—Hay un poco de niebla en la superficie, señor —informó Jones—. Pero muy dispersa.

—Ya lo veo —replicó Hornblower.

—La noche pasada nos quedamos a dos cables de distancia del pecio, casi

encima, señor —dijo Turner—. Hemos derivado por la noche, con el viento que caía, pero bastante poco.

—Dígame cuándo hay luz suficiente para que tome usted sus mediciones.

—Sí, señor.

En aquel corto espacio de tiempo el cielo del este había cambiado. Uno casi podía decir que se había oscurecido, pero quizás aquello se debía a que al aumentar un poco la iluminación general, el contraste no era tan acusado.

—¿Tomó usted una tercera medición cuando el *Speedwell* zozobró, señor Turner?

—Sí, señor. Era...

—No importa.

Se podía confiar en Turner para que manejara un asunto tan sencillo como aquél.

—No creo que el pecio se haya movido ni una pulgada, señor —dijo Turner—. Aquí no hay mareas ni corrientes. Los dos ríos que desembocan en la bahía no levantan ninguna corriente perceptible.

—¿Y el fondo es de arena firme?

—Arena firme, señor.

Había que dar gracias por aquel hecho. En barro, el pecio se podía haber hundido hasta hacer imposible su recuperación.

—¿Cómo demonios vino a zozobrar el *Speedwell*? —preguntó Hornblower.

—Pura mala suerte, señor. Era un barco viejo, y llevaba mucho tiempo navegando. Las algas y lapas eran muy espesas en su línea de flotación... no fue revestido de cobre lo bastante alto, señor. Así que la estaban limpiando, despejaron el costado de babor, con los cañones corridos a estribor y todos los pesos que pudieron mover a estribor también. Era un día tranquilo, con un calor infernal. Entonces, antes de poder decir amén, llegó una ráfaga de las montañas. Cogió el barco de pleno por el través de babor y lo escoró antes de que pudiera enderezarse. Las portas estaban abiertas y el agua llegó hasta los batiportes. Aquello la escoró todavía más —al menos eso es lo que averiguó la comisión de investigación, señor— y con las escotillas abiertas, el agua pasó por las brazolas y el barco se hundió.

—¿Se enderezó al hundirse?

—No, señor. Lo miré cuando oí el ruido, y lo vi escorado. Con el casco al aire se hundió. Los masteleros de gavia se rompieron y arrancaron. Salieron enseguida, con el mastelero de mayor y el velacho todavía unidos al pecio por un obenque o dos. Fue una ayuda cuando hubo que tomar las mediciones.

—Ya veo —dijo Hornblower.

Amanecía rápidamente. Al final pareció —una ilusión óptica, por supuesto— como si unas grandes rayas de colores treparan por el cielo desde el horizonte del este a un paso perceptible para la vista.

—Ahora ya hay luz suficiente, señor —dijo Turner.

—Gracias. ¡Señor Jones! Puede usted continuar.

Hornblower les vio alejarse, Turner dirigiendo el camino en el esquife con instrumentos y brújulas, Still siguiéndole detrás en la lancha y Smiley en el esquife unido a la lancha por la draga. Hornblower era muy consciente de que a pesar de la taza de café que había tomado, ansiaba su desayuno. Sin embargo se quedó allí, casi contra su voluntad. Aquella calma chicha al amanecer era la ideal para una operación de aquel tipo; permitía al esquife instalarse y mantener una posición con el mínimo esfuerzo posible. Las arrugas causadas por el paso del bote, aunque era lento, se extendían a lo lejos por la superficie espejeante de la bahía antes de desaparecer a lo lejos. Vio detenerse al esquife, y oyó claramente por encima del agua el sonido de la voz de Turner mientras éste hablaba a través de su altavoz a los otros botes. Maniobraron en redondo en una posición extraña, como dos escarabajos atados juntos con un hilo, y luego arriaron la draga entre los dos, maniobraron con dificultad de nuevo durante un momento mientras se colocaban exactamente encima de la posición correcta, y luego los remos empezaron a moverse rítmica, lentamente, como el péndulo del destino, y los botes empezaron a barrer la zona que tenían ante ellos. El corazón de Hornblower latió más deprisa a su pesar, y tragó saliva con excitación. En torno a él el barco empezaba a vivir con toda normalidad. En medio del peculiar ruido de los pies desnudos en las tablas de madera —un sonido diferente a cualquier otro sobre la tierra— la guardia de abajo llevaba sus coyotes a almacenar en las redes. Lampazos y piedra de arena, cubos y bomba; los marineros que no estaban en los botes empezaban la rutina diaria de lavar la cubierta. No por primera vez en aquel viaje Hornblower se encontró experimentando una envidia momentánea de los marineros que estaban trabajando. Sus problemas eran muy sencillos, y sus dudas mínimas. Limpiar con la piedra de arena una porción de tablas hasta conseguir la blancura solicitada por un oficial de mar, restregarla con el lampazo, luego secarla, trabajando en amistosa camaradería con viejos amigos, chapoteando con los pies desnudos en el torrente de agua limpia: aquello era todo lo que tenían que hacer, como habían hecho una infinidad de mañanas en el pasado y como harían una infinidad de mañanas en el futuro. El se habría alegrado mucho de intercambiar con ellos su soledad, su responsabilidad, la complejidad de sus problemas. Eso sintió durante un momento antes de reírse de sí mismo, sabiendo perfectamente que se sentiría horrorizado si algún capricho del destino le obligaba a tal cambio. Se fue y varió por completo el tema de sus pensamientos. Le esperaba una generosa ración de cerdo bien grueso, frito hasta adquirir un color dorado. Había una pata en remojo desde hacía un par de días para él, y la parte exterior ya no estaría tan salada. El aroma sería exquisito: casi podía olerlo en aquel preciso momento. Cielo santo, a menos que estuviera todavía chisporroteando en su plato cuando se lo pusieran delante, a pesar del viaje desde el fogón al camarote, aquel cerdo tenía los minutos

contados. Y también tendría migas de galleta fritas para acompañarlo, y lo completaría todo con melaza negra untada en un trozo de galleta, bien espesa. Aquella sí que era una idea en la que merecía la pena pensar.

## CAPÍTULO 13



Hornblower se quedó de pie con el monedero en la mano, después de sacarlo del baúl, donde había permanecido bien guardado en el compartimiento interior. Sabía exactamente cuántas guineas tenía en aquella bolsa, e intentaba no desear que fueran más. Si él fuese un capitán rico, podría mostrarse generoso con la tripulación de su barco, y también con el alojamiento de oficiales y de suboficiales. Pero así... Meneó la cabeza. No quería parecer miserable o avaro, pero ciertamente tampoco podía mostrarse demasiado generoso. Caminó junto a la puerta de las cabinas de los oficiales e hizo una pausa allí. Still le vio.

—Por favor, entre, señor.

Los otros oficiales se levantaron en el acto de sus sillas; no tenían otro sitio donde sentarse que en torno a la pequeña mesa del diminuto compartimiento.

—Esperaba que sería usted tan amable como para comprarme algunas cosas —dijo Hornblower a Carslake, el sobrecargo.

—Por supuesto, señor. Es un honor, se lo aseguro —dijo Carslake. De todos modos, no podía decir otra cosa.

—Unos cuantos pollos... media docena, digamos, y unos cuantos huevos.

—Sí, señor.

—¿Desean los oficiales comprar algo de carne fresca para ellos?

—Bueno, señor...

Aquél era el asunto que estaban discutiendo precisamente cuando él entró.

—En esta época del año tendría que haber corderos en venta. Puedo comprar uno... dos quizá, si son baratos. Pero un buey... ¿qué voy a hacer yo con un buey entero?

Todo el mundo en la cabina de oficiales había estado considerando ese problema en un momento u otro.

—Si los oficiales deciden comprar un buey, me gustaría pagar una cuarta parte del precio —dijo Hornblower, y todos se animaron de forma perceptible.

Un capitán que compra parte de un animal siempre puede obtener las mejores piezas de carne: ése era el curso natural de las cosas. Pero todos habían conocido a capitanes que no pagaban más que su parte. Como la cabina constaba de cinco oficiales, la oferta de Hornblower era generosa.

—Muchas gracias, señor —dijo Carslake—. Creo que puedo vender un par de piezas para asado a los suboficiales.

—En términos ventajosos, espero —dijo Hornblower, con una sonrisa.

Podía recordar bien las ocasiones, como guardiamarina, en que oficiales y

suboficiales habían compartido un animal.

—Eso espero, señor —dijo Carslake, y, cambiando de tema\_: El señor Turner dice que lo que hay aquí son cabras, sobre todo. ¿Le gusta a usted la cabra, señor?

—¡Un cabrito guisado con nabos y zanahorias! —exclamó Jones—. Hay cosas peores, señor.

La cara alargada de Jones se iluminó de apetito. Esos hombres crecidos, alimentados constantemente con comida en conserva, se comportaban como niños ante un puesto de figuritas de jengibre en una feria al pensar en carne fresca.

—Haga lo que pueda —dijo Hornblower—. Comeré cabrito o cordero, o compartiré un buey, según encuentre usted el mercado. ¿Sabe lo que va a comprar para la tripulación?

—Sí, señor —dijo Carslake.

Los tacaños chupatintas del indigente gobierno en casa ya se encargarían de revisar aquellos gastos a su debido tiempo. No se podía comprar nada demasiado generoso para los hombres.

—No sé qué verduras encontraremos, señor, en esta época del año —siguió Carslake—: Coles, supongo.

—Las coles no tienen nada de malo —repuso Jones.

—Las zanahorias y los nabos serán de los almacenados para el invierno —siguió Carslake—. Estarán bastante fibrosos, señor.

—Mejor que nada —dijo Hornblower—. No habrá bastantes en el mercado ahora para todo lo que necesitamos, ni lo habrá hasta que cunda la voz por los alrededores. Así que mucho mejor. Tendremos una excusa para quedarnos más tiempo. ¿Va usted a hacer de intérprete, señor Turner?

—Sí, señor.

—Mantenga los ojos bien abiertos. Y los oídos.

—Sí, señor.

—Señor Jones, se encargará usted del asunto del agua, por favor.

—Sí, señor.

Aquella era la transición entre la visita social y las órdenes oficiales.

—Adelante.

Hornblower fue a la cabecera del lecho donde se encontraba McCullum. Unas almohadas de lona le mantenían en una postura medio de costado. Era un alivio ver el aspecto tan mejorado que tenía. La fiebre y su vaguedad de atención consiguiente habían desaparecido.

—Me alegro de ver que se encuentra usted tan bien, señor McCullum —dijo Hornblower

—Bastante bien, señor —respondió McCullum.

Carraspeaba un poco, pero su tono era casi normal.

—Una noche de sueño reparador —dijo Eisenbeiss, revoloteando en el extremo más alejado del lecho.

Ya había informado a Hornblower. La herida mostraba señales de curación, al menos las suturas no estaban inflamadas y el drenaje donde la cánula mantenía la herida de la espalda abierta al parecer era satisfactorio.

—Y hemos empezado una mañana de trabajo —dijo Hornblower—. ¿Ha oído que ya hemos localizado el pecio?

—No lo había oído.

—Ya está localizado y señalado con boyas —dijo Hornblower.

—¿Está usted seguro de que es el pecio? —gruñó McCullum—. Sé que se han producido a veces errores extraños.

—Está exactamente en el sitio en que se tomaron las mediciones cuando se hundió —dijo Hornblower—. Es del tamaño correcto, por lo que muestra la draga.

Y no se han encontrado otras obstrucciones a la draga, además. El fondo aquí es de arena firme, como supongo que usted sabía muy bien.

—Suenan bastante plausible —dijo McCullum de mala gana—. Sin embargo, esperaba haber podido dirigir yo mismo el dragado.

—Debe confiar usted en mí, señor McCullum —repuso Hornblower pacientemente.

—Sé muy poco de usted y de sus capacidades —respondió McCullum.

Hornblower, tragándose su irritación ante aquella observación, se preguntó cómo se las había arreglado McCullum para vivir tanto tiempo sin que le hubieran matado antes en duelo. Pero McCullum era el experto irremplazable, y aunque no estuviera enfermo, sería tanto estúpido como indigno pelearse con él.

—Supongo que lo siguiente que hay que hacer es enviar a los buceadores abajo para que informen del estado del pecio —dijo, tratando de ser firme y educado a la vez.

—Indudablemente, eso será lo primero que haga en cuanto se me permita abandonar este lecho —dijo McCullum.

Hornblower pensó en todo lo que le había contado Eisenbeiss acerca de la herida de McCullum, acerca de la gangrena, la supuración y el envenenamiento generalizado de la sangre, y supo que había bastantes posibilidades de que McCullum nunca abandonase aquel lecho.

—Señor McCullum —dijo—, este asunto es bastante urgente. Una vez que los turcos se huelan lo que queremos hacer, y puedan reunir las fuerzas suficientes para detenernos, no se nos permitirá llevar a cabo ninguna acción de salvamento aquí. Es de la mayor importancia que nos pongamos a trabajar tan rápidamente como sea posible. Esperaba que usted diera instrucciones a sus buceadores para que pudieran empezar ahora, de inmediato.

—¿Así que eso es lo que piensan, eh? —dijo McCullum.

Le costó unos cuantos minutos de paciente argumentación tranquilizar a McCullum, y el renuente consentimiento que dio al fin se vio entibiado por una inmediata enumeración de las dificultades que entrañaba.

—Estas aguas están mortalmente frías —dijo McCullum.

—Eso me temo —respondió Hornblower—, pero eso ya lo sabíamos.

—El Mediterráneo oriental en marzo no se parece en nada a la bahía de Bengala en verano. Mis hombres no resistirán mucho rato.

Era un gran avance que McCullum admitiera que podían resistir algo.

—¿Y si trabajan a intervalos breves? —sugirió Hornblower.

—De todos modos, no durarían mucho a esa profundidad. Cinco inmersiones por día será todo lo que puedan realizar. Si no, les sangrarán la nariz y los oídos. Necesitarán cabos y pesas... las balas del calibre nueve servirán.

—Ya las tengo preparadas —replicó Hornblower.

Hornblower se quedó de pie mientras McCullum se dirigía a sus buceadores. Podía adivinar cuál era el tema de algunas de las intervenciones. Uno de los buceadores planteaba objeciones; estuvo claro, cuando se apretó los brazos en torno al pecho y fingió que temblaba espasmódicamente haciendo rodar sus tristes ojos oscuros, lo que decía. Los tres hablaron a la vez durante un buen rato con su gorjeante lenguaje. Hubo una nota mucho más dura en la voz de McCullum cuando éste replicó, y señaló a Hornblower con un gesto, haciendo que todos los ojos se dirigieran hacia él durante un momento. Los tres se apretaron entre sí y se alejaron de él como niños asustados. McCullum siguió hablando, enérgicamente: Eisenbeiss se inclinó sobre él y le paró la mano izquierda, que gesticulaba; la derecha estaba inmovilizada contra el pecho de McCullum.

—No se mueva —dijo Eisenbeiss—, o tendremos una inflamación.

McCullum había respingado más de una vez después de un movimiento imprudente, y su aspecto de bienestar se convirtió rápidamente en fatiga.

—Empezarán ahora —dijo al fin, con la cabeza recostada de nuevo en la almohada—. Puede dirigirles usted. Looney —así es como le llamo yo— estará al mando. Ya les he dicho que no hay tiburones. Generalmente, cuando uno de ellos está abajo, los otros musitan oraciones contra los tiburones: los tres son expertos en tiburones. Es bueno que hayan visto a algunos hombres azotados a bordo. Les he asegurado que les haría probar el gato si hacían alguna tontería.

Hornblower había visto claramente la reacción de aquellas criaturas gorjeando como pájaros ante aquel horror.

—Lléveselos —dijo McCullum, echado de nuevo en la almohada.

Con el bote y la lancha fuera, en el extremo más alejado de la bahía, en busca de víveres y agua, sólo les quedaba el esquife y el pequeño bote auxiliar. El esquife iba



muy lleno, pero servía, con cuatro marineros a los remos, Hornblower y Leadbitter a popa —Hornblower no pudo soportar no tomar parte en aquel primer intento— y los cingaleses apiñados en la proa. Hornblower se había formado una idea perspicaz del alcance de la habilidad de McCullum para hablar la lengua de los buceadores. No tenía duda alguna de que McCullum no hacía ningún intento para hablarla con propiedad o con el acento o la inflexión adecuada. Se las arreglaba, adivinó Hornblower, con unos cuantos nombres y verbos y algunos gestos enérgicos. El dominio de McCullum de la lengua cingalesa no podía compararse ni de lejos con el dominio del español de Hornblower, ni siquiera del francés. Hornblower sintió un cierto resentimiento ante aquello, mientras estaba allí sentado con la mano en la caña del timón y gobernaba el esquife por encima del agua movable: la calma del amanecer ya había dado paso a una moderada brisa que rizaba la superficie.

Alcanzaron la primera boya —una tabla que oscilaba entre las pequeñas olas marinas al final de su cabo— y Hornblower se puso de pie para identificar las otras. Un golpe o dos de los remos llevaron al esquife al centro de la zona, y Hornblower miró al bote donde los buceadores se amontonaban juntos.

—Looney —dijo.

Ahora que les prestaba atención especial, podía distinguir a cada uno de los tres buceadores de los demás. Hasta entonces, podían haber sido trillizos, teniendo en cuenta además que su habilidad les mantenía aparte.

—Looney —dijo de nuevo Hornblower.

Looney se levantó y dejó caer el arpeo por encima de la borda. Cayó deprisa, llevándose la sogas unidas a él rápidamente por encima de la borda. Lentamente, Looney se quitó la ropa y se quedó desnudo. Se sentó en la borda y pasó sus piernas hacia afuera. Cuando sus pies notaron el frío del agua lanzó un chillido, y los otros dos se le unieron con gritos de alarma y de compasión.

—¿Le doy un empujón, señor? —preguntó el marinero que llevaba el remo de proa.

—No —exclamó Hornblower.

Looney estaba allí sentado hinchando y deshinchando el pecho, inhalando con toda la fuerza que podía, forzando el aire en sus pulmones. Hornblower podía ver lo mucho que se movían sus costillas a cada respiración. Uno de los otros cingaleses puso una bala de cañón en las manos de Looney, y éste la apretó contra su pecho desnudo. Luego se dejó deslizar desde la borda y desapareció bajo la superficie, haciendo que el esquife se balanceara violentamente.

Hornblower tomó su reloj; no tenía segundero —los relojes con segundero eran demasiado caros para que se los pudiera permitir— pero podía medir aproximadamente el tiempo. Vio la punta del minuterero ir avanzando de una marca a la siguiente, luego de ésta a la siguiente, y luego al tercer minuto. Se estaba

concentrando tan profundamente en aquella tarea que no oyó emerger a Looney; una exclamación de Leadbitter atrajo su atención. La cabeza de Looney era visible a unas veinte yardas a popa, con su larga y espesa mata de pelo negro, atado con una cuerda, detrás de sus orejas.

—¡Cía! —dijo Hornblower prontamente—. ¡Arría ese cabo, ahí!

La segunda orden fue entendida con bastante claridad por los cingaleses, o bien conocían su oficio, porque mientras un vigoroso golpe de remo o dos envió el esquife hacia Looney, uno de ellos tiró el cabo por encima de la popa. Looney se agarró con las manos a la borda y los otros dos lo auparon a bordo. Hablaron volublemente, pero Looney al final se quedó quieto y sentado en la bancada, con la cabeza escondida entre los muslos. Entonces levantó la cabeza, con el agua chorreando de su mojado cabello. Estaba claro que hablaba del frío —aquella fría brisa debía de ser como el hielo sobre su mojada piel— porque los otros lo arrojaron y le ayudaron a taparse con sus ropas.

Hornblower se preguntó cómo hacer que se pusieran a trabajar de nuevo, pero no hubo necesidad de interferir. Tan pronto como Looney tuvo puestos sus blancos ropajes en torno a los hombros, se puso de pie en la proa del esquife y miró a su alrededor, pensativo. Luego señaló un lugar en el agua a pocas yardas de distancia, mirando a Hornblower.

—¡Adelante! —dijo éste.

Uno de los cingaleses izó el arpeo y lo dejó caer de nuevo cuando el bote llegó al lugar indicado. Ahora fue su turno de desnudarse, hinchar y deshinchar el pecho y tomar una bala de cañón entre las manos y sumergirse. Las balas de cañón cuestan dinero, pensó Hornblower, y llegaría un momento en que las necesitarían para luchar contra el enemigo. Sería mejor en el futuro conservar un buen suministro de pequeñas rocas recogidas en la costa. El buceador salió a la superficie y trepó a bordo, y fue recibido por sus compañeros igual que Looney. Hubo una pequeña discusión entre los buceadores, que acabó cuando el tercero se sumergió en el mismo lugar, aparentemente para establecer el punto en discusión. Lo que descubrió hizo que, a su vuelta, Looney pidiera por señas un movimiento más del esquife, y luego Looney fue quien se quitó la ropa de nuevo y bajó.

Los buceadores trabajaban industriosamente, y, por lo que podía ver Hornblower, de forma muy inteligente. Más tarde, Looney y uno de sus compañeros hicieron un descenso simultáneo, y fue en aquella ocasión cuando Hornblower notó que las piernas y los pies de Looney, cuando subió, estaban arañados y sangraban. Por un momento Hornblower pensó en tiburones o peligros submarinos similares, pero inmediatamente tuvo que cambiar de opinión. Seguramente Looney se rascó con el propio pecio. Había maderas podridas allá abajo, muy hundidas en el agua brillante, llenas de lapas y de moluscos con conchas afiladas como cuchillos. Hornblower se

confirmó en su opinión cuando Looney hizo que marcaran con una boya aquel lugar en concreto. Anclaron un tablón con un arpeo, y luego volvieron a sumergirse más veces en las proximidades.

Los buceadores estaban ya exhaustos, yacían extenuados y amontonados junto a la bancada de proa.

—Muy bien, Looney —dijo Hornblower, y señaló al barco.

Looney le dirigió un cansado asentimiento.

—Leven ancla —ordenó Hornblower, y el esquife volvió a la *Atropos*.

A una milla eran visibles las velas al tercio del bote y la lancha también en su viaje de vuelta, viniendo con el refrescante viento de popa. Le pareció a Hornblower que las cosas nunca le podían pasar una por una; apenas había puesto los pies en la cubierta de la *Atropos* cuando ya estaban abarloando, y mientras los cingaleses se dirigían fatigosamente hacia adelante para informar a McCullum, allí estaban Carslake y Turner reclamando su atención.

—Los barriles de agua están llenos, señor —dijo Carslake—. He usado una pequeña corriente que desemboca a media milla de la ciudad. Pensé que sería mejor que las que van a parar a la ciudad.

—Muy bien, señor Carslake —dijo Hornblower.

Por lo que había visto en el norte de Africa, Hornblower estaba de acuerdo en que un suministro de agua que no haya pasado a través de una ciudad turca es muy preferible.

—¿Qué provisiones han conseguido?

—Muy pocas hoy, señor, me temo.

—Sólo había un mercado local, señor —añadió Turner—. El mudir no ha hecho correr la noticia hasta hoy. Los bienes estarán a la venta mañana.

—¿El mudir? —preguntó Hornblower. Aquélla era la palabra que Turner había usado antes.

—El jefe, señor, el gobernador local. El viejo con espada que vino a vernos en el bote ayer.

—¿Y ése es el mudir?

—Sí, señor. El mudir se encuentra por debajo del kaimakam, y el kaimakam por debajo del valí, y el valí por debajo del gran visir, y éste bajo el sultán, o al menos eso se supone... Todos ellos intentan gobernar por su cuenta cuando tienen la oportunidad.

—Ya entiendo —dijo Hornblower.

Nadie que hubiera dedicado un cierto estudio a la historia naval y militar de los últimos años en el Mediterráneo oriental podía ignorar la anarquía y desintegración que predominaban en el imperio turco. Lo que Hornblower deseaba saber era el efecto que éstas estaban produciendo localmente y en la actualidad. Se volvió hacia

Carslake y escuchó pacientemente en primer lugar su relato de lo que habían comprado y lo que habría a su disposición más tarde.

—He comprado todos los huevos que tenían, señor. Dos docenas y media —dijo Carslake en el curso de su informe.

—Muy bien —dijo Hornblower, pero sin fervor alguno, y eso era una prueba contundente de que su mente no estaba en lo que Carslake le estaba contando.

Normalmente la sola idea de tener huevos, huevos pasados por agua, revueltos o escalfados, le habría excitado considerablemente. Los desfavorables acontecimientos de Malta habían impedido que comprara nada allí para sí. Ni siquiera se había llevado una cierta cantidad de huevos en conserva desde Deptford.

Carslake dejó de hablar al fin.

—Gracias, señor Carslake —dijo Hornblower—. Señor Turner, venga abajo y oíré lo que tenga que decirme.

Turner, aparentemente, había mantenido los ojos y los oídos bien abiertos, tal como Hornblower le ordenara.

—El mudir no dispone aquí de fuerzas que merezcan la pena tenerse en cuenta, señor —dijo Turner, con su gastado y viejo rostro animado y vivaz—. Dudo de que pueda reunir a veinticinco hombres armados en total. Va por ahí con dos guardias tan viejos como él mismo.

—¿Ha hablado con él?

—Sí, señor. Le he dado —el señor Carslake y yo le hemos dado— diez guineas para que nos abriera el mercado. Otras diez guineas mañana, es lo que le hemos prometido.

No había mal alguno en mantener a la autoridad local de su parte en cuanto fuese posible, pensó Hornblower.

—¿Y se mostró amistoso? —preguntó.

—Bueno, señor... Yo no diría tanto; no exactamente. Quizá fue porque deseaba nuestro dinero. Pero yo no le llamaría amistoso; no, señor.

«Se mostrará reservado y precavido —pensó Hornblower—, y no querrá comprometerse sin tener instrucciones de una autoridad superior, y sin embargo no le hace ascos a embolsarse veinte piezas de oro —las ganancias de todo un año, imaginó Hornblower— cuando se le presenta la oportunidad».

—El valí se ha llevado el ejército local, señor —continuó Turner—. Eso estaba muy claro por la forma en que habló el mudir. Pero no sé por qué, señor. Quizá tienen problemas de nuevo con los griegos. Siempre hay problemas en el archipiélago.

La rebelión era endémica entre los griegos súbditos de Turquía. El fuego y la espada, matanzas y desolación, piratería y revueltas assolaban las islas y el interior periódicamente. Y hoy en día, con la influencia francesa penetrando desde las Seven Islands, y Rusia tomando un interés sospechosamente humanitario en el bienestar de

los súbditos turcos ortodoxos, había nuevas fuentes de problemas e intranquilidad.

—Una cosa está clara, sin embargo —dijo Hornblower—, y es que el valí no está aquí ahora mismo.

—Eso es cierto, señor.

Pasaría un tiempo antes de que al valí le llegara algún mensaje, o incluso hasta el subordinado del valí, el... el kaimakam, pensó Hornblower, recuperando con esfuerzo el extraño título de su memoria. La situación política era muy complicada. Turquía se había convertido en entusiasta aliada de Gran Bretaña recientemente, cuando Bonaparte conquistó Egipto, invadió Siria y amenazó Constantinopla. Pero Rusia y Turquía eran enemigas crónicas —habían luchado en media docena de guerras en el último medio siglo—, y ahora Rusia e Inglaterra eran aliadas, y Rusia y Francia eran enemigas, aunque desde Austerlitz no había forma en la que pudieran atacarse una a otra. No había duda en el mundo de que el embajador francés en Constantinopla estaba haciendo todo lo que podía para incitar a Turquía a una nueva guerra contra Rusia; no había duda alguna de que Rusia, desde los días de Catalina la Grande, posaba sus codiciosos ojos en Constantinopla y los Dardanelos.

La intranquilidad griega era un hecho establecido. También la ambición de los gobernantes locales turcos. El gobierno turco, a punto de derrumbarse, atraparía al vuelo cualquier oportunidad de enfrentar a un posible enemigo contra otro, y contemplaría con enormes sospechas —incluso había que tener en cuenta el factor religioso— cualquier actividad británica en posesiones turcas. Con Inglaterra y Francia empeñadas en una lucha mortal, no se podía culpar a los turcos si sospechaban que Inglaterra había comprado una continua alianza con Rusia, con la promesa de obtener un trozo de territorio turco; afortunadamente, Francia, con una imagen mucho peor, era sospechosa de algo similar. Cuando el sultán supiera —si es que lo sabía— de la presencia de un buque de guerra británico en la bahía de Marmaris, se preguntaría qué intrigas estaban tramando con el valí, y si el sultán o el valí sabían que un cuarto de millón en oro y plata yacía en el fondo de la bahía de Marmaris, se podía dar por sentado que no se sacaría nada de allí a menos que la parte del león fuera a parar a manos turcas.

No se podía llegar a conclusión alguna después de este debate, excepto la que se había alcanzado hacía una semana, que era realizar el rescate del tesoro tan rápidamente como fuera posible y dejar que los diplomáticos discutieran sobre un *fait accompli*. Fue a proa para que McCullum le dijera cuanto sabía acerca de esa posibilidad.

McCullum acababa de escuchar lo que le habían contado los buceadores. Éstos se encontraban en cuclillas en torno a su coy, con toda la atención de sus grandes ojos concentrada en la cara del hombre, y con sus ropas envueltas en torno a ellos hasta adoptar un aspecto similar a una colmena.

—Está ahí —dijo McCullum.

Al parecer, temía que se hubiera cometido algún error, o bien al tomar las mediciones originales o en las recientes operaciones de dragado.

—Me alegro de oírlo —replicó Hornblower, con toda la cortesía que pudo ante las temperamentales libertades del experto inválido.

—Está muy cubierto de vegetación, excepto el cobre, pero no parece haberse roto en absoluto.

Un barco de madera, que estaba unido con clavijas de madera y no había sido tocado por la corriente ni por tempestad alguna, podía yacer para siempre en un lecho de arena sin desintegrarse.

—¿Está derecho? —preguntó Hornblower.

—No. Está casi boca abajo. Mis hombres podían verlo de proa a popa.

—Es una suerte —dijo Hornblower.

—Pues sí. —McCullum se refirió a algunas páginas de notas escritas que había anotado con su mano libre—. El dinero estaba en el pañol inferior, a popa del palo de mesana e inmediatamente debajo de la cubierta principal. Una tonelada y media de oro acuñado en unos baúles de hierro y casi cuatro toneladas de plata acuñada en bolsas.

—Ajá —dijo Hornblower, tratando de simular que aquello cuadraba perfectamente con sus propios cálculos.

—El pañol tenía un recubrimiento especial de roble para reforzarlo antes de que se llevara el tesoro a bordo —continuó McCullum—. Espero que el dinero siga allí.

—¿Quiere decir...? —preguntó Hornblower, asombrado.

—Quiero decir que espero que no se haya caído a través de la cubierta al fondo del mar —respondió McCullum, condescendiendo a explicarse ante aquel aficionado ignorante.

—Por supuesto —asintió apresuradamente Hornblower.

—La carga principal del *Speedwell* era la mitad de la artillería del ejército —continuó McCullum—. Diez largos cañones del dieciocho. Cañones de bronce. Y la munición para ellos. De hierro.

—Por eso se hundió de esa forma —exclamó Hornblower, vivamente. Al hablar se dio cuenta también de las implicaciones de las palabras «bronce» y «hierro» que había recalcado bastante McCullum. El bronce resistiría mucho más bajo el agua que el hierro.

—Sí —asintió McCullum—. Tan pronto como el barco escoró, los cañones y municiones y todo lo demás debió de moverse. Juraría que fue así, por lo que sé de los contramaestres de aquellos tiempos. Con la guerra, cualquier aprendiz sube de categoría y se convierte enseguida en contramaestre.

—Sí, yo mismo he visto eso —asintió Hornblower, apenado.

—Pero eso no es ni bueno ni malo —siguió McCullum—. Looney dice que el barco está todavía, en su mayor parte, encima de la arena. Se ha podido meter bajo la grieta de la toldilla, justamente.

Por la significativa mirada de McCullum cuando hizo este anuncio, Hornblower pudo adivinar que aquello era de gran importancia, pero no podía comprender por qué.

—¿Ah, sí? —dijo Hornblower, vacilantemente.

—¿Creía que iban a abrir el costado del buque con palancas? —preguntó McCullum, irritado—. ¡Trabajar cinco minutos en el fondo, un día cada uno, tres hombres! Tardaríamos un año entero.

Hornblower, de repente, recordó las «mangueras de mecha de piel» que McCullum había pedido en Malta. Hizo una aventurada suposición, a pesar de la naturaleza fantástica de lo que iba a decir.

—¿Va a volar el pecio? —dijo.

—Por supuesto. Una carga de pólvora en ese ángulo debería abrir el barco exactamente por el lugar adecuado.

—Naturalmente —dijo Hornblower. Era oscuramente consciente de que se podían colocar cargas debajo del agua, pero su conocimiento de los métodos técnicos que debían emplearse era bastante pobre.

—Primero lo intentaremos con las mangueras de mecha —anunció McCullum—. Pero tengo pocas esperanzas de que funcionen a esa profundidad. Las juntas no resistirán la presión.

—Supongo que no —asintió Hornblower.

—Me imagino que eso supondrá una mecha volante al final —dijo McCullum—. Estos tipos siempre les tienen miedo. Pero lo haré.

La gruesa figura de Eisenbeiss asomó junto al coy. Puso una mano en la frente de McCullum y la otra en su muñeca.

—¡Quíteme las manos de encima! —gruñó McCullum—. Estoy ocupado.

—No debe moverse demasiado —dijo Eisenbeiss—. La excitación incrementa los humores mórbidos.

—¡Malditos sean los humores mórbidos! —exclamó McCullum—. Y usted, maldito sea también.

—No sea idiota, hombre —exclamó Hornblower, con la paciencia agotada por completo—. Le salvó la vida ayer. ¿No recuerda lo mal que se encontraba? «Duele, duele». Es lo único que decía.

Hornblower se encontró imitando con voz gimoteante la de McCullum del día anterior, y volvió débilmente la cabeza a un lado y otro como McCullum en la almohada. Era consciente de que aquella mímica resultaría efectiva, y desde luego McCullum se quedó un poco abatido al verle.

—Seguramente estaba enfermo —dijo—, pero ahora ya estoy mejor.

Hornblower miró a Eisenbeiss, al otro lado.

—Déjeme con el señor McCullum cinco minutos más —dijo—. Y ahora, señor McCullum, estaba hablando usted de mangueras de mecha de piel. ¿Me explicará, por favor, cómo las va a usar?



## CAPÍTULO 14



Hornblower fue a proa, hacia donde el artillero y sus ayudantes estaban acuclillados en cubierta y trabajando con la manguera de mecha de acuerdo con las instrucciones de McCullum.

—Espero que haga usted un buen trabajo con esas costuras, señor Clout —observó.

—Sí, señor —contestó Clout.

Habían extendido una vieja vela para sentarse encima, con el objeto de proteger la inmaculada cubierta del alquitrán caliente que había en un pote de hierro detrás de ellos.

—Cinco segundos por pie, así quema esa mecha rápida, señor. ¿Dijo usted un pie de mecha lenta, señor?

—Eso es.

Hornblower se inclinó para examinar el trabajo. La manguera de piel estaba en trozos de tamaño diferentes, desde tres a cinco pies. Era típico de la intrincada forma de trabajar de la naturaleza que los animales no proporcionaran piezas de cuero más largas que esa extensión. Uno de los ayudantes del artillero estaba trabajando con un delgado punzón de madera, introduciendo el final de una larga extensión de mecha rápida a través de un trozo de manguera. Cuando emergió el punzón procedió a deslizar la manguera a lo largo de la mecha rápida hasta que se unió al fragmento precedente.

—Cuidado ahora —dijo Clout—. No queremos que haya ninguna grieta en esa unión.

El otro ayudante del artillero se puso a trabajar con la aguja para coser y recoser de nuevo aquel fragmento a su vecino. Una vez completa la costura, Clout procedió a aplicar alquitrán caliente generosamente por toda la unión, y abajo, por la costura del nuevo fragmento. Finalmente consiguieron ciento veinte pies de manguera unida y alquitranada y con mecha rápida introducida en toda su extensión.

—He cogido un par de barriles fuertes, señor —dijo Clout—. De cincuenta libras. Tengo unos sacos de arena seca para rellenarlos.

—Muy bien —dijo Hornblower.

Treinta libras de pólvora era lo que necesitaba McCullum para su carga explosiva, ni más ni menos.

—No quiero que el pecio vuele en mil pedazos —había dicho McCullum—. Sólo quiero que se abra.

Aquello formaba parte de los conocimientos especiales de McCullum;

Hornblower seguramente no habría podido adivinar con cuánta pólvora y a qué profundidad se conseguiría ese resultado. En un cañón largo del nueve, eso lo sabía, tres libras de pólvora enviaban la munición a milla y media de distancia, una descarga dispersa, pero aquello era algo completamente distinto, y además en el agua, un medio totalmente incompresible. Con un barril de cincuenta libras y sólo treinta libras de pólvora era necesario tener alguna sustancia inerte como la arena para rellenar completamente el barril.

—Avísenme en cuanto esté todo listo —dijo Hornblower, y se volvió de nuevo a popa.

Allí estaba Turner, recién llegado de la costa, remoloneando por allí para atraer su atención.

—¿Y bien, señor Turner?

Turner se mantenía a distancia, indicando con sus modales que tenía algo muy privado que decir. Habló en voz baja cuando Hornblower se acercó a él.

—Verá, señor, es el mudir. Quiere visitarle a usted. No he podido averiguar qué pasa, pero quiere algo.

—¿Qué le ha dicho usted?

—Le he dicho... Lo siento, señor, pero no sabía qué otra cosa podía hacer..., le he dicho que usted estaría encantado. Hay gato encerrado, me temo. Ha dicho que vendría de inmediato.

—¿Ah, sí, eso ha dicho?

En aquellas aguas, seguro que las cosas no eran demasiado claras, pensó Hornblower, con una simultánea desaprobación de aquel tipo de sensaciones.

—¡Guardiamarina de guardia!

—¡Señor!

—¿Qué ve hacia la ciudad?

Smiley dirigió su catalejo hacia la bahía.

—Un bote que se acerca, señor. Es el mismo con vela latina que ya vimos.

—¿Alguna insignia?

—Sí, señor. Roja. Colores turcos, al parecer.

—Muy bien. Señor Jones, vamos a tener una visita oficial. Puede usted preparar los silbatos.

—Sí, señor.

—Y ahora, señor Turner, ¿no sabe usted qué es lo que quiere el mudir?

—No, señor. Quiere verle a usted urgentemente, al parecer. «Il capitano», era lo único que decía cuando desembarcamos. Se suponía que el mercado debía estar preparado para nosotros, pero no lo estaba. Lo que él quería era ver al capitán, y le dije que usted le vería.

—¿No insinuó nada?

—No, señor. No dijo nada. Pero estaba muy agitado, se notaba.

—Bueno, pronto lo sabremos —dijo Hornblower.

El mudir subió a cubierta con una cierta dignidad, a pesar de las dificultades que presentaba el ascenso para sus viejas piernas. Miró agudamente en torno al subir a bordo; si entendía o no el cumplido que se le dedicaba mediante los silbatos de los segundos contramaestres y la guardia, no había manera de saberlo. Había una astuta cara de halcón encima de aquella barba blanca, y un par de vivaces ojos oscuros contemplaban lo que había ante él sin revelar si le resultaba familiar o no.

Hornblower se tocó el sombrero y el mudir replicó llevándose la mano a la cara con un elegante gesto.

—Pregúntele si quiere acompañarme abajo —dijo Hornblower—. Yo le guiaré.

Abajo en su camarote, Hornblower le ofreció una silla con una inclinación de cabeza, y el mudir se sentó. Hornblower se sentó frente a él, y Turner se quedó a su lado. El mudir hablaba y Turner iba traduciendo.

—Espera que Dios le haya concedido el don de la salud, señor —dijo Turner.

—Déle la respuesta adecuada —replicó Hornblower.

Al hablar se encontró clavados en los suyos los agudos ojos marrones, y sonrió cortésmente.

—Ahora pregunta si ha tenido usted un viaje próspero, señor —informó Turner.

—Dígale lo que usted mismo considere adecuado —respondió Hornblower.

La conversación fue pasando de una cortesía formal a otra. Aquélla era la forma de hablar en Levante, según sabía Hornblower. No sería ni digno ni delicado anunciar los negocios que le ocupaban a uno ya en las primeras frases.

—¿Le podemos ofrecer una bebida? —preguntó Hornblower.

—Bueno, señor, cuando se trata de negocios, lo normal es ofrecer un café.

—¿Y no podemos ofrecerle nada mejor?

—Verá, señor, nuestro café... bueno, es muy diferente de lo que él llama café.

—Eso no podemos evitarlo. Dé las órdenes oportunas, por favor.

La conversación continuó, todavía sin llegar a nada concreto. Era interesante observar cómo un rostro inteligente y expresivo como el del mudir podía no reflejar ningún tipo de emoción. Pero el café trajo consigo un cambio. Los agudos ojos se fijaron en las bastas tazas, la baqueteada cafetera de peltre, pero la cara se mantenía impávida, y mientras, el mudir desgranaba toda la ceremonia de rechazar primero cortésmente y luego aceptar agradecido; pero el gusto del café realizó una transformación en él. Muy a su pesar, el mudir no pudo evitar una expresión de sorpresa, aunque al instante volvió a controlar de nuevo sus rasgos. Procedió a endulzar su café con azúcar hasta convertirlo casi en un jarabe, y no tocó la taza sino que se la llevó a los labios por medio del platillo.

—Debe ir acompañado de algún pastelillo o dulce también, señor —dijo Turner

—. Pero no podemos ofrecerle melaza y galleta.

—Supongo que no —repuso Hornblower.

El mudir sorbió su café de nuevo cuidadosamente, y continuó su conversación.

—Dice que tiene usted un barco muy bonito, señor —dijo Turner—. Creo que está a punto de tocar el tema de que se trata.

—Déle las gracias y dígame que él tiene también un pueblo precioso, si cree que eso es lo correcto —dijo Hornblower.

El mudir se echó hacia atrás en su silla —se notaba que no estaba acostumbrado a sentarse en sillas— estudiando primero la fisonomía de Hornblower y a continuación la de Turner. Luego habló de nuevo. Su voz era bien modulada, muy controlada.

—Pregunta si la *Atropos* se va a quedar mucho tiempo aquí, señor —dijo Turner.

Era la pregunta que Hornblower estaba esperando.

—Dígale que no he completado todavía mi aprovisionamiento —replicó.

Estaba bastante seguro de que las operaciones preliminares de salvamento, dragar el pecio, marcarlo con boyas y enviar a los buceadores abajo, no habían sido observadas, o al menos resultaba bastante ininteligible desde tierra. No apartaba sus ojos del rostro del mudir mientras Turner traducía y aquél replicaba.

—Dice que supone que usted zarpará tan pronto como lo haya completado —dijo Turner.

—Dígale que es muy probable.

—Dice que éste sería un lugar muy adecuado para esperar información de los barcos franceses, señor. Los barcos de pesca suelen venir con noticias.

—Dígale que tengo mis órdenes.

Empezó a formarse en la mente de Hornblower la sospecha de que el mudir no deseaba que la *Atropos* partiese. Quizá quería mantenerle allí hasta que pudieran tenderle una emboscada, hasta que los cañones del fuerte tuvieran sus dotaciones, hasta que el valí volviera con el ejército local. Aquélla era una buena forma de mantener una conversación diplomática. Podía observar todo el tiempo al mudir, mientras que cualquier frase indiscreta de Turner podía ser rechazada achacándola a una mala traducción, si no había más remedio.

—Podemos mantener vigilado el canal de Rodas desde aquí, señor, dice —continuó Turner—. Es el rumbo más probable para los franceses. Parece como si quisiera conseguir sus veinte guineas, señor.

—Quizá —dijo Hornblower, intentando demostrar con su tono que no necesitaba que Turner contribuyera por su parte a la conversación—. Dígame que mis órdenes me dan pocas posibilidades de elección.

A medida que la conversación fue tomando este giro, resultó obvio que la mejor táctica era mostrar una reluctancia que sólo podía ser vencida con grandes dificultades. Hornblower esperaba que el dominio de Turner de la lengua franca fuese

el que se requería para ello.

El mudir replicó con más animación de la que había mostrado antes; parecía como si fuera a mostrar su juego por fin.

—Quiere que nos quedemos aquí, señor —dijo Turner—. Dice que si lo hacemos, tendremos los mejores suministros procedentes del país.

Aquella no era la razón auténtica, obviamente.

—No —dijo Hornblower—. Si no podemos conseguir nuestros suministros, nos iremos sin ellos.

Hornblower tenía que tener mucho cuidado con la expresión de su rostro: tenía que decir aquellas cosas a Turner como si realmente las pensara. El mudir no dejaba que nada se escapara a su observación.

—Ahora está mostrando sus cartas, señor —dijo Turner—. Nos pide que nos quedemos.

—Entonces pregúntele para qué nos quiere.

Esta vez, el mudir habló durante largo rato.

—Así que es eso, señor —informó Turner—. Ahora ya lo sabemos. Parece que hay piratas por aquí.

—Dígame exactamente qué es lo que ha dicho, señor Turner, por favor.

—Hay piratas a lo largo de la costa, señor —explicó Turner, aceptando la regañina—. Un tipo llamado Michael... Michael el... Asesino de Turcos, señor. He oído hablar de él. Ataca estas costas. Es griego, por supuesto. Estaba en Fethiye hace dos días. Eso está en la costa, señor.

—¿Y el mudir teme que éste será el próximo puerto que saquee?

—Sí, señor. Se lo he preguntado directamente para asegurarme, señor —añadió Turner, cuando Hornblower le dirigió una mirada.

El mudir se mostraba bastante elocuente, ahora que había desvelado sus intenciones. Turner tuvo que escuchar largo tiempo antes de poder resumir su traducción.

—Michael quema las casas, señor, y se lleva mujeres y ganado. Es enemigo jurado de los musulmanes. Por eso el valí ha ido a buscar al ejército local, señor. Quiere cortarle la cabeza a Michael, pero se ha equivocado. Se ha ido a Adalia, y eso está a una semana de camino de aquí, señor.

—Ya veo.

Con la *Atropos* al paio en la bahía de Marmaris, un pirata nunca se aventuraría a entrar, y el mudir y su gente estarían a salvo mientras el barco permaneciera allí. El propósito de la visita del mudir estaba claro: quería persuadir a Hornblower de que se quedara hasta que Michael se encontrara de nuevo a una prudente distancia. Aquello era un estupendo golpe de buena suerte; era, pensó Hornblower, una buena compensación por el ingrato destino que había dejado a McCullum herido en duelo.

De la misma forma que en una larga sesión de whist el jugador encuentra que la suerte se va nivelando por sí misma, así mismo pasaba con la guerra. La buena suerte seguía a la mala, y para Hornblower admitir aquello era algo sorprendente, porque sólo estaba dispuesto a admitir que a la mala suerte seguía otra peor. Pero no debía mostrar placer alguno, de ningún modo.

—Es un golpe de suerte para nosotros, señor —dijo Turner.

—Por favor, guárdese sus conclusiones para sí, señor Turner —exclamó Hornblower cortante.

El tono de su voz y la expresión alicaída de Turner extrañaron al mudir, que no había dejado de observarles con atención. Pero esperó pacientemente a que aquellos infieles realizaran el siguiente movimiento.

—No —dijo Hornblower, decidido—, dígame que no puedo hacer eso.

Al sacudir Hornblower la cabeza, el mudir se mostró un poco abatido, antes incluso de que Turner hiciese la traducción. Se tocó la blanca barba y habló de nuevo, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Nos está ofreciendo un soborno, señor —dijo Turner—. Cinco corderos o cabritos por cada día que nos quedemos aquí.

—Eso está mejor —dijo Hornblower—. Dígame que preferiría dinero.

Esta vez fue el mudir quien sacudió la cabeza cuando oyó lo que decía Turner. Miró a Hornblower con ojos inquisitivos, con bastante sinceridad.

—Dice que no tiene nada de dinero, señor. El valí se lo llevó todo la última vez que estuvo aquí.

—Tiene nuestras veinte guineas, de todos modos. Dígame que nos las devuelva y que nos dé seis corderos por día —nada de cabritos—, y nos quedaremos.

Y así fue como quedó decidido al final. Turner escoltó al mudir de vuelta a la lancha, y Hornblower fue de nuevo a proa para inspeccionar el trabajo de los artilleros. Ya estaba casi concluido. Un centenar de pies de manguera cuidadosamente enrollada yacía en cubierta, y uno de los extremos desaparecía en un barrilito de pólvora cubierto con una lona que el artillero estaba untando generosamente de alquitrán. Hornblower se inclinó para examinar lo que debía de ser el punto más débil, donde la cubierta de lona del barril estaba cosida en torno a la manguera.

—Lo he hecho lo mejor que he podido, señor —dijo el artillero—. Pero es una manguera muy larga.

A un centenar de pies por debajo del agua, la presión era enorme. Un diminuto e indetectable agujero en cualquier parte de la tela podía rasgarla.

—Lo intentaremos —dijo Hornblower—. Cuanto antes mejor.

Siempre era así: «Cuanto antes mejor», aquella máxima estaba grabada a fuego en el corazón de un oficial naval como el catecismo. Tripular el esquife, comprobar que llevara todo el equipo necesario, apiñar los buceadores a proa después de las

instrucciones de última hora de McCullum y partir sin perder un minuto. Beber café con un mudir turco en un momento dado, y jugar con explosivos submarinos al siguiente. Si la variedad era la especia que daba sabor a la vida, pensó Hornblower, su existencia presente debía de ser un curry oriental.

—¡Adelante! —ordenó, y el esquife se deslizó lentamente hacia el tablón amarrado que señalaba el punto accesible del pecio bajo las aguas.

Looney conocía bien su oficio. El barril cubierto de lona yacía junto a él; estaba atado con una soga, y Looney tomó otro trozo más corto de soga, lo aseguró en un extremo del barril, pasó el cabo alrededor del cabo de amarre de la boya y aseguró el otro final de nuevo en el barril. Comprobó que el extremo suelto de la manguera de mecha estuviera debidamente atado al barril vacío que le iba a servir de boya, y luego dio una aguda orden a uno de sus colegas, que se puso de pie y se quitó la ropa. Looney intentó coger el barril de pólvora, pero pesaba demasiado para sus delgados brazos.

—Ayudadle, vosotros dos —dijo Hornblower a los dos marineros que se encontraban más cerca—. Comprobad que el cabo está bien y la manguera también.

Bajo la dirección de Looney, el barril de pólvora fue izado y bajado por el costado.

—¡Largad! ¡Despacio! ¡Despacio! —ordenó Hornblower.

Hubo un momento de tensión —uno más entre muchos— al mirar el barril de pólvora que se sumergía bajo la agitada superficie. Mediante el cabo que llevaba atado, los hombres lo fueron bajando poco a poco, y la manguera se fue desenrollando detrás mientras el barril se sumergía. El lazo de cuerda que Looney había pasado por el cabo de amarre de la boya aseguraba que el barril se hundiera en el lugar correcto.

—Fondo, señor —dijo un marinero, mientras el cabo que iba bajando se quedaba flácido entre sus manos. Quedaban varios pies de manguera en el bote.

El buceador estaba sentado en la borda opuesta; llevaba un cuchillo en su funda en una cuerda en torno a su desnuda cintura, y cogió entre sus manos la bala de cañón que le dio Looney. Entonces se dejó caer y desapareció bajo la superficie. Esperaron hasta que salió; esperaron mientras el siguiente buceador bajaba y volvía a subir de nuevo; y esperaron cuando le tocó también el turno a Looney. Una inmersión sucedió a otra; al parecer, no era demasiado fácil colocar el barril de pólvora exactamente en el lugar adecuado bajo la grieta de la toldilla del *Speedwell*. Pero presumiblemente, bajo la superficie, se consiguió al fin el objetivo. Looney salió después de lo que pareció una inmersión extraordinariamente larga; tuvieron que ayudarle a subir al bote y se quedó echado jadeando en la proa, intentando recuperarse. Al fin se sentó y le hizo a Hornblower una inequívoca señal de manejar yesca y pedernal.

—Encienda una mecha —ordenó Hornblower a Leadbitter. En toda su vida nunca

había conseguido hacer aquello bien.

Leadbitter abrió la caja de yesca y golpeó una y otra vez. No le costó más de seis veces antes de tener éxito. Se inclinó y sopló la chispa que había aparecido en la yesca para avivarla, cogió el trozo de mecha lenta y la encendió, soplando también, y luego miró a Hornblower, esperando sus órdenes.

—Yo lo haré —dijo Hornblower.

Leadbitter le tendió la mecha encendida, y Hornblower se sentó con ella en la mano durante un segundo mientras comprobaba una vez más que todo estaba preparado. Estaba hirviendo de excitación.

—¡Listo el barril! —exclamó—. Leadbitter, prepare el tapón.

Había cuatro o cinco pulgadas de mecha rápida colgando fuera de la manguera; Hornblower aplicó la mecha encendida sobre ella. Dudó un segundo y por fin la encendió. Vio la chispa correr por la mecha rápida y desaparecer en el interior de la manguera.

—¡Taponadlo! —dijo Hornblower, y Leadbitter forzó el tapón de madera en el final de la manguera, aplastando las frágiles cenizas de la mecha.

A cinco segundos por pie estaría ahora el fuego, esperaba, viajando abajo, por la manguera, más y más abajo, debajo incluso del nivel del mar. En el extremo más alejado, junto al barril de pólvora, había un pie de mecha lenta. Esta ardía a cinco minutos el pie; tenían mucho tiempo... no había que correr alocadamente, por mucha necesidad que hubiera de apresurarse.

—¡Echadlo! —dijo Hornblower.

Leadbitter levantó el barril vacío y lo depositó suavemente en el agua. Se quedó allí flotando, sujetando encima de la superficie el final taponado de la manguera.

—¡Remos! —dijo Hornblower—. ¡Vámonos!

El esquife se apartó del barril flotante. La chispa todavía seguía viajando por la mecha rápida, suponía Hornblower. Pasarían algunos segundos antes de que alcanzara la mecha lenta que había abajo, junto al pecio del *Speedwell*. Recordó controlar el tiempo con su reloj.

—Volvamos al barco —ordenó a Leadbitter. Miró hacia atrás, adonde el barril vacío se movía en la superficie.

McCullum había dicho: «Le advierto que debe apartarse de la explosión». Al parecer, la explosión de un barril de pólvora, aunque sea muy por debajo de la superficie del agua, crea un remolino en esa superficie que podría poner en peligro el esquife. Junto al barco estarían a un cuarto de milla de distancia; eso sería suficiente. Cuando el hombre a proa pescó los cadenotes de la *Atropos*, Hornblower miró de nuevo su reloj. Habían pasado exactamente cinco minutos desde que vio la chispa pasando por el final de la manguera. La explosión podía ocurrir en cualquier momento a partir de ahora.



Naturalmente, el costado del buque estaba atestado de marineros que se habían asomado allí. Los preparativos de la carga y la mecha habían provocado cotilleos por todo el buque.

Hornblower cambió de opinión acerca de esperar la explosión en el esquiife y subió a cubierta.

—¡Señor Jones! —gritó—. ¿Cree que esto es un espectáculo? Que los hombres vayan a su trabajo, por favor.

—Sí, señor.

Él mismo deseaba mucho ver la explosión, pero temía que mostrar curiosidad no cuadrara con su dignidad. Y existía la posibilidad —bastante probable, de acuerdo con McCullum— de que no hubiera explosión alguna. Una mirada a su reloj le mostró que por entonces ya había pasado el tiempo. Con un aspecto completamente indiferente caminó hacia proa, junto al lecho de McCullum, donde éste escuchaba los informes de sus buceadores.

—¿Nada todavía? —dijo McCullum.

—Nada.

—No confío nunca en una manguera de más de cinco brazas —dijo McCullum—, aunque la haya hecho yo mismo.

Hornblower contuvo una respuesta irritada, y echó un vistazo al escenario de sus recientes actividades. En el agua agitada se podía ver a intervalos una manchita oscura que era el barril que mantenía a flote el final de la manguera. Miró su reloj de nuevo.

—Ha pasado hace tiempo —dijo.

—Ha entrado agua en esa manguera. Tendrá que usar una mecha volante después de todo.

—Cuanto antes mejor —dijo Hornblower—. ¿Cómo se debe preparar?

Se alegraba, por su preciosa dignidad, de no haber esperado a la vista de los hombres.

## CAPÍTULO 15



Esta vez, se requirieron tantos hombres para la operación que Hornblower usó la lancha en lugar del esquife. Como de costumbre, los tres cingaleses estaban amontonados en la proa, pero a su lado, en el fondo de la lancha, había un bote de hierro de alquitrán fundido, y junto a éste se encontraba en cuclillas el ayudante del velero, y el señor Clout, el artillero, se sentaba en la parte media con el barril de pólvora entre las piernas. La lona que cubría el barril no estaba cosida del todo, sino que tenía una abertura por el extremo superior. Dejaron caer el arpeo y el bote se quedó oscilando sobre las olas, junto al pequeño barril que flotaba con el final de la inútil manguera de mecha, un monumento al fallo anterior.

—Vamos, señor Clout —dijo Hornblower.

Aquello era más que excitante. Era muy peligroso. Los buceadores se desnudaron para empezar su trabajo, y se sentaron para iniciar los ejercicios de llenado y vaciado de sus pulmones. Después no podrían perder ni un segundo. Clout cogió la caja de yesca y procedió a encender una chispa en la yesca, agachándose mucho para protegerla de la pequeña brisa que soplabá en la superficie de la bahía. Prendió fuego a la mecha lenta, lo avivó y luego miró a Hornblower.

—Vamos, he dicho —insistió Hornblower.

Clout presionó la mecha lenta en la mecha que sobresalía del agujero en el final del barril de pólvora. Hornblower podía oír el débil silbido irregular de la mecha mientras Clout esperaba que fuese quemando hasta el agujero. Entre ellos, en la parte media del bote, el fuego progresaba hacia la pólvora, treinta libras. Si había unos pocos granos de pólvora fuera de sitio, si aquella mecha tenía el más mínimo defecto, habría una repentina y estruendosa explosión que les volaría a todos en fragmentos junto con el bote. La chispa fue pasando por el agujero. El barril de pólvora, en su extremo superior, tenía un doble fondo, resultado de un cuidadoso trabajo por parte del tonelero del buque.

En el espacio entre los dos fondos estaba enrollada la mecha, cuyo extremo más alejado penetraba en el fondo interior para descansar entre la pólvora. Ahora el fuego se movía sin ser visto a lo largo de aquel rollo, abriéndose camino para acabar sumergiéndose por su extremo final a través del fondo interior.

Clout sacó de su bolsillo el tapón cubierto de lona y lo mojó en el alquitrán caliente.

—Asegúrelo bien, señor Clout —dijo Hornblower.

Clout presionó el tapón en el agujero del fondo exterior. La acción apagó el sonido sibilante de la mecha, pero todo el mundo en el bote sabía que el fuego

proseguía su inexorable camino en el interior. Clout embadurnó de alquitrán todo el tapón y luego se apartó.

—Y ahora, mi compañero —dijo al ayudante del velero.

Este último no necesitaba que le dieran prisa. Con la aguja y el cordel ya en la mano, tomó el lugar de Clout y cosió la cubierta de lona encima del barril.

—Las puntadas bien pequeñas —dijo Hornblower.

El ayudante del velero, agachándose sobre aquella muerte instantánea, estaba bastante nervioso, cosa muy natural. También lo estaba Hornblower, pero la irritación causada por el fallo previo hacía que se sintiera ansioso de que esta vez el trabajo se hiciera bien.

El ayudante del velero acabó la última puntada, lo recosió bien y, sacando su cuchillo de la vaina, cortó el cordel. Aparentemente, no había nada más inofensivo que aquel barrilito cubierto de lona. Parecía un objeto estúpido y bobo, allí colocado en el bote. Clout estaba ya untando alquitrán encima del extremo recién cosido; los costados y el otro extremo habían sido bien alquitranados ya antes de que el barril se llevase al bote.

—Y ahora la soga —dijo Hornblower.

Como en la ocasión anterior, una lazada de soga unida al barril fue pasada en torno al cabo de amarre de la boya y asegurada de nuevo al barril.

—Levantadlo, vosotros dos. Bajadlo. Con cuidado.

El barril se hundió bajo la superficie, colgando del cabo que iba descendiendo mientras los hombres lo bajaban palmo a palmo. Hubo un súbito alivio de la tensión en el bote, marcado por un repentino estallido de parloteos.

—¡Silencio! —recriminó Hornblower.

Aunque el objeto fuese invisible ahora, hundiéndose hasta el fondo de la bahía, todavía era mortal... los hombres no lo entendían. Uno de los buceadores estaba ya sentado en la borda, con una bala de cañón en las manos —en aquel momento Hornblower recordó, absurdamente, que no había llevado a cabo su propósito anterior de almacenar una buena cantidad de piedras para aquel fin—, y su pecho se expandía y se contraía. A Hornblower le habría gustado decirle que se asegurase de colocar el barril en el mejor lugar posible, pero aquello era imposible debido a las dificultades del idioma. Tuvo que contentarse con una mirada, medio de ánimo medio de amenaza.

—Fondo, señor —anunció el marinero que llevaba el cabo.

El buceador se deslizó de la borda y desapareció bajo la superficie. Abajo con la carga de pólvora y la mecha encendida estaba en un peligro mucho mayor que nunca. «Han visto a uno de sus compañeros volar en pedazos al usar una mecha volante en Cuddalore», había dicho McCullum. Hornblower no quería que ocurriera nada de eso. Pensó que si ocurría, el bote, con el en su interior, se encontraría justo encima de

la explosión y el remolino consiguiente, y se preguntó cuál sería la fuerza misteriosa que siempre le impulsaba a tomar parte voluntariamente en peligrosas aventuras. Pensó que debía de ser la curiosidad, y se dio cuenta de que también le impulsaba el pudor, en cierto modo. No se le ocurrió ni por un momento que el sentido del deber tuviera nada que ver con aquello.

El segundo buceador estaba sentado en la borda, con la bala de cañón en las manos y respirando profundamente, y en el momento en que la cabeza del primer buceador apareció por encima del agua, se dejó caer él mismo a su vez y desapareció.

—Les he inculcado el temor de Dios —había dicho McCullum—. Les he dicho que si explota la carga sin estar adecuadamente colocada, tendremos que poner una docena. Y que nos quedaremos aquí. No importa cuánto tiempo tardemos en sacar el dinero. Así que pueden confiar en ellos. Lo harán lo mejor que puedan.

Y ciertamente, lo hicieron muy bien. Looney esperaba ahora en la borda, y fue abajo en cuanto apareció el segundo buceador. No querían perder tiempo en absoluto. No por primera vez, Hornblower miró por encima de la borda en un intento de atisbar a través del agua, sin éxito. Estaba muy limpia y era de un precioso color verde oscuro, pero la superficie estaba muy alterada y resultaba imposible ver con claridad. Hornblower tuvo que suponer que allá abajo en la profunda oscuridad y en medio de un espantoso frío, Looney estaba arrastrando la carga de pólvora hacia el pecio y empujándola bajo la grieta de la toldilla. Aquel barril de pólvora bajo el agua debía de pesar bastante poco, gracias al empuje que descubrió Arquímedes veinte siglos atrás.

Looney volvió a aparecer, y el primer buceador instantáneamente bajó para reemplazarlo. Aquel asunto era, para aquellos buceadores, un juego de azar entre la vida y la muerte, una lotería perdedora. Si la carga explotaba prematuramente, sería la suerte la que dictara quién estaba abajo en aquel momento. Pero seguramente no les iba a costar ya mucho más mover la carga unas pocas yardas por el fondo y hacia el lugar adecuado. Y una vez allí, o eso esperaba, el fuego seguiría avanzando por las vueltas de la mecha, estrechamente embutido entre los dos fondos del barril. Los científicos habían decidido que las mechas son capaces de arder en ausencia de aire —a diferencia de las velas— porque el nitrógeno que impregna la mecha proporciona la misma sustancia combustible que el aire. Aquel descubrimiento estaba muy cerca de la solución al problema de la vida: una vida humana se extingue como la llama de una vela en ausencia de aire. Se podía esperar, de forma razonable, que pronto se descubriría cómo mantener la vida sin aire.

Otra inmersión más. El fuego corría a través de la mecha. Clout había preparado lo suficiente para que ardiera durante una hora: no debía ser demasiado poco, obviamente, pero tampoco debía ser demasiado, porque cuanto más tiempo estuviera expuesto al agua el barril, más oportunidades habría de que un punto débil cediese y

el agua se colase por él. Pero Clout había señalado que en el apretado espacio entre los dos fondos de barril el calor no podría escapar; aquel espacio se calentaría cada vez más y la mecha ardería mucho más rápidamente: el fuego incluso podría saltar de una parte del rollo a otra. El comportamiento del fuego, en otras palabras, era impredecible.

El buceador que acababa de aparecer lanzó un agudo grito, a tiempo para evitar que el siguiente —Looney— se arrojara. Una ansiosa pregunta y una rápida respuesta, y Looney se volvió hacia Hornblower agitando las manos.

—Subid a ese hombre a bordo —ordenó Hornblower—. ¡Levad el ancla!

Unos pocos golpes de remo pusieron la lancha en camino; los cingaleses en la proa tiritaban como gorriones al amanecer.

—De vuelta al barco —ordenó Hornblower.

Iría derecho a bordo sin mirar atrás ni una sola vez; no comprometería su dignidad esperando una explosión que a lo mejor no llegaba nunca. Metieron el timón y la lancha empezó su curso fijo hacia el *Atropos*.

Y entonces ocurrió, mientras Hornblower se encontraba de espaldas. Un ahogado y ominoso estampido, no demasiado fuerte, como si hubieran disparado un arma en una cueva lejana. Hornblower se volvió en redondo en su asiento justo para ver una abultada ola que les alcanzaba, por la popa del bote. La popa se hundió y la proa se elevó, y el bote cabeceo violentamente como un barco de juguete en un estanque. El agua que surgía en torno a ellos era descolorida y oscura. La violenta conmoción duró sólo unos segundos, y luego pasó, y el bote se quedó balanceándose espasmódicamente.

—Ya está, señor —dijo Clout, de forma bastante innecesaria.

Los marineros estaban parloteando, igual que los cingaleses.

—¡Silencio en el bote! —exclamó Hornblower.

Estaba furioso consigo mismo porque el sonido inesperado había hecho que diera un salto en su asiento. Miró ceñudo a los hombres, y ellos se quedaron callados al momento.

—Timón a estribor —gruñó Hornblower—. ¡Vía!

El bote viró en redondo y volvió a trazar su rumbo hacia la escena de la explosión, marcada por una zona de agua sucia. Media docena de enormes burbujas se alzaron hasta la superficie y explotaron mientras él las miraba. Luego subieron más cosas, peces muertos que flotaban en la superficie, con sus blancos vientres resplandeciendo al sol. El bote pasó junto a uno que no estaba bien muerto; hacía débiles esfuerzos, apenas perceptibles, para recobrase y volver a bajar.

—¡Silencio! —volvió a decir Hornblower, porque el irrefrenable parloteo se había vuelto a alzar de nuevo—. ¡Espacio!

En silencio, el bote flotó sobre el lugar de la explosión. Peces muertos, una

mancha y nada más. Nada en absoluto. Hornblower sintió una enfermiza sensación de decepción; tenía que haber fragmentos del pecio cubriendo la superficie, trozos de madera rotos que mostraran que la carga de pólvora había realizado bien su trabajo. El hecho de que no hubiera ninguna era prueba de que no se había abierto ningún boquete en el pecio. Su mente se proyectaba hacia el futuro. Tendría que usar otra carga con otra mecha volante, suponía, y tendría que emplear las amenazas más brutales con los buceadores para conseguir que la colocaran. Habían escapado de la explosión anterior por no más de treinta segundos, suponía, y había que ser cauteloso a la hora de volver a correr el riesgo.

¡Allí había un trozo de madera! No, era el tablón que habían usado como boya.

—Hala ese cabo —dijo Hornblower al hombre que dirigía los remos.

Sólo había diez pies de cuerda unidos al tablón. La cuerda se había roto en aquel punto. Así que la explosión había tenido algún efecto, después de todo. Era irónico que aquello fuera todo: simplemente una boya suelta.

—Pon otro arpeo y un cabo —ordenó Hornblower.

Debían de estar todavía bastante cerca del punto, de modo que aquella señal sería mejor que nada.

Hornblower captó la mirada de Looney; parecía bastante bien dispuesto, a todos los efectos. Ahorrarían tiempo si se realizara en aquel momento un examen de los magros resultados.

—Looney —dijo Hornblower, y señaló por encima de la borda.

Sólo tuvo que señalar una segunda vez para que Looney moviera la cabeza asintiendo y se quitara de nuevo la ropa. Por lo que podía recordar Hornblower, Looney no había cumplido su cuota de cinco zambullidas diarias. Looney hinchó el pecho y se zambulló, y el bote se quedó flotando allí. Las pequeñas olas que golpeaban sus costados tenían una calidad diferente de la habitual; ni siquiera seguían el leve impulso fijo del viento que agitaba la superficie: parecían venir de todos los lugares a la vez. Hornblower se dio cuenta de que eran los últimos vestigios de las turbulencias que la explosión había provocado.

Looney subió, con la mata de pelo negro ondeando detrás de su cabeza. Sus blancos dientes aparecieron en lo que podía casi ser tomado como una sonrisa, pero lo que pasaba en realidad era que estaba jadeando sin resuello. Se dirigió hacia el bote, diciendo algo a sus colegas que hizo que éstos empezaran a parlotear excitadamente. Al parecer, la explosión que había soltado la boya no la había alejado demasiado de su posición. Ayudaron a subir a Looney a bordo por la proa. El parloteo continuó; ahora Looney se dirigía a popa por encima de las bancadas y entre los hombres. Iba frotando algo con su ropa mientras avanzaba, algo que puso luego en la mano de Hornblower con una amplia sonrisa. Un objeto en forma de disco, pesado, deslustrado, costroso, y sin embargo... sin embargo...

—¡Dios mío! —exclamó Hornblower.

Era un chelín. Hornblower se quedó mirándolo fijamente y dándole vueltas entre los dedos. Todos los ojos del bote estaban clavados en él; los hombres fueron capaces de adivinar enseguida de qué se trataba, aunque no pudieran verlo claramente. Alguien empezó a lanzar vítores, y los otros se le unieron. Hornblower miró en torno suyo a las sonrientes caras. Hasta Clout agitaba las manos y gritaba.

—¡Silencio! —exclamó Hornblower—. Señor Clout, debería usted avergonzarse de sí mismo.

Pero el ruido no cesó al instante como antes; los hombres estaban demasiado emocionados. Sin embargo, al cabo de un rato fueron callando, y se quedaron expectantes. Hornblower tenía que pensar cuál sería el siguiente movimiento, porque estaba muy desconcertado: aquel resultado le había tomado completamente por sorpresa, y no tenía ni idea por el momento de qué iba a hacer a continuación. Tendría que haber un anticlímax, decidió por fin. Para recuperar el tesoro necesitarían equipo nuevo, eso seguro. Los buceadores habían realizado casi todas las inmersiones que podían aquel día. Además, tenía que informar a McCullum del resultado de la explosión y escuchar su decisión acerca de los siguientes pasos. Hornblower se dio cuenta de que no había certeza alguna de que las operaciones que había que realizar a continuación fueran sencillas. Un chelín no es un cuarto de millón en libras esterlinas. Sería necesario trabajar todavía muchísimo más.

—¡Remos! —exclamó, dirigiéndose a los hombres expectantes. Los remos golpearon en las chumaceras y los hombres se inclinaron hacia adelante, dispuestos para empujar—. ¡Adelante!

Las palas de los remos mordieron el agua y el bote, lentamente, cogió impulso.

—¡Hacia el barco! —gruñó al timonel.

Se sentó ceñudo en la cámara. Cualquiera que viera su rostro podía pensar que el bote regresaba después de un fracaso completo, pero lo único que pasaba en realidad era que estaba enfadado consigo mismo por no haber sido lo bastante rápido y dar las órdenes inmediatamente, nada más aparecer el asombroso chelín y tenerlo en su mano. Toda la tripulación del bote le había visto allí pasmado. Su preciosa dignidad estaba herida. Cuando llegó a bordo sintió la tentación de esconderse en su camarote, pero el sentido común hizo que fuera hacia adelante enseguida para discutir la situación con McCullum.

—Hay una cascada de plata —dijo McCullum, después de escuchar los informes de los buceadores—. Los sacos se han podrido y al volar el cuarto del tesoro, la plata se ha desparramado fuera. Creo que está bastante claro.

—¿Y el oro? —preguntó Hornblower.

—Looney todavía no puede decírmelo —repuso McCullum—. Si yo hubiera ido en el bote, me atrevo a decir que habría podido adquirir más información.

Hornblower se contuvo para no lanzarle una agria replica. Nada complacería más a McCullum que una pelea, y no tenía deseo alguno de complacerle.

—Al menos la explosión sirvió para su objetivo —dijo, conciliador.

—Bastante.

—Entonces, ¿por qué —la pregunta llevaba largo tiempo esperando en su interior para formularse— si el pecio se partió, no salió ningún tipo de restos a la superficie?

—¿No lo sabe? —preguntó McCullum a su vez, claramente gratificado al saberse en posesión de un conocimiento superior.

—No.

—Es un hecho científico elemental. La madera sumergida a grandes profundidades se satura de agua.

—¿Ah, sí?

—La madera sólo flota —tal como imagino que usted ya sabrá— en virtud del aire que contiene en las cavidades de su sustancia. Bajo presión, ese aire se ve expulsado fuera y, privado de este empuje, el material residual no tiene ninguna tendencia a elevarse.

—Ya veo —dijo Hornblower—. Gracias, señor McCullum.

—Me voy acostumbrando ya —exclamó McCullum— a complementar la educación de los oficiales del rey.

—Entonces, confío —refunfuñó Hornblower, conteniendo su mal humor— en que continuará con la mía. ¿Cuál es el siguiente paso que debemos dar?

McCullum frunció los labios.

—Si ese maldito doctor alemán tuviera el sentido común de permitir que me levantara de este camastro, podría hacerlo yo mismo.

—Pronto le quitará los puntos —dijo Hornblower—. Mientras, el tiempo es muy importante.

Le ponía furioso tener que soportar aquellas insolencias, él, un capitán en su propio barco. Pensó en las quejas oficiales que podía formular. Podía pelearse con el señor McCullum, abandonarlo todo y en su informe a Collingwood declarar que «debido a la absoluta falta de cooperación por parte del señor William McCullum, del Servicio de la Honorable Compañía de las Indias Orientales», la expedición había acabado en un completo fracaso. Sin duda, a McCullum le echarían un rapapolvo oficial. Pero era mejor tener éxito, aun sin recibir ningún tipo de simpatía por el infierno que estaba soportando, que volver con las mejores excusas y con las manos vacías. Tenía el mismo mérito guardarse su orgullo y contemporizar con McCullum que dar claras instrucciones para realizar el abordaje de un barco enemigo. El mismo mérito... aunque era menos probable que le dedicaran un párrafo en la Gaceta. Se esforzó por hacer las preguntas adecuadas y escuchó a McCullum gruñir sus explicaciones de los siguientes pasos que se debían emprender.



Y le resultó muy placentero después, mientras tomaba su cena, poder felicitar-se por haber cumplido con su deber, dando todas las órdenes y preparándolo todo. Aquellas palabras de McCullum, «una cascada de plata», resonaban en su mente mientras estaba allí sentado, comiendo. Hacía falta poca imaginación para conjurar una imagen mental del pecio allá abajo en el agua translúcida, con su cámara de seguridad abierta y la plata en una helada corriente surgiendo e ella. Gray podía haber escrito un poema sobre todo aquello. Y además, en algún lugar de aquella cámara de seguridad estaba también el oro. La vida era hermosa, y él era un hombre afortunado. Lentamente consumió su último bocado de cordero asado y se dedicó a la ensalada de lechuga, unas lechugas tiernas, dulces y deliciosas, los primeros frutos de la primavera turca.

## CAPÍTULO 16



La primavera turca no iba a dejar paso al verano sin presentar una última batalla, sin llamar al invierno ya desaparecido para que volviera en su ayuda. El viento soplaba furioso y frío desde el noroeste; el cielo estaba gris, y la lluvia caía torrencialmente. Tamborileaba en cubierta, cayendo a torrentes por los imbornales; se vertía en insospechados chorros desde algunos puntos en las jarcias. Aunque aquello, mal que bien, le dio a la tripulación la oportunidad de lavar la ropa con agua fresca, les negaba el poder de secarla de nuevo. La *Atropos* flotaba caprichosamente al paio mientras las ráfagas que venían de las montañas que les rodeaban rolaban al este y al oeste, agitando la superficie de la bahía en turbulentas cabrillas. El viento y la lluvia parecían particularmente intensos. Todo el mundo parecía notar más el frío y la humedad que si el barco estuviera batallando con una tempestad en mitad del Atlántico, con la cubierta goteante mientras la nave capeaba la mar gruesa y las olas se estrellaban en la cubierta. El enfurruñamiento y el mal humor hicieron su aparición entre la tripulación junto con el frío y la humedad: la falta de ejercicio y de una ocupación combinadas con el constante martilleo de la lluvia llevaban consigo esos efectos.

Caminar por el alcázar con las gotas de lluvia repiqueteando en su impermeable le pareció a Hornblower una actividad poco interesante, y más cuanto que hasta que no cesara aquella galerna no habría oportunidad alguna de continuar las operaciones de salvamento. Las cajas de oro yacían allí, debajo de aquella superficie batida por el viento; odiaba tener que esperar durante aquellas horas vacías antes de saber si podría recuperarlas o no. Odiaba la idea de tener que salir quieras que no de su inercia y esforzarse por restablecer el buen humor entre la tripulación, pero sabía que debía hacerlo.

—¡Mensajero! —dijo—, saludos al señor Smiley y al señor Horrocks, y dígales que deseo verles a los dos de inmediato en mi camarote.

Media hora después, ambas guardias estaban juntas en cubierta por divisiones («les doy media hora para que lo arreglen todo», había dicho Hornblower) vistiendo sólo sus pantalones de faena bajo la lluvia, las frías gotas golpeando sus pechos desnudos y sus pies. Hubo muchos gruñidos por aquella incomodidad, pero también los vigías se divirtieron, porque allí estaban todos los inactivos del barco: «Los quiero a todos —había dicho Hornblower—, los marineros viejos y los inactivos, los servidores de los cañones y los veleros». Y también estaba la excitación que siempre se siente ante una carrera, y la compensación de ver a los tres oficiales antiguos de la guardia, Jones, Still y Turner, subiendo a los flechastes para tomar posiciones en los

baos de gavia y ver que la carrera fuera justa. Hornblower se quedó de pie más adelante junto al guardabauprés con su altavoz, para que el viento llevara su voz claramente a toda la cubierta.

—¡Uno, preparados! —gritó—. ¡Dos, listos! ¡Tres... ya!

Fue una carrera de relevos, subir por el cordaje de cada mástil por turnos y de nuevo volver a bajar, la guardia de babor contra la de estribor. Incluía a los hombres que raramente, si lo hacían alguna vez, subían a la arboladura, con lo cual todo resultaba más estimulante aún. Pronto las divisiones que estaban abajo, en cubierta, bailaban entusiasmadas al contemplar el lento ascenso y descenso de algún pesado artillero o cabo; hasta que completaban el viaje no podían dirigirse al siguiente mástil y empezar de nuevo.

—¡Vamos, gordito!

Los vigías con alas de Pegaso para los cuales la ascensión era una bagatela saltaban arriba y abajo en cubierta sin pensar ni un momento en la lluvia torrencial mientras alguna división rival, liberada por el descenso final de su último hombre, corría alegremente a lo largo de cubierta hasta el siguiente mástil, obligados a permanecer allí y presenciar los movimientos precavidos de los hombres más lentos de su propio equipo.

Los hombres iban arriba y luego abajo, daban la vuelta y volvían de nuevo. El príncipe de Seitz-Bunau iba chillando por cubierta, loco de emoción. Horrocks y Smiley, capitanes de los dos lados, graznaban como cuervos y la voz les fallaba al tener que gritar constantemente mientras organizaban todo y animaban a los hombres. El ayudante del cocinero, que era el último hombre de la guardia de babor, estaba ya cerca del palo mayor cuando Horrocks, que se había quedado él mismo el último de la guardia de estribor, empezó el ascenso por su lado. Todo el mundo en el barco gritaba y gesticulaba. Allá fue Horrocks, los obenques vibrando con la velocidad de simio de su ascenso. El ayudante del cocinero alcanzó el bao de gavia y empezó a bajar de nuevo.

—¡Vamos, gordito!

El ayudante del cocinero ni siquiera miraba para ver dónde ponía los pies, y bajaba dos flechastes cada vez. Horrocks llegó a los baos de gavia y saltó para coger el estay de cubierta. Bajó deslizándose a una velocidad que debía de quemarle las manos. El ayudante del cocinero y el guardiamarina llegaron a cubierta a la vez, pero Horrocks además tenía que correr más para alcanzar su lugar en su división que el otro. Hubo unos gritos finales mientras ambos iban dando traspiés y jadeando a sus lugares, pero el ayudante del cocinero llegó antes por un metro entero, y todos los ojos se volvieron hacia Hornblower.

—¡Gana la guardia de babor! —anunció—. ¡La guardia de estribor proporcionará el entretenimiento mañana por la noche!

La guardia de babor lanzó vítores de nuevo, pero la guardia de estribor — Hornblower les observaba muy de cerca— no se sentía humillada. Pudo ver que había muchos hombres entre ellos que no se sentían del todo disgustados ante la idea de exhibir al día siguiente sus talentos ante un auditorio, y que ya estaban planeando su actuación. Se llevó de nuevo el altavoz a los labios.

—¡Atención! ¡Señor Horrocks! ¡Señor Smiley! Despidan a sus equipos.

A popa, junto a la puerta de la cabina de oficiales, mientras Hornblower volvía a su camarote, se encontraba una figura inusual, caminando con pasitos lentos bajo la supervisión del doctor.

—Es un placer, señor McCullum —dijo Hornblower—. Me alegro de verle de nuevo fuera de la cama.

—La incisión está plenamente curada, señor —dijo Eisenbeiss, orgullosamente—. No sólo he retirado las suturas, sino que también he considerado oportuno quitar la cánula de la herida, porque el drenaje era completo.

—¡Excelente! —exclamó Hornblower—. Entonces, ¿podrá sacar ese brazo de su cabestrillo pronto?

—Dentro de pocos días. Las costillas rotas parecen haber soldado muy bien.

—Todavía me siento un poco rígido por aquí —dijo McCullum, tocándose el omóplato derecho con la mano izquierda.

No mostraba su habitual mal humor. Un convaleciente que hacía su primer intento de caminar y cuya herida era el centro de atención de todos podía condescender a sentirse bien dispuesto hacia la humanidad.

—Ya puede estarlo —dijo Hornblower—. Una bala de pistola a doce pasos no es un visitante muy bien recibido. Pensábamos que le habíamos perdido. En Malta pensaban que tenía usted alojada la bala en los pulmones.

—Habría sido mucho más fácil —dijo Eisenbeiss— si no hubiera sido tan musculoso. Casi no se notaba la bala en esa masa de músculos.

McCullum sacó de su bolsillo izquierdo del pantalón un objeto que le tendió a Hornblower.

—¿La ha visto? —preguntó.

Era la bala que le había extraído Eisenbeiss, aplanada e irregular. Hornblower la había visto antes, pero no era el momento de decirlo. Se maravilló en los términos adecuados, para gratificación de McCullum.

—Creo que esta ocasión debe ser celebrada con una ceremonia adecuada —dijo Hornblower—. Invitaré a todos los oficiales a cenar conmigo, y los primeros de todos a ustedes dos, caballeros.

—Muy honrado, se lo aseguro —dijo McCullum, y Eisenbeiss asintió con la cabeza.

—Digamos mañana, pues. Cenaremos muy cómodos antes de que empiece el

entretenimiento que nos va a proporcionar la guardia de estribor.

Se retiró a su camarote complacido consigo mismo. Había ejercitado a su tripulación, les había dado algo en que pensar, había encontrado una ocasión adecuada para entretener a sus oficiales, su experto en salvamento había regresado de las garras de la muerte y de mejor humor que de costumbre... y además el tesoro del *Speedwell* yacía en la bahía, en el fondo del mar, matarile rile rile, el oro y la plata allí, esperando para que los recogieran. La buena opinión que tenía de sí mismo le permitió incluso soportar el aburrimiento del concierto dado por la guardia de estribor aquella noche. Hubo canciones sentimentales interpretadas por un joven y guapo hombre de la cofa de trinquete; Hornblower encontró su pegajoso sentimentalismo tan tedioso para su alma como la música para su oído incapaz de apreciarla. En «Las flores en la tumba de mi madre», y «La cuna vacía» el joven marinero exprimió todos los lúgubres matices de su sustancia funeral, y su auditorio, con la sola excepción de Hornblower, se recreó en ellas. Un anciano segundo contramaestre cantó canciones marineras con una estruendosa voz de bajo mientras Hornblower se maravillaba de que un auditorio marinero pudiera tolerar el mal uso de términos náuticos en esas canciones; si su «buena vela» se dedicara a «susurrar» con un viento favorable, él le iba a decir cuatro palabras bien dichas al oficial de guardia, y también estaba, por supuesto, la típica confusión de la gente de tierra adentro entre unas velas y otras. Dibdin nunca se había preocupado de averiguar lo que era un «viejo cascarón», que según la canción llevaba todavía una útil existencia gracias a sus «buenas velas»... El término no parecía aplicarse al casco del buque, ni nada por el estilo. Y por supuesto, la canción recalcaba mucho que Tom Bowling estaba muerto, como la madre y el bebé del marinero de la cofa. Se había «ido allá arriba» y todo el mundo en la tripulación del barco, al parecer, lo sentía muchísimo.

Las chirimías eran mucho más agradables. Hornblower podía admirar la ligereza y gracia de los bailarines e incluso pasar por alto la chillona dulzura de la flauta que les acompañaba, tocada por el mismo ayudante del cocinero cuyo esfuerzo final había ganado la carrera para la guardia de babor; sus servicios como acompañante eran tan necesarios, aparentemente, que fueron requeridos aunque la guardia de babor oficialmente era la invitada al concierto. Para Hornblower, la parte más divertida de la velada, de hecho, fue la diferencia de actitud entre las dos guardias, la de estribor como anfitriones ansiosos y la de babor como invitados críticos. Se felicitó a sí mismo al final de la noche por haber conseguido un buen trabajo. Tenía una tripulación muy bien adiestrada y dispuesta, y unos oficiales de complemento satisfechos.

Y a la mañana siguiente llegó el triunfo real, no menos satisfactorio aunque Hornblower se quedó a bordo del barco y permitió a McCullum, con el brazo todavía en cabestrillo, que saliera con el bote y la chalupa y todos los nuevos aparatos que

habían preparado para las operaciones de salvamento. Hornblower se quedó junto al costado del buque, reconfortado por los rayos del sol que había vuelto a aparecer, mientras los botes volvían. McCullum señaló con la mano izquierda un enorme montón apilado entre las bancadas centrales del bote, y se volvió y señaló a otro que había en la chalupa. ¡Plata! Los buceadores debían de haber trabajado muy rápidamente en las profundidades, recogiendo las monedas con las manos e introduciéndolas en los cubos que iban bajando.

Los botes se abarloadaron y un grupo de trabajo se preparó para subir el montón de plata a bordo. Una súbita y aguda orden de McCullum detuvo a los tres buceadores cingaleses cuando éstos se encontraban a punto de abrirse camino hacia su madriguera particular. Le miraron un poco pusilánimes mientras él les daba otra orden con su extraño lenguaje, y la repetía. Entonces lentamente empezaron a quitarse la ropa. Hornblower les había visto desnudarse muchas veces antes, durante aquellos días —parecía que hacía semanas— en que habían empezado las operaciones de salvamento. Los voluminosos trajes de algodón salieron uno a uno.

—Apostaría —dijo McCullum— a que tienen cincuenta libras entre los tres.

Uno de los trajes dejó escapar un ruidito sospechoso cuando cayó en cubierta, a pesar del cuidado que puso su propietario al dejarlo.

—¡Sargento de marina —exclamó Hornblower—, registre esas ropas!

Con una sonriente tripulación mirando, las costuras y pliegues de las ropas empezaron a soltar monedas, docenas de ellas.

—Nunca hacen una sola inmersión sin intentarlo —dijo McCullum.

Hornblower no imaginaba cómo se las podía arreglar para ocultar unas monedas en su ropa un hombre que trepaba completamente desnudo desde el mar a un bote, pero todo era posible para el ingenio humano.

—Eso les habría hecho ricos para siempre, si hubieran conseguido llevárselas a Jaffra —comentó McCullum.

Volviendo al idioma extranjero, despidió a los buceadores, que recogieron de nuevo sus ropas y desaparecieron, mientras McCullum se volvía de espaldas a Hornblower.

—Sería más rápido pesar esto que contarlo. Si lo sacamos todo, habrá cuatro toneladas, en conjunto.

¡Plata a toneladas! El velero cosió unos sacos con lona nueva para guardarla, y al igual que en el perdido *Speedwell*, el pañol inferior fue despejado para almacenarla. Hornblower encontró que había una profunda verdad en la historia de Midas, que recibió el don del Toque de Oro no demasiado lejos de donde el *Atropos* estaba ahora al paio. Del mismo modo que Midas perdió su felicidad en el mismo momento en que el mundo entero le consideraba sin duda el hombre más feliz de la tierra, así perdió Hornblower su felicidad en su momento de mayor éxito. Porque mientras la

plata se iba amontonando en el pañol, empezó a preocuparse por las monedas. No tenía duda alguna del ingenio, persistencia y habilidad de los marineros que tenía bajo su mando; tampoco tenía dudas del pasado criminal de muchos de ellos, escoria de las celdas de Newgate. Innumerables historias se contaban acerca de las curiosas maneras en las que los marineros se las ingeniaban para robar licor, pero los hombres que robaban licor inevitablemente se descubrían, tarde o temprano. Aquello en cambio era dinero, monedas inglesas, y sólo había un frágil mamparo de madera para separarlo de los ladrones. Así que, como en el *Speedwell*, los mamparos y cubierta fueron reforzados con gruesos maderos clavados sobre ellos. La cuidadosa y bien planeada estiba de las provisiones en la bodega tuvo que ser alterada para que los barriles de buey más grandes, los que sólo podían ser movidos mediante palancas y poleas, se colocaran en el exterior de los mamparos para impedir a los ladrones que entraran. E incluso entonces, Hornblower pasó noches en vela visualizando la situación del pañol inferior y preguntándose en primer lugar cómo se las arreglaría para entrar en él, y en segundo lugar cómo impedir un intento similar. Esos sentimientos se intensificaban cada día más, a medida que las pilas de sacos de plata se iban haciendo más y más grandes, y se hicieron diez veces más intensos el triunfante día en que los buceadores de McCullum alcanzaron el oro.

McCullum conocía su trabajo, de eso no cabía duda alguna. Un día le habló a Hornblower del descubrimiento de los baúles de oro; a la mañana siguiente, Hornblower vio bote y esquife alejarse con unos soportes erigidos en su popa, y las poleas aparejadas en ellos, y millas y millas de cabo enrollado y listo, maderas, cubos, todo lo que el ingenio humano podía pensar en necesitar para su nueva tarea. Hornblower vigilaba a través de su catalejo mientras los botes se quedaban juntos por encima del pecio. Vio a los buceadores bajar y subir de nuevo, una y otra vez. Vio los cabos arriados por las poleas; más de una vez, vio a los marineros empezar a halar y luego desistir mientras otro buceador bajaba, presumiblemente para limpiar el cabo. Al final vio a los marineros halar de nuevo, y continuar trabajando, halando, enrollando el cabo, hasta que al fin, entre los dos botes, algo surgió del agua y un aullido de exultación llegó resonando hasta el barco.

Un objeto muy grande fue cuidadosamente izado en la popa de la lancha. Hornblower pudo ver que la popa se hundía y la proa se elevaba cuando el peso fue transferido a la lancha. Sus cálculos ya le habían dicho que un pie cúbico de oro pesaba media tonelada... y el oro era muy solicitado, cinco guineas en papel o más por onza. Era un rescate de rey. Hornblower lo miró mientras la lancha volvía y atracaba de costado, un extraño objeto que yacía en el fondo del bote, medio oscurecido por las algas.

—Deben de ser barras de hierro fundido —dijo McCullum, de pie junto a él mientras Jones, minuciosamente, supervisaba la transferencia al barco—, y el mejor

hierro de Sussex, por cierto. El acero se habría oxidado en menos de un año, pero algunas de estas barras todavía están sanas. Las algas que han crecido en el roble deben de tener una yarda de largo... mis chicos han tenido que quitarlas antes de pasar los aparejos por ellas.

—¡Quietos ahí! ¡Despacio! —gritó Jones.

—¡Halad fuerte en las vergas! —exclamó el contramaestre—. Y ahora vosotros, al aparejo del estay, ¡tírad de él!

El baúl se balanceó por encima de cubierta, colgando de los cabos que lo sujetaban.

—¡Parad! ¡Arriad, vergas! ¡Despacio! ¡Arriad aparejo del estay! ¡Con cuidado!

El baúl bajó hasta la cubierta; todavía escapaban de él algunos chorros de agua. El oro que yacía escondido en su interior habría construido, armado y equipado todo el *Atropos* completo, habría llenado sus bodegas de provisiones para un año, habría proporcionado una paga de un mes por adelantado para la tripulación y todavía habría sobrado una buena cantidad.

—Bueno, éste es uno de ellos —dijo McCullum—. Creo que no nos será tan fácil sacar los otros dos. Éste es el trabajo más fácil que he hecho en mi vida, hasta ahora. Hemos tenido mucha suerte... con la poca experiencia que tiene usted, no se imagina siquiera la suerte que hemos tenido.

Pero Hornblower sabía muy bien la suerte que había tenido él. La suerte era que McCullum hubiera sobrevivido a un tiro de pistola en las costillas, que los buceadores cingaleses hubieran sobrevivido a todo el ^aje en torno a África, desde la India hasta Asia Menor; la suerte (una suerte increíble) era que los turcos se hubiesen mostrado tan complacientes, permitiéndoles llevar a cabo la operación de salvamento en la bahía Sin adivinar qué estaban haciendo e intentar interferir. Al considerar su buena fortuna, se reconcilió por fin con la preocupación que le procuraba la salvaguarda del tesoro en el pañol inferior. Era el hombre más afortunado de la tierra; había tenido suerte (se lo dijo a sí mismo) y al mismo tiempo debía parte de su éxito a sus propios méritos. Había manejado con inteligencia al mudir. Había hecho un astuto movimiento para aceptar una propina y quedarse allí anclado en la bahía, pareciendo reacio a hacer lo que realmente más quería hacer. Collingwood lo aprobaría, sin duda. Había recuperado la plata; había recuperado ya una tercera parte del oro. Recibiría una palmadita en la espalda de la autoridad aunque McCullum encontrara que resultaba imposible recuperar el resto.



## CAPÍTULO 17



Aquellas mañanas mediterráneas eran hermosas. Era un placer salir a cubierta cuando el amanecer se convertía en brillante luz diurna; normalmente, el viento nocturno había cesado ya, dejando la superficie de la bahía lisa y brillante, reflejando, a medida que la luz aumentaba, el intenso azul del cielo, mientras el sol se abría paso sobre las montañas de Turquía. El aire era fresco y agradable, no lo suficientemente frío como para hacer necesario llevar un chaquetón, de modo que el creciente calor del sol proporcionaba un sensual placer. Durante un paseo por cubierta, con la mente ocupada en los planes del día, Hornblower se empapaba en aquella belleza y aquella frescura; en un rincón de su mente, condimentando su placer como la salsa que añade el toque final a algún plato perfecto, estaba el hecho de saber que cuando bajase, podía sentarse ante un plato con huevos fritos y una taza de café. La belleza en torno a él, un apetito creciente y la inmediata perspectiva de satisfacerlo: todo ello le hacía darse cuenta de que era un hombre afortunado.

Pero aquel día no fue tan afortunado como de costumbre, porque en lugar de complacerse en sus pensamientos solitarios tuvo que prestar atención a McCullum y sus problemas.

—Lo intentaremos una vez más con los cabos presentes —dijo McCullum—. Enviaré a los chicos abajo hoy, y escucharé lo que me digan. Pero me temo que los baúles están ya fuera de nuestro alcance. Lo sospeché ya ayer.

Hacía dos días que el segundo de los tres baúles de oro había sido recuperado, pero sólo después de que una carga explosiva hubiera volado un ancho boquete en el pecio.

—Sí —dijo Hornblower—, ése era su informe en sustancia.

—No es fácil hacerles bajar entre los restos del naufragio.

—Ya me imaginaba que no lo sería —repuso Hornblower.

En las escasamente iluminadas profundidades, debajo del intolerable peso de un centenar de pies de agua, contener el aliento, asfixiándose, y abrirse paso entre aquel embrollo de maderas debería de ser una cosa espantosa.

—La cubierta se inclina a partir del agujero en el costado, y yo supongo que la última explosión envió ese tercer baúl a través del agujero, abajo. Todo el pecio está ahora encima de él —dijo McCullum.

—Entonces, ¿qué propone usted hacer?

—Será un trabajo de un par de semanas, espero. Usaré media docena de cargas — con mechas volantes por supuesto— y volaré todo el pecio en pedazos. Pero debo

informarle oficialmente de que el resultado puede seguir siendo insatisfactorio.

—¿Quiere decir que aun entonces es posible que no recupere el oro?

—Es posible.

Dos tercios del oro y casi toda la plata estaban ya en el pañol inferior de la *Atropos*. Aquello estaba bien, pero no era enteramente satisfactorio.

—Estoy seguro de que hará usted lo que pueda, señor McCullum —dijo Hornblower.

La brisa de la mañana estaba ya soplando. Los primeros soplos suaves habían hecho girar la *Atropos* desde donde se encontraba completamente inerte sobre el agua. Ahora viró sobre el ancla de nuevo, con una suave brisa deslizándose por su cubierta. Hornblower la notó en sus oídos.

Durante los últimos segundos algo le había estado preocupando. Subconscientemente se había dado cuenta de algo, mientras dirigía la última frase a McCullum, como si hubiera visto un mosquito con el rabillo del ojo. Miró los montículos cubiertos de pinos de la península de Ada, la cuadrada silueta del fuerte en la cumbre. La belleza de la mañana le pareció de pronto áspera y gris; el sentimiento de intenso bienestar fue súbitamente reemplazado por aguda aprensión.

—Déme ese catalejo —dijo al oficial de derrota de guardia.

En realidad, no había necesidad alguna del catalejo; los poderes de deducción de Hornblower habían reforzado ya a su ojo desnudo, y el catalejo simplemente le reveló lo que él ya estaba seguro de ver. Había una bandera ondeando sobre el fuerte en la península: la bandera roja de Turquía, donde el día anterior no ondeaba bandera alguna, ni desde su llegada a la bahía de Marmaris. Sólo se podía sacar una conclusión de aquello. Había una guarnición en aquel fuerte ahora; seguramente habían llegado tropas desde Marmaris... debían de haber equipado los cañones del fuerte. Era un bobo, un estúpido, un idiota cegado por su propia complacencia. Ahora que la revelación había llegado hasta él, su mente trabajaba febrilmente. Le habían engañado por completo. El mudir, con su barba blanca y su inocente ansiedad, había empleado con él el ardid que él pensaba estar empleando a su vez: le había engañado incitándole a la autoconfianza, ganando tiempo para que las tropas se reunieran mientras él pensaba que estaba ganando tiempo para llevar a cabo la operación de salvamento. Con amargo desprecio por sí mismo se daba cuenta ahora de que todo el trabajo en el pecio debía de haber sido contemplado perfectamente desde la costa. Incluso los turcos tienen catalejos... tenían que haber visto todo lo que hacían. Debían de saber que el tesoro se había recuperado, y ahora habían equipado los cañones resguardando la salida, encerrándoles allí.

Desde donde se encontraba a popa, él no podía ver Passage Island; Red Cliff Point se encontraba en línea con éste. Sin una palabra al asombrado oficial de derrota, corrió hacia adelante y se arrojó a los obenques del palo de trinquete. Subió a toda

prisa por ellos, jadeando, tan rápido como el más rápido de los competidores de aquella loca carrera; de vuelta, subió por las arraigadas y luego arriba por los obenques del mastelero de gavia hasta el tope del mastelero de velacho. Había una bandera ondeando por encima del fuerte en Passage Island también; el catalejo reveló un par de barcos atracados en la pequeña playa que había allí, mostrando cómo había sido conducida la guarnición durante la noche, o al amanecer. Los cañones en Passage Island podían cruzar su fuego con los de Ada y barrer la entrada, y podían barrer también el tortuoso pasaje entre la isla y Kaia Rock. El tapón estaba en la botella. Él y la *Atropos* estaban atrapados.

Y no sólo por los cañones. El sol situado al este, brillando detrás de él, se reflejaba desde muy lejos en el canal de Rodas en tres formas geométricas juntas en el horizonte, dos rectángulos y un triángulo: las velas de un gran barco, un barco turco, obviamente. Igualmente obvio era el hecho de que no podía ser pura coincidencia que el izado de las banderas en los fuertes ocurriera en el mismo momento en que aparecían aquellas velas. Las banderas habían sido izadas tan pronto como el elevado fuerte de Ada había percibido las velas; el despreciado Turco era perfectamente capaz de ejecutar un golpe bien planeado. En una hora o menos, aquel barco estaría interceptando la entrada de la bahía. Con el viento soplando recto él no podía esperar escapar, aun descontando el hecho de que si trataba de acercarse a la salida los cañones de Ada le desarbolarían. Hornblower estaba hundido en la desesperación mientras se agarraba a su elevado puesto de vigilancia, con el catalejo en la mano; a la desesperación de un hombre enfrentado a unas abrumadoras probabilidades en contra se añadía la espantosa autorrecriminación de quien se sabía engañado, burlado. El recuerdo de su reciente autocomplacencia era como el coro de risas de una multitud de burlones espectadores, ahogando sus pensamientos y paralizando sus procesos mentales.

Fue un mal momento, allá arriba en el tope del mastelero de velacho, quizás el peor momento que había vivido jamás Hornblower. El autocontrol volvió poco a poco, aunque la esperanza siguió ausente. Mirando de nuevo a través de su catalejo a las velas que se aproximaban, Hornblower advirtió que el catalejo le temblaba en las manos, el ocular cegándole al vibrar contra sus pestañas. Podía admitir para sí que era un idiota —por muy amargo que le resultase tener que admitir algo semejante—, pero no podía admitir en modo alguno que fuera un cobarde, al menos aquel tipo de cobarde. Y sin embargo, ¿valía para algo el esfuerzo? ¿Importaba acaso si un grano de polvo en medio de una tormenta espantosa servía para mantener su dignidad? El criminal en el carro camino del patíbulo luchaba para mantener su autocontrol, luchaba para que no escaparan sus lamentables miedos humanos y sus debilidades, trataba de «morir animoso» por su propio respeto, bajo la mirada de la inmisericorde muchedumbre, y sin embargo, ¿acaso le hacía algún provecho todo aquello, cuando al

cabo de cinco minutos iba a estar muerto? Durante un horrible momento Hornblower pensó lo fácil que sería otra cosa. Sólo tenía que soltar sus manos, dejarse caer, abajo, abajo, hacia un golpe final en cubierta y el final de todo; no tendría que hacer ningún esfuerzo más: el final, el olvido. Eso sería mucho más fácil que enfrentarse, tratar de fingir que no notaba la compasión o el desprecio de sus compañeros. Sentía la tentación de dejarse caer, como Satán había tentado a Cristo.

Entonces se dijo de nuevo a sí mismo que no era ningún cobarde. Ahora se sentía tranquilo; el sudor que antes había corrido por su rostro se enfriaba ahora sobre su piel. Cerró el catalejo con un clic que sonó claramente entre el viento que silbaba junto a sus oídos. No tenía ni idea de lo que iba a hacer, pero era un ejercicio mecánico muy terapéutico para él descender de las jarcias, colocar primero un pie y luego el otro sobre los flechastes, asegurarse de que a pesar de la debilidad que sentía acometía el descenso con toda seguridad. Y, habiendo plantado los pies en cubierta, fue un buen ejercicio tratar de parecer impertérrito y sereno, el grano de polvo que no se deja arrastrar por el torbellino, aunque tenía la sensación de que sus mejillas estaban pálidas bajo su bronceada piel. El hábito era algo bastante útil, también: echar atrás la cabeza y gritar una orden podía hacer que sus mecanismos volvieran a funcionar de nuevo, igual que un reloj parado empieza a funcionar y a caminar después de una simple sacudida.

—¡Señor McCullum! Interrumpa esos arreglos, por favor. ¡Oficial de guardia! Llame a todos los hombres. Haga que icen la lancha. Deje la chalupa por ahora.

Un sorprendido Jones vino corriendo por cubierta al oír la llamada a todos los hombres.

—¡Señor Jones! Haga que pasen una guindaleza por una porta de popa. Quiero un esprín en el cable.

—¿Un esprín, señor? Sí, señor.

Era una pequeña compensación para su propia miseria ver cómo una mirada hacía brotar las dos últimas palabras después de la asombrada exclamación de las tres primeras. Los hombres que se hacían a la mar, y diez veces más los hombres que se hacían a la mar en buques de guerra, debían estar prestos para la ejecución de las órdenes más inesperadas en cualquier momento, incluso la ruptura de la rutina de una pacífica mañana por una orden de poner un esprín en un cable... una guindaleza pasada por una porta de popa y amarrada al cable del ancla, para que, al halar del esprín con el cabrestante, el barco pudiera virar aunque estuviera quieto, y tuviera los cañones preparados para barrer en un arco diferente a voluntad. Resultaba ser aquél el único ejercicio en el cual Hornblower no había entrenado a su tripulación hasta el momento.

—¡Es usted demasiado lento, señor Jones! ¡Sargento de marina, tome los nombres de esos tres hombres de ahí!

El guardiamarina Smiley dejó ir el final de la guindaleza en la chalupa; Jones, corriendo hacia adelante, aulló ásperamente a través de su altavoz con instrucciones para Smiley, el hombre detrás de éste en el cabrestante, el hombre a popa con la guindaleza. El cable fue colocado y luego arriado.

—El esprín está listo, señor.

—Muy bien, señor Jones. Ice la chalupa y ordene zafarrancho de combate.

—Eh... sí, señor. Silbatos, «todos a sus puestos». Zafarrancho de combate. ¡Tambores! Llamen a sus puestos.

No había ningún destacamento de infantes de marina en un barco pequeño como el *Atropos*. El grumete que estaba a cargo del tambor hizo redoblar los palillos en su parche. Aquel sonido guerrero —no hay nada tan marcial como el redoble de un tambor— flotaría por encima del agua y llevaría un mensaje de desafío hasta la costa. La chalupa bajó balanceándose en los calzos; hombres nerviosos, con el tambor resonando en sus oídos, bracearon los cabos en torno a ella y la aseguraron; ya los hombres de la bomba estaban dirigiendo un chorro de agua hacia ella para llenarla, una precaución necesaria para que no se incendiara, proporcionando al mismo tiempo un conveniente depósito de agua para combatir otros posibles fuegos. Los hombres en los aparejos se dispersaron y fueron corriendo a sus deberes.

—¡Cañones cargados y fuera, por favor, señor Jones!

—Sí, señor.

El señor Jones estaba de nuevo asombrado. En un simple ejercicio de zafarrancho de combate era habitual simular simplemente la carga de los cañones; de otro modo, cuando el ejercicio terminaba, estaba la dificultad de guardar de nuevo los cañones y la pérdida de tacos y cargas. Ante aquel grito, los grumetes servidores de pólvora frieron corriendo para traer desde abajo los cartuchos que el señor Clout iba sacando del almacén. Algún capitán de artilleros dio un grito mientras dejaba caer su peso sobre una trinca para soltarla y sacar su cañón.

—¡Silencio!

Los hombres se comportaban bastante bien; a pesar de la excitación del momento, trabajaban en silencio, excepto por aquel grito aislado. Mucho entrenamiento e incesante disciplina mostraban sus efectos de ese modo.

—¡Zafarrancho de combate, señor! —informó Jones.

—Preparen la red de abordaje, por favor.

Aquél era un ejercicio molesto, irritante. Las redes tenían que ser extendidas, colocadas en posición a lo largo de los costados del buque, y sus bordes inferiores sujetos en las cadenas todo alrededor. Entonces, tenían que pasar unos cabos partiendo de las vergas y el bauprés a través de los bordes superiores. Halando regularmente de los cabos de las poleas, las redes se elevaban hasta su posición, colgando de los costados del barco de proa a popa, y haciendo de ese modo imposible

para los abordadores entrar por los costados del barco.

—¡Basta! —ordenó Jones, mientras los cabos de amarre se ponían tirantes.

—¡Demasiado tirantes, señor Jones! Ya se lo había dicho antes. ¡Afloje en esas caídas!

Aquellas redes de abordaje amarradas estrechamente y bien tirantes podían parecer más marineras, pero no resultaban tan efectivas, si se consideraba su función como obstáculo. Una red floja y suelta era mucho más difícil de trepar o cortar. Hornblower vigiló que aflojaran las redes convenientemente hasta convertirlas en zafios festones.

—¡Basta!

Aquello estaba mejor. Aquellas redes no estaban dispuestas para pasar la inspección de un almirante, sino para mantener alejados a los abordadores.

—Redes contra abordaje preparadas, señor —informó Jones después de un intervalo de un momento, para llamar la atención de su capitán hacia el hecho de que la tripulación esperaba más órdenes.

Hornblower había dado la última personalmente.

—Gracias, señor Jones.

Hornblower hablaba de una forma un poco ausente; su mirada no se dirigía a Jones, sino a la lejanía. Automáticamente, Jones siguió su mirada.

—¡Buen Dios! —exclamó Jones.

Un gran barco estaba rodeando Red Cliff Point, entrando en la bahía. Todo el mundo lo vio en aquel mismo momento, y un murmullo de exclamaciones se elevó al instante.

—¡Silencio!

Un barco grande, alegremente pintado de rojo y amarillo, se acercaba bajo gavia, un ancho gallardete en el calcés del palo mayor y la bandera del profeta en la cúspide. Era una embarcación grande y torpe, extremadamente pasada de moda, cargando dos hileras de cañones de modo que sus costados eran curiosamente elevados para su longitud, y su manga era extrañamente ancha; su bauprés se alzaba más alto de lo que dictaban las modas actuales para los barcos europeos. Pero la característica que atraía de inmediato la vista era la vela latina en el palo de mesana. Habían pasado más de treinta años desde que la última vela latina de la Marina inglesa había sido reemplazada por la cuadrada gavia de mesana. Cuando Hornblower vio por primera vez a través de su catalejo el pico triangular de su mesana entre las dos gavia cuadradas, aquello le había revelado su nacionalidad de forma inconfundible. Parecía como un cuadro antiguo; sin la bandera, podía haber tenido un lugar en la flota de combate de Blake o de Van Tromp sin levantar ningún comentario. Debía de ser casi la única nave superviviente de los pequeños y torpes barcos de línea que ya habían sido reemplazados por los imponentes 74; pequeños, torpes, pero de todos modos con

un peso de metal que podía reducir a la diminuta *Atropos* a un pecio destrozado con una sola andanada.

—Es un gallardete ancho, señor Jones —dijo Hornblower—. Salúdela.

Habló con la comisura de los labios, porque tenía el catalejo apuntado hacia la nave. Las portas de babor estaban cerradas; en su elevado castillo de proa se podía ver a hombres correteando como hormigas, preparándose para largar el ancla. Estaba atestada de hombres; mientras aferraba las velas, era extraño ver a alguien balanceándose por las inclinadas vergas de mesana. Hornblower nunca había visto nada semejante en su vida, especialmente con aquellos hombres que vestían largas túnicas como camisones que flotaban en torno a sus cuerpos mientras colgaban de las vergas.

El cañón de nueve libras de proa dejó escapar su agudo estampido —algún grumete servidor de pólvora debía de haber corrido rápidamente abajo para traer la carga de pólvora de una libra para el saludo— y una nubecilla de humo, seguida por un trueno, mostró que el barco turco estaba contestando. Llevaba la gavia recogida en calzones —otra visión extraña en aquellas circunstancias— y entraba lentamente por la bahía acercándose a ellos.

—¡Señor Turner! Venga aquí, por favor, para traducir. Señor Jones, envíe a unos hombres al cabrestante, por favor. Tire del esprín si fuera necesario para dirigir los cañones.

La nave turca se acercaba.

—Déles el saludo —dijo Hornblower a Turner.

Un grito volvió de la nave.

—Es la *Mejidieh*, señor —informó Turner—. Ya la había visto antes.

—Dígale que mantenga la distancia.

Turner habló por el altavoz, pero la *Mejidieh* siguió acercándose.

—Dígale que se aparte. ¡Señor Jones! Tire del esprín. ¡Aguante los cañones ahí!

La *Mejidieh* se acercaba más y más, y mientras lo hacía, la *Atropos* giró en redondo, con sus cañones apuntándola. Hornblower cogió el altavoz.

—¡Apártese o dispararé!

La nave alteró el curso casi imperceptiblemente y pasó lo bastante cerca para que Hornblower viera las caras alineadas en el costado, caras con mostachos y caras con barba, caras color de caoba, casi color chocolate. Hornblower observó cómo pasaban. La nave viró con la gavia en calzones a todo ceñir, mantuvo su nuevo curso durante unos segundos y luego aferró sus velas, se puso contra el viento y largó el ancla, a un cuarto de milla de distancia. La excitación del combate iba en aumento en Hornblower, y volvió su antigua depresión. Un zumbido de parloteos se alzó de los hombres que se agolpaban junto a los cañones: por entonces ya era irreprimible, ante aquella notable nueva aparición.

—El barquito de vela latina se acerca, señor —informó Horrocks.

Por la prontitud con la que apareció, debía de estar esperando la llegada de la *Mejidieh*. Hornblower lo vio pasar cerca de la popa de la *Mejidieh*; casi podía oír las palabras que intercambiaron con el barco, y luego se acercó y se puso rápidamente de costado de la *Atropos*. Allí en la popa se encontraba el mudir de barba blanca, gritándoles.

—Quiere venir a bordo, señor —informó Turner.

—Que venga —dijo Hornblower—. Desate esa red lo justo para que pueda pasar.

Abajo en el camarote, el mudir parecía el mismo de siempre. Su delgado rostro estaba tan impasible como de costumbre; al menos, no mostraba signos de triunfo. Podía jugar a ganar como un caballero; Hornblower, sin un solo triunfo en sus manos, estaba decidido a mostrar que podía jugar y perder también como un caballero.

—Explíqueme —dijo a Turner— que lamento que no haya café para ofrecerle. No se puede encender fuego cuando el barco está en zafarrancho de combate.

El mudir fue condescendiente acerca de la ausencia de café, como indicó por un gesto. Hubo un cortés intercambio de cumplidos que Turner no se molestó en traducir, antes de acercarse al tema que tenían entre manos.

—Dice que el valí está en Marmaris con su ejército —informó Turner—. Dice que los fuertes de la boca están equipados y los cañones cargados.

—Dígale que ya lo sé.

—Dígale que ese barco es el *Mejidieh*, señor, con cincuenta y seis cañones y mil hombres.

—Dígale que también lo sé.

El mudir se acarició la barba antes de dar el siguiente paso.

—Dice que el valí se enfadó mucho cuando supo que habían estado sacando un tesoro del fondo de la bahía.

—Dígale que es un tesoro británico.

—Dice que estaba en aguas del sultán, y que todos los pecios pertenecen al sultán.

En Inglaterra todos los pecios pertenecían al rey.

—Dígale que el sultán y el rey Jorge son amigos.

La réplica del mudir a esto fue extensa.

—No va bien, señor —dijo Turner—. Dice que Turquía está en paz con Francia ahora, y es neutral. Dice... dice que no tenemos más derechos aquí que si fuésemos napolitanos, señor.

No podía haber expresión de mayor desprecio en cualquier lugar de Levante.

—Pregúntele si alguna vez ha visto a un napolitano con cañones preparados y mechas ardiendo.

Era un juego perdido el que estaba jugando Hornblower, pero no iba a tirar sus



cartas y mostrar todos los trucos sin luchar, aunque veía que no existía la menor posibilidad de ganar ni siquiera una mano. El mudir se acarició de nuevo la barba; con sus inexpresivos ojos, miró fijamente a Hornblower y luego más allá de él cuando hablaba.

—Seguramente ha estado viéndolo todo con un catalejo desde la costa, señor —comentó Turner—, o habrán sido esos barcos de pesca. De cualquier modo, sabe lo del oro y la plata, y creo también, señor, que ellos sabían desde hace años que ese tesoro se encontraba allí. El secreto no estaba tan bien guardado como se creía en Londres.

—Puedo extraer mis propias conclusiones, señor Turner, gracias.

Fuera lo que fuese lo que sabía o adivinaba el mudir, Hornblower no iba a admitir nada.

—Dígale que nos hemos sentido encantados con el placer de su compañía.

El mudir, cuando se le tradujo esto, permitió que un atisbo de cambio de expresión pasara por su rostro. Pero cuando habló, usó el mismo tono plano.

—Dice que si les entregamos todo lo que hemos recuperado hasta ahora, el valí nos permitirá permanecer aquí y quedarnos con lo demás que encontremos —informó Turner.

Turner mostró un poco de preocupación mientras traducía, pero en su rostro de anciano la expresión más notable era la de curiosidad; él no tenía responsabilidad alguna, y podía permitirse el lujo —el placer— de preguntarse cómo iba a recibir aquella demanda su capitán. Incluso en aquel terrible momento Hornblower se encontró recordando el cínico epigrama de La Rochefoucauld acerca del placer que se deriva de la contemplación de los problemas de nuestros amigos.

—Dígale —replicó al fin— que mi señor el rey Jorge se pondrá furioso si oye decir que se me ha propuesto tal cosa a mí, su servidor, y que su amigo el sultán se pondrá furioso cuando oiga lo que ha dicho su sirviente.

Pero el mudir no se dejó conmover por ningún tipo de sugerencia de complicaciones internacionales. Costaría mucho, mucho tiempo que una queja viajara desde Marmaris a Londres y luego de vuelta a Constantinopla. Hornblower podía adivinar que una pequeña parte de un cuarto de millón de libras esterlinas, depositada en el bolsillo adecuado, podía comprar el apoyo del visir para el valí. La cara del mudir era bastante implacable. Un niño asustado podía tener una pesadilla con una cara tan despiadada como aquélla.

—Maldita sea —dijo Hornblower—, no pienso hacerlo.

No había nada que deseara más en este mundo que romper la frialdad de acero del mudir.

—Dígale —exclamó— que dejaré caer el oro al fondo de la bahía antes que entregárselo. Por Dios que lo haré. Lo dejaré caer al fondo, y podrán pescarlo ellos

mismos, cosa que no son capaces de hacer. Dígale que lo juro por... por el Corán, o por la barba del Profeta o por lo que juren ellos.

Turner asintió, sorprendido; era una respuesta en la que no había pensado, y se dedicó ansiosamente a la tarea de traducir. El mudir escuchó con su sempiterna paciencia.

—No, eso no está bien, señor —dijo Turner, después de la réplica del mudir—. No puede usted amenazarle de ese modo. Dice...

Turner se vio interrumpido por una nueva frase del mudir.

—Dice que una vez haya sido capturado este barco, los idólatras —es decir, los buceadores cingaleses, señor— trabajarán para ellos igual que han trabajado para nosotros.

Hornblower, desesperado, pensó absurdamente en cortar las gargantas de los buceadores después de lanzar el tesoro por la borda; aquello estaría en consonancia con la atmósfera oriental, pero antes de que pudiera trasladar a las palabras aquella salvaje idea, el mudir habló de nuevo, y de forma considerablemente extensa.

—Dice que si no sería mejor volver con una parte del tesoro, señor —lo que podamos recuperar a partir de ahora—, en lugar de perderlo todo. Dice... dice... le ruego que me perdone, señor, pero dice que si cogen a este barco vulnerando la ley, el nombre de usted no merecerá el respeto del rey Jorge.

Era una manera elegante de decirlo. Hornblower podía imaginar bien lo que sus señorías del Almirantazgo dirían. Incluso en el mejor de los casos, aunque lucharan hasta el último hombre, Londres no contemplaría con favor alguno al hombre que había precipitado una crisis internacional y cuya conducta requería el envío de un escuadrón y un ejército a Levante para restaurar el prestigio británico, en un momento en que se necesitaba a todos y cada uno de los barcos y los hombres para luchar contra Bonaparte. Y lo peor de todo: Hornblower podía imaginar su barquito súbitamente invadido por mil hombres al abordaje, apresado, vaciado del tesoro y luego despedido con despreciativa indulgencia para que volviera a Malta contando una historia de ultraje, posiblemente, pero sobre todo de fracaso.

Le costó hasta el último ápice de su fortaleza moral ocultar su desesperación y su consternación —tanto ante Turner como ante el mudir—, de modo que se quedó silencioso durante un rato, temblando, como un boxeador en el ring intentando reunir sus fuerzas después de un golpe que le hubiera cogido con la guardia baja. Como un boxeador, necesitaba tiempo para recuperarse.

—Muy bien —dijo al fin—, dígale que debo pensar en todo esto. Dígale que es demasiado importante para que me decida ahora mismo.

—Dice —tradujo Turner cuando el mudir replicó— que volverá mañana para recoger el tesoro.

## CAPÍTULO 18



En los viejos tiempos, muchos años atrás, cuando Hornblower era guardiamarina en el *Indefatigable*, había formado parte de muchas más expediciones de abordaje de las que podía recordar. La fragata encontraba un barco de cabotaje anclado bajo la protección de unas baterías de costa, o perseguía a otro hasta alguna pequeña bahía; entonces, por la noche —o incluso a plena luz del día—, los botes eran tripulados y enviados allí. El barco de cabotaje tomaba todas las precauciones que podía; podía cargar los cañones, aparejar las redes de abordaje, mantener la tripulación en estado de alerta, mantener botes de guardia en torno al buque, pero no servía de nada. Los asaltantes se abrían camino a bordo, barrían la cubierta, alzaban velas y se hacían con el botín bajo las narices de los defensores. Muy a menudo lo había visto de cerca, había tomado parte en ello. Había contemplado con poca simpatía las patéticas precauciones tomadas por las víctimas.

Ahora eran los otros los que tenían la sartén por el mango; incluso era peor, porque la *Atropos* yacía en plena bahía de Marmaris sin ni siquiera la protección de baterías de costa y con diez mil enemigos en torno a ella. Al día siguiente, había dicho el mudir, volvería a buscar el tesoro, pero no se podía confiar en los turcos. Podía ser un movimiento más para que la *Atropos* se creyera segura. Podía ser atacada por la noche. La *Mejidieh*, allí al lado mismo, podía llenar sus botes con más hombres de los que podía disponer la *Atropos* entera, y además podían venir también soldados amontonados en barquitas de pesca desde la costa. Si era atacada por veinte botes al mismo tiempo, desde todos los lados, por un millar de fanáticos musulmanes, ¿qué podría hacer para defenderse?

Podía aparejar sus redes de abordaje... pero ya estaban aparejadas. Podía cargar los cañones, pero ya estaban cargados, con metralla además de las balas, muy bajos, como para barrer la superficie de la bahía a corta distancia en torno al barco. Podía mantener una ansiosa vigilancia: el propio Hornblower iba dando vueltas en torno al barco, para ver si todos los vigías estaban alerta, las tripulaciones de los cañones dormitando ligeramente, en lo que les permitía la dura cubierta mientras permanecían en sus puestos, el resto de los marineros colocados en torno a los mamparos con los pinchos y machetes a su alcance.

Era una experiencia nueva ser el ratón en lugar del gato, estar a la defensiva en lugar de a la ofensiva, esperar ansiosamente que saliera la luna en lugar de apresurarse al ataque mientras durase la oscuridad. Podía contarse como otra lección de tiempos de guerra saber cómo pensaba y qué sentía la víctima que aguardaba. Algún día, en el futuro, Hornblower podía usar aquella lección y, estableciendo un

paralelo con el buque que estuviera a punto de atacar, ingeniárselas para soslayar las precauciones que ahora él mismo estaba tomando.

Aquella era una prueba más de la levedad y la inconsistencia de su mente, se dijo Hornblower, mientras la amargura y la desesperación volvían a invadirle con fuerza abrumadora. Allí estaba él pensando en el futuro, en algún otro destino que pudiera tener, cuando en realidad no había futuro. Ningún futuro. Al día siguiente llegaría el final. No sabía con certeza todavía lo que haría; vagamente se dibujaba en su mente el plan de vaciar al amanecer el barco de su tripulación —los no nadadores en los botes, los nadadores enviados a buscar refugio en el *Mejidieh*—, mientras él iba abajo, al almacén, con una pistola cargada, para volar el buque, el tesoro y a él mismo con sus ambiciones muertas, su amor por sus hijos y su mujer, todo volado en mil pedazos. Pero ¿sería aquello mejor que hacer un trato? ¿Sería mejor que volver no sólo con la *Atropos* intacta sino con cualquier parte más del tesoro que pudiera rescatar McCullum? Era su deber salvar su barco si podía, y podía. Setenta mil libras era mucho menos que un cuarto de millón, pero sería un regalo del cielo para una Inglaterra desesperada por el oro. Un capitán de la Marina no debía albergar sentimientos personales; tenía un deber que cumplir.

Aquello podía muy bien ser así, pero de todos modos estaba estremecido de angustia. Aquella pena honda y oscura que le estaba venciendo escapaba a su control. Miró la oscura sombra de la *Mejidieh*, y la pena se unió a un intenso sentimiento de odio, como un feo dibujo rojo y negro que se superpusiera ante sus ojos. La vaga forma de la *Mejidieh* retrocedía a popa de la *Atropos*. El suave viento de la noche estaba rolando, como se podía esperar muy bien a aquella hora, y haciendo girar a los buques anclados. Por encima de su cabeza brillaban las estrellas, aquí y allá oscurecidas por manchas de nubes cuya presencia sólo se intuía, moviéndose muy despacio por encima del cénit. Y allá arriba, más allá de la *Mejidieh*, el cielo aparecía un poco más pálido; la luna debía de estar saliendo por encima del horizonte, detrás de las montañas. La noche más hermosa imaginable con aquella suave brisa... ¡Qué brisa tan dulce! Hornblower miró en torno a la oscuridad como si temiera que alguien pudiera adivinar de forma prematura la idea que se estaba formando en su mente.

—Me voy abajo durante unos minutos, señor Jones —dijo, suavemente.

—Sí, señor.

Turner, por supuesto, había estado hablando. Les había contado a los oficiales el aprieto en el que se encontraba su capitán. Uno podía deducir la curiosidad en el tono de aquellas palabras de Jones, aunque eran pocas. La resolución llegó y dio una capa de laca sobre aquel dibujo rojo y negro.

Abajo en el camarote, las dos velas que mandó a buscar iluminaban todo el pequeño espacio, excepto alguna sombra espesa aquí y allá. Pero la carta marina que había extendido entre ellas se encontraba brillantemente iluminada. Se inclinó sobre

ella, examinando las diminutas figuras que marcaban las mediciones. Ya las conocía bien, había pensado en ellas; realmente, no necesitaba refrescar su memoria. Red Cliff Point, Passage Island, Kaia Rock, Point Sari más allá de Kaia Rock... lo conocía todo muy bien. Podía ganar el barlovento de Kaia Rock con aquella brisa si tenía que hacerlo. ¡Dios mío, había que darse prisa! Sopló para apagar las velas y salió del camarote.

—¡Señor Jones! Quiero a dos segundos contraмаestres de confianza. En silencio, por favor.

Aquella brisa soplaba todavía, aunque muy suavemente, un poco más intermitente de lo que sería deseable, y la luna todavía no había clareado las montañas.

—Ahora, ustedes dos, presten atención. Vayan silenciosamente alrededor del barco y vean que todos los hombres estén despiertos. Ni un solo ruido, ¿me oyen? Los vigías se reunirán silenciosamente a los pies de los masteleros. Silenciosamente.

—Sí, señor —fue la respuesta susurrada.

—Vamos. Ahora, señor Jones...

El suave susurro de los pies desnudos sobre cubierta mientras los hombres se reunían actuó como acompañamiento de las susurradas órdenes que Hornblower estaba transmitiendo a Jones. Por encima de ellos se cernía la enorme masa de la *Mejidieh*, dos mil oídos podían captar el más ligero ruido inusual: un hacha depositada con algo de fuerza en cubierta, por ejemplo, o las barras del cabrestante colocadas suavemente en sus alvéolos. El contraмаestre fue a popa de nuevo para unirse al pequeño grupo de oficiales en torno a Hornblower y para hacer su informe en un susurro que cuadraba muy mal con su poderoso aspecto.

—El linguete del cabrestante está fuera, señor.

—Muy bien. El suyo será el primer movimiento. Vuelva, cuente hasta cien y saque el esprín. Seis vueltas, y sujételo. ¿Entendido?

—Sí, señor.

—Y entonces, aléjese. Los otros, ¿tienen claro cuáles son sus obligaciones? Señor Carslake, con el hacha en el cable. Yo me ocuparé del hacha del esprín. Señor Smiley, escotas del velacho. Señor Hunt, escotas de la gavia. Vayan a sus puestos.

El pequeño barquito estaba allí tranquilamente. Un pequeño rayo de luna pasó por encima de las montañas, y se amplió durante un momento, revelando cómo se encontraba pacíficamente al ancla. Parecía inerte, incapaz de acción alguna. Hombres silenciosos hormigueaban en las jarcias y esperaban la señal. Hubo un leve crujido cuando el esprín del cable se tensó, pero no resonó ruido alguno en el cabrestante, porque el linguete había sido sacado de su retén; los hombres a las barras del cabrestante caminaban silenciosamente en redondo, y cuando completaron sus seis vueltas, con el pecho apretado contra las barras, los pies se clavaron en la cubierta, sujetando el barco fijo.

Bajo el empuje del esprín, el barco se situó en ángulo a la brisa, de modo que cuando se largaran las velas no se perdiera ni un momento para coger impulso y arriar cabos. Estaría navegando de inmediato.

La luna había aclarado las montañas; los segundos pasaban lentamente.

Sonó la campana del barco: ding, ding. Dos campanadas. La señal.

Los pies golpearon al unísono. Los motones chirriaron, pero al mismo tiempo que los oídos captaban aquel sonido, vergas y estay del trinquete habían florecido de lonas. A proa y a popa resonaron unos ruidos secos mientras las hojas de las hachas cortaban cable y esprín: con el súbito fin de la resistencia del esprín, el cabrestante giró en redondo, precipitando a los hombres que había en las barras contra la cubierta. Hubo magulladuras y golpes, pero nadie prestó atención a aquellas heridas; la *Atropos* había levado anclas. En cinco segundos, sin dar ningún tipo de aviso previo, se había transformado de un objeto inerte y estacionario en una cosa viva, deslizándose por el agua hacia la entrada de la bahía. Estaba salvada del peligro de las andanadas de la *Mejidieh*, porque la *Mejidieh* no tenía esprín alguno en su cable para hacerla girar en redondo. Tendría que levar el ancla, o cortar o soltar el cable; tendría que largar bastante vela para que le diera impulso, y entonces tendría que guiñar en redondo antes de poder hacer fuego. Con una tripulación en alerta, despierta y lista para la llamada, Pasarían al menos unos cuantos minutos antes de que pudiera lanzar una andanada sobre la *Atropos*, y entonces ésta se encontraría a una distancia de media milla o más.

La *Atropos* había ido ganando velocidad, y ya estaba muy claro antes de que la *Mejidieh* diera sus primeras señales de vida. El profundo retumbar de un tambor llegó resonando por encima del agua; no el redoble agudo del tambor de la *Atropos*, sino el tono mucho más profundo y lento de un timbal grave monótonamente golpeado.

—¡Señor Jones! —exclamó Hornblower—. Apareje esas redes de abordaje, por favor.

La luna brillaba esplendorosamente, iluminando el agua que se encontraba ante ellos.

—Cuarta a estribor —dijo Hornblower al timonel.

—Cuarta a estribor —llegó la automática respuesta.

—¿Va usted a tomar el paso del oeste, señor? —preguntó Turner.

Como piloto y oficial de derrota su puesto en acción estaba en el alcázar junto a su capitán, y la pregunta que había hecho estaba estrictamente dentro de su competencia.

—No lo creo —respondió Hornblower.

El redoble del tambor de la *Mejidieh* era audible todavía; si el sonido llegaba a las baterías, los servidores de los cañones se pondrían en alerta. Y cuando llegó a esta conclusión, un relámpago naranja llegó desde lejos, a popa, como si

momentáneamente se hubiese abierto la puerta de un horno y luego se hubiese vuelto a cerrar. No se oyó sonido alguno de disparo, pero aunque hubiese sido una simple salva, aquello serviría para alertar a las baterías.

—Voy a pasar por debajo de Sari Point —dijo Hornblower.

—¡Sari Point, señor!

—Sí.

Era la sorpresa y no la disciplina lo que limitó las protestas de Turner a aquella simple exclamación. Treinta años de servicio en la marina mercante habían entrenado la mente de Turner de modo que no comprendía de ningún modo que uno pudiera sujetar a su barco voluntariamente a los azares de la navegación; sus años de servicio como piloto en la Marina habían hecho poco para cambiar aquella actitud mental. Su deber era mantener el barco a salvo de bajíos y tempestades, y dejar que el capitán se preocupara de las balas de cañón. Nunca habría pensado ni por un momento en tratar de llevar a la *Atropos* a través del estrecho canal entre Sari Point y Kaia Rock, ni siquiera a la luz del día, y muchísimo menos de noche, y como ni siquiera había pensado en ello, estaba sin habla.

Otro relámpago anaranjado apareció a popa; otro trueno llegó a sus oídos.

—Tome un catalejo nocturno y vaya adelante —ordenó Hornblower—. Busque la rompiente.

—Sí, señor.

—Tome un altavoz también. Asegúrese de que puedo oírle.

—Sí, señor.

El fuego de cañón de la *Mejidieh* habría alertado a las guarniciones de las baterías; habría ahora mucho tiempo para que los hombres se despertaran y se colocaran ante sus cañones, tuvieran sus botafuegos bien encendidos y pudieran barrer los canales con sus disparos. Los cañones turcos quizá no fuesen demasiado eficientes, pero el fuego cruzado en el paso del este difícilmente podía fallar. El paso del oeste, entre Kaia Rock y Passage Island, no sería barrido de forma tan competente, pero por otra parte, no tendrían que apuntar demasiado, y con la doble vuelta que se tenía que hacer (la *Atropos* sería un blanco fácil) no habría oportunidad alguna de pasar sin ser dañado. Desarbolada, o aunque fuera sólo dañada, la *Atropos* caería como presa fácil bajo el control de la *Mejidieh*, que pasaría a través del paso del este a su placer. Y, dañada y fuera de control, la *Atropos* podía hundirse, y la verdad es que se trataba de una nave pequeña, frágil: una salva de las grandes balas de cañón de piedra que preferían los turcos, desde la altura, podía reducirla a pedazos, destrozarse su casco y hacerla zozobrar en un minuto. Tendrían que llevarla bajo Sari Point; aquello duplicaría, triplicaría la distancia desde los cañones de Passage Island; sería un movimiento por sorpresa, y muy probablemente los cañones de allí estarían apuntando hacia Kaia Rock, para barrer el pasaje más estrecho: su puntería tendría

que ser apresuradamente cambiada y por el momento al menos tendrían la propia roca para cobijarse. Era la mejor oportunidad que tenía.

—Una cuarta a estribor —dijo al cabo de derrota.

Aquél era el momento, como si sacara su rey, como tercer jugador, en la primera baza de una mano de whist; era lo mejor que podía hacer, tomando en consideración todas las posibilidades, y así, una vez tomada la decisión, no había ya opción para cambiar de idea.

La brisa moderada se estaba manteniendo; aquello significaba no solamente que tenía la *Atropos* bajo pleno control, sino también que las pequeñas olas estarían rompiendo a los pies de Kaia Rock y Sari Point, reflejando la luz de la luna visiblemente ante el catalejo nocturno de Turner. Podía ver con bastante claridad la península de Ada. En aquel ángulo, parecía como si no hubiera salida alguna de la bahía; la *Atropos* parecía estar deslizándose, sin prisa, como dispuesta a inmolarsse contra una costa no interrumpida.

—Señor Jones, los hombres a las brazas y escotas de las velas de proa, por favor.

Los cañoneros de Ada serían capaces de ver la nave con bastante claridad ahora, silueteada contra la luna; estarían esperando que diese la vuelta. Passage Island y Sari Point estaban todavía unidas.

—¡Rompientes por la amura de babor!

Era el aviso de Turner desde la proa.

—¡Rompientes por delante! —una larga pausa y luego la aguda voz de Turner de nuevo, afilada por la preocupación—. ¡Rompientes por delante!

—Señor Jones, pronto viraremos por redondo.

Podía verlo todo bastante bien. Evocaba mentalmente la carta marina y podía superponerla al oscuro paisaje que tenía ante él.

—¡Rompientes por delante!

Cuanto más se acercasen, mejor. Aquella costa era empinada.

—Ahora, señor Jones. Timonel, todo a estribor —ordenó Hornblower.

La embarcación giraba sobre sus talones como una bailarina. ¡Demasiado rápido!

—¡Aguanta! ¡Así!

Tuvo que sujetarla durante un momento; aquello serviría, también, porque así la *Atropos* podría recuperar el impulso y la manejabilidad de los cuales el abrupto giro le había privado.

—¡Rompientes por delante! ¡Rompientes por la amura de estribor! ¡Rompientes por babor!

Una cadena de largos, brillantes relámpagos por encima de la aleta de babor; una serie de estampidos, resonando de nuevo desde las montañas.

—Todo a estribor. Bracee por sotavento, señor Jones. ¡De bolina franca!

Y ahora se volvían, con Sari Point justo al costado; no simplemente al costado,



sino encima mismo de su hueca curva.

—¡Siga barloventeando!

—Señor... señor...

El cabo de derrota a la caña del timón graznaba con ansiedad; se quedaría inmovilizada en un momento. Las foques estaban gualdrapeando. Por lo que podía notar, perdía impulso, hundiéndose a sotavento; dentro de poco rato embarrancarían.

—Un poco a babor.

Aquello la mantendría en marcha durante un momento. La negra mole de Kaia era plenamente visible a babor. Sari estaba delante y a estribor, y estaban contra el viento. Se dirigían hacia adelante a la destrucción. Pero tenía que haber un golpe de viento contrario desde Sari Point. No podía ser de otro modo, con aquella configuración de tierra. Las foques gualdrapearon de nuevo mientras el cabo de derrota al timón vacilaba entre embarrancar o hacer un movimiento imprevisto.

—Aguanta.

—¡Señor...!

Si encontraban algo de viento, debía ser muy cerca de la tierra, justo debajo. ¡Ah! Hornblower podía notar la transición con la aguda sensibilidad de los marinos; el cese del viento y luego el débil, suave aliento en la otra mejilla. Las foques gualdrapearon de nuevo, pero de una manera diferente a la de antes; antes de que Hornblower pudiera hablar, el suboficial estaba dando la vuelta al timón con alivio. Sólo tendrían garantizado un segundo o dos entonces, un tiempo realmente breve en el cual coger de nuevo impulso para llevar el barco bajo control, y ganar distancia de los acantilados.

—¡Aguanta y vira!

Impulso, de modo que la pala del timón pudiera agarrar; eso era ahora lo que necesitaban. Un relámpago y un rugido desde Passage Island: Kaia Rock casi interceptó el relámpago; quizás el disparo fuera interceptado también. El primer cañón que sería recargado sería aquél. Los otros, indudablemente, seguirían pronto. Otro relámpago, otro rugido, pero no hubo tiempo para pensar en ellos, porque la percepción de Hornblower le habló de la reciente alteración del sentido del barco. Estaban recogiendo el viento de nuevo.

—¡Escotas de los foques!

Un momento más. ¡Ya!

—¡A estribor todo!

Podía notar cómo agarraba la pala del timón. Estaba dando la vuelta. No fallarían la virada. Mientras emergía en el viento, estaba en su nueva bordada.

—¡Rompientes por delante!

Era Kaia Rock, por supuesto. Pero debían coger impulso de nuevo.

—¡Aguanta y vira!

Podían aguantar hasta que el bauprés estuviera casi tocando. Espera. ¡Ahora!

—¡Todo!

El timón giró. Estaba flojo. Sí... no... sí. El estay de la trinquete tiraba. Daban la vuelta. Las vergas se volvieron mientras los hombres iban a popa con las brazas de sotavento. Un momento de duda y luego el barco tomó impulso en el nuevo rumbo, dejando Kaia muy cerca a su lado, Sari Point delante; no había oportunidad de dejarlo a barlovento con aquel rumbo.

—¡Aguanta y vira!

Aguantar tan lejos como fuera posible; aquélla sería la última bordada necesaria. Un ruido aullante pasó muy cerca por encima de su cabeza. Era una bala de cañón desde Passage Island.

—¡Aguanta! ¡Todo!

Viró, las rocas a los pies de Sari Point claramente visibles mientras se alejaba de ellas. Una ráfaga, un remolino en el viento de nuevo, pero sólo un segundo de duda antes de captar de nuevo la brisa. Agarrarse a la seguridad durante un momento más, con Kaia muy cerca por el través. Ahora estaban plenamente a salvo.

—¡Señor Jones! Rumbo sur cuarta al sureste.

—¡Rumbo sur cuarta al sureste, señor!

Iban dirigiéndose a mar abierto, con Rodas a estribor y Turquía detrás de ellos, y con un rescate digno de un rey en el pañol. Dejaban atrás el rescate de un príncipe, por así decirlo, pero Hornblower apenas pensó en ello durante un segundo.

## CAPÍTULO 19



La corbeta de su majestad *Atropos*, ciertamente, era el barco más pequeño de la Marina británica. Había bergantines mucho más pequeños que ella, y goletas y cúters más pequeños aún, pero aquella corbeta era el barco más pequeño en el sentido técnico, con sus tres palos y un capitán al mando, que pertenecía al rey Jorge, aunque Hornblower estaba muy contento con ella. Había veces en que cuando miraba la lista de capitanes, y veía debajo de su nombre los de los cincuenta capitanes más nuevos que él, y cuando veía por encima de su nombre el número de capitanes más antiguos que él, que lentamente iba disminuyendo —a medida que estos capitanes morían o alcanzaban el rango de bandera—, se le ocurría que algún día, si tenía buena suerte, podía ser destinado a una fragata o incluso a un navío de línea, aunque por el momento se sentía satisfecho.

Había completado una misión y se estaba dirigiendo hacia otra. Había descargado en Gibraltar doscientas mil libras esterlinas en monedas de oro y plata, y había dejado también allí al desagradable señor McCullum y sus buceadores cingaleses. El dinero esperaba su embarque hacia Londres, donde constituiría parte del «oro británico» que iba a sostener los decaídos espíritus de los aliados de Inglaterra y contra el cual Bonaparte rabiaba tan furiosamente en sus comunicados. McCullum y sus hombres esperarían una oportunidad para viajar en la dirección opuesta, en torno a África, hacia la India de nuevo. Y la *Atropos* corría empujada por una pesada borrasca del oeste en una tercera dirección, subiendo por el Mediterráneo para reunirse con Collingwood y su flota mediterránea.

Parecía despreocupadamente libre de problemas mientras cabeceaba y se balanceaba en el mar de aleta; después de seis meses a bordo, con apenas seis horas en tierra, el mareo de Hornblower ya no le molestaba y él, junto con su barco, se sentía también aliviado por ese hecho. Collingwood había visto su informe de su actuación en Marmaris y lo había considerado apto para la aprobación, antes de enviarle a Gibraltar con el tesoro, y le había dado, para su viaje de vuelta, órdenes que un joven y audaz capitán seguramente aprobaría. Tenía que limpiar la costa del Mediterráneo del sur de España, desorganizar el comercio costero español, recoger toda la información que pudiera mediante la observación personal de los puertos, y luego echar un vistazo en Córcega antes de reunirse con la flota junto a las costas de Italia, donde ésta se encontraba conteniendo al borde del agua la nueva oleada de conquista de Napoleón. Nápoles había caído ya, pero Sicilia se mantenía aún intacta. El monstruoso poder de Bonaparte acabó cuando el agua salada alcanzó las cinchas de la silla de montar de su caballo. Sus ejércitos podían marchar adonde quisieran,

pero sus barcos se refugiaban en los puertos, o sólo se aventuraban en ataques furtivos, mientras que la pequeña *Atropos*, con sus veintidós cañoncitos, había navegado dos veces de lado a lado del Mediterráneo, desde Gibraltar hasta Marmaris y de vuelta de nuevo, sin haber visto ni una sola vez la bandera tricolor.

No era de extrañar que Hornblower se sintiera feliz consigo mismo, de pie en la cabeceante cubierta, sin dudas que le agobiaran, mirando la silueta dentada que, en el claro cielo mediterráneo, señalaba las montañas de España. Había navegado osadamente al alcance de tiro de cañón de las bahías y fondeaderos de la costa; había escudriñado Málaga, Motril y Almería; los barcos de pesca y de cabotaje habían huido a la desbandada ante él como pececillos ante un pez grande. Había rodeado el cabo de Gata y había hecho el camino de vuelta a la costa de nuevo para ir a echar un vistazo a Cartagena. Málaga y Almería no cobijaban barco de guerra alguno. Aquella era una información negativa, pero incluso la información negativa era valiosa para Collingwood mientras dirigía las actividades de su enorme flota, cubriendo las ramificaciones del comercio británico a través de dos mil millas de mares, tomando el pulso a un puñado de enemistades y alianzas internacionales. Cartagena era la principal base naval española. Un somero examen revelaría si el arruinado gobierno español había realizado algún esfuerzo para reconstruir su flota, destrozada en Trafalgar. Quizás un barco francés o dos se refugiaran allí, en una etapa de algún crucero aventurero planeado por Bonaparte para intentar asestar un golpe a los convoys británicos.

Hornblower miró al tirante cordaje, notó el cabeceo y balanceo del barco bajo sus pies. Había ya dos rizos en las gavias: la que soplaba era una más que mediana borrasca. Consideró, y luego descartó, la idea de un tercer rizo. La *Atropos* podía llevar aquella cantidad de lona de forma bastante segura. El cabo Cope se encontraba por el través de babor: su catalejo revelaba que un pequeño grupito de barcos de cabotaje se había refugiado en los bajíos bajo su sotavento, y los miró anhelante. Pero había baterías que los protegían, y aquel viento hacía que cualquier intento de atacarlos resultase impracticable. No podía enviar botes encontrándose en las garras de una media borrasca. Dio una orden al timonel y la *Atropos* fue a toda prisa hacia Cartagena. Era emocionante quedarse allí de pie junto a la regata con el viento aullando en torno a él y una espumosa ola emergiendo de debajo de la proa, bajo sus pies. Sonrió al ver la clase de navegación del señor Turner en pleno funcionamiento: Turner tenía a los guardiamarinas y los oficiales de derrota en torno a él dándoles instrucciones sobre navegación costera. Estaba tratando de lastrar sus sesos de mosquito con buenas y sólidas nociones matemáticas sobre el «punto de posición móvil», «doblar el ángulo por la amura» y la «medición de cuatro cuartas», pero era una tarea muy difícil retener su atención en aquel entorno tan estimulante, con el viento haciendo ondear la carta marina salvajemente en la mano de Turner e incluso

haciendo difícil para los jóvenes mantener sus pizarras quietas al agarrarse a sus superficies inclinadas.

—Señor Turner —dijo Hornblower—. Infórmeme de cualquier caso de distracción inmediatamente y yo trataré al culpable como se merece.

Aquello aquietó bastante a los muchachos y les obligó a contener sus instintos animales. Smiley se detuvo en mitad de un guiño al joven príncipe, y el embrión de carcajada del príncipe fue abortado como mueca culpable. Aquel chico se había convertido en un ser humano completo por entonces. Había una gran distancia entre la estirada corte germana en la que había nacido y la ventosa cubierta del *Atropos*. Si alguna vez volvía al trono de sus padres, se libraría de la esclavitud del sextante, pero quizá recordara aquellos ventosos días con añoranza. El sobrino nieto del rey Jorge... Hornblower le miró fingiendo que estudiaba el triángulo equilátero garabateado en su pizarra, y sonrió para sí, recordando el horror del doctor Eisenbeiss ante su sugerencia de que quizás el castigo corporal pudiera ser utilizado con un príncipe reinante. No había llegado aún el caso, pero podía ser.

Sonaron cuatro campanadas, se dio la vuelta al reloj de arena, el timón fue relevado y Turner despidió a sus alumnos.

—¡Señor Smiley! ¡Señor Horrocks!

Los guardiamarinas despedidos se volvieron hacia su capitán.

—Quiero que suban ahora a los topes con sus catalejos.

Los ojos jóvenes y penetrantes eran lo más adecuado para escudriñar Cartagena. Hornblower notó la súplica en la expresión del príncipe.

—Muy bien, señor príncipe. Puede subir usted también. Al mastelero de gavia con el señor Smiley.

Era un castigo frecuente enviar a un oficial joven arriba, a la incomodidad del calcés, pero aquel día no era ningún castigo, no cuando había que examinar un puerto enemigo, y debía hacerse un informe de los barcos que había dentro. Cartagena iba a estar a la vista muy pronto; el castillo y las torres de las iglesias eran visibles ahora más allá del refugio de la isla de La Escombrera. Con aquel viento del oeste era bastante fácil permanecer quieto, de manera que se pudiera tener desde el calcés una visión de la bahía interior.

—¡Ah de cubierta! Capitán, señor...

Smiley le estaba llamando desde el tope del mastelero de gavia. Hornblower tuvo que caminar hacia adelante para oír lo que le tenía que decir, porque el viento se llevaba sus palabras.

—¡Hay un buque de guerra en el exterior de la bahía, señor! Parece español. Una de sus grandes fragatas. Tiene las vergas guarnecidas.

Era probable que se tratase de la *Castilla*, una de las supervivientes de Trafalgar.

—Hay siete velas de barcos de cabotaje anclados muy cerca, señor.

Estaban bastante seguros en el *Atropos* en aquellas condiciones.

—¿Y en el interior del puerto?

—Cuatro... no, cinco barcos amarrados allí, señor.

Y dos cascos.

—¿Qué le parecen?

—Cuatro de línea, señor, y una fragata. No tienen vergas guarnecidas. Van desarmados, diría yo, señor.

En años pasados, el gobierno español había construido muy buenos barcos, pero la corrupción y la ineficacia de Godoy habían permitido que todos se pudrieran en sus fondeaderos por falta de tripulaciones y aprovisionamientos. Las últimas informaciones de Cartagena hablaban de cuatro buques de línea y una fragata armada, así que no existía cambio alguno; información negativa para Collingwood de nuevo, pero útil.

—¡Está largando vela!

Ésa era la voz del príncipe, aguda y excitada, gritando. Un momento más tarde, Horrocks y Smiley complementaban el aviso.

—¡La fragata, señor! ¡Está largando vela!

—¡Puedo ver su cruz, señor!

Los barcos de guerra españoles tenían la costumbre de izar grandes cruces de madera en el pico de mesana cuando parecía probable que hubiese acción. La fragata debía de estar planeando hacer una escapada, para perseguir a su inquisitivo visitante. Era un buen momento para batirse en retirada. Una gran fragata española como la *Castilla* llevaba cuarenta y cuatro cañones, justo dos veces más que la *Atropos*, y con tres veces su peso de metal. ¡Si más allá del horizonte la *Atropos* tuviera una colega con la que pudiera engañar a la *Castilla*! Había que conservar aquello en mente y sugerírselo a Collingwood, de todos modos; aquel capitán español era emprendedor y enérgico, y quizá fuese temerario... debía de estar ardiendo de vergüenza después de Trafalgar, y a lo mejor podían engañarle y atraerle a su destrucción.

—¡Está zarpando, señor!

—¡Ha largado el velacho! ¡Ha largado la gavia, señor!

No tenía ningún sentido jugar con el peligro, pues aun con aquel viento la *Atropos* tenía una vía de escape despejada hacia la seguridad.

—Manténte a una cuarta —dijo Hornblower al timonel, y la *Atropos* se volvió un poco para mostrar sus talones al español.

—¡Está saliendo, señor! —informó Horrocks desde el mastelero de mayor—. Gavias arrizadas. Dos rizos creo yo, señor.

Hornblower paseó su catalejo por la aleta. Allí estaba, el rectángulo blanco asomando por encima del horizonte a medida que la *Atropos* se alejaba... la gavia arrizada de la *Castilla*.

—Está dirigiéndose justo hacia nosotros ahora, señor —informó Smiley.

En una persecución de popa como aquélla la *Atropos* no tenía nada que temer, recién cubierta de cobre como estaba y con su buena velocidad. Pero el fuerte viento y la mar gruesa favorecerían al barco mayor, por supuesto. La *Castilla* podía ingeniárselas para mantener a la *Atropos* a la vista aunque no tuviera oportunidad alguna de sobrepasarla. Sería una lección muy útil para los oficiales y los hombres ver cómo la *Atropos* aprovechaba al máximo todo su potencial de velocidad. Hornblower miró de nuevo arriba a las velas y el cordaje. Ciertamente, ahora no tenía sentido tomar un tercer rizo. Debía largar toda la vela posible, igual que estaba haciendo la *Castilla*.

El señor Still, como oficial de la guardia, se tocaba el sombrero ante Hornblower con una pregunta de rutina.

—Adelante, señor Still.

—¡Licores!

Aunque un potente enemigo les perseguía, la vida de la *Atropos* continuó con bastante normalidad; los hombres tomaron su ron y fueron a cenar, cambió la guardia, el timón fue relevado. El cabo de Palos desapareció por la aleta de babor y la *Atropos* siguió volando por el Mediterráneo, en mar abierto, y aquella forma blanca y rectangular siguió manteniendo su posición en el horizonte a popa. La *Castilla* se estaba comportando muy bien para ser una fragata española.

—Llámeme si hay algún cambio, señor Jones —dijo Hornblower, cerrando su catalejo.

Jones estaba nervioso: ya se veía en una prisión española. No le haría ningún daño quedarse en cubierta con la responsabilidad, aunque abajo en su camarote Hornblower se levantó de la mesa donde estaba cenando para mirar a popa a través del escotillón y asegurarse de que la *Castilla* no les iba ganando terreno. De hecho, Hornblower no lo sintió cuando, sin haber terminado todavía su cena, un golpecito en la puerta anunció a un mensajero del alcázar.

—Con los respetos del señor Jones, señor, el viento se está moderando un poco, cree él, señor.

—Ya voy —dijo Hornblower, dejando cuchillo y tenedor.

En una brisa moderada, la *Atropos* tenía que ser capaz de superar a la *Castilla* bajo gavias en una hora o dos, y cualquier reducción en el viento era una ventaja para la *Atropos* en tanto llevaba extendida toda la lona que podía llevar. Pero requeriría buen juicio desplegar los rizos en el momento adecuado, sin poner en peligro los mástiles por un lado ni perder distancia por otro. Cuando Hornblower llegó a cubierta, una sola mirada le dijo que ya era el momento de hacerlo.

—Tiene usted mucha razón, señor Jones —dijo (le pareció conveniente darle una palmadita en la espalda)—, desplegaremos un rizo.

La orden corrió por cubierta.

—¡Hombres a las velas!

Hornblower miró a popa a través de su catalejo; a medida que la *Atropos* levantaba su popa, podía mantener la gavia de la trinquete de la *Castilla* en el centro del campo. El más concienzudo examen no le permitía decidir si estaba o no más cerca. Debía situarse exactamente manteniendo su distancia. Entonces, mientras tenía la gavia enfocada en la lente, vio —estaba casi seguro de haberlo visto— la forma rectangular convertirse en un cuadrado. Descansó el ojo y miró de nuevo. No había duda alguna. La *Castilla* había decidido que era también el momento de desplegar un rizo.

Hornblower miró arriba, a la verga de la gavia de la *Atropos*. Los vigías, inclinados sobre las vergas a aquella vertiginosa altura, habían acabado de desatar los rizos. Ahora venían a toda prisa desde las vergas. Smiley tenía la verga de estribor, y su alteza serenísima el príncipe de Seitz-Bunau la de babor. Hacían carreras, como de costumbre, colgándose de las burdas y deslizándose abajo sin pensar ni por un momento en sus cuellos. Hornblower se alegraba de que aquel chico hubiera hecho pie... por supuesto, estaba lleno de emoción por la perspectiva de la huida y la persecución; a Hornblower le hacía gracia que Smiley hubiera adoptado aquella divertida actitud paternal hacia él.

Al soltar los rizos, la *Atropos* incrementó de nuevo su velocidad; Hornblower podía sentir el renovado empuje de la vela en el casco del barco bajo sus pies; notaba el frenético salto del buque en la cresta de las olas. Dirigió una cautelosa mirada a la arboladura. Aquél no era el momento de que nada se torciera, no con la *Castilla* corriendo en su persecución. Jones estaba de pie junto al timón. El viento daba justo sobre la aleta de estribor, y el pequeño barquito respondía bien a su timón, pero era tan importante mantener un ojo atento al timonel como comprobar que no dividían una gavia. Requería cierta resolución dejar a Jones solo de nuevo a cargo de todo e ir abajo a tratar de acabar su comida.

Cuando recibió de nuevo abajo el mensaje de que el viento se estaba moderando, tuvo la extraña sensación, que había experimentado antes un par de veces, de que algo se repetía, aunque no había pasado nunca antes... las circunstancias eran tan idénticas...

—Con los respetos del señor Jones, señor, el viento se está moderando un poco, le parece, señor.

Hornblower intentó dar una respuesta diferente.

—Saludos al señor Jones, y dígame que voy a cubierta.

Igual que antes, pudo notar que el barco no estaba dando lo mejor de sí mismo. Como antes, dio la orden de que se desplegara un rizo. Igual que antes, dio la vuelta para dirigir su catalejo hacia la gavia de la *Castilla*. Y justo igual que antes, se volvió



mientras los hombres se preparaban para bajar de las vergas. Pero aquél fue el momento en que todo tomó un curso diferente, cuando la desesperada emergencia que siempre queda en el futuro, al otro lado del horizonte sobre el mar, hizo su aparición.

La excitación había estimulado al príncipe hasta la locura. Hornblower miró arriba y vio al chico de pie en la verga de babor, no simplemente de pie, sino bailando, dando un torpe paso o dos e intentando provocar a Smiley para que le imitara en la verga de estribor, con una mano en la cadera y la otra por encima de la cabeza. Hornblower iba a gritar una reprimenda; abrió la boca e hinchó el pecho, pero antes de que pudiera pronunciar un solo sonido, el pie del príncipe resbaló. Hornblower le vio tambalearse, luchar para recuperar el equilibrio y luego caer pesadamente por el aire, y dar una vuelta completa mientras caía.

Más tarde, Hornblower, por pura curiosidad, hizo el cálculo. El príncipe cayó desde una altura de un poco más de setenta pies, y sin la resistencia del aire, y si no hubiera rebotado en los obenques, habría alcanzado la superficie del mar en unos dos segundos. Pero la resistencia del aire no debía ser despreciada en absoluto: sin duda había hinchado su chaqueta por debajo y amortiguado considerablemente su caída, porque el chico no estaba muerto y de hecho sólo se quedó momentáneamente inconsciente por el golpe. Probablemente, le costó más de cuatro segundos al príncipe caer al mar. Hornblower hizo el cálculo cuando meditaba sobre el incidente más tarde, porque podía recordar claramente todos los pensamientos que habían pasado por su mente durante aquellos cuatro segundos. La momentánea exasperación llegó primero, y luego la ansiedad, y a continuación vino un apresurado resumen de la situación. Si retrocedía para recoger al chico, la *Castilla* tendría todo el tiempo que necesitaba para alcanzarles. Si seguía adelante, el chico se ahogaría. Y si seguía adelante, tendría que informar a Collingwood de que había abandonado al sobrino nieto del rey sin levantar un solo dedo para ayudarlo. Tenía que escoger rápidamente... rápidamente. No tenía derecho a arriesgar su barco para salvar una sola vida. Pero... si el chico hubiese muerto en combate debido a una andanada que barrierá la cubierta, habría sido muy diferente. Abandonarle era una cosa completamente distinta. Tras aquella conclusión vino otra idea, el inicio de otra idea que brotaba como una semilla sembrada junto a Cartagena. No tuvo tiempo de desarrollarla en aquellos cuatro segundos: fue como si Hornblower actuase en el momento mismo en que el verde brote procedente de la semilla asomaba en la superficie de la tierra, y se desarrollase plenamente después.

Para el momento en que el chico había llegado al mar, Hornblower había arrancado el salvavidas de la regata; lo arrojó por encima de la aleta de babor mientras la velocidad del buque llevaba al chico casi al extremo contrario, y cayó al mar muy cerca de él. En el mismo momento, el aire que Hornblower había contenido

en sus pulmones para regañar al príncipe fue expelido aullando una serie de órdenes.

—¡Brazas de mesana! ¡Gavia de mesana en facha! ¡Arriad el bote de pescantes!

Quizá —Hornblower no podía estar seguro posteriormente— todo el mundo gritara a la vez, pero al menos todos respondieron a las órdenes con una velocidad que era el resultado de meses de entrenamiento. La *Atropos* giró en el viento, su camino se detuvo instantáneamente. Fue Smiley —sólo el cielo sabe cómo había realizado el descenso desde la verga de la gavia de estribor en aquel corto espacio de tiempo— quien lanzó el bote por encima de la borda, con cuatro hombres a los remos, y salió como una flecha para efectuar el rescate, el pequeño bote agitándose y balanceándose mientras las olas pasaban bajo él. E incluso antes de que la *Atropos* estuviera al paio, Hornblower llevaba ya a la práctica la siguiente parte del plan.

—¡Señor Horrocks! Señal «enemigo a la vista a sotavento».

Horrocks se quedó de pie con la boca abierta, y Hornblower estuvo a punto de estallar y decir: «¡Maldita sea, haga lo que le digo!», pero se contuvo. Horrocks no era el hombre más rápido de pensamiento del mundo, y no conseguía entender cuál era el propósito de hacer señales a un horizonte vacío. Lanzarle un insulto podía paralizarle en aquel momento por el nerviosismo, y se retrasaría aún más.

—Señor Horrocks, sea tan amable de izar la señal tan rápidamente como pueda. «Enemigo a la vista a sotavento». Rápido, por favor.

El encargado de señales que había junto a Horrocks, afortunadamente, era más ágil de entendimiento —era uno de la escasa docena de hombres de la tripulación que sabía leer y escribir, naturalmente— y ya estaba en las drizas con la caja de banderas abierta, y su ejemplo sacó a Horrocks de su asombro. Las banderas fueron izadas en la verga del mastelero de mayor, ondeando con fuerza con el viento. Hornblower tomó nota mentalmente de que aquel hombre, aunque todavía no era un marinero como tal —era un aprendiz de Londres que había embarcado apresuradamente en Deptford para evitar algo peor en la vida civil—, merecía un ascenso.

—Ahora otra señal, señor Horrocks. «El enemigo es una fragata distante siete millas al oeste con rumbo este».

Lo más inteligente era hacer ondear las mismas señales que habría izado si realmente tuviera ayuda a la vista; era posible que la *Castilla* pudiera leerlas o al menos deducir su significado. Si hubiera habido un barco amigo a la vista a sotavento (Hornblower recordaba la sugerencia que iba a hacer a Collingwood) él nunca se habría puesto al paio, por supuesto, pero habría ido aminorando para atraer a la *Castilla* tan cerca como fuera posible, pero el capitán de la *Castilla* no tenía por qué saber eso.

—Deje ondeando esa señal. Y ahora envíe un afirmativo, señor Horrocks. Muy bien. Arriela de nuevo. ¡Señor Jones! Velas amuradas a estribor, a tope.

Un potente barco inglés allí escondido a sotavento ciertamente ordenaría a la

*Atropos* acercarse a la *Castilla* tan rápidamente como pudiera. Debía actuar como si aquél fuese el caso. Sólo cuando Jones —casi tan asombrado como lo estaba antes Horrocks— se hubo concentrado en el asunto de hacer que la *Atropos* estuviera en marcha de nuevo, Hornblower tuvo tiempo para usar su catalejo. Lo llevó a la distante gavia de nuevo, ahora no tan distante. Se acercaba rápidamente, y Hornblower notó una fuerte sensación de decepción y aprensión. Y entonces, mientras miraba, vio el cuadrado de la vela estrecharse hasta un rectángulo vertical, y aparecieron otros dos rectángulos junto a éste. En el mismo momento, el vigía en el calcés dio un aviso. —¡Ah de cubierta! ¡El enemigo ha virado para navegar ciñendo, señor!

Por supuesto que hacía tal cosa. La decepción y la aprensión desaparecieron al instante.

El capitán de una fragata española, una vez ha sacado su bauprés de la seguridad de un puerto defendido, siempre puede ser presa del miedo. Siempre existe en su mente la posibilidad de que justo más allá del horizonte se esconda un escuadrón británico listo para arrojarse sobre él. Perseguiría a una pequeña corbeta de buen grado, pero tan pronto como viera a aquella corbeta haciendo señales y virando de lleno en redondo en un rumbo que le desafiaba a la acción, desconfiaría, al encontrarse ya lejos del sotavento de la seguridad; imaginaría que fuera de su vista había barcos hostiles persiguiéndole para apartarle de su base, y una vez que se hubiera decidido, no perdería ni una milla o un minuto sino que volvería corriendo hacia la seguridad. Durante un par de minutos, el español fue presa de la indecisión después de que la *Atropos* se quedara al paio, pero el brusco movimiento final de ésta había hecho que se decidiese. Si se hubiera quedado durante un corto tiempo más, habría visto el bote surcando las olas y entonces se habría preguntado qué demonios estaba haciendo la *Atropos*, pero tal como resultó se ganó tiempo y el español, a todo ceñir, volvió a toda prisa a la seguridad huyendo de un inexistente enemigo.

—¡Vigía! ¿Qué ve ahora del bote?

—¡Está todavía avanzando, señor, justo de cara al viento!

—¿Ve algo del señor príncipe?

—No, señor, desde aquí no.

No había muchas posibilidades en aquel mar revuelto de ver a un hombre flotando a dos millas de distancia, ni siquiera desde el tope del mastelero.

—Señor Jones, cambie de bordada.

Sería mejor mantener a la *Atropos* tan cerca del bote bajo el viento como fuera posible, permitiéndole así una fácil carrera a sotavento cuando su misión estuviera cumplida. La *Castilla* no sería capaz de entender aquella maniobra.

—¡Ah de cubierta! El bote ha dejado de avanzar, señor. Creo que están

recogiendo al señor príncipe, señor.

Gracias a Dios. Sólo entonces Hornblower se dio cuenta de los diez minutos tan horribles que acababa de pasar.

—¡Ah de cubierta! Sí, señor, están ondeando una camisa. Vuelven hacia nosotros.

—Al paio, señor Jones, por favor. Doctor Eisenbeiss, téngalo todo preparado por si el señor príncipe necesita tratamiento.

El Mediterráneo en mitad del verano era bastante cálido, y lo más seguro era que el chico no hubiera sufrido daño alguno. El bote vino bailando por encima de las olas y se volvió bajo la popa de la *Atropos* en el pequeño refugio proporcionado por su aleta, mientras giraba con su amura de estribor contra las olas. Y allá subió su alteza serenísima, húmedo y arrugado, pero sin haber sufrido una sola herida, recibiendo la mirada de todos en cubierta con una sonrisa medio avergonzada y medio desafiante. Eisenbeiss se adelantó apresuradamente, hablando con energía en alemán, y luego se volvió hacia Hornblower para explicarle:

—Tengo una manta caliente preparada para él, señor.

Fue en aquel preciso momento cuando los diques del mal humor de Hornblower se rompieron.

—¡Una manta caliente! Yo le voy a calentar mucho más rápidamente. ¡Segundo contramaestre! Con mis saludos al contramaestre, y pregúntele si sería tan amable de prestarme su bastón durante unos minutos. Cierre la boca, doctor, si sabe lo que le conviene. Y ahora, jovencito...

Los humanitarios hablan mucho en contra del castigo corporal, pero en sus argumentos, si bien señalan el daño que se le puede causar al castigado, omiten la satisfacción que las personas que castigan obtienen de ello. Y además, era por el bien del aprendizaje de la realeza, para que mostrara su recién adquirida imperturbabilidad británica, se mordiera los labios para evitar el grito que un bastón bien aplicado tiende a provocar, y se quedara derecho después con apenas un brinco para no traicionar su dolor, frotándose sólo un poco el escocido trasero real y parpadeando varonilmente para contener las lágrimas. Con satisfacción o sin ella, el caso es que Hornblower se arrepintió un poco después.

## CAPÍTULO 20



Se podía decir todo a favor de mantener la *Castilla* bajo observación durante un tiempo al menos, y nada se podía decir en contra de ello. La reciente huida y persecución habían probado que la *Atropos* se podía controlar muy bien incluso bajo gavias arrizadas, de modo que se daba por sentado que era segura con menos viento... y el viento se estaba moderando. La *Castilla* estaba ahora a sus buenas treinta millas a sotavento de Cartagena; sería muy útil saber —Collingwood ciertamente querría saberlo— si se proponía volver allí de nuevo o quería alcanzar algún puerto español más fácil. Ciñendo podía llegar a Alicante hacia el norte o quizás a Almería por el sur; iba ciñendo amurada a estribor, dirigiéndose hacia el sur, en aquel momento. Y existía la posibilidad, que no debían olvidar, de que no intentara volver a España todavía, que su capitán decidiera patrullar por el Mediterráneo durante un tiempo para ver qué presas podía conseguir. En su rumbo presente, podía fácilmente llegar hasta la costa de Berbería y asaltar un barco de suministros o dos con grano y ganado destinado a la flota.

Las órdenes de Hornblower eran que debía reunirse con Collingwood en aguas sicilianas después de echar un vistazo a Málaga y Cartagena; no llevaba despachos urgentes ni, el cielo lo sabía, era probable que la *Atropos* representase una adición importante a la fuerza de la flota; por otra parte, era deber de todo capitán inglés, habiendo tomado contacto con un barco del enemigo en aguas abiertas, mantener aquel contacto en cuanto les fuera posible. La *Atropos* no podía esperar enfrentarse a la *Castilla* en combate, pero sí podía mantenerla bajo observación, podía advertir a los barcos mercantes del peligro, y con un poco de buena suerte, podía encontrar algún gran buque de guerra británico —real, no simulado— al cual señalarle dónde estaba el enemigo.

—Señor Jones —dijo Hornblower—. Velas amuradas a estribor de nuevo, por favor. De bolina franca.

—Sí, señor.

Jones, por supuesto, mostró cierta sorpresa ante la inversión de los papeles, por el hecho de que el perseguido se convirtiera en perseguidor, y aquello probaba una vez más que era incapaz de pensar de forma estratégica. Pero tenía que cumplir sus órdenes, y la *Atropos* se colocó en un rumbo al sur, corriendo paralela a la *Castilla*, lejos a barlovento. Hornblower dirigió su catalejo a las gavias visibles sólo por encima del horizonte. Grabó su forma firmemente en su memoria; una ligera alteración de la proporción de longitud a anchura indicaría cualquier cambio de rumbo por parte de la *Castilla*.

—¡Vigía! —gritó—. Mantenga los ojos puestos en el enemigo. Informe de todo lo que vea.

—Sí, señor.

La *Atropos* era ahora como un terrier, ladrando a los talones de un bulldog en la campiña —no es que fuera éste un papel muy digno—, y el bulldog podía volverse y cargar en cualquier momento. Finalmente, el capitán de la *Castilla* se daría cuenta de que le habían tendido una trampa, de que la *Atropos* había estado haciendo señales a unos amigos inexistentes, y no tenía ni idea de lo que decidiría hacer entonces, cuando se fuera convenciendo de que a la *Atropos* no le esperaba ninguna ayuda justo detrás del horizonte. Mientras tanto, el viento se iba moderando y la *Atropos* podía largar velas. Cuando se dirigían a barlovento, se comportaba mejor bajo toda la vela que podía llevar, y él también podía mantenerse tan cerca del enemigo como le permitiera el viento.

—Trate de largar la vela mayor, señor Jones, por favor.

—Sí, señor.

La vela baja era una vela grande, y la pequeña *Atropos* pareció tomar alas bajo la tremenda presión de ésta cuando fue cazada, con la amura halada hacia adelante a las poleas de la gavia por la fuerza unida de la mitad de la guardia. Ahora iba impulsándose hacia adelante valientemente en aquella tarde de verano, macheteando al viento a hombros de las hambrientas olas, con su amura de estribor entre grandes chorros de agua a través de los cuales el sol poniente brillaba en fugaces arco iris de orgullosa belleza, y dejando tras ella una agitada estela de un blanco resplandeciente contra el azul. Era un momento en que resultaba hermoso estar vivo, dirigiéndose todo a barlovento de aquella manera, y con todas las posibilidades de la aventura al alcance de la mano ante uno, en lo desconocido. La guerra en el mar era un asunto muy pesado normalmente, había que soportar aburrimiento e incomodidad día y noche, guardia tras guardia, pero había momentos de gran exaltación como aquél, al igual que también había momentos de negra desesperación, temor y vergüenza.

—Puede usted despedir a la guardia abajo, señor Jones.

—Sí, señor.

Hornblower miró en torno, en cubierta. Still hacía guardia.

—Llámeme si ve algo extraño, señor Still. Quiero que largue más vela si el viento se modera aún más.

—Sí, señor.

Un momento de exaltación que llegó y se fue. Llevaba de pie casi todo el día, desde el amanecer, y sus piernas estaban cansadas, y si se quedaba en cubierta se cansarían mucho más aún. Abajo tenía los dos libros que había comprado en Gibraltar por una guinea, que le eran muy necesarios: el Estudio de la situación política actual de Italia de lord Hodge y Los nuevos métodos de determinar la

longitud, con algunas notas y discrepancias sobre cartas de navegación recientes de Barber. Quería recabar información sobre ambos temas, y era mejor hacer eso que quedarse allá arriba en cubierta cada vez más cansado a medida que pasaban las horas.

Al anochecer volvió a salir; la *Castilla* mantenía todavía el mismo rumbo, con la *Atropos* ligeramente por delante. Miró a aquellas gavias distantes; leyó la pizarra que registraba el recorrido del día, y esperó mientras echaban de nuevo la corredera. Seguramente si la *Castilla* intentaba volver a Cartagena ya se habría retirado por entonces. Había hecho un buen camino hacia el sur, y aunque el viento rolase hacia el norte —muy probable en aquella época del año— no podría anular el progreso que había hecho hasta entonces. Si no se acercaba en el momento en que oscureciera, sería una indicación muy firme de que tenía pensada otra cosa. Esperó hasta que el ocaso desapareció del todo en el cielo occidental, y hasta que las primeras estrellas empezaron a aparecer sobre sus cabezas; entonces su ojo dolorido, esforzándose en el catalejo, ya no podía ver a la *Castilla*. Pero cuando la vio por última vez seguía manteniendo el rumbo al sur. Más razón todavía para seguir con su observación.

Era el final de la segunda guardia de cuartillo, y estaban llamando a los marineros.

—Haga que aferren la vela mayor, señor Turner —dijo.

Escribió sus órdenes nocturnas a la débil luz de la bitácora; el barco debía ser mantenido ciñendo con las velas amuradas a estribor; tenían que llamarle si el viento cambiaba más de dos cuartas, y en cualquier caso, debían llamarle inmediatamente antes de que saliera la luna en la guardia de media. El sombrío y pequeño camarote, cuando se retiró, era como la guarida de algún animal salvaje, con sus rincones oscuros donde la luz de la lámpara no penetraba. Se echó, completamente vestido, luchando por apartar su cansada mente del problema que planteaban las posibles intenciones de la *Castilla*. Había arrizado velas, como él probablemente habría hecho también. Si no lo hacía, la alcanzaría y podía adelantarla incluso a plena luz del día. Si hacía cualquier otra cosa, si cambiaba de bordada o viraba por redondo, estaba haciendo lo que probablemente era mejor para encontrarla de nuevo al día siguiente. Sus ojos se cerraron por la fatiga, y no se abrieron hasta que vinieron a decirle que la guardia de media había sido llamada.

El viento del oeste, aunque ya estaba cesando, había traído consigo un ligero encapotamiento, lo bastante para oscurecer las estrellas y privar a la pequeña luna, casi en su último cuarto, de la mayor parte de su luz. La *Atropos*, todavía ciñendo, iba ahora, en el viento menguante, jugueteando con las olas que venían hacia ella por la amura de estribor, conteniéndolas con elegancia como una bella actriz que extiende su mano a un amante del teatro. El agua oscura en torno a ella parecía moverse caprichosamente y murmurar pequeños cumplidos. El estallido de la muerte

llameante no parecía ahora algo inminente. Los minutos transcurrían en cálida ociosidad.

—¡Ah de cubierta! —era el vigía del mastelero, llamando—. Creo que veo algo, señor. Justo en la amura de estribor.

—Suba a la arboladura con el catalejo nocturno, jovencito —dijo Turner, que estaba de guardia, al oficial de derrota que había junto a él.

Pasó un minuto, dos minutos.

—Sí, señor —llegó la nueva voz desde el mastelero—. Es la forma de un barco. Tres millas... cuatro millas en la amura de estribor.

Los catalejos nocturnos se dirigieron hacia adelante.

—Quizá —dijo Turner.

Había una pequeña manchita de algo más oscuro que la noche que les rodeaba; el catalejo nocturno de Hornblower no podía decirle más. Miró cuidadosamente. La posición de aquella mancha parecía irse alterando.

—¡Aguanta! —gruñó al timonel.

Durante un momento se preguntó si la manchita estaba realmente allí; podía ser una impresión de su mente que engañaba a su ojo: toda la tripulación del barco a veces podía imaginar lo mismo, si la idea había sido colocada previamente en sus mentes. No, estaba allí sin duda alguna, y giraba ante la proa de la *Atropos*, giraba más de lo que podía explicarse por simple oscilación del rumbo debido a un mal gobierno. Debía de ser la *Castilla*, tenía que haber dado la vuelta a medianoche y llegado apresuradamente con el viento en la esperanza de coger desprevenida a su presa.

Si no había aferrado velas, estaría pronto encima de ellos. Los vigías españoles no podían estar prevenidos contra su treta, porque su barco se mantenía en su rumbo.

—Al paio, señor Turner —dijo, y caminó hacia el costado de babor para mantener la *Castilla* bajo observación mientras la *Atropos* se ponía contra el viento.

La *Castilla* había perdido ya la mayor parte de la ventaja que tenía, y en pocos minutos la perdería del todo. Las nubes de lento movimiento se estaban abriendo sobre sus cabezas; un débil resplandor de luz se coló a través de un hueco diminuto, luego hubo más oscuridad, y a continuación la luna brilló a través de un gran hueco. Sí, ahí había una nave; era la *Castilla*, ya muy lejos a la banda de sotavento.

—¡Ah de cubierta! Puedo verla muy bien ahora, señor. En la aleta de babor. ¡Capitán, señor! ¡Está virando por redondo!

Y era verdad que lo estaba haciendo. Sus velas resplandecieron momentáneamente a la luz de la luna mientras viraba. Había fracasado en su intento de sorprender al enemigo, y estaba haciendo un nuevo intento.

—Velas amuradas a babor, señor Turner.

La pequeña *Atropos* podía jugar a placer con cualquier gran fragata con aquel



tiempo que tenían. La nave viró en redondo y se situó contra el viento, con su popa hacia su perseguidor de nuevo.

—¡Vigía! ¿Qué vela ha largado el enemigo?

—Los sobrejuanetes, señor. Todos.

—Llame a todos los hombres, señor Turner. Larguen todos los sobrejuanetes.

Todavía había el viento suficiente para añadir velas bajas y sobrejuanetes y hacer que la *Atropos* se deslizara raudamente una vez más. Hornblower miró hacia atrás, a las gavias y sobrejuanetes de la *Castilla*, silueteados ahora contra el cielo claro bajo la luna. No costaba mucho comprobar que ahora la *Atropos* adelantaba rápidamente. Estaba sopesando una decisión acerca de apocar velas cuando se vio salvado del problema. Las siluetas se estrecharon abruptamente.

—¡Ah de cubierta! —gritó el vigía—. El enemigo ha virado para ceñir, señor.

—¡Muy bien! Señor Turner, vire por redondo, por favor. Apunte nuestra proa derecha hacia ella, y aferre la vela baja.

El terrier había esquivado el ataque del bulldog y ahora iba ladrando a sus tobillos de nuevo. Fue fácil seguir a la *Castilla* durante el resto de la noche, manteniendo una constante vigilancia durante los períodos de oscuridad por si les quería hacer la misma jugarreta que ya les había gastado a ellos la *Atropos* una vez. El amanecer, al abrirse camino, reveló los sobrejuanetes y gavias de la *Castilla* con un color negro de tinta antes de transformarse en blanco marfil contra el azul del cielo. Hornblower podía imaginar la rabia del capitán español al ver a su pertinaz perseguidor pisarle los talones de aquella manera, con insolente impunidad. Siete millas separaban a ambos barcos, pero por lo que respectaba a los grandes cañones de dieciocho libras de la *Castilla*, podían ser perfectamente setenta, y además, el invisible viento, soplando directamente desde la *Atropos* a la *Castilla*, era una protección adicional, resguardándola de su enemigo como el misterioso escudo de cristal que rodeaba a la espada del héroe en un poema épico italiano. La *Atropos*, a siete millas a barlovento, estaba a salvo y tan visible como el mago sarraceno.

Hornblower era consciente de estar muy cansado de nuevo. Llevaba de pie desde medianoche, después de menos de cuatro horas de descanso. Deseaba con pasión poder descansar sus piernas; deseaba, no menos apasionadamente, cerrar sus doloridos ojos. Los coyotes habían sido recogidos, las cubiertas fregadas y sólo quedaba ahora pegarse a los talones de la *Castilla*, pero como en cualquier momento podía hacerse necesario tomar una decisión rápida, no se atrevía a abandonar la cubierta: resultaba extraño que, ahora que se encontraba a salvo a barlovento, la situación fuese más dinámica que el día anterior, cuando se había encontrado a sotavento, pero era bien cierto. La *Castilla* podía ponerse contra el viento en cualquier momento imprevisto, y además los dos barcos estaban adentrándose en el azul Mediterráneo, donde se podía encontrar cualquier sorpresa en el horizonte.

—Tráiganme un colchón aquí arriba —ordenó Hornblower.

Le subieron uno y lo colocaron a popa, junto a los imbornales. Dejó descansar allí sus doloridas articulaciones, apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

El movimiento de balanceo del barco era soporífero, y también el sonido del mar bajo la bovedilla de la *Atropos*. La luz iba y venía encima de su rostro a medida que las sombras de las velas y las jarcias seguían el movimiento del barco. Podía dormir... Durmió pesadamente, sin sueños, mientras los barcos volaban por el Mediterráneo, mientras cambiaba la guardia, mientras ellos echaban la corredera, incluso mientras orientaban las vergas a medida que el viento cambiaba un poco del norte, moviéndose hacia el sol.

Por la tarde se despertó. Se afeitó con la ayuda de un espejo colocado en la batayola; se lavó bajo la bomba de agua de cubierta y se puso una camisa limpia que había enviado a buscar; se sentó en cubierta y comió buey frío y el último pan fresco que habían subido a bordo en Gibraltar, un poco rancio ya, pero infinitamente mejor que las galletas del barco; la mantequilla fresca procedente de la misma fuente, conservada hasta entonces en un tarro de loza, estaba deliciosa. Dieron las siete campanadas cuando acababa el último bocado.

—¡Ah de cubierta! El enemigo está variando el rumbo.

Se puso de pie como el rayo, su plato se deslizó por los imbornales, el catalejo apareció en su mano sin voluntad consciente por su parte. No había duda de ello. La *Castilla* había variado su rumbo más al norte, con el viento por el través. No era muy sorprendente, porque llevaban recorridas sus buenas doscientas millas desde Cartagena; a menos que la *Castilla* estuviera preparada para subir por el Mediterráneo lejos de todas las bases españolas, hacia sotavento, ya era hora de que se encaminara hacia el norte, dirigiéndose hacia Menorca. La seguiría hasta allí, como el terrier que acosa al bulldog, y daría un mordisco final a los talones del bulldog junto al puerto de Mahón. Además, la alteración del rumbo de la *Castilla* podía no significar un simple acercamiento a Menorca. Estaban justo en el camino de los convoyes que subían por el Mediterráneo desde Sicilia y Malta.

—Timón a babor, señor Still, por favor. Mantenga un rumbo paralelo.

Sólo era consciente de que debía quedarse a barlovento de la *Castilla* tanto como fuera posible. La intensa sensación de bienestar de hacía cinco minutos fue reemplazada por una fuerte sensación de excitación, un ligero cosquilleo bajo la piel. Diez a una a que el cambio de rumbo de la *Castilla* no significaba nada en absoluto. Pero estaba la décima posibilidad. Las ocho campanadas; los hombres se congregaron para la primera guardia de cuartillo.

—¡Ah de cubierta! ¡Hay una vela delante del enemigo, señor!

Así que era eso.

—Arriba, señor Smiley. Puede ir usted también, señor príncipe.

Aquello enseñaría a su alteza serenísima que un castigo en la Marina era borrón y cuenta nueva, y que se confiaba en que no volvería a arriesgarse haciendo tonterías. Era un detalle que debía tener en consideración a pesar de la agitación que le invadía después del informe del vigía. No había manera de saber qué representaba aquella vela de allí, invisible desde cubierta. Pero existía una posibilidad de que fuera un buque de guerra británico, siguiendo la pista de la *Castilla*.

—¡Dos velas! ¡Tres velas! Capitán, parece un convoy, todo a sotavento.

Sólo podía tratarse de un convoy británico, y un convoy significaba también la presencia de un buque de guerra británico allá delante, en la estela de la *Castilla*.

—Caña a sotavento y vaya hacia el enemigo. Llame a todos los hombres, señor Still, por favor. Zafarrancho de combate.

Durante la larga huida y persecución no había ordenado ningún zafarrancho de combate. No deseaba entablarlo con la *Castilla*, ampliamente superior, y estaba por completo decidido a evitarlo. Pero ahora lo esperaba... lo esperaba con aquel temblor de duda que hacía que se odiase a sí mismo, tanto más cuando la repetición de la orden levantó gritos de entusiasmo entre los hombres, y la guardia de abajo salió a cubierta para cumplir con su deber con sonrisas expectantes y una excitación de escolares. El señor Jones vino a toda prisa a cubierta abrochándose la casaca; al parecer, había echado un cómodo sueñecito durante la guardia de la tarde. En Jones recaería el mando de la *Atropos* si le ocurría a él algún accidente, si un disparo le cortaba una pierna o le convertía en sangrientos pedacitos. Era extraño que la idea de que Jones se convirtiera en el responsable del manejo de la *Atropos* fuera tan perturbadora como el resto de las suposiciones. Pero de todos modos Jones debía ser puesto al corriente de la situación y debía decirle lo que había que hacer. Lo hizo en tres breves frases.

—Ya veo, señor —dijo Jones, pellizcándose el largo mentón.

Hornblower no estaba seguro de que lo viera claro, pero no podía perder más tiempo con Jones.

—¡Vigía! ¿Qué hay del convoy?

—Una vela ha virado, señor. Se dirige hacia nosotros.

—¿Qué le parece?

—Parece un barco de guerra, señor. Sólo veo sus sobrejuanetes, señor.

—Señor Horrocks, envíe la señal privada y nuestro número.

Un barco que se dirigiese hacia la *Castilla* sólo podía ser un buque de guerra, el navío de escolta. Hornblower sólo podía esperar que fuera una de las fragatas más grandes, capaz de desafiar a la gran *Castilla* en términos de igualdad. Pero sabía que la mayoría de las fragatas con las que contaba Collingwood —la *Sirius*, la *Naiad*, la *Hermione*—, fragatas de treinta y dos cañones de doce libras la mayoría de ellas, apenas podrían enfrentarse con los cuarenta y cuatro cañones de dieciocho libras de la

*Castilla*, a menos que estuvieran muy bien manejados y los de la *Castilla* muy mal, y a menos que él mismo tuviera oportunidad de intervenir. Aguzó la vista a través de su catalejo, pero el barco británico todavía no estaba a la vista desde cubierta, y la *Castilla* iba ya corriendo valientemente viento en popa. El zafarrancho de combate estaba ya casi completo; estaban preparados los cañones.

—¡Señal, señor!

Horrocks estaba preparado con el libro de señales mientras el vigía informaba de las banderas.

—La señal privada ha sido respondida correctamente, señor. Y nos dan su número. Es la *Nightingale*, señor, número 28, capitán Ford, señor.

Casi la fragata más pequeña, que sólo contaba con cañones de nueve libras en su cubierta principal. Ojalá Ford tuviera el sentido común de no acercarse a la *Castilla*. Debía maniobrar mejor que ella, mantenerla en juego, y entonces, cuando la *Atropos* se acercara, habría algunas buenas tácticas que podía emplear para desarbolar en parte a la *Castilla* y cogerla en desventaja. Entonces podrían barrerla y debilitarla antes de entrar a matar. El capitán de la *Castilla* demostraba claramente que había comprendido lo básico de la situación; cogido entre dos barcos hostiles de modo que no podía evitar la acción si se le forzaba a ello, estaba navegando a la mayor velocidad que podía para que el ángulo de ataque fuera el más accesible para él; iba a toda vela para llegar rápidamente a la acción antes de que pudiera intervenir la *Atropos*. Podía batir a la *Nightingale* hasta reducirla a pedazos y luego volverse contra la *Atropos*. Si tenía éxito (¡ah, si tenía éxito!) sería un terrible problema para la *Atropos*, decidir si aceptar o no el combate.

—Zafarrancho de combate listo, señor —informó Jones.

—Muy bien.

Ahora su catalejo la enfocaba bien; la vela distante, mucho más allá de la *Castilla*. Mientras miraba, mientras los juanetes aparecían por debajo de los sobrejuanetes, éstos desaparecieron. La *Nightingale* estaba acortando vela a «velas de combate». Hornblower conocía poco a Ford. Tenía la reputación de ser un buen capitán de combate. Gracias a Dios, también era discreto. Ford tenía mucha más antigüedad que él en la Marina; no tenía posibilidad alguna de ordenarle que se apartase.

La *Castilla* seguía precipitándose sobre la *Nightingale*.

—Señal, señor. Número 72. «¡Acérquese más al enemigo!».

—Recibida.

Hornblower era consciente de que los ojos de Jones y Turner estaban clavados en los suyos. Debía de haber una recriminación implícita en aquella señal, una insinuación de que no estaba dando lo mejor de sí mismo para entrar en combate. Por otra parte, podía ser una simple señal de que el combate era inminente. Las gaviotas de

la *Nightingale* estaban ahora por encima del horizonte; ciñendo, estaba haciendo todo lo que podía para acercarse a la *Castilla*. Si Ford resistiera sólo durante media hora... La *Atropos* iba acercándose paulatinamente a la *Castilla*. Pero no, estaba apresurando el choque antes de que la *Atropos* pudiera llegar; jugaba el juego de la *Castilla* para sí. Ahora la *Castilla* cargaba su vela mayor; aferraba sus sobrejuanetes, lista para el encontronazo. Los dos barcos corrían juntos; velas blancas en un mar azul bajo un cielo también azul. Estaban en línea desde donde Hornblower se encontraba de pie mirándolos a través de su catalejo; en línea, de modo que era difícil juzgar cuál era la distancia entre ellos. Ahora se volvían, la *Nightingale* viento en popa mientras la *Castilla* se aproximaba. Todos los mástiles parecían mezclados y juntos. Ford tenía que apartarse y tratar de disparar a un mástil.

Un súbito remolino de humo en torno a los barcos: las primeras andanadas habían sido disparadas. Parecía como si los barcos estuvieran trabados en acción... pero no podía ser. No era el momento todavía de aferrar velas mayores y sobrejuanetes; cuanto antes entraran en acción, mejor. Ahora, pesadamente, por encima del agua azul, llegó el sonido de aquellas primeras andanadas, como el retumbar de un trueno. El humo se disipaba de la lucha, apartándose de los barcos en un largo rastro. Más humo remolineando; los cañones habían sido recargados y disparaban de nuevo, y los mástiles seguían estando muy juntos... ¿Estaba tan loco Ford como para enganchar las vergas? De nuevo el largo retumbar de los cañones. Los barcos giraban en redondo en la nube de humo; podía ver los mástiles por encima, cambiando su posición, pero no podía distinguir un barco de otro. Cayó un mástil, vergas, velas y todo; debía de ser el mastelero de mayor de la *Nightingale*, por espantosa que fuese la idea. Parecía haber pasado toda una vida, esperando entrar en combate. Humo y estruendo de cañonazos. No quería creer la realidad que le revelaba el catalejo, los detalles que se hacían más y más claros a medida que se aproximaba. Los dos barcos estaban trabados juntos, no había duda alguna al respecto. Y allí estaba la *Nightingale*, el mastelero de mayor desaparecido. Escorada en ángulo hacia el costado de la *Castilla*, la proa hacia ella. El viento todavía hacía girar los dos barcos, y los volvía como si fueran uno solo. La *Nightingale* debía de estar unida a la *Castilla*, con el bauprés o posiblemente el ancla enganchado en los cadenotes de la *Castilla*. Todos los cañones de la *Castilla* podían disparar sobre la *Nightingale*, barriéndola prácticamente con cada andanada, y el fuego de la *Nightingale* debía de resultar casi inútil. ¿Podría liberarse esta última? Su palo de trinquete y sus aparejos estaban por encima de la borda; era casi imposible para ella liberarse ahora.

Los hombres de los cañones gritaban al ver aquello.

—¡Silencio! Señor Jones, mantenga el rumbo.

¿Qué iba a hacer ahora? Tenía que pasar junto a la proa o la popa de la *Castilla* y dispararle, volver y disparar de nuevo. No era tan fácil hacer fuego en la proa de la

*Castilla* sin darle a la *Nightingale*, no era fácil pasar ante su popa; aquello les pondría a sotavento, y habría cierto retraso al volver al combate de nuevo. Y los dos barcos giraban todavía bastante, no sólo con el viento, sino con el retroceso de sus cañones. ¿Y si mientras él aproximaba la *Atropos* para acercarse en un buen ángulo ellos giraban, de modo que la *Nightingale* interceptaba su fuego y tenía que retroceder de nuevo a barlovento para volver a entrar en combate? Aquello sería vergonzoso, y si otros capitanes oían la historia, pensarían que deliberadamente había huido del combate. Podía abarloar su nave con la *Castilla* en su costado libre, pero sus pequeñas dimensiones no soportarían las potentes andanadas de la *Castilla*. Su barco quedaría destrozado en pocos minutos. Y sin embargo, la *Nightingale* estaba ya destrozada. Debía concederle alivio instantáneo, inmediato.

Ahora se hallaba a sólo una milla de los barcos unidos y avanzando muy deprisa. Sus años de experiencia en el mar le decían lo deprisa que pasan los minutos cuando un barco necesita a otro.

—Aliste los cañoneros de babor —dijo—. Todos los hombres, capitanes y todo. Preparados para el abordaje. Preparados también todos los inactivos del barco. Pero deje a los hombres de las brazas de mesana.

—Sí, señor.

—Picas, pistolas y machetes, chicos —dijo Hornblower a los ansiosos hombres que se agolpaban en torno a los baúles de armas—. Señor Smiley, lleve a los vigías adelante, al cañón número 1. Costado de estribor. Preparados para una embestida.

El joven Smiley era el mejor luchador de todos, mejor que el nervioso Jones, el estúpido Still o el anciano Turner. Lo mejor sería darle a él el mando al otro lado del buque. A popa él mismo podía controlar las cosas. Y se dio cuenta de que él también iba desarmado. Su espada —la espada que había ganado en la corte de su rey— era barata. Se daba cuenta de que su temple no era muy fiable. No se había podido permitir comprarse una buena espada. Fue al arcón de las armas y cogió un machete, desenfundándolo y dejando la vaina desechada en cubierta; ató la lazada en torno a su muñeca, se quedó de pie con la hoja desnuda en la mano y la luz del sol iluminándole el rostro.

Ahora estaban ya acercándose a la *Castilla*, sólo les separaba de ellos la distancia de un cable y parecían incluso más cerca. Se necesitaba un cálculo muy preciso para abarloar.

—Una cuarta a estribor —dijo al timonel.

—Una cuarta a estribor —repitió éste la orden.

La disciplina mantenía al timonel completamente concentrado en su particular deber, aunque las portas de los cañones de babor de la *Castilla* se estaban abriendo, aunque a corta distancia las bocas de los cañones apuntaban justo hacia ellos; las caras de los cañoneros se podían vislumbrar a través de las portas mirando por

encima de los cañones. ¡Oh, Dios mío, estaban llegando!

—Y ahora, a estribor lentamente. Dé la vuelta con cuidado.

Llegó la andanada como si fuera el fin del mundo, desgarrando y rompiendo el barco; hubo gritos, crujidos espantosos, y la luz del sol se llenó de partículas de polvo en suspensión levantadas por las destructoras balas de cañón mientras volaban las astillas por los aires, y luego el barco se movió furtivamente en el humo de la pólvora que se proyectaba desde las bocas de los cañones. Pero tenía que pensar sólo en una cosa en aquel momento.

—¡Ahora! Todo a babor. ¡Braceá ahí! ¡Fachea la gavia de mesana!

Había un pequeño espacio entre los costados de ambos barcos, cerrándose pulgada a pulgada. Si el golpe era violento, podía rebotar y abrir más la separación; si su camino hacia adelante no se detenía, podía raspar por delante y girar. En los costados elevados de la *Castilla*, las portas estaban por encima del nivel de las de la *Atropos*. La *Atropos*, con su forma cóncava, no tenía «entrada» en sus costados. Sus mamparos harían contacto: ya había contado con ello.

—¡Costado de estribor! ¡Fuego!

Resonó el infernal estrépito de la andanada, el humo se arremolinó; el costado de la *Castilla*, pintado de naranja, quedó destrozado por las balas de carronada; pero no tenía ni un momento para pensar en todo aquello.

—¡Vamos!

Allá fue encima del costado de la *Castilla* entre un remolino de humo perforado por rayos de sol; saltó por encima de la borda, con el machete en la mano, ciego de furia de combate. Una cara desencajada le miraba fijamente. Blandió la pesada hoja como un hacha y golpeó. Arrancó de un tirón la hoja, liberándola, y golpeó de nuevo, otra cara. Se lanzó hacia adelante. Allí veía entorchados, una delgada cara morena tiznada por un bigote negro, una esbelta hoja que arremetía contra él; había que golpear de lado y atacar, atacar, atacar con todas sus fuerzas, con toda la rapidez que pudiera. Lanzar un mandoble donde la guardia era débil y acometer de nuevo sin piedad. Tropezó con algo y volvió a enderezarse. Los ojos aterrorizados de los hombres que estaban al timón le miraron antes de huir de su furia. Un soldado uniformado con cananas blancas levantaba los brazos y se rendía; un gancho aparecía desde alguna parte junto a él y se hundía en el pecho indefenso del soldado. El alcázar quedó despejado, pero no hubo tiempo para respirar siquiera; gritó «¡vamos!», y corrió hacia la cubierta principal.

Algo golpeó la hoja de su machete y repercutió con fuerza en su brazo: una bala de pistola, probablemente. Había un montón de hombres apiñados en torno al palo mayor, pero antes de que pudiera llegar hasta allí, una oleada de picas y ganchos desde el costado se abrió paso entre fragmentos que volaban. Entonces hubo un súbito reagrupamiento por parte del enemigo, disparos de pistola, y de repente la

oposición cesó y Hornblower se encontró mirando unos ojos desorbitados y se dio cuenta de que su propietario llevaba un uniforme inglés, y su cara era inglesa aunque desconocida para él: un guardiamarina de la *Nightingale*, dirigiendo el destacamento de abordaje que había irrumpido en la *Castilla* por el bauprés de la *Nightingale*.

Se quedó allí de pie en medio del desorden y los muertos, mientras la locura desaparecía de su interior, el sudor corría por sus ojos y le cegaba; una vez más, tuvo que despejar su mente y reponerse. Tenía que detener la carnicería que seguía todavía, tenía que organizar el desarme de los prisioneros y reunirlos contra el costado del buque. Tenía que recordar decir unas palabras de gracias a Smiley, cubierto de sangre y humo, cuando le encontrara en la pasarela delantera. Allí estaba la enorme mole de Eisenbeiss, con el pecho jadeante, el sangriento machete como un juguete en su gigantesca mano. La visión despertó su ira.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí, doctor? Vuelva a bordo y atienda a los heridos. No debe descuidarlos.

Una sonrisa para el príncipe, y entonces su atención se vio reclamada por un hombre como una rata, de nariz puntiaguda y cara larga.

—¿Capitán Hornblower? Mi nombre es Ford.

Iba a estrechar la mano que se le tendía, pero vio que primero tenía que desatar el cordel que unía el machete a su muñeca y transferir el arma a su otra mano.

—Bien está lo que bien acaba —dijo Ford—. Ha llegado a tiempo, pero con el tiempo justo, capitán.

No servía de nada indicar a un superior los errores que había cometido. Se estrecharon las manos allí mismo, de pie en la pasarela de la capturada *Castilla*, mirando en torno a los tres barcos que se encontraban juntos, machacados y destrozados. Muy lejos a sotavento, flotando sobre el mar azul, el largo rastro de humo de pólvora se disipaba lentamente bajo el límpido cielo.



## CAPÍTULO 21



Las campanas de la iglesia de Palermo repicaban, como siempre, en el somnoliento calor de la mañana. Su sonido se expandía sobre las aguas de la bahía, la Conca d'Oro, la concha dorada que alberga la perla de Palermo en su interior. Hornblower podía oírlos mientras entraba en ella la *Atropos*, resonando desde el Monte Pellegrino a Zaffarano, y de todos los ruidos musicales, aquél era el que más le molestaba. Miró hacia el barco mayor, impaciente por empezar a disparar como saludo y acallar aquel enloquecedor ruido. Si no fuera por las campanas de la iglesia aquél sería un momento casi feliz, bastante intenso en todos los sentidos. La *Nightingale*, bajo su aparejo provisional, el agua clara brotando de ella mientras las bombas apenas la podían mantener a flote; la *Atropos* con los bastos tapones en los agujeros de bala de sus costados, y luego la *Castilla*, batida y destrozada también, y con la enseña blanca ondeando con orgullo encima de la roja y amarilla de España. Seguramente incluso los sicilianos se debieron de sentir impresionados por su dramática aparición, y para añadir más placer aún, había tres buques ingleses de guerra anclados allí; sus tripulaciones al menos contemplarían atónitas la orgullosa procesión; serían sensibles al aspecto de los recién llegados, y comprenderían el estrépito y la furia, la agonía de los heridos y la triste ceremonia del funeral por los muertos.

Palermo miraba indolentemente mientras los barcos anclaban, y los botes (hasta los botes estaban remendados, reparados a toda prisa después de haber sido destrozados por los disparos) fueron apartados y empezaron nuevas actividades. Los heridos tuvieron que ser llevados a tierra, al hospital, botes y botes llenos de ellos, quejándose o soportando sus dolores en silencio; luego los prisioneros, mantenidos bajo guardia: había algo patético en aquellos barcos cargados de hombres, también, una nación orgullosa, yendo a la cautividad entre cuatro paredes oscuras, bajo el estigma de la derrota. Y entonces hubo que hacer otro transporte: los cuarenta hombres que la *Atropos* había prestado a la *Nightingale* tenían que ser reemplazados por otros cuarenta de ésta. Los que volvieron estaban demacrados y con las mejillas hundidas, barbados y sucios. Se quedaron dormidos sentados en los bancos de los remos, y se durmieron de nuevo en el mismo momento de subir a bordo, cayendo como muertos entre los cañones, porque llevaban once días y once noches sin parar de trabajar para conducir a la baqueteada *Nightingale* hacia la victoria.

Había tantas cosas que hacer que hasta la noche Hornblower no tuvo tiempo para abrir las dos cartas privadas que le esperaban. La segunda era de hacía seis semanas, y había llegado rápidamente desde Inglaterra, sin tener que esperar demasiado para

que la *Atropos* llegase a Palermo, la nueva base de la flota mediterránea. María estaba bien, y los niños también. El pequeño Horatio corría ahora muchísimo, decía ella, tan despierto como un gamo, y la pequeña María era una niña buena como un ángel, apenas lloraba e incluso parecía que le iba a salir un diente, un hecho de lo más insólito a sus cinco meses de vida. María estaba muy feliz en la casa de Southsea con su madre, aunque echaba de menos a su marido, y aunque su madre tendía a malcriar a los niños de una forma que María temía no fuese aprobada por su queridísimo.

Cartas de casa; cartas que hablaban de niños y de asuntos domésticos. Era una cortina que se levantaba momentáneamente para revelar otro mundo, completamente distinto de éste de peligro, penalidades y tensión insoportable. El pequeño Horatio corría por todas partes con sus piernecitas atareadas, y a la pequeña María le estaba saliendo su primer diente, mientras aquí, los ejércitos de un tirano habían barrido a lo largo de toda la extensión de Italia y estaban apelotonados en el estrecho de Messina esperando una oportunidad para dar otro salto y efectuar otra conquista en Sicilia, donde sólo una milla de agua —y la Marinase— oponían a su progreso. Inglaterra luchaba por su vida contra toda Europa combinada bajo una sola tiranía de espantosa energía y astucia.

No, no toda Europa, porque Inglaterra todavía tenía aliados: Portugal, gobernado por una reina enferma; Suecia, por un rey loco; y Sicilia, aquí, por un rey inútil. Fernando, rey de Nápoles y Sicilia —rey de las dos Sicilias—, malo, cruel y egoísta. Hermano del rey de España, que era el aliado más cercano de Bonaparte; Fernando, un tirano más sangriento y más tiránico que el propio Napoleón, impío e indigno de confianza, que había perdido uno de sus dos tronos y sólo se mantenía en el otro por la fuerza naval británica, y que podía traicionar a sus aliados por un solo momento de gratificación de sus sentidos, cuyas mazmorras estaban atestadas de prisioneros políticos y cuyos patíbulos crujían bajo el peso de sospechosos ejecutados. Buenos hombres, hombres valientes, sufrían y morían en todas partes del mundo mientras Fernando cazaba en sus cotos sicilianos y su malvada reina mentía, intrigaba y traicionaba, y mientras María escribía cartas sencillas sobre los niños.

Era mejor pensar en sus deberes más que rumiar aquellas contradicciones insolubles. Había una nota de lord William Bentinck, el ministro británico en Palermo. «Los últimos informes del vicealmirante al mando en el Mediterráneo nos indican que puede presentarse dentro de poco tiempo en Palermo con su buque insignia. Su excelencia, por lo tanto, me ruega que informe al capitán Horatio Hornblower que en opinión de su excelencia, sería mejor que el capitán Horatio Hornblower empezara las necesarias reparaciones de la *Atropos* de inmediato. Su excelencia requerirá del establecimiento naval de su majestad siciliana que proporcione al capitán Horatio Hornblower todo lo que pueda necesitar».

Lord William podía ser —era, indudablemente— un hombre de estimable

carácter y opiniones liberales, inusuales en el hijo de un duque, pero sabía muy poco de los trabajos que se realizaban en los astilleros sicilianos. En los tres días que siguieron, Hornblower no pudo conseguir nada en absoluto con la ayuda de las autoridades sicilianas. Turner les hablaba en lengua franca, y Hornblower dejó a un lado su dignidad para rogarles en un francés italianizado añadiendo «os» y «as» a las palabras intentando hacerse entender, pero aunque entendieran las peticiones, no se las concedieron. ¿Lona? ¿Cordaje? ¿Plomo para tapar agujeros de bala? No tenían nada de todo eso. Después de aquellos tres días, Hornblower remolcó a la *Atropos* en la bahía de nuevo y se dispuso a realizar sus reparaciones con sus propios recursos y los que consiguieron sus hombres, haciéndoles trabajar bajo el sol, y obteniendo poca satisfacción del hecho de que los problemas del capitán Ford —tenía la *Nightingale* en carena— eran peores que los suyos propios. Ford, con su barco patas arriba mientras reparaban su fondo, tuvo que poner centinelas para proteger las mercancías que había sacado del barco, para evitar que los sicilianos se las robaran, mientras sus propios hombres desaparecían por las callejuelas de Palermo y empeñaban sus ropas para cambiarlas por el fuerte vino siciliano.

Con gran alivio, Hornblower vio llegar orgullosamente a la *Ocean* a Palermo, con la bandera del vicealmirante en la proa; confiaba en que cuando informara de que su barco se encontraba listo para hacerse a la mar en todos los sentidos, podría unirse a la flota inmediatamente. Y no sería demasiado rápido.

Por supuesto, sus órdenes llegaron aquella misma noche, después de subir a bordo para realizar un relato verbal de sus hazañas y entregar sus informes escritos. Collingwood escuchó todo lo que él dijo, le dedicó cálidas palabras de felicitación después, le vio partir del barco con su invariable cortesía, y por supuesto mantuvo su promesa en cuanto a las órdenes. Hornblower las leyó en la privacidad de su propio camarote cuando el esquife de la *Ocean* se las entregó; eran bastante breves. Se le «rogaba y requería que, al cabo de dos días, el 17 de los corrientes» se dirigiera enseguida a la isla de Ischia, para informar al comodoro Harris y unirse al escuadrón que efectuaba el bloqueo de Nápoles.

Así que al día siguiente la tripulación de la *Atropos* se afanaba para acabar de aparejar su barco y hacerse a la mar. Hornblower apenas era consciente de la actividad que desarrollaba en torno a la *Ocean*. Era lo normal en el buque insignia del comandante en jefe, en la capital de su aliado. Lamentó la interrupción del trabajo de sus hombres cuando llegó la barcaza del almirante, y aún más cuando la barcaza real, con los colores sicilianos y la flor de lis de los Borbones, llegó para visitar a la *Ocean*. Pero todo eso era de esperar. Cuando la ardiente tarde empezó a convertirse en una noche encantadora, encontró tiempo para ejercitar a sus hombres de acuerdo con sus nuevos cargos. Tantas habían sido las bajas que la organización tuvo que ser revisada. Se quedó allí, en el resplandeciente atardecer, contemplando a los hombres

mientras bajaban corriendo desde la arboladura después de largar las gavias.

—Señal del buque insignia, señor —dijo Smiley, interrumpiendo sus concentrados pensamientos—. Señal a la *Atropos*. «¡Venga a bordo!».

—Llame a mi eskuife —dijo Hornblower—. Señor Jones, tome el mando.

Una carrera desesperada para cambiarse y ponerse su mejor uniforme, y luego corrió por el costado del barco hasta donde le esperaba el eskuife. Collingwood le recibió en el camarote que tan bien recordaba; las lámparas de plata estaban ahora encendidas, y las macetas bajo las grandes ventanas de popa ostentaban raras flores cuyo nombre desconocía. En la cara de Collingwood se leía una expresión extraña; había un asomo de disgusto en ella, y de simpatía, así como un poco de irritación. Hornblower se quedó clavado en su sitio al verle, y el corazón le dio un vuelco. No acertaba a saludar correctamente. Le pasó por la mente como un relámpago que a lo mejor Ford había informado adversamente de su conducta en el reciente combate. Podía enfrentarse a un consejo de guerra y la ruina.

Junto a Collingwood se encontraba un alto y elegante caballero vestido de uniforme completo, con la cinta y la estrella de una condecoración.

—Milord —dijo Collingwood—, éste es el capitán Horatio Hornblower. Creo que ya ha tenido correspondencia con su excelencia, capitán. Lord William Bentinck.

Hornblower volvió a saludar, con su mente enfebrecida diciéndole que al menos aquello no podía tener nada que ver con sus actos con la *Castilla*, aquello no era asunto del ministerio; por otra parte, de hecho, Collingwood siempre intentaría mantener a los extraños apartados de cualquier escándalo en el servicio.

—¿Cómo está, señor? —preguntó lord William.

—Muy bien, muchas gracias, milord.

Los dos lores miraron a Hornblower, y éste les miró a ellos, tratando de aparentar calma durante aquellos inacabables instantes.

—Hay malas noticias para usted, Hornblower, me temo —dijo Collingwood al fin, tristemente.

Hornblower se contuvo para no exclamar: «¿Qué pasa?». Se puso más tieso que nunca, y trató de mirar a Collingwood a los ojos sin pestañear.

—Su majestad siciliana —siguió Collingwood— necesita un barco.

—¿Sí, milord?

Hornblower no entendía nada.

—Cuando Bonaparte conquistó el interior, puso sus manos en la Marina siciliana. Negligencia, deserción... ya me comprende. No hay ahora barco alguno a la disposición de su majestad.

—No, milord —Hornblower no podía adivinar adonde querían ir a parar.

—Al salir a visitar la *Ocean* esta mañana, su majestad ha observado a la *Atropos*, recién pintada. Ha hecho usted un excelente trabajo al equiparla de nuevo, capitán,

como ya había observado yo.

—Gracias, milord.

—Su majestad no cree que esté bien que, siendo rey de una isla, no disponga de un solo barco.

—Ya veo, milord.

Aquí intervino Bentinck, hablando con aspereza.

—El hecho, Hornblower, es que el rey ha pedido que su barco sea transferido a su flota.

—Sí, milord.

Ya nada le importaba. Las cosas habían dejado de tener sentido.

—Yo he aconsejado a su señoría —continuó Bentinck, indicando a Collingwood— que por razones de estado, sería aconsejable acceder a esa transferencia.

Aquel monarca imbécil codiciando el juguetito recién pintado. Hornblower no pudo reprimir su protesta.

—Me resulta muy difícil creer que sea necesario, milord —dijo.

Por un momento, su excelencia miró con asombro al insignificante capitán bisoño que se atrevía a desafiar su juicio, pero su excelencia sabía contener su genio admirablemente, y condescendió a dar explicaciones.

—Tengo seis mil tropas británicas en la isla —dijo, con voz áspera—. Al menos, les llaman británicos, aunque la mitad de ellos son comandos corsos y exploradores británicos, o sea, desertores franceses con uniformes británicos. Puedo defender los estrechos contra Bonaparte con ellos, de todos modos, mientras conserve la buena voluntad del rey. Sin ella —si el ejército siciliano se vuelve contra nosotros—, estamos perdidos.

—Seguramente habrá oído hablar del rey, capitán —intervino Collingwood, suavemente.

—Un poco, milord.

—Lo arruinaría todo por un capricho —explicó Bentinck—. Ahora Bonaparte se encuentra con que no puede atravesar los estrechos que tanto desea para llegar a un acuerdo con Fernando. Le ha prometido su trono aquí a cambio de una alianza. Fernando es capaz de acceder, también. De buena gana tendría tropas francesas en ocupación mejor que británicas, y preferiría ser un satélite —o así lo cree por ahora— si eso significa ganar un punto contra nosotros.

—Ya veo, milord —asintió Hornblower.

—Cuando tenga más tropas ya hablaré con él en otros términos muy diferentes —dijo Bentinck—. Pero ahora mismo...

—La *Atropos* es el barco más pequeño que tengo en el Mediterráneo —dijo Collingwood.

—Y yo soy el capitán más joven —dijo Hornblower. No pudo evitar el amargo

comentario. Incluso olvidó decir «milord».

—Eso también es cierto —dijo Collingwood.

En un disciplinado servicio como oficial, sólo un idiota se quejaba del trato recibido por ser el más joven.

Y estaba claro que a Collingwood le desagradaba muchísimo la presente situación.

—Entiendo, milord —dijo Hornblower.

—Lord William tiene alguna sugerencia para suavizar un poco el golpe —dijo Collingwood, y Hornblower desvió su mirada hacia él.

—Puede usted ser retenido como comandante de la *Atropos* —dijo Bentinck... ¡qué momento de alegría, sólo un momento pasajero!— si se transfiere usted al servicio de Sicilia. Su majestad le nombraría comodoro, y usted podría izar un gallardete ancho. Estoy seguro de que también le concedería alguna condecoración o distinción.

—No —dijo Hornblower. Era lo único que podía decir.

—Ya pensaba que ésa sería su respuesta —dijo Collingwood—. Y si una carta mía al Almirantazgo tiene algún valor, puede esperar usted, a su regreso a Inglaterra, ser destinado a la fragata que su actual lugar en el escalafón le permita.

—Gracias, milord. Así que ¿debo regresar a Inglaterra?

Pensó un instante en María y los niños.

—No veo otra alternativa, capitán, me temo, como sin duda usted comprenderá. Pero si sus señorías creen adecuado enviarle a usted de nuevo aquí con otro destino, nadie se sentirá más complacido que yo.

—¿Qué tal es su primer teniente? —preguntó Bentinck.

—Bueno, milord... —Hornblower miró a Bentinck y luego a Collingwood. Era duro condenar públicamente a alguien, aunque fuera el inútil de Jones—. Es un hombre bastante valioso. El hecho de ser John Jones el Noveno en la lista de tenientes puede haberle impedido promocionarse.

Un imperceptible guiño apareció en el ojo de Bentinck.

—Supongo que sería John Jones el Primero en la lista de la Marina siciliana.

—Eso espero, milord.

—¿Cree usted que él aceptaría ser destinado como capitán bajo el rey de las dos Sicilias?

—Me sorprendería mucho que no lo hiciera.

Sería la única posibilidad para Jones de convertirse en capitán algún día, y era muy probable que el hombre fuera consciente de ello, aunque interiormente se excusase a sí mismo.

Collingwood intervino en la conversación de nuevo al llegar a este punto.

—En Nápoles José Bonaparte se acaba de proclamar rey de las dos Sicilias

también —observó—. Ya tenemos cuatro Sicilias.

Ahora todos sonreían, y pasó un momento antes de que la infelicidad volviera a Hornblower, cuando recordó que tenía que abandonar el barco que había equipado a la perfección y la tripulación que había entrenado tan cuidadosamente, y su puesto de honor en el Mediterráneo. Se volvió hacia Collingwood.

—¿Cuáles son sus órdenes, milord?

—Las recibirá usted por escrito, por supuesto. Pero verbalmente tiene usted órdenes de no moverse hasta que se le informe oficialmente de la transferencia de su barco a la bandera siciliana. Distribuiré a su tripulación por la flota... me serán muy útiles.

No había duda de ello; probablemente todos los barcos que estaban bajo el mando de Collingwood andaban escasos de tripulación, y sería muy bienvenido un buen contingente de buenos marineros.

—Sí, milord.

—Traeré al príncipe aquí, a mi buque insignia... hay una vacante.

El príncipe había pasado siete meses en una corbeta; probablemente había aprendido más en aquel tiempo de lo que aprendería en siete años en un buque insignia del Almirantazgo.

—Sí, milord —Hornblower esperó un momento; era duro continuar—. ¿Y sus órdenes para mí personalmente?

—La *Aquila* —es un transporte de tropas vacío— zarpa para Portsmouth inmediatamente sin convoy, porque es un buque rápido. El convoy mensual se está reuniendo, pero falta mucho aún para que esté listo. Como usted sabe, sólo soy responsable de que le escolten hasta Gibraltar, para que si usted elige ir en un barco de su majestad pueda cambiar allí. La *Penelope* será el navío de escolta, por lo que le puedo decir ahora mismo. Y cuando pueda disponer de ella —sólo Dios sabe cuándo será eso— enviaré a la vieja *Temeraire* a Inglaterra directamente.

—Sí, milord.

—Me gustaría que eligiera usted mismo, capitán. Adaptaré mis órdenes de acuerdo con sus deseos. Puede usted embarcar en la *Aquila*, la *Penelope* o esperar a la *Temeraire*, lo que usted prefiera.

La *Aquila* partía para Portsmouth inmediatamente, y era un barco rápido, navegando solo. En un mes, incluso menos con buen viento, podía poner los pies en la costa, a media hora de donde María vivía con los niños. Al cabo de un mes podía estar pidiendo al Almirantazgo que le diera otro empleo. Podía ser destinado a aquella fragata que Collingwood había mencionado... no quería perder ninguna oportunidad. Cuanto antes mejor, como siempre. Y vería a María y los niños.

—Me gustaría embarcar en la *Aquila*, si fuera tan amable, milord.

—Esperaba que diría eso.

Así que ésas fueron las noticias que Hornblower llevó de vuelta a su barco. El pequeño camarote que nunca había tenido tiempo para amueblar adecuadamente parecía tristemente hogareño cuando se sentó en él de nuevo; la almohada de lona dio apoyo una vez más a su cabeza insomne, como tantas otras veces antes, cuando al fin pudo echarse a dormir. Era extrañamente doloroso decir adiós a oficiales y tripulación, buenos y malos, aunque sintió un pequeño asomo de diversión al ver a Jones, magnífico con el uniforme de capitán de la Marina siciliana, y otra al ver a los veinte voluntarios de la tripulación del buque que se había permitido a Jones reclutar para el servicio en Sicilia. Eran los peores, por supuesto, y los otros se reían de ellos por cambiar el ron y la galleta de la vieja Inglaterra por la pasta y el cuarto de vino diario de Sicilia. Pero aun para los malos era duro decir adiós... Un idiota sentimental, eso es lo que era, se dijo Hornblower.

Fueron dos días muy aburridos los que esperó Hornblower para que la *Aquila* estuviera lista para zarpar. Bentinck le había aconsejado que visitase la capilla del Palacio, para tomar un coche a Monreale y ver allí los mosaicos, pero se negó como un niño enfurruñado. La somnolienta ciudad de Palermo se vuelve de espaldas al mar, y Hornblower se volvió de espaldas a Palermo, hasta que la *Aquila* emprendió su camino en torno al monte Pellegrino; entonces él se quedó a popa, junto a la baranda, mirando a la *Atropos* allí anclada, a la *Nightingale* en carena y los palacios de Palermo detrás. Estaba acongojado y solitario, un pasajero sin importancia en medio de todo el revuelo de la hora de zarpar.

—Con su permiso, señor —dijo un marinero, corriendo a las drizas: un poco más y le apartan de un codazo del camino.

—Buenos días, señor —le dijo el capitán del barco, e instantáneamente se volvió para gritar órdenes a los hombres en las drizas de las gavias; el capitán de un transporte alquilado no tiene por qué dar coba a un capitán del rey ni comentar el manejo del buque. Los oficiales del rey sólo admitirían a regañadientes que los almirantes se encuentran entre ellos y Dios.

La *Aquila* bajó y volvió a izar sus colores al buque insignia, y la *Ocean* les devolvió el cumplido, con la enseña blanca descendiendo lentamente y volviéndose a elevar de nuevo. Aquél fue el último recuerdo que conservó Hornblower de Palermo y de su viaje en la *Atropos*. La *Aquila* braceó las vergas en cruz y captó la primera brisa de tierra, dirigiéndose hacia el norte y mar adentro, y Sicilia empezó a desvanecerse en la distancia, mientras Hornblower trataba de distraer su infinita tristeza diciéndose a sí mismo que estaba de camino hacia María y los niños. Trató de emocionarse con la idea de que le esperaba un nuevo destino y nuevas aventuras. El teniente de bandera de Collingwood le había dicho que se rumoreaba que el Almirantazgo estaba equipando barcos tan rápidamente como podían prepararlos para hacerse a la mar; había una fragata, la *Lydia*, preparándose ya, que sería muy



adecuada para un capitán de su antigüedad. Pero sólo pudo superar su sentimiento de pérdida y frustración muy lentamente, tan lentamente como el capitán de la *Aquila* le hizo sentirse bienvenido cuando estaba tomando sus mediciones de mediodía, tan lentamente como iban pasando los días mientras la *Aquila* seguía su camino por los estrechos y adentrándose en el Atlántico.

El otoño les esperaba más allá de los estrechos, con las rugientes borrascas occidentales del equinoccio, borrasca tras borrasca, cuando afortunadamente se habían adentrado lo bastante al oeste como para mantenerles a salvo de la costa de Portugal, mientras se encontraban al paio durante largas horas en la latitud de Lisboa, en la latitud de Oporto y luego en el golfo de Vizcaya. Con los coletazos de la última borrasca corrieron a toda vela por el canal arriba, sacudidos por las tormentas y con vías de agua, con las bombas funcionando constantemente y las gavias con tres rizos.

Y allí estaba Inglaterra, vislumbrada apenas, pero bien recordada, el vago perfil contemplado conteniendo el aliento. El Start y al fin Saint Catharine, y la hora de incertidumbre de si podrían tomar el sotavento de Wight o tendrían que someterse a ser empujados por el viento por el canal arriba. Un afortunado golpe de viento les dio la oportunidad y alcanzaron las aguas más resguardadas de Spithead, con el increíble verdor de la isla de Wight a su mano izquierda; y así llegaron a Portsmouth, para largar ancla donde la tranquilidad y la calma hacían pensar que el torbellino exterior había sido pura imaginación.

Un bote costero llevó a Hornblower al puerto de Sally, y puso los pies de nuevo en suelo inglés, con un brote de emoción genuina, subiendo los escalones y mirando en torno a él a los familiares edificios de Portsmouth. Un mozo de puerto —un hombre viejo y encorvado— corrió sobre sus torcidas piernas para recoger su carretilla mientras Hornblower miraba a su alrededor; cuando volvió, Hornblower tuvo que ayudarle a levantar su baúl y ponerlo sobre la carretilla.

—Gracias, capitán, gracias —dijo el viejo. Usaba el título de forma automática, sin saber cuál era el rango de Hornblower.

Nadie en Inglaterra sabía todavía —ni siquiera María— que se encontraba allí. Por lo tanto, nadie conocía todavía en Inglaterra la última hazaña de la *Atropos* y la captura de la *Castilla*. Copias de los informes de Ford y Hornblower a Collingwood se encontraban a bordo de la *Aquila*, en el correo sellado a cargo del capitán, para ser enviados a la Secretaría del Almirantazgo «para información de sus señorías». Al cabo de un par de días estarían en la *Gazette*, e incluso podían ser copiados y aparecer en el *Naval Chronicle* y en los periódicos de información general. La mayoría del honor y la gloria, por supuesto, irían a parar a Ford, pero quizás algunas migajas cayeran en el haber de Hornblower; había las oportunidades suficientes de ello como para poner de buen humor a Hornblower mientras caminaba junto a las ruedas de

madera de la carretilla, que iban traqueteando y saltando sobre los guijarros que encontraba a su paso.

La tristeza y el disgusto que sufrió cuando se separó de la *Atropos* habían desaparecido hacía mucho ya. Estaba de vuelta en Inglaterra, caminando tan rápidamente como las piernas del viejo podían permitirle hacia María y los niños, libre por el momento de toda demanda a su paciencia o su aguante, libre para ser feliz durante un tiempo, libre de recrearse en ambiciosos sueños sobre la fragata que sus señorías iban a concederle, libre de relajarse con la charla feliz y despreocupada de María, con los correteos del pequeño Horatio por la habitación, con los valientes esfuerzos de la pequeña María por gatear. El traqueteo de las ruedas de la carretilla seguía un agradable ritmo que acompañaba sus sueños.

Allí estaba la casa, y la puerta que tan bien recordaba. Pudo oír el eco en el interior al golpear el llamador, y se volvió para ayudar al viejo a levantar los baúles. Puso un chelín en la temblorosa mano y se volvió rápidamente al oír abrirse la puerta. María estaba allí, con un bebé en sus brazos. Se quedó de pie mirándole sin reconocerle durante un segundo eterno, y cuando al fin habló, lo hizo como si estuviera aturdida.

—¡Horry! —exclamó—. ¡Horry!

No había sonrisa alguna en su espantado rostro.

—He llegado, cariño —dijo Hornblower.

—Pensaba... pensaba que eras el boticario —dijo María, hablando con lentitud—, los niños... no están bien.

Le ofreció al bebé que tenía en brazos para que él lo inspeccionara. Tenía que ser la pequeña María, aunque él no conocía la enrojecida y febril carita. Los ojos cerrados se abrieron, y se cerraron de nuevo doloridos por la luz; la cabecita se volvió de mala gana, cansadamente, y la boca se abrió y emitió un grave quejido.

—Sh... sh... —dijo María, apretando al bebé de nuevo contra su pecho, inclinando la cabeza sobre el bulto sollozante. Luego volvió a mirar a Hornblower.

—Tienes que entrar —dijo—. Hace... hace frío. Traerá la fiebre al interior.

El vestíbulo que tan bien recordaba; la habitación de al lado, donde le había pedido a María que se casara con él; la escalera que conducía al dormitorio. La señora Masón estaba allí, y su cabello gris tenía un aspecto desgreñado incluso a la débil luz de la habitación.

—¿El boticario? —preguntó desde donde se encontraba sentada, junto al lecho.

—No, madre. Es Horry, que ha vuelto a casa.

—¿Horry? ¡Horatio!

La señora Masón levantó la vista para confirmar lo que decía su hija, y Hornblower se acercó junto a la cabecera del lecho. Una diminuta figura yacía en éste, medio de lado, con una mano fuera de la ropa de cama sujetando el dedo de la

señora Masón.

—Está malito —dijo la señora Masón—. Pobrecito mío. Muy malito.

Hornblower se arrodilló junto a la cama y se inclinó sobre su hijo. Con una mano le tocó la enfebrecida mejilla. Acarició la frente de su hijo mientras su cabeza se volvía en la almohada. Aquella frente tenía un tacto extraño; era como si tocara perdigones a través de terciopelo. Y Hornblower supo entonces lo que significaba aquello. Lo conocía muy bien, y tuvo que admitirlo para sí antes de decirles a las mujeres lo que significaba. La viruela.

Antes de ponerse en pie de nuevo, había llegado a otra conclusión también. Todavía tenía un deber que cumplir, un deber para con su rey y su país, y con el servicio, y con María. Tenía que consolar a María. Tenía que consolarla siempre, mientras durase su vida.



C. S. FORESTER (El Cairo, 1899 - Fullerton, California, 1966). Escritor inglés cuyo nombre completo era Cecil Scott Forester. Pese a esto, su verdadero nombre era otro, Cecil Louis Troughton Smith, y lo de Forester era todo un alias. Nació en El Cairo, Egipto donde su padre se encontraba destinado como funcionario del Gobierno británico, cursó estudios de Medicina que dejó inacabados.

Su primera novela *Payment Deferred* (1926), fue llevada al cine, al igual que varios de sus principales títulos posteriores, tales como *Orgullo y pasión* (1933) y *La Reina de África* (1935), clásico de la novela de aventuras contemporánea y estupendo temple narrativo que narra la peripecia de una vieja lancha a través de los rápidos de un río africano, cuando en Europa ha estallado una contienda remota cuya resonancia hermanará, extraña y conmovedoramente, los destinos de dos seres dispares en apariencia y secretamente fraternos y complementarios en lo esencial. Pero C. S. Forester es principalmente conocido por su saga protagonizada por el capitán Horatio Hornblower (1937-1957), un ciclo narrativo escrito a partir del epistolario que se conserva en el National Maritime Museum.

C. S. Forester, cuyas novelas emanaban brío, emotividad y tierna ironía, formó junto a Patrick O'Brian y Alexander Kent, el grupo de autores más reconocido de novela histórica marinera.